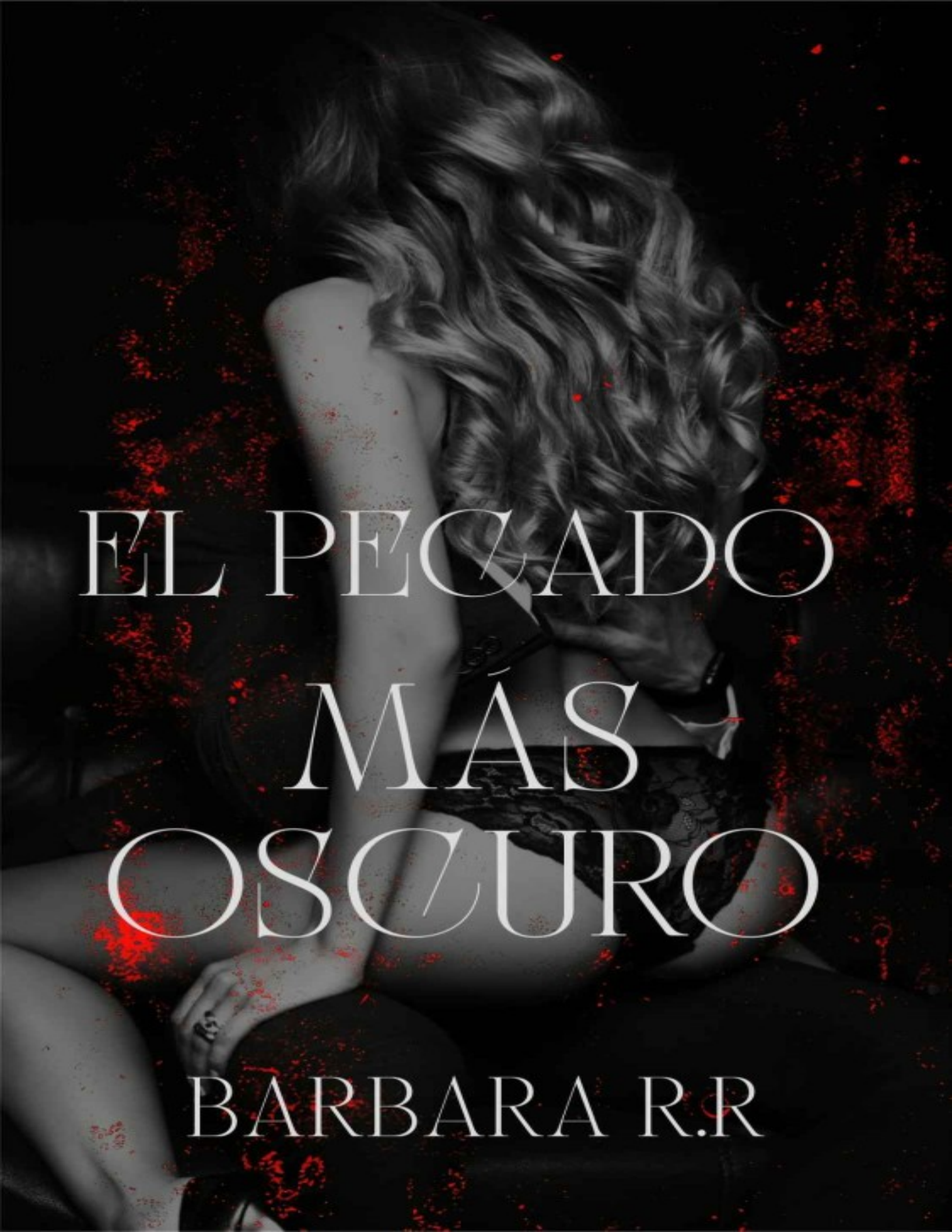

EL PECADO
MÁS
OSCURO
BARBARA R.R

EL PECADO MÁS OSCURO.

EL PECADO MÁS OSCURO.

BARBARA R.R

Copyright © Barbara Roldan Rodriguez. Agosto 2025
Todos los derechos reservados.

Sin perjuicio de las exenciones existentes, queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin la autorización del titular de los derechos, y cualquier otro acto que contravenga los derechos de propiedad intelectual e industrial. Para cualquier uso que se quiera hacer no previsto en la ley, diríjase a: *barbararoldanedit@gmail,com*

Para los que buscan luz en las sombras, belleza en el caos y amor en los rincones más oscuros y brutales. Para los valientes que se atreven a mirar al abismo… y a aceptarlo como parte de sí mismos. Esta historia es tuya.

Barbara R.R

ADVERTENCIAS.

Gracias por confiar en mí… y atreverte a entrar en el mundo de los "pecados". Como su nombre indica, esto no es una novela idílica. Aquí no hay cuentos de hadas donde todos cantan canciones a los pajaritos, ni, mucho menos, príncipes azules que te lleven en un corcel blanco hasta donde alcanza el arcoíris. Esto es otra cosa… más oscura. Más adictiva.

Hay príncipes, príncipes de la mafia, que no te van a tratar como una damisela en apuros. Te van a llevar al límite y tú vas a pedir más.

No hay reinos con castillos relucientes ni vajillas que canten. Hay fortalezas inexpugnables gobernadas por capos de diferentes mafias, donde la guerra es la única canción que se escucha.

No hay princesas peinando sus dorados cabellos a la luz del ventanal. Aquí, las princesas llevan armas y, créeme, no te gustaría ser su enemigo.

Ahora que has leído todo esto, dejemos algo claro: lo que vas a encontrar en estas páginas no te va a asustar… te va a obsesionar. Y vas a pedir más.

**Incluye escenas de sexo explícito y situaciones donde el consentimiento es… cuestionable.*

**Violencia sexual (cuando lo leas entenderás por qué debo advertirlo… aunque no es tan grave como imaginas).*

**Violencia física (intensa y explícita).*

**Muertes… algunas más brutales de lo que imaginas.*

**Torturas… que te harán contener la respiración.*

**Lenguaje malsonante. Como dije antes, aquí no cantan los pajaritos; aquí se habla el idioma de la mafia, sin filtros ni compasión.*

**Escenas con diversas formas de daño físico que podrían afectar la sensibilidad del lector.*

Pero, sobre todo, esta es la segunda parte de una trilogía donde la narrativa sube el tono, volviéndose más intensa y adictiva. Giros inesperados que te dejaran sin aliento y acción a raudales.

¿Te atreves a formar parte y pecar sin arrepentimiento?

PRÓLOGO

El Lamento de las Campanas.

DOCE AÑOS ATRÁS.

—Lucía, ven a prepararte. La misa empieza en treinta minutos —ordena la hermana Clara desde el pasillo. Su voz, fría y autoritaria, reverbera en las paredes de piedra del convento.

El eco de sus palabras me perfora los tímpanos, una campana invisible que anuncia mi condena diaria.

Me encojo un poco bajo las mantas raídas, deseando que los treinta minutos se alarguen una eternidad.

Odio ir a misa; es insoportablemente aburrida. Siempre repiten lo mismo y cantan con esas voces monótonas que reptan como fantasmas por el denso aire.

Si me duermo o me distraigo, la hermana Clara me castiga sin piedad, y su mirada severa se hunde en mí como una daga afilada.

—Estaré lista, hermana Clara —respondo, incorporándome despacio.

La vieja madera cruje bajo mis pies, y el frío implacable me cala hasta los huesos, en esta estancia tan austera que parece devorar el calor.

Siento ya la punzada de su desaprobación clavarse en mí.

Es un frío peor que el de la habitación.

Sus ojos, cuando se posan en mí, prometen un suplicio silencioso.

Sé que, si no estoy preparada cuando vuelva a buscarme, me encerrará de nuevo en el campanario.

Ese lugar oscuro y sombrío, donde el eco de las campanas parece lamentarse eternamente.

O, peor aún, me llevará al bosque.

Allí suceden cosas terribles.

Una vez, escuché un grito tan desgarrador que se incrustó en mi memoria.

Encontré una mancha roja, seca y brillante sobre una piedra que nadie se atrevió a limpiar ni tocar.

Ese color, tan vibrante y ajeno a la naturaleza muerta que lo rodeaba, me persigue en sueños.

Huele a óxido y a algo más, algo que me revuelve el estómago y me hace contener la respiración.

No entiendo lo que ocurre allí, pero me aterra.

Hay cosas que no deberían existir tan cerca de un lugar sagrado.

Mi habitación es pequeña y fría, casi vacía.

Tengo una cama de hierro que cruje cada vez que me muevo, como si se quejara de mí.

En la pared descascarada cuelga una cruz vieja y desgastada, torcida.

Por las noches, parece moverse con una lentitud inquietante, como si supiera que no estoy en esa oscuridad silenciosa.

A veces juro que escucho un susurro, un arrullo frío que se cuela por las rendijas de las ventanas.

O siento una ráfaga de aire helado que no proviene de ninguna parte, y sé que no es el viento: es algo más oscuro y siniestro.

Me visto con el uniforme que todos llevamos en el convento: una falda larga negra, una blusa blanca y unos zapatos gastados.

En este convento, el frío es glacial y permanente; el sol apenas se cuela por las ventanas, y el aire huele a encierro y a rezos viejos.

Los muros, cubiertos de humedad y polvo, parecen absorber toda la luz y cualquier rastro de calidez.

Cada aliento se vuelve vapor y se disuelve rápidamente en el ambiente denso.

Mientras me pongo la blusa, mis dedos tiemblan, no solo por el frío, sino por una inquietud que no alcanzo a comprender.

Media hora después, la puerta se abre sin hacer ni un solo ruido, mientras una figura aparece en el umbral: una de las hermanas.

Pero hay algo distinto en ella. Es la primera vez que la veo.

La hermana entra con pasos silenciosos a mi habitación.

Hay algo en ella que me asusta, y mi mente me advierte con un susurro que hace que se me hiele hasta el alma.

—¿Estás preparada para ir a misa? —pregunta con una voz suave, casi sedosa, pero carente de verdadera calidez.

—Sí, hermana —respondo un poco asustada—; disculpe, no sé quién es.

Un escalofrío me recorre la espalda, un presentimiento helado que se anida en mi pecho.

Sus ojos, aunque serenos, parecen ver a través de mí, desnudando mis miedos más profundos.

La observo con más atención, intentando encontrar algo familiar, pero no hay nada.

En este convento no suelen llegar monjas nuevas; es uno de los más antiguos del país.

Todas las hermanas son mayores, con manos arrugadas y miradas tristes.

Pero esta mujer es distinta: piel tersa, rostro sereno y ojos que no muestran cansancio; parece joven, demasiado joven.

Sus manos, a diferencia de las demás, no llevan las cicatrices del trabajo ni el rastro de los años.

Son extrañamente pálidas y perfectas, como si nunca hubieran tocado la suciedad de este mundo.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —me atrevo a preguntar, aunque sé que no debería.

Ella sonríe, pero hay algo en su expresión que no encaja: una tranquilidad demasiado perfecta, como si estuviera fingiendo, como si todo su rostro fuera una máscara.

Sus labios se curvan, pero sus ojos parecen impasibles, fríos como la piedra del convento, y siento que no estoy frente a una hermana, sino frente a algo más, algo que no pertenece a este lugar.

—No es necesario que te preocupes por eso —responde con calma, con una voz que intenta tranquilizarme, pero que solo logra aumentar mi nerviosismo.

Cuando salimos, noto que el camino no nos lleva a la capilla; mis pasos se vuelven inseguros y el corazón me late con fuerza.

Un sudor frío me empapa la espalda, mientras una voz helada en mi cabeza me grita una única palabra: es una trampa.

—Hermana… ¿a dónde vamos? Este no es el camino para ir a misa —pregunto con la voz temblorosa.

Ella no dice nada, sigue caminando con paso firme, sin mirar atrás, dando a entender que no debo hacer más preguntas.

Este sendero lleva al bosque; lo reconozco por las raíces retorcidas y el aire más frío. Ya lo que recorrido antes, como castigo.

La niebla empieza a levantarse, envolviéndonos en un manto gris que apenas permite ver unos metros más allá. Siento que me observan, como si el bosque entero tuviera ojos, como si respirara conmigo. Se me eriza la piel. Me tiemblan los dedos, incluso las rodillas.

Sigo caminando, esperando una explicación; pero, al mirar a mi alrededor, ya no está. La hermana ha desaparecido sin hacer ruido, como si nunca hubiera estado allí.

—¿Hermana? ¿Dónde estás? —mi voz se pierde entre los árboles, tragada por el silencio del bosque.

Estoy asustada. El bosque ya no parece el mismo. Todo se ha vuelto más espeso, más oscuro.

El silencio se torna denso, casi palpable y cada sombra se alarga con intención.

Como si hubiera cruzado un umbral.

Como si el bosque no fuera un lugar, sino una criatura que me ha engullido.

El aire se vuelve espeso, casi asfixiante, con un olor a tierra mojada y algo más… algo rancio y antiguo, como si la propia descomposición de sus secretos se filtrara en mis pulmones.

—¡Hermana! Me he portado bien. He hecho lo que la hermana Clara me ha pedido. ¡Estaba lista! —grito entre sollozos, con la voz quebrada por el miedo y la desesperación, resonando entre los árboles que parecen absorber cada palabra.

No hay respuesta. Solo el susurro del viento que se cuela entre las hojas secas; un sonido frío y constante. Solo árboles.

Siempre árboles torcidos y amenazantes que se estiran hacia el cielo gris como dedos huesudos.

Sé que no llegaré al convento antes de que empiece la misa.

La hermana Clara me va a castigar esta vez, de verdad.

Pienso en el campanario, en el frio de la celda oscura, en el bosque, en esas cosas malas que se esconden allí.

Entonces lo oigo: un crujido, algo seco, como ramas quebrándose bajo un peso invisible.

Alguien está ahí; tiene que ser la hermana, ¿verdad?

—¿Hermana? —pregunto con esperanza, con la voz quebrada por la incertidumbre—. ¿Dónde estás?

El padre Luis siempre nos ha advertido sobre los animales salvajes del bosque: lobos que acechan en la oscuridad, serpientes que se deslizan silenciosas entre la maleza, cosas que se mueven sin hacer ruido.

Pero esto no es un animal. Lo sé.

Es algo distinto. Algo que no debería estar aquí.

El crujido de repite, más cerca y más fuerte; como si algo pesado se arrastrara entre las sombras.

La hermana no aparece.

Solo el ruido, y luego el silencio que lo sigue, denso y pesado, pegandose a mi piel como una capa fría.

Miro a mi alrededor, frenética.

Tal vez le ha pasado algo, tal vez está herida, tal vez algo peor… pero entonces lo veo.

Una silueta oscura entre los árboles. No es la hermana; lo sé con certeza, como un golpe helado en el pecho.

Me quedo inmóvil. No distingo su rostro, pero es alto, muy alto; fuerte y grande. ´

Lleva una especie de abrigo, distingo una forma oscura: una calavera. Dos puntos rojos que incluso en la penumbra, arden con una luz siniestra.

La calavera parece sonrreirme, una burla silenciosa en medio de la oscuridad. Esos ojos rojos son brasas vivas que queman mi propia alma, y siento que me esta mierando a mí, y solo a mí.

Su presencia pesa, como si el aire se volviera más denso a su alrrededor.

El silencio del bosque parece comprimirse, como si el tiempo mismo se detuviera. Siento el latido de mi corazón en las sienes. Estoy segura de que es un hombre.

—¿Es usted, padre Luis? —pregunto, casi sin poder hablar, con la voz quebrada y un hilo de esperanza.

—Uno, dos, tres, cuatro y cinco… Corre, pajarito. Corre, pajarito… —responde.

Su voz es profunda y frave, como si escupiera piedras. No es el padre Luis. Una risa aspera y extraña se desliza entre sus palabras, fría y siniestra, que me hiela la sangre.

Esa risa no es humana.

Es el sonido de la locura y el odio.

Un eco gutiral que se retuerce en mi cabeza, prometiendo tormento.

Corro sin pensar, sin mirar atrás. Las piernas me arden; el pecho me duele, como si me clavaran agujas. Las ramas arañan mi rostro y mis brazos, pero no me detengo. No puedo. Si me detengo, me atrapará. Y si me atrapa… no voy a salir de esta.

El viento golpea mi rostro, pero no me importa. Solo el sonido de mis pasos sobre la tierra blanda y el eco lejano de esa voz retumbando en mi cabeza.

Creo que no puedo más, pero al mirar hacia atrás, está ahí. Siempre está ahí, como si no corriera, como si simplemente apareciera donde yo estoy.

Su presencia es una sombra constante a mi alrededor, una maldición que me persigue sin parar.

La distancia entre nosotros no parece disminuir; es como si cada paso que doy solo lo acercara más a mí.

Sus ojos, aunque no distingo su rostro, arden con un brillo oscuro que me atraviesa en la penumbra.

Sigo corriendo hasta que, entre los árboles, aparece una cabaña en ruinas. El techo inclinado parece a punto de derrumbarse y la puerta cuelga torcida, como la boca de alguien que grita en silencio.

El olor a humedad y a madera podrida me golpea al acercarme, mientras tiemblo buscando un refugio imposible.

Me da pánico entrar, pero me da más miedo que él me alcance. El frío del bosque se clava en mi piel, y cada rama que se rompe bajo mis pies suena como un grito en la oscuridad. Siento cómo mi corazón golpea con fuerza contra mi pecho, como si quisiera escapar de mi interior.

Entro y me escondo en la primera habitación que encuentro. La puerta cruje al cerrarse, un sonido sordo que retumba como un trueno en medio del silencio. La oscuridad me envuelve de inmediato; apenas puedo distinguir las formas a mi alrededor, pero no me importa.

Me agacho detrás de un mueble cubierto de polvo y telarañas, con la respiración contenida y el corazón martilleándome los oídos.

—Pajarito, sé que estás ahí, puedo oír tu respiración —dice el hombre con una voz baja y cruel que hiela la sangre.

Está muy cerca; su voz raspa el silencio como un cuchillo desafilado que corta la calma momentánea.

Aguanto la respiración; solo puedo hacer eso porque si me encuentra, estoy segura de que me hará daño.

Las pisadas se acercan y se alejan, pero a los pocos segundos vuelven a regresar. Cada paso retumba en mis oídos, marcando el tiempo que me queda para escapar o morir.

—Puedes esconderte todo lo que quieras, pero te voy a encontrar —dice con la voz rota por el odio—, y cuando lo haga, vas a pagar por todo lo que ha hecho tu familia. Tú serás el pago. Ellos van a sufrir como sufrí yo.

No entiendo, ¿mi familia? Yo no tengo familia, solo tengo a las hermanas del convento. Un frío aún más intenso me recorre el cuerpo al pensar en esas palabras. ¿Quién es él para hablar así? ¿Qué oscura deuda arrastro conmigo sin saberlo?

Eso es lo último que escucho antes de desmayarme. La oscuridad me envuelve por completo, un consuelo momentáneo antes de la siguiente oleada de terror.

Mi mente se apaga, pero el eco de su voz, rota por el odio, sigue perforando la nada.

—Lucía, despierta, es la hora del desayuno —alguien me sacude con suavidad.

—Vamos, niña, levántate. Si no estás lista en cinco minutos, la hermana Clara te va a castigar —dice una voz conocida.

Es la hermana Sara; ella siempre ha sido buena conmigo, la única que a veces me sonríe.

—Hermana… ¿Qué ha pasado? —pregunto con todo el cuerpo adolorido.

—¿Qué va a pasar, niña? Nada, vamos, levántate —responde mientras echa mis mantas hacia atrás con prisa.

Sus palabras son suaves, pero siento una punzada de incredulidad.

¿Cómo puede ser "nada" cuando mi cuerpo grita de dolor, cuando mis pulmones aún me duelen por la carrera, cuando el miedo sigue pegado a mí como una segunda piel?

Me cuesta abrir los ojos. Al principio todo está borroso, mi cuerpo pesa, cada músculo me duele como si hubiera corrido un maratón. Miro a mi alrededor, desorientada.

Estoy en mi habitación, en el convento.

Las paredes están agrietadas pero firmes; el aire huele a incienso rancio y a ropa húmeda. Estoy lejos del bosque.

El crucifijo sobre la cama está torcido; lo enderezo con la mano temblorosa. ¿Cuánto tiempo he estado dormida? ¿Fue un sueño o una pesadilla? No lo sé.

Podría jurar que hace un momento alguien allí me perseguía y quería matarme.

Entonces la recuerdo, la hermana que me llevó al bosque, esa que no había visto antes.

—Hermana Sara, ¿ha llegado alguien nuevo al convento? —pregunto mientras me visto.

La hermana Sara se queda inmóvil, solo por un segundo, apenas un parpadeo, pero lo he visto.

—No, Lucía, aquí no ha venido nadie nuevo desde hace muchos años. ¿Por qué lo preguntas?

Me quedo en silencio.

—Por nada, hermana. Me pareció ver a una mujer y pensé que se uniría a nosotras, pero seguro que fue mi imaginación. He tenido un sueño un poco raro —miento.

Ella me mira, pero no insiste; suspira y me acaricia el pelo con ternura.

—Vamos, pequeña, hoy hay sopa y pan. Si llegas tarde, ya sabes que no te guardarán nada.

La sigo, aún confundida. Con cada paso, el miedo del bosque se diluye, pero no desaparece del todo, porque sé lo que vi y sé que no fue un sueño. Su tono es tranquilo, pero hay algo en su mirada, algo fugaz, como si ocultara un oscuro secreto tras esas palabras suaves.

El pasillo está en penumbra, iluminado apenas por la luz temblorosa de una vela. Cada paso resuena con un eco leve sobre las baldosas frías. La hermana Sara camina delante de mí, su figura envuelta en el hábito negro que roza suavemente el suelo.

Seguramente fue un sueño.

O eso quiero pensar, porque mi corazón aún late con fuerza, como si no estuviera del todo a salvo, aunque… se sintió demasiado real.

Demasiado nítido: el olor del bosque, la voz del hombre, el frío y, sobre todo, la imagen de aquella calavera con los ojos rojos ardiendo en la oscuridad. Todo sigue ahí, latiendo en mi memoria como una advertencia.

CAPÍTULO 1

LUCÍA

La Puerta Que No Debí Cruzar.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco… —la voz canta en un murmullo inquietante—. Corre, pajarito… corre, pajarito.

Un grito me arranca del sueño, un eco desgarrador que, tan rápido como empieza, se disuelve en el silencio. Después de tantos años con la misma pesadilla, debería estar acostumbrada, pero no.

Me despierto jadeando, con la garganta ardiendo como si hubiera estado gritando bajo el agua. El corazón martillea con fuerza contra mis costillas; siento la fría humedad del sudor pegándose a mi piel, un recordatorio nauseabundo de la huida.

Miro el reloj y son las cuatro de la mañana, siempre a la misma hora, siempre el mismo sueño.

No puedo seguir así; me estoy desmoronando.

O tal vez ya me rompí hace tiempo… y nunca lo supe.

Me paso las manos por el rostro intentando calmarme, pero mis manos no dejan de temblar. La habitación está en silencio, aunque siento que algo me observa desde la esquina más oscura. Me obligo a no mirar, a no confirmar si hay algo ahí... no, otra vez no.

El aire en esa esquina parece más denso, más frío, como si la oscuridad misma respirara, observándome con una quietud inhumana. Siento un tirón visceral que me ruega no girarme, no enfrentarme a lo que sé que podría encontrar.

Cierro los ojos con fuerza, pero la imagen persiste: una sombra alta con manos enormes y, por un instante, el atisbo de una forma extraña en su muñeca, algo oscuro con puntos rojos. Sacudo la cabeza; es solo la pesadilla, mi cerebro intentando dar forma a un miedo sin rostro.

No sé de dónde viene esa pesadilla, si es un recuerdo enterrado o solo una creación enfermiza de mi mente, pero, Dios, el terror que

infunde es real, demasiado real.

Ese hombre sin rostro me persigue durante horas. Corro hasta que mis pies sangran y el aire me quema los pulmones. Por más que busco un refugio, un escondite, siempre me encuentra, siempre.

No tiene rostro, ni nombre, ni alma visible. Podría ser cualquiera o quizás nadie, pero su presencia pesa en mi pecho como una sombra que no puedo apartar.

Es un terror tan íntimo que se ha fusionado con mi propia existencia, una parte de mí que no puedo extirpar. Cada respiración que tomo se siente como si inhalara su aliento gélido.

He intentado convencerme de que es solo una pesadilla, un eco de algo que ya no importa. Pero cada noche me despierto empapada en sudor, temblando con la sensación de que aquello acaba de suceder, como si hubiera escapado por los pelos, como si apenas me hubiera salvado.

Intento volver a dormir, pero es inútil. Me quedo mirando el techo, deseando que la oscuridad no me trague. Es una lucha silenciosa contra un abismo que siento cada vez más cerca, como si las sombras de la habitación pudieran materializarse y arrastrarme de nuevo a la pesadilla.

Quiero que el silencio me devuelva la calma, pero solo encuentro susurros en el aire; murmullos que parecen llamarme por mi nombre.

A veces consigo cerrar los ojos otra vez, pero esta noche no tengo fuerzas para arriesgarme. Siento que, si lo hago, él volverá y no podré escapar. El miedo se ancla en mi pecho, un peso frío que me paraliza, y prefiero mantenerme despierta, vigilante, aunque eso signifique enfrentar horas interminables de desasosiego.

Me levanto de la cama con movimientos lentos, sintiendo cada músculo tenso como una cuerda de violín a punto de romperse. Es un dolor sordo acumulado noche tras noche de terror incesante que ahora habita en mis huesos. El simple acto de ponerme de pie es un recordatorio de mi fragilidad.

La madera cruje bajo mis pies desnudos mientras camino hacia la mesa.

Abro el portátil y la pantalla ilumina mi rostro con un resplandor frío y artificial. Reviso el correo, intentando distraerme, buscando algo que desvíe mi mente del miedo que aún palpita en mi pecho.

El cursor parpadea, invitándome a perderme entre correos sin sentido.

Ninguno logra borrar la imagen del hombre sin rostro que me atormenta, una sombra inamovible en mi mente.

No eres real, susurro con voz débil, más para convencerme a mí misma que por creerlo de verdad. *Solo un recuerdo roto, un puñal clavado en mi mente.*

Miro la pantalla y me quedo sentada en la penumbra, escuchando el latido de mi corazón, un tambor que marca el ritmo de mi miedo.

Un día juro que lo enfrentaré, aunque no sepa quién es y ni siquiera tenga rostro; lo encontraré.

Entonces lo veo:

Confirmación de entrevista: a las diez de la mañana.

"Il Sogno"

Uno de los hoteles más prestigiosos de Marbella.

Puesto: Atención al cliente.

Nota al pie: puntualidad imprescindible.

El correo no ofrece muchos detalles, pero con solo ver el nombre del hotel, mi pulso se acelera: *"El Sueño."*

No recuerdo haber enviado mi currículum a ese lugar en particular, pero he mandado tantos que podría haberlo hecho sin darme cuenta.

Aun así, hay algo en ese correo que me llama más que los demás.

Esto podría cambiarlo todo murmuro para mí misma, intentando convencerme

Quizás porque siento que esta puede ser mi oportunidad, quizás porque necesito que lo sea.

Desde que ocurrió lo de Rocío, todo se ha complicado. Nos mudamos, dejamos atrás todo lo que conocíamos, rompimos los lazos con lo que alguna vez fue nuestra vida.

Volver a empezar no es tan fácil como suena, ni tan limpio.

El silencio me devuelve una respuesta fría: solo yo, mis miedos y una entrevista que podría ser la llave o la condena.

Necesito ese trabajo más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Siento que ese correo no ha llegado por casualidad, no, esto es el destino.

Es como si el destino caprichoso y cruel hubiera decidido lanzarme una cuerda, o quizás una soga.

Mis dedos tiemblan sobre el teclado.

¿Una oportunidad o una trampa disfrazada de esperanza? La fina línea entre la salvación y la perdición nunca se ha sentido tan borrosa.

***

Llego al hotel una hora antes; en el correo decía "puntualidad", y si hay algo en lo que soy buena, es en eso.

Lo primero que me llama la atención es el aire que se respira: lujo puro. Coches de alta gama, mujeres y hombres con trajes y vestidos que probablemente valen más que mi puñetero alquiler.

Observo a un grupo de hombres en la entrada; sus miradas son demasiado agudas, y su postura, demasiado tensa para ser simples huéspedes de vacaciones. Miro a mi alrededor y siento que con cada paso que doy me alejo un poco más de mi vida anterior. Aquí todo brilla, reluce, y yo solo soy una sombra perdida en este mundo dorado.

Me siento como un insecto atrapado, arrastrándome en una telaraña de oro y diamantes: insignificante, frágil... pero extrañamente atraída hacia el centro, hacia ese lugar donde todo poder y peligro se entrelazan.

Cada paso que doy parece sellar un destino que no sé si quiero enfrentar.

Me asombra ver a alguien caminar con esos zapatos que seguro valen más que lo que yo gano en tres meses como camarera. La

elegancia y el lujo en cada paso parecen contar historias de un mundo al que no pertenezco, pero que, de alguna manera, me atrae y me inquieta a partes iguales.

No entiendo cómo pueden gastar tantísimo dinero solo para que, con un mal paso, pisen una mierda y se los carguen: dos mil euros a la basura.

Dios... yo me muero si me pasa algo así; nunca me gastaría tanto en unos zapatos. Jamás.

¿Cómo pueden ser tan despreocupados? susurro para mí, con una mezcla de admiración y resentimiento.

A las diez menos cuarto entro al hotel y me quedo boquiabierta. Dios… me da miedo hasta pisar el suelo.

Este lugar es de película.

Nunca había estado en un sitio tan elegante.

Los espejos dorados, las lámparas de cristal y el aroma sutil a jazmín y madera me envuelven y me hacen sentir fuera de lugar.

Si consigo este trabajo, será un milagro.

La verdad es que no creo que alguien como yo encaje en este mundo.

¿Qué hago aquí? me pregunto en voz baja mientras avanzo hacia la recepción, con las manos sudorosas y el corazón latiendo a mil por hora.

La recepcionista me saluda en cuanto me acerco.

Su belleza es tal que, por un instante, me pregunto si estoy aquí para una entrevista o para un casting.

Su sonrisa es perfecta y blanca, y sus ojos me analizan con una mezcla de curiosidad y superioridad.

—Buenos días. Tengo una entrevista de trabajo a las diez —digo, intentando sonar segura.

—Buenos días, señorita. Un momento, por favor —responde con voz dulce pero profesional.

Los pocos minutos que tarda en llamar al encargado se me hacen eternos.

Siento que las manos me tiemblan y me muerdo el labio para no parecer nerviosa.

—Lucía Ruiz, ¿verdad? —pregunta, aún con el teléfono en la mano.

—Sí.

—Perfecto. Al final del pasillo, a la derecha. Hay una puerta. Te están esperando.

—Muchas gracias. Encantada —intento sonreír, aunque mi corazón late con fuerza.

Camino hacia donde me indicó. No tiene pérdida: la puerta está entreabierta. Toco suavemente y espero.

—Adelante —responden desde dentro.

Al entrar, me reciben dos hombres.

Uno parece tener cerca de cincuenta años, pero está sorprendentemente bien conservado para su edad.

Viste un traje oscuro e impecable, con una corbata perfectamente anudada. Sus ojos, fríos y calculadores, recorren mi cuerpo de arriba abajo en un instante. Su mirada no es solo analítica; es una escrutadora que evalúa cada centímetro, cada posible debilidad, sin el menor rastro de calidez o humanidad.

El otro hombre está de pie detrás de un escritorio, irradiando una presencia que me hace sentir pequeña e insignificante.

Es tan atractivo que no sé ni por dónde empezar. Parece tallado por los mismísimos dioses, tan guapo que te deja sin palabras. Pero hay algo en la perfección de sus facciones, una intensidad en sus ojos, que me sugiere una belleza peligrosa, como la de un depredador camuflado. Siento una punzada de atracción y, al mismo tiempo, una alarma que resuena en mi interior.

Su cabello oscuro, perfectamente peinado; sus ojos intensos que parecen atravesarte; y esa mandíbula firme que no deja lugar a dudas sobre su autoridad y poder. Incluso la forma en que se mueve es casi hipnótica.

—Buenos días, soy Lucía Ruiz. Vengo para la entrevista de trabajo —digo, esforzándome por no mostrar que acababa de hacerles un repaso visual. La vergüenza me tiñe las mejillas.

—Buenos días. La estábamos esperando. Por favor, tome asiento —responde con voz profunda, grave y segura.

Ese acento, italiano. Siempre me ha encantado. Hay algo en los italianos que me atrapa: no solo los hombres, sino también su cultura, su comida, su idioma. Todo.

—Bienvenida. Soy Massimo Vanetto, y él es mi hijo, Nicolás —dice el mayor, mientras el joven se acomoda en el sillón más cercano al mío.

Nicolás cruza una pierna con elegancia y me observa con una sonrisa apenas perceptible, como si supiera más de mí de lo que debería.

Su sonrisa no es amigable; es una promesa encriptada, un destello de conocimiento que me pone la piel de gallina.

Siento que me escanea, que busca algo en mí, y me pregunto qué ha visto para ofrecerme un puesto tan importante.

—Es un placer conocerlos.

Mientras espero a que alguno de los dos diga algo más, bajo la vista para revisar mis manos.

No están temblando.

Bien.

A veces, cuando estoy muy nerviosa, me tiemblan; y la gente lo nota.

Me ocurre desde que era adolescente.

Recuerdo una vez, en el instituto, cuando un compañero se rio de mí porque no podía controlar el temblor.

Desde entonces, siempre he intentado esconderlo.

Pero ahora no.

Hoy estoy bien. Controlada.

—Entendemos que esto puede parecer inesperado —comienza Massimo—. Durante más de dos décadas fui propietario de este hotel, pero, por motivos personales, tuvimos que volver a Italia. Dejamos la gestión a un empleado de máxima confianza. Por desgracia, el puesto le vino demasiado grande y, aparte de no cumplir con nuestras expectativas, generó una dejadez que se tradujo en pérdidas considerables, y eso nos ha llevado a hacer una reestructuración completa.

—Queremos formar un nuevo equipo —continúa Nicolás—. Revisamos tu currículum y nos impresionó. Nos gustaría ofrecerte el

puesto de encargada de nuestro nuevo restaurante.

¿Encargada? ¿He escuchado bien? pienso, sin poder creerlo.

—¿Perdón? ¿Encargada? —pregunto, confundida—. Ese es un puesto que normalmente ocupa alguien con años aquí… ¿De verdad me están ofreciendo eso a mí?

—Lucía —interviene Nicolás, con tono sereno pero firme—, se trata de un restaurante completamente nuevo. Estará en el mirador del hotel. Aún no está abierto al público y estamos formando el equipo desde cero. Según tu experiencia, creemos que puedes encajar muy bien. A menos, claro, que lo que dice tu currículum no sea cierto —añade, con una sonrisa que no me gusta nada.

—No mentiría sobre eso. Ni sobre nada. No soporto las mentiras —respondo, intentando no sonar a la defensiva. Mis palabras se sienten como dagas en el aire espeso que nos rodea. Siento la presión de su mirada, un desafío silencioso que me quema la piel, y me doy cuenta de que este hombre no solo es atractivo, sino también increíblemente intimidante.

Puedo sentir la tensión en el aire, como si cada palabra llevara un peso imposible de ignorar.

Nicolás me observa fijamente, analizándome, como si buscara en mí la más mínima señal de debilidad.

—No te preocupes, Lucía —añade Massimo con una voz calmada pero autoritaria—. Todos serán nuevos. Es cuestión de adaptarse. Me encantaría que aceptaras. Creo que eres la candidata perfecta para este puesto.

Me quedo en silencio unos segundos.

Es una gran oportunidad… pero también una gran responsabilidad.

Mis pensamientos se arremolinan: ¿Seré capaz? ¿Podré manejar la presión? Pero, al final, la necesidad y el deseo de cambiar mi vida pesan más que mis dudas.

Aunque, pensándolo bien, no tengo nada que perder. Si no cumplo con las expectativas, pueden despedirme; pero, al menos, habré intentado salir de este pozo.

—Bueno… entonces no lo pienso más. ¿Cuándo empiezo? —pregunto, tratando de ocultar la mezcla de nervios y emoción que

siento.

—Hoy terminamos las entrevistas —dice Massimo—. Mañana, a las once, queremos reunir a todo el equipo para empezar a preparar la apertura. El restaurante abrirá el lunes de la próxima semana. Tenéis siete días para dejarlo todo listo.

Nos despedimos cordialmente y acordamos vernos al día siguiente.

Mientras camino hacia la salida, siento el corazón acelerado, una mezcla de miedo y esperanza que no puedo controlar.

Cada paso que doy me acerca un poco más a un futuro incierto, pero lleno de posibilidades.

Salgo del hotel con una sonrisa que me cuesta contener.

Estoy realmente emocionada por esta oportunidad.

No puedo esperar para contárselo a Rocío.

***

Al día siguiente.

Llego a la hora acordada y subo a la última planta.

Las puertas del ascensor se abren y algo no encaja.

El pasillo está desierto.

Silencioso.

No hay ni un solo sonido ni una sombra que delate la presencia de alguien más. El aire se siente denso, casi frío.

Camino despacio, con los sentidos alerta. El eco de mis pasos me acompaña como una advertencia.

Cuando entro en el restaurante, me detengo en seco.

Está… completamente vacío.

—¿Hola? ¿Massimo? —mi voz suena débil, flotando en el silencio.

Silencio.

La sala está apenas iluminada por la luz grisácea que se cuela por los ventanales. Todo huele a barniz, a obra recién terminada… o

a algo que nunca llegó a completarse.

El polvo flota en el aire, visible en los rayos de luz que se cuelan desde el exterior.

A lo lejos, distingo una barra solitaria, como un vestigio de lo que este lugar podría llegar a ser.

Me acerco, aunque cada paso pesa como una mala decisión. Entonces, lo veo.

Un sobre.

Está justo en el centro de la barra, perfectamente colocado, como si alguien lo hubiera dejado allí con toda la intención del mundo. Lo que me pone la piel de gallina. Veo mi nombre, y parece que todo se ralentiza.

Con una caligrafía elegante e impecable.

Lucía Ruiz.

Mi estómago se encoge.

Algo no está bien.

Dudo un segundo antes de estirar la mano.

El sobre está tibio, como si aún conservara el calor de la persona que lo dejó. Un calor extraño, no reconfortante, sino casi febril, como si el papel mismo respirara. Es una advertencia, lo sé. Pero mis dedos se mueven solos, impulsados por una curiosidad mórbida, una necesidad de saber qué clase de abismo se abre ante mí.

Miro a mi alrededor. No hay nadie.

Respiro hondo e intento calmarme.

Pero no puedo evitar que un escalofrío me recorra la espalda. Siento que alguien me observa, aunque no haya nadie a la vista. Una parte de mí grita que no lo abra, que huya, que este no es el trabajo que esperaba. Pero ya es tarde. Lo abro, sin saber que, en ese instante, mi destino acaba de torcerse para siempre.

CAPÍTULO 2

ÁLEX

Corazón de Ceniza, Alma de Fuego.

Fuego.
Es lo único que veo.
Las llamas devoran cada rincón, engullendo paredes, muebles y recuerdos con un hambre voraz.

Mi club. Mi imperio. El lugar donde cerré tratos, donde partí cráneos, donde enterré secretos que nunca saldrán a la luz.

Ahora es una puta funeraria en llamas. El olor a ceniza y destrucción se me mete en las fosas nasales, una ofensa personal que me ahoga.

Y juro por todo lo que me queda que el cabrón que hizo esto va a terminar peor que este edificio.

El calor me quema la cara, pero no se compara con lo que me arde por dentro. El humo me revienta los pulmones. La rabia me retuerce el estómago hasta hacerme vomitar.

Cada vez que una viga cae, me imagino el cráneo del hijo de puta que hizo esto partiéndose en dos, explotando como una puta granada.

Esto no es un accidente.

Las llamas no aparecen solas en un club con cámaras, con guardias, con todo cerrado a cal y canto.
Esto es un mensaje.

Un puto desafío.

Y yo también sé enviar mensajes. Con sangre.

—Señor, no puede estar aquí, es peligroso —me dice un bombero, todo educadito, con voz firme, pero temblorosa, como si no supiera con quién está hablando.

—¿Peligroso? Escúchame bien, pedazo de mierda —le escupo, girándome con la furia en los ojos, apretando los puños para no partirle la cara—. Este es mi puto local. Lo levanté ladrillo a ladrillo. Y está en llamas. Así que si no quieres tragarte los dientes de la hostia que te voy a dar con la puta manguera, deja de decir gilipolleces y ponte a apagar el puto fuego o te aseguro que acabas dentro de él.

—Solo cumplimos órdenes, señor…

—¿Órdenes? Las únicas órdenes que valen aquí son las mías. Y, como sigas jodiéndome, vas a salir de aquí en ambulancia, y no te aseguro que llegues vivo. Mis ojos se clavan en los suyos, prometiendo un infierno personal si se atreve a replicar. Veo el miedo, esa chispa de terror en sus pupilas que confirma mi control. Es una pequeña victoria, pero es mía.

La impotencia me está devorando. No me tiembla el pulso, pero me sangran las ganas de matar. La frustración se convierte en un nudo que aprieta mi garganta hasta casi asfixiarme. Quiero gritar, desgarrar el aire con mi furia, pero sé que cada alarido sería un signo de debilidad. En cambio, canalizo cada fibra de mi ser en una promesa silenciosa y letal: el que hizo esto va a desear no haber nacido.

Mi móvil vibra en el bolsillo. Mensaje de Víctor.

VÍCTOR: Las cámaras están en negro. No grabaron nada.

YO: ¿Y qué cojones significa eso?

VÍCTOR: Que alguien entró, las desconectó o las jodió desde dentro.

YO: Eso es imposible. A no ser que tengamos un puto topo.

VÍCTOR: Lo sabremos pronto.

YO: Más le vale a ese traidor rezar para que lo encuentres tú antes que yo. Porque, si lo pillo yo, lo voy a colgar desnudo del techo, le voy a sacar las tripas mientras le obligo a comérselas. Su sufrimiento será una obra de arte, una lección que quedará grabada en la memoria de cada puto bastardo que se atreva a cruzarse en mi puto camino. Quiero TODAS las putas grabaciones de la zona. Bancos, gasolineras, tiendas, cajeros… TODO. Si respira cerca de

este sitio, lo quiero grabado. Y, si no hay nada, arráncale la piel a alguien hasta que cante.

VÍCTOR: Voy de camino. Espérame, no quemes el mundo antes de que llegue. Voy a llamar a Hugo para informarle de todo.

YO: Que se prepare. Esta noche vamos a declarar la guerra.

Guardo el móvil y observo las llamas por última vez antes de alejarme.

Mi mente ya está haciendo planes, estrategias. Esto no quedará así. Nadie se burla de mí y vive para contarlo.

***

Después de horas, no queda ni una maldita pared en pie. Solo cenizas.

Mi club, ese lugar que levanté con sangre y sudor, se ha convertido en un montón de mierda calcinada. El olor a quemado se me adhiere a la piel, como si quisiera dejar una marca imborrable.

Observo los restos humeantes, y la sangre me hierve. Esto no es un incendio. Es una jodida declaración de guerra.

—¿Es usted el propietario? —pregunta un poli. De puta madre, ahora toca lidiar con la poli, y por la cara que tiene, parece que le falta un verano, y creo que este no ha sido el suyo. Tiene una cara de acabar de salir de la academia y no es capaz de mirarme a la cara, habla conmigo como un papagayo, como si leyera un manual de instrucciones.

—Sí, ¿qué coño quieres ahora? —le escupo sin perder la mirada, afilada como una navaja.

El tipo traga saliva y murmura:

—Solo quiero informarle que mañana vendrá el perito para determinar las causas del incendio y…

—¿Un perito? —lo interrumpo, alzando la voz y haciéndolo retroceder un poco—. No jodas, no me había dado cuenta de que ha habido un fuego. Si aparece alguien por aquí mañana, que se ande

con cuidado. No voy a decir más porque sé hasta dónde llega la ley. No quiero a nadie que me explique nada, creo que lo sé demasiado bien. ¿Entendido?

La ley es una farsa para los débiles. Mis reglas son las únicas que importan, las que se escriben con sangre y obediencia.

El poli no sabe dónde meterse. Pasa de hablar, tan solo se limita a anotar algo en una libreta.

—Nadie va a encontrar al responsable. Nadie, excepto yo. Y cuando lo encuentre… —mi voz se vuelve un susurro cargado de odio— le voy a reventar cada hueso del cuerpo, uno por uno, hasta que no pueda ni caminar.

Me acerco al poli y le susurro al oído, con tanta rabia que siento que se le congela la sangre:

—Le voy a sacar los dientes uno a uno, y lo voy a enterrar vivo con los ojos cosidos, para que no pueda ni llorar ni suplicar.

El poli me mira con una mezcla de miedo e incredulidad; creo que quiere salir de aquí cagando leches.

Me separo de él, y aunque mi pulso está firme, la ira me quema por dentro.

Esto no fue casualidad.

Un club como el mío no se echa a arder solo. Hace semanas que los italianos de mierda están metiendo el hocico en Málaga. Siento su pestilencia cada vez que respiro. Se arrastran como cucarachas en mi territorio, creyendo que pueden tomar lo que es mío sin consecuencias.

Al principio fueron listos, calladitos, como ratas que merodean en la sombra.

Los almacenes se prendieron fuego uno tras otro.

Los camellos empezaron a aparecer apuñalados en callejones oscuros, abandonados como si fueran basura.

Empezaron a llegar mensajes anónimos a nuestras oficinas.

Provocaciones baratas que pretendían arrancarnos una respuesta, que querían vernos demostrar miedo. Pero eso es algo que jamás van a conseguir de nosotros.

No le tememos a nadie, y menos a unos putos italianos que no se atreven ni a venir de frente.

Se creen invencibles. Se creen con derecho a jugar en nuestro territorio.

Pero hoy cruzaron la puta línea.

Hoy me tocaron a mí. Y eso tiene un precio.

Es una herida abierta, no en mi piel, sino en mi jodida alma, y la única cura es la sangre de aquellos que se atrevieron a perforarla.

No saben con quién están jugando; lo van a pagar caro.

Soy Álex Moreno.

Segundo al mando de la familia Torres, y no voy a permitir que ningún hijo de puta juegue con lo que me pertenece.

Y menos unos espaguetis de mierda que se atreven a pisar nuestro terreno.

Me pongo el abrigo, sin darme cuenta de que tengo los puños apretados.

—¿Y ahora qué? —me pregunta Víctor, que acaba de llegar y observa el desastre con una mezcla de furia y preocupación.

—Ahora —le digo—, vamos directo a casa de Hugo. Él sabe cómo manejar esto.

Víctor asiente y saca el móvil para hacer unas llamadas.

—Esta noche no se duerme —le advierto—. Vamos a luchar por lo nuestro. Vamos a declarar la puta guerra por lo que nos pertenece.

Él sonríe, pero es una sonrisa fría, cargada con la misma rabia que me consume.

—Que se prepare el que hizo esto —añade—. No va a quedar piedra sobre piedra. La palabra *piedad* no va a existir, por mucho que la griten.

Y así será.

Porque esto no se queda aquí.

Esto empieza aquí.

Y cuando encuentre al bastardo que hizo esto…

Voy a hacerlo sufrir. Voy a marcarlo como ganado y prenderle fuego con el mismo puto mechero que usó para quemar mi puto club.

Su carne arderá, pero su alma se retorcerá en agonía mucho antes de que las llamas lo consuman. Este es mi juramento, grabado

en las cenizas de lo que fue mío.

CAPÍTULO 3

LUCÍA

Sangre Oculta.

Hola, cariño:
No sé cuántos años tendrás cuando leas esta carta. Ni siquiera sé si alguna vez llegará a tus manos.

Soy Gabriela Vanetto. Tu madre.

Es posible que, en este momento, me odies. Lo entendería. Fui una cobarde al dejarte, y me arrepentiré de ello hasta el último de mis días.

Sé que todo esto puede ser difícil de asimilar, pero en aquel momento no tenía muchas opciones. Tuve que elegir entre dejarte en aquel convento… o arriesgar tu vida. Y no podía permitir que te hicieran daño.

Cuando supe que estaba embarazada de ti, la situación en Italia era un caos. Estalló una guerra entre mafias, y nadie a nuestro alrededor estaba a salvo.

Tu padre, Massimo, es el Don de una de las mafias más poderosas del país. Pero en aquel entonces lo dimos por muerto.

Estuve completamente sola durante todo el embarazo. Solo me acompañaba tu hermano, Nicolás, que en aquel entonces apenas tenía tres años.

Cuando creímos haberlo perdido todo, no tuvimos más remedio que huir. Nadie sabía que estaba embarazada, así que juré protegerte con mi vida.

Al llegar a España, justo al aterrizar, tú decidiste que era el momento de nacer.

Estaba tan aterrada de que nos encontraran que ni siquiera me atreví a ir a un hospital. Busqué refugio en una iglesia. Y allí te tuve.

Eras la niña más hermosa que jamás había visto.

Pero apenas dos semanas después nos encontraron.

Intenté huir contigo y con tu hermano con todo mi corazón, pero no pude.

Cuando vinieron a por nosotros, tú estabas dormida en otra habitación. No me dio tiempo ni a cogerte en brazos; tuve que dejarte allí.

Sentí cómo se rompía algo dentro de mí, algo que nunca se curó.

Pasaron meses antes de que Massimo reapareciera. No estaba muerto, pero para mí, ya era tarde.

Él, como siempre, hizo todo lo posible por ayudarnos. Pero ni siquiera él pudo salvar lo que quedaba de mí.

Estuvimos cautivos durante demasiado tiempo. Y tu hermano, con solo tres años, vio cosas que ningún niño debería ver jamás.

Sé que ahora debes estar en shock, pero quiero que sepas algo, mi vida: nunca dejé de pensar en ti. Nunca dejé de amarte.

Massimo va a descubrir que sigues viva gracias a la carta que le voy a dejar junto a esta. Nadie conocerá su existencia hasta el día que yo me vaya de este mundo; no serán entregadas a tu padre antes de ese momento. Sé que soy una cobarde por no dársela ahora, pero no tengo el valor suficiente para decirle al amor de mi vida que le he estado mintiendo durante años.

Cometí muchos errores, pero el peor de todos fue decirle que habías nacido muerta. Quería alejarte de esta vida. No quería que crecieras en medio de sangre, miedo y poder.

Ahora, en mis últimos días de vida, comprendo que merecías saber la verdad desde el principio.

Lo siento, mi niña.

Lo siento por no haber estado ahí cuando tuviste miedo.

Por no estar a tu lado para abrazarte cuando lloraste.

Por no haber tenido el coraje de luchar para estar contigo y haberte llamado alguna vez "hija".

Te amo con toda mi alma. Ojalá alguna vez puedas perdonarme.

Con todo mi amor, Tu madre, Gabriela Vanetto.

***

Mis manos tiemblan, mi mente se empeña en decir que es una treta marcada por estos dos. ¿Yo? ¿Una Vanetto? Siento la tinta de la carta quemándome los dedos, como si el papel mismo fuera un veneno que ahora corre por mis venas. Una náusea me sube por la garganta.

Siento que me mareo, como si el suelo se tambaleara bajo mis pies. Las palabras de mi madre siguen flotando en el aire, tatuándose en mi cabeza. Todo lo que creía saber sobre mí era mentira. Cada recuerdo de mi infancia en el convento, cada palabra de las hermanas, ahora se siente como una farsa bien orquestada. Una herida invisible se abre en mi pecho, sangrando la verdad oculta.

¿Gabriela Vanetto?

¿Massimo Vanetto?

¿Nicolás… mi hermano?

Me cuesta respirar. El aire se vuelve denso, como si cada bocanada pesara una tonelada.

Mis manos tiemblan ligeramente y siento un nudo en la garganta que no me deja hablar.

Miro a mi alrededor, pero todo parece girar, como si el mundo se estuviera deshaciendo.

Y lo peor es que, en el fondo, algo dentro de mí siempre supo que no era una chica cualquiera. Una parte de mí, oculta y callada, siempre había sospechado que había más detrás de mi historia, algo que nunca me contaron.

Ahora, todas las piezas encajan, pero eso no me hace sentir mejor. Más bien, al contrario.

Respiro hondo, intentando ordenar los pensamientos que se agolpan y se pelean en mi mente.

¿Cómo es posible? susurro con voz quebrada, hablándome a mí misma. *¿Por qué nadie me dijo nada?*

La rabia me mordía las entrañas, la confusión me nublaba la mente y el miedo me arañaba la garganta.

¿Quién era realmente? ¿De dónde venía esa sangre que corría por mis venas? ¿Y qué esperaba de mí esa familia que ahora parecía reclamarme como propia?

Mi identidad se desmorona en un torbellino de preguntas sin respuesta.

Siento que me han robado mi propia historia, mi propia existencia.

El silencio a mi alrededor se vuelve insoportable, como si el peso de la verdad fuera demasiado grande para soportar.

Pero, al mismo tiempo, un fuego nuevo se enciende dentro de mí.

Ese fuego se transforma en ganas de saber más, de descubrir todo lo que me han ocultado y de enfrentar lo que venga.

Es una chispa peligrosa, una furia silenciosa que me consume, pero también me da fuerza.

Si esta es mi sangre, si este es mi destino, entonces lo enfrentaré con la misma oscuridad que me ha traído hasta aquí. No seré una víctima.

Pierdo la batalla y todo se vuelve oscuro.

No voy a dejar que esta oscuridad me devore, no sin luchar.

***

En la oscuridad ocurren las cosas más aterradoras; sin embargo, en este instante, es lo que menos me asusta.

No puedo creer lo que decía esa carta. No puede ser cierto. No puedo ser la hija de ese hombre. Tiene que haber un error; es imposible.

Me paso la mano por la cara, intentando quitarme esa sensación de irrealidad que me invade. Todo parece un mal sueño del que quiero despertar, pero no puedo.

A ver… sí, mi madre me dejó en un convento. Pero no soy la única. Cada mes dejaban niños allí para darlos en adopción. No tiene

sentido. Debe tratarse de un malentendido.

Es hora de saber la verdad. Ese hombre no puede ser mi padre. Tengo que decírselo, aunque eso signifique enfrentarme a todo lo que creía cierto hasta ahora.

Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy en una habitación. No, no es la mía. Mi apartamento entero cabría dentro de esta estancia. No hay nadie a la vista, pero estoy segura de que no estoy sola.

El silencio pesa, interrumpido solo por el leve eco de voces en la habitación contigua. Mi corazón late a mil por hora; la ansiedad se me clava en el pecho como un puño apretado.

Vamos, Lucía. Tienes que ser valiente. A por ellos.

Mi propia voz interior, antes asustada, ahora suena como un eco frío y decidido. No hay vuelta atrás. Este es mi infierno, y voy a caminar por él con la cabeza alta.

Es una voz suave, casi como una caricia, pero también firme. Una orden silenciosa que no puedo ignorar.

Por mucho que me anime, levantarme me cuesta una eternidad. Joder, me duele la cabeza. Creo que me desmayé, y la verdad, no me sorprende.

Mientras leía la carta, olvidé que tenía que seguir respirando.

Siento que cada palabra que leí me ha golpeado como un mazazo.

Ahora solo quiero respuestas, aunque me duela hasta el alma.

Salgo al pasillo, mirando a mi alrededor.

Está desierto. Escucho el murmullo de sus voces y me dirijo hacia allí.

Los veo sentados en los sillones, alrededor de una chimenea encendida. El resplandor de las llamas centellea en sus ojos.

Al escucharme llegar, levantan la mirada.

Me observan como si esperaran que saliera corriendo, y sinceramente, lo he pensado.

Pero sé que no serviría de nada.

Tengo experiencia con Hugo y con Álex: correr no funciona.

Siempre te encuentran.

—Disculpe, don Massimo, pero creo que se han equivocado. No puedo ser su hija. Sé que dejaron a una niña en un convento, pero allí abandonan a niños todos los meses —digo, intentando sonar firme, aunque mi voz tiembla.

Mis manos no paran de moverse, nerviosas, y siento que mis palabras no me pertenecen del todo.

Ambos me observan en silencio. El nerviosismo se dispara en mi interior.

—Lucía, lamento decirte esto —dice Nicolás con un tono suave —. Sé que es una noticia difícil de digerir, pero eres mi hermana.

¿Qué?

—Llevamos años intentando encontrarte. Nuestra madre solo dejó la dirección del convento y poco más. Nos ha costado muchísimo dar contigo. Investigamos a todas las niñas que fueron abandonadas allí durante esas fechas.

Nicolás respira hondo, y sus ojos se vuelven vidriosos por un instante.

—Yo estaba allí cuando naciste. Jugué contigo. No tengo muchos recuerdos, era muy pequeño, pero sé que eras la bebé más hermosa que había visto jamás. Y… te pareces muchísimo a nuestra madre. Eres idéntica.

Mientras Nicolás habla, siento que me falta el aire. Tengo que recordarme que debo respirar, que el mundo sigue girando, aunque todo en mí quiera detenerse.

—No queríamos asustarte, Lucía —continúa—. No íbamos a acercarnos sin estar completamente seguros de quién eras. Y menos aun sabiendo que eres amiga de la esposa de Hugo Torres.

Siento cómo cada palabra pesa más que la anterior, y la verdad amenaza con desbordarme. Pero sé que tengo que escuchar, aunque duela.

—Este mundo es complicado. Por malentendidos como este han estallado guerras que han durado años. Así que… entramos a tu apartamento y tomamos una muestra de tu cabello para hacer una prueba de paternidad. Está ahí, en esa carpeta. Puedes revisarla. No queremos hacerte daño, te lo juro. No nos vamos a mover.

¿¡QUÉ!?

—Un momento… —mi voz se quiebra—. ¿Estás diciendo que entraste en mi apartamento, rebuscaste entre mis cosas privadas y me hiciste una prueba de paternidad sin mi consentimiento?

No puedo ocultar mi indignación. Me siento violada en mi intimidad, invadida sin ningún respeto.

Lo miro con los ojos como platos.

—¿De verdad crees que diciéndome eso voy a calmarme? ¡Por Dios! ¡Es evidente que no me conoces! Estás muy equivocado si piensas que voy a creerme lo que dice ese papel. Quiero repetir la prueba. Y quiero volver a mi vida.

Mi voz se eleva, llena de rabia y desesperación.

—Cuando descubras que no soy tu hija ni tu hermana —porque eso es imposible—, entonces, por favor, no vuelvan a aparecer.

Me siento al borde de la locura.

¿Por qué todo esto me tiene que pasar a mí?

—Lucía, te juro que lo que dice ahí es cierto —interviene Massimo con un tono sereno pero firme—. Si no nos crees, no hay problema. Repetiremos la prueba. Tendremos los resultados en unas semanas. Mientras tanto, puedes seguir con tu vida.

—Solo queríamos conocerte —añade—, y que supieras que tienes un padre y un hermano que te han estado buscando durante años. Solo eso.

Lo miro, y ahora que lo observo bien… hay rasgos similares: la nariz, los labios.

No puedo evitar que un hilo de duda se cuele en mi mente.

—Bien —digo, tragando saliva—. Repetiremos la prueba. Y, por favor, si no soy tu hija —que no lo soy, es imposible—, no vuelvan a aparecer en mi vida.

Lo último que necesito son más problemas; ya he tenido suficientes.

—Lo entendemos, Lucía —dice Massimo, mirándome con calma —. Pero si realmente eres mi hija, tendrás que acostumbrarte a vernos y a pasar tiempo con nosotros. Hemos vivido toda una vida sin ti, y eso no volverá a suceder. Ahora que te hemos encontrado, no te dejaremos ir otra vez.

No sé por qué, pero esas palabras traen una calma inexplicable.

Es como si, en el fondo, una parte de mí deseara que fuera verdad. Como si mi subconsciente anhelara que ellos fueran mi familia.

Sería un follón, la verdad. Madre mía… ¿Hija de un Don de la mafia italiana?

Sería una auténtica locura.

***

Dos horas más tarde, tras hacernos el análisis de sangre para enviarlo al laboratorio —*que, por cierto, me ha dolido muchísimo y, encima, odio las agujas hasta el punto de llorar solo con verlas*—, regreso a casa con una idea clavada en la cabeza: llamar a Rocío.

Necesito contarle todo lo que ha pasado. Necesito su voz, su risa burlona, esa forma tan única que tiene de hacer que todo parezca menos grave, menos pesado. Ella tiene ese don: transformar la tormenta en una simple llovizna. Es mi cable a tierra, mi cómplice en las locuras, mi amiga loca de mierda.

Estoy segura de que me ayudará a manejar todo esto mejor... o al menos eso pensaba.

He estado llamándola durante horas. Y no me responde.

No es normal. No en ella.

Rocío vive literalmente con el móvil pegado a la mano. Una vez me contestó en plena sesión de sexo, y no es broma, lo juro por lo más sagrado. Me dijo:

"Tía, si no es el apocalipsis, habla rápido, que estoy encima."

Así de excesiva es. Así de disponible siempre.

Por eso este silencio… este maldito silencio no pinta nada bien. Me encoge el pecho y me aprieta la garganta.

Sigue sin contestar. Tampoco ha leído mis mensajes, ni uno solo. No hay ni doble check. Es como si el mundo se hubiese tragado su señal.

No puedo quedarme así murmuro, agarrando las llaves del coche con los dedos temblorosos. *Tengo ese puñetero pálpito. Algo jodido está pasando.*

Conduzco con el corazón acelerado y una sensación pegajosa en la nuca. Esa maldita sensación. Esa presencia invisible, como si algo me observara desde las sombras. Como si el aire pesara.

Nunca pasa nada, pero siempre está ahí. A veces creo que me estoy volviendo loca. Que mis pesadillas han contaminado mi cabeza. Que me he obsesionado con la idea de ser perseguida.

Pero no puedo evitarlo.

La última vez que estuve en un bosque fue en una excursión del colegio. Tenía nueve años. Terminó conmigo temblando como una hoja, con un ataque de pánico tan brutal que el profesor tuvo que llevarme al hospital.

Desde entonces, el simple sonido del viento entre los árboles me hace temblar. Porque en mi mente aparece él: el hombre de mis pesadillas. Siempre detrás, siempre acechando, con pasos pesados, con una sombra que me devora entera.

Al llegar a la urbanización donde vive Rocío, noto enseguida que algo no va bien. Hay más seguridad que de costumbre: más hombres en la entrada, todos con cara de pocos amigos, y mucho movimiento alrededor de la propiedad. Coches, llamadas por radio, miradas tensas.

Me dejan pasar sin problemas, como siempre, pero cuando bajo del coche, nadie me recibe.

Y eso no me gusta nada.

Siempre que vengo, Rocío está ahí: a veces con una copa de vino, otras con una broma absurda, o con una de esas carcajadas de bruja malvada. Pero siempre está. Hoy, nada. Solo ese silencio espeso.

Corro hacia la puerta. El corazón me late en el pecho como si fuera a salirse del cuerpo. Algo está mal. Muy mal.

La vida de Rocío nunca fue normal. Ser la esposa de Hugo —*el líder de una de las organizaciones más poderosas de la Costa del Sol* — no es vivir: es sobrevivir.

Significa tener enemigos que fingen ser amigos, amenazas camufladas con sonrisas, traiciones escondidas en cada esquina.

Cuando entro, confirmo mis sospechas.

Están todos reunidos en el salón. Y cuando digo "todos", no me refiero a los típicos amigos con cervezas.

No. Me refiero a la élite del puto infierno.

Ahí está Víctor, el genio de los ordenadores. Delgado, con el rostro oculto tras unas gafas oscuras y una sudadera negra con capucha. Además, por su cara de cansancio, parece que no ha dormido en años. Habla poco, pero sabe todo. Absolutamente todo. Es el tipo que puede colarse en tu móvil en tres segundos o espiar al mismísimo presidente desde una cámara de tráfico.

Y luego está él.

Álex.

El segundo al mando. Un puto monstruo vestido de hombre. Pero desprende una sexualidad devastadora.

Le he visto pocas veces desde que me fui de su casa, pero cada vez que le veo, mi cuerpo tiembla. Esos sentimientos no han desaparecido, y se están convirtiendo en algo casi obsesivo.

Cada nervio de mi cuerpo se tensa, una mezcla embriagadora de terror y deseo. Es una conexión visceral que me aterra, pero me arrastra sin remedio. Sé que es peligro, encarnado y letal, pero algo en mí ansía ser consumida por él.

Alto, musculoso, con un cuerpo esculpido a golpes. Tatuajes oscuros recorren sus brazos y parte del cuello. No son decorativos; son marcas de guerra, recuerdos de muertes, nombres de los que ya no respiran.

Sus ojos azules cortan como cuchillas: fríos, calculadores, letales. Su voz, cuando habla, es como una caricia con filo: grave, áspera, peligrosa.

Y su boca.

Dios. Esa boca podría romperme, destruirme y hacer que le dé las gracias.

Me imagino el sabor de la perdición en sus labios, el aliento de la oscuridad susurrando mi nombre. Una parte de mí anhela esa aniquilación, esa sumisión a un poder tan absoluto.

Tiene el cabello rubio, algo largo, siempre despeinado, como si acabara de salir de la cama. Pero no de cualquier cama, no. Es el tipo de hombre que no necesita levantar un dedo para que todos lo respeten. Te mira y sientes que podrías morir o desear morir entre sus brazos.

Solo lo he visto una vez sin camiseta, y fue suficiente.

Mis neuronas colapsaron. No sabía que podía desear tanto que alguien me tocara solo con mirarlo. Cada uno de mis poros reclama algo de contacto con él. ¿Cómo sería besarle?

—¿Qué ha pasado? —disparo apenas cruzo el salón, mirándola como si me aferrara a ella—. ¿Por qué no has respondido mis llamadas? Te he estado llamando como una loca.

Ella me mira con el rostro serio, sin su sonrisa habitual.

—Lo siento, Lucía —responde bajando la voz—. He estado ocupada. Dejé el móvil en la habitación. No me di cuenta. Siéntate, por favor. Hay cosas que necesitamos contarte. Cosas importantes.

El aire se vuelve denso con el peso de la verdad inminente. Siento que no solo son 'cosas importantes', sino secretos enterrados, verdades que pueden destrozar mí ya frágil realidad.

Joder.

Lo sabía.

Algo pasa.

—Ya que estamos todos —dice Hugo con voz firme—, comencemos.

Hugo. El jefe. El puto rey de este tablero sangriento. Siempre impecable, con su traje negro, su reloj caro y esa mirada que congela.

Es de pocas palabras, pero cuando habla, todos se callan.

Y, por lo que he escuchado de él, es de los que sonríen cuando van a matar.

—Los italianos están causando problemas —continúa, sin alterarse—. Enfrentamientos con nuestros hombres, robos en los almacenes. Y lo último ha sido incendiar el club de Álex.

Mi sangre se hiela en las venas. Los italianos. Mi familia. De repente, el rompecabezas de mi vida empieza a tomar una forma grotesca, un lienzo salpicado de sangre y traición.

—¿Qué...? ¿Cómo que incendiaron el club?

—Gracias a Dios no había nadie dentro —añade Hugo—. Se podría haber convertido en una masacre. Los bomberos tardaron horas en apagar el fuego. El club ha quedado destrozado. No queda nada.

—¿Desde cuándo está pasando esto? —pregunto, sin poder ocultar la incredulidad.

—Desde hace un par de semanas —responde con frialdad—. Al principio eran cosas pequeñas. Pensamos que era ruido de fondo. Pero esto… esto ya es personal. Están mandando un mensaje.

—¿Sabemos quiénes son?

—No con certeza —contesta—. Solo sabemos que son italianos. Creemos que quieren reclamar nuestro territorio.

Álex no dice nada, pero su mandíbula se tensa. Su mirada se vuelve más afilada. Sé que, por dentro, ya está planeando una masacre. Ese cabrón no perdona. Si alguien tocó su club, lo va a pagar con sangre, con fuego, con gritos.

Y, por mi parte, solo espero que Massimo no tenga nada que ver en esto.

—Víctor va a rastrear a todas las familias italianas con posibles vínculos con la mafia —continúa Hugo—. Y Álex se moverá con nuestros contactos. Cuanto antes sepamos quiénes son, antes acabaremos con esta mierda.

Álex asiente en silencio, pero sus ojos ya están ejecutando una sentencia.

Si Massimo está involucrado… si de verdad es mi padre y está detrás de todo esto…

No voy a poder evitar lo inevitable.

Una guerra. Me veo atrapada entre dos fuegos, una marioneta en un conflicto que no elegí. La lealtad se convierte en una daga de doble filo, y el abismo que se abre ante mí es más profundo de lo que jamás imaginé.

Antes de que todos se marchen, respiro hondo y doy un paso al frente.

—Chicos... —digo con la voz temblorosa—, antes de que os vayáis, necesito contaros algo. Algo importante.

Todos me miran.

El salón entero queda en silencio.

—Fui a una entrevista de trabajo. Me llegó por correo hace dos días. Parecía algo normal, pero no lo fue. Me estaban esperando un padre y su hijo… y me dieron esto.

Saco la carta del bolso con manos temblorosas; todo esto me está afectando más de lo que puedo controlar. Se la entrego a Hugo.

—Quiero que la leas.

Él la abre. La mira detenidamente. Luego, comienza a leerla en voz alta.

Todos escuchan en silencio. Nadie respira.

Y yo siento que mi vida está a punto de cambiar otra vez.

CAPÍTULO 4

ÁLEX

La Sinfonía del Sufrimiento.

Cuando Hugo termina de leer la carta que Lucía le entregó, un silencio espeso se instala en la habitación. No hay aire, solo la tensión colgando como una soga.

Siento la sangre hirviendo en mis venas, una presión que amenaza con reventarme la cabeza. Cada segundo de ese silencio es una tortura que alimenta mi ira.

Todos nos miramos como si acabaran de decirnos que vivimos dentro de una mentira.

¿Lucía, hija de un don de la mafia italiana? Suena a maldita película de mierda.

—¿Te han dado alguna prueba? ¿Alguna evidencia real de que todo esto no es una farsa? —le espeto, sin rodeos, con la mandíbula apretada.

Sé que está nerviosa, pero no me importa.

Necesito respuestas. Las quiero ahora. Y las quiero completas.

—Tenían una prueba de paternidad… pero no me la creí. Ni siquiera quise mirarla. Hemos decidido hacernos otra. Los resultados estarán listos en un par de semanas —responde, con la voz temblorosa, los ojos nublados por una tensión y la duda.

—¿Y tú te quedaste tan tranquila con eso? ¿Dos semanas? —mi voz se clava como un cuchillo en la estancia—. ¿Tú sabes la clase de mierda que puede pasar en catorce días? ¿Cuántas vidas pueden acabarse mientras esperas un puto resultado en un sobre?

En nuestro mundo, catorce días son una eternidad, suficiente para construir un imperio o para verlo arder. Su ingenuidad me exaspera hasta el límite.

—¿Te amenazaron? ¿Te tocaron un puto pelo? —interviene Hugo, con tono seco, firme como un puto policía en plena redada.

—No, tranquilos. Me desmayé al leer la carta… y cuando desperté, estaba sola. No me hicieron daño. Dijeron que querían conocerme. Me hablaron de vosotros, sabían que sois importantes para mí. Aseguraron que no querían problemas.

—¿Y tú te lo creíste? —escupe Hugo, bajando la cabeza y riéndose sin humor—. Una carta, una historia bonita y te tienen comiendo de la mano. Te están manipulando y ni te estás dando cuenta. Esto no es un maldito cuento de hadas, Lucía, es el puto infierno camuflado del paraíso.

—¿Y tú te tragaste esa mierda? ¿Así de fácil? —gruño—. ¿Y si todo esto es una puta cortina de humo? ¿Y si te están usando como carnada, Lucía?

Ella me mira con rabia contenida, como si acabara de escupirle en la cara.

—Álex, no son ellos. No los conozco a fondo, pero estoy segura de que no tienen nada que ver con lo que está pasando. No son enemigos.

—¡Eres una jodida ilusa! —grito, avanzando un paso hacia ella —. No tienes ni puta idea de lo que esta gente es capaz de hacer. ¿Sabes lo que significa el nombre de Massimo Vanetto? Es uno de los más cabrones del puto planeta. El hecho de que aparezca justo ahora, cuando todo se va a la mierda, no es coincidencia. ¡Despierta, joder!

—¡Tenían una prueba! ¡Y la hemos repetido! ¡Yo misma vi cómo se la llevaban al laboratorio! ¡Yo estuve ahí, Álex!

Por primera vez, levanta la voz. No es la Lucía dulce y callada. Esta es otra. Más firme. Más rota.

Una chispa peligrosa se enciende en sus ojos, un fuego que no le conocía. Y, a pesar de la furia que me consume, una parte de mí se siente extrañamente... atraída por esa nueva faceta, esa fuerza oculta.

El silencio que la sigue es tan pesado que parece ahogar el aire. La rabia cede un milímetro, solo para ser reemplazada por una punzada de algo que no reconozco, un eco de su terror que resuena

en mi propia oscuridad. Esa pesadilla, tan visceral, me conecta a ella de una forma que no me gusta admitir.

Sus mejillas están encendidas, el pecho sube y baja rápido, como si estuviera a punto de explotar. Y en sus ojos... hay una tormenta. Una mezcla de miedo, furia y decepción.

—¿Te ha pasado algo que no nos has contado? —pregunta Rocío, con la voz quebrada—. Nunca te alteras así.

—Estoy harta —dice, temblando—. Harta de que todos me traten como si fuera una puta niña. No soy idiota. Sé que esto es peligroso, pero no son ellos. Hay otra familia moviendo los hilos.

—¿Y cómo coño sabes eso? —salto de nuevo—. ¿Tienes pruebas? ¿O solo es tu intuición de niña buena la que te lo dice? Porque si es así, Lucía, estás jodidamente perdida.

Rocío la abraza. La calma. Intenta apagar ese fuego con caricias suaves.

—¿Sigues teniendo esa pesadilla, verdad? —le susurra.

—¿Qué pesadilla? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Desde hace años —responde Lucía—. Es solo una pesadilla. Pero me deja jodida. Y ahora… todo esto la revive.

—Una donde estoy sola —añade Lucía, bajando la mirada—. En un bosque, oscuro. Gente que no reconozco me grita cosas que no entiendo. Sangre en las paredes. Una voz que me llama, pero no sé de dónde viene. Y una sombra… que se acerca. Siempre se acerca. Nunca la veo. Solo la siento. Como ahora.

Nos quedamos en silencio.

Esa clase de silencio que corta.

Donde nadie sabe qué decir, pero todos sienten que algo se ha roto.

La dejamos respirar. Pero yo no olvido, no perdono, no confío.

Hugo da órdenes. Víctor se encargará de revisar cada rincón de la vida de Massimo y Nicolás. Si esos hijos de puta tienen algo que ver, lo sabremos.

Hugo no habla mucho, pero cuando lo hace, su voz suena como un maldito disparo. Está furioso. Lo veo en su forma de mover la mandíbula, en cómo aprieta los puños sin siquiera notarlo.

—Quiero saber quién le dio esa carta. Quiero cámaras, testigos, matrículas, jodidos nombres —gruñe Hugo—. Si alguien de los Vanetto ha pisado esta ciudad, lo quiero cazado antes de que anochezca. Y si tocó a Lucía… lo quiero muerto.

Yo no me quedo a escuchar más.

Salgo.

Necesito aire. Necesito quemar algo con la mirada. Lucía desapareció sin una jodida despedida. Ni un mensaje. Nada. Como si no hubiera significado una mierda.

Pero sí que significó. Demasiado. Se me ha quedado grabado como uno de los tantos tatuajes que llevo.

Fingí ser quien no soy. Fui suave. Tierno. Una puta mentira. Porque el verdadero yo es otra historia. Hugo es el cerebro, pero yo soy la fuerza. Víctor, el cazador de sombras. Soy la pesadilla que se esconde bajo la cama. El tipo que no reza por las noches porque Dios ya no lo escucha.

Camino sin rumbo, con el pecho ardiendo. Las palabras de Lucía me taladran el cráneo. *"No son ellos"*, repite mi mente como un puto eco maldito. Pero yo no creo en cuentos.

Creo en hechos. Y los hechos, hasta ahora, solo me han enseñado que confiar es lo mismo que cavar tu propia tumba.

Y Lucía… Lucía va a saberlo. Tarde o temprano. Cuando vuelva a tenerla bajo mi control, no la dejaré ir. Será mía. Entera. A mi manera. La poseeré, no solo su cuerpo, sino también su mente y su alma. Será mi ancla en este puto infierno, mi obsesión.

Aunque grite. Aunque llore. Aunque me odie. Porque, una vez que entras en mi mundo, ya no hay salida. Y Lucía… ya cruzó la maldita puerta.

Y esta vez, no pienso cerrarla. Voy a arrastrarla conmigo hasta el fondo. Donde solo existimos ella… y yo.

***

Después de horas esperando, finalmente llega el puto mensaje:

"Tenemos a uno."

Tardo menos de diez minutos en llegar al sótano. El lugar donde la verdad se arranca con gritos. Donde los secretos se escriben con sangre. El aire aquí es una mezcla densa de óxido, miedo y el olor dulzón de la carne. Cada respiración es un recordatorio de la violencia que habita en estas paredes, una sinfonía de sufrimiento que yo dirijo. Uno de los míos me espera junto a la puerta de acero, con la cara seria y las manos manchadas de algo que claramente no es sudor.

—Jefe —me dice sin levantar la vista—, los chicos lo han intentado todo. No suelta prenda. No dice ni de dónde viene ni a quién sirve.

—En cinco minutos va a estar suplicando que le arranquemos la lengua solo para dejar de hablar —respondo mientras empujo la puerta y entro.

El ambiente huele a miedo, sudor y metal oxidado. Un cóctel que me resulta tan familiar como el humo de un habano. Lo veo colgado de una viga, con los brazos atados por encima de la cabeza; las muñecas amoratadas, los pies descalzos y una bolsa negra cubriéndole la cara. Se mueve débilmente; le tiembla todo el cuerpo. El sonido de su respiración agitada se mezcla con los quejidos ahogados.

—Quitadle esa mierda de la cara —ordeno, sin detenerme. Me saco la chaqueta; la dejo en una silla; me remango. Yo no tengo prisa. Él sí debería tenerla —. Cuando le descubren la cara, se me escapa una carcajada.

—No jodas… —murmuro mientras me acerco con calma—. Un puto crío. No debes tener más de veinte años. Lástima; vas a morir como un cerdo viejo, y nadie va a venir a buscarte.

Su juventud no me inspira piedad; solo es una variable más en la ecuación de mi venganza. Su miedo, palpable en el aire, es mi combustible.

El chaval me mira con los ojos abiertos como platos; respira entrecortado, casi hiperventila. Está pálido, lleno de mocos y a punto de cagarse encima.

—¿Nombre? Y más te vale no mentirme; hoy no estoy para juegos de niños. Así que, por un rato, vamos a ser adultos.

—D-Dino… Me llamo Dino.

—Dino —repito, saboreando el nombre como si fuera veneno—. ¿Y qué coño hacías en MI territorio, Dino?

—Y-y-yo… solo estaba… paseando, señor… —Su piel comienza a palidecer, llegando a un tono amarillento; está muerto de miedo. Esto va a ser fácil.

Paseando.

Me río. De verdad que me río; un sonido seco, cruel. Casi duele escucharlo.

—¿Paseando? —repito, mirándolo fijamente—. ¿Tú te crees que esto es un puto parque? ¿Te parezco el alcalde de Málaga? ¿O esto te parece una excursión escolar?

No espero respuesta. Le meto un puñetazo seco en el estómago; escucho cómo le explota el aire de los pulmones. Se dobla; gime; tiembla; se mea encima.

—Qué asco, tío… —susurro con desprecio, dándole una patada en la pierna para que se balancee como un puto saco de carne—. Te meas como un bebé. ¿Y tú vendes droga? ¿Tú trabajas para alguien? No duras ni un segundo en el infierno al que te voy a mandar. Venga, Dino, que sabemos que lo puedes hacer mejor.

La repulsión me revuelve el estómago, una prueba más de lo patético que es. Este chaval no es más que un insecto, y lo voy a aplastar sin remordimientos.

Me acerco a la mesa.

Mi mesa.

La mesa donde tengo las respuestas.

Un cuchillo de caza me espera; mango de hueso, hoja reluciente, afilada como mi paciencia. Lo alzo despacio, dejándole ver cómo el filo refleja la luz del neón.

El acero frío se siente como una extensión natural de mi propia voluntad. Observo cómo sus ojos se clavan en el brillo de la hoja, y sé que ya ha empezado a imaginarse el dolor. Cada corte será una nota en su canción de muerte.

—¿Qué hacías aquí, escoria? —Llega hasta mi posición el olor a orina, y creo que el hedor de su miedo.

—¡Mi jefe! Mi jefe me mandó a vender coca… solo eso…

—¿Y quién es tu jefe?

—N-no puedo decirlo… si lo hago, me matan…

—Y si no lo haces, te mato yo. Pero lento, muy lento. Te cortaré las orejas y te las meteré por el culo, una por una. Después te arranco los dedos, uno por uno, sin anestesia. Luego los ojos. Y por último, si me queda tiempo y ganas, los huevos. Los dejaré colgando de tu boca como si fueras un puto adorno navideño. Sin prisas, porque aquí nadie las tiene; bueno, a no ser que quieras acabar rápido con esto. El chaval empieza a llorar. Un llanto real. Sucio. Doloroso.

—¡Dante! ¡Dante Lombardi! ¡Es él! ¡Por favor, por favor, no me mate! ¡Te juro que no sabía que era tu zona!

Dante Lombardi.

El muy hijo de puta.

El cabrón que quemó mi club; que se metió en mis rutas, como si pudiera repartir mi territorio con esa sonrisa de mierda. Que se creyó que, por tener apellido italiano y contactos en Nápoles, podía jugar en mi campo sin pagar las consecuencias.

Pero Lombardi no es tan estúpido para hacer esto solo. Hay algo más; alguien más grande moviendo los hilos, y lo descubriré. Este crío es solo el primer escalón. No me detendré hasta desenterrar a la serpiente maestra que mueve a todos estos cobardes. Y cuando la encuentre, la retorceré hasta que se rompa.

Y ahora me manda a este imbécil, como si yo no fuera a darme cuenta.

Ha firmado su sentencia. Y lo sabe.

Mientras salgo del sótano, saco el móvil con la misma calma con la que alguien enciende un cigarro.

YO: Dante Lombardi.

VÍCTOR: En cuanto lo encuentre, te aviso.

Me detengo en la puerta. Me giro hacia el chico, que apenas puede mantenerse consciente.

—Elimínalo —le digo al tipo que está de pie junto a él—. Y hazlo sufrir. Quiero que grite. Quiero que se escuche desde la puta calle. Quiero que Dante lo escuche desde donde coño esté escondido.

El eco del llanto ahogado de Dino ya resuena en mis oídos; una melodía prometedora.

Y, mientras camino de vuelta a mi coche, sonrío.

Porque la guerra ha empezado.

Y, esta vez, yo no pienso dejar ni uno vivo.

CAPÍTULO 5

LUCÍA

Entre Dos Fuegos.

Horas después de que Álex y Víctor se marcharan, Rocío logra convencerme de que me quede a dormir en su casa. Hugo sigue trabajando, encerrado en su despacho, así que pedimos comida china para llevar y nos acomodamos en el sofá con mantas, rodeadas de bolsas con restos de salsa y arroz frito.

La idea es distraernos de todo, olvidarnos por unas horas del puto caos que se viene encima, pero lo único que hacemos es reírnos como dos locas tontas viendo películas empalagosas y cursis, esas que yo jamás admitiría que me gustan.

Entre risas, alguna que otra lágrima escondida y miradas cómplices, terminamos dormidas, la cabeza apoyada una en la otra, escuchando las escenas de amor imposible que no tienen nada que ver con lo que me pasa a mí.

Es un oasis diminuto, una burbuja frágil de normalidad, y sé que no durará. Cada risa se siente como un desafío al destino que me acecha.

De repente, un estruendo brutal de voces me despierta. Me sobresalto, abro los ojos y veo que no estoy sola, Rocío está sentada a mi lado, con el ceño fruncido, alertada por el ruido. Viene del pasillo, de la entrada. Mi corazón se dispara contra mis costillas, una batería de guerra que me ensordece. El aire se carga de adrenalina, y mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda procesar el peligro.

Nos levantamos rápido, con el corazón latiendo en la garganta, y corremos a ver qué está pasando. Al girar la esquina, los veo: Hugo y Álex están allí, con las armas desenfundadas, apuntando a alguien que acaba de entrar sin avisar. Son dos estatuas de piedra,

inquebrantables, letales. Verlos así, listos para matar en su propia casa, me hiela la sangre y me recuerda que estoy pisando un terreno minado.

—¿Qué cojones pasa aquí? —pregunta Rocío, avanzando con pasos firmes, la voz llena de autoridad, aunque apenas sabe qué demonios ocurre.

—¡Meteos dentro, ya! —gruñe Álex, sin ni siquiera mirarnos; los ojos encendidos en ira y alerta máxima.

Pero Rocío no retrocede ni un centímetro.

—Ni de coña. ¡Explicadme por qué cojones estáis con armas en mi casa, donde MI hija está durmiendo justo encima! —su voz es un trueno, y el tono no admite réplica—. Y tú, Álex... no te atrevas a volver a decirme qué hacer bajo mi techo, o te juro que te arranco los putos ojos.

Hugo frunce el ceño, se tensa, pero intenta calmar las cosas.

—Por favor, morenita, vuelve al salón. Esto no es para que estés metida.

Entonces miro a la persona que está en la puerta.

Mi cuerpo se hiela por dentro; una mezcla de miedo y sorpresa me deja paralizada.

—¿Nicolás? ¿Qué haces aquí? —pregunto, tratando de mantener la voz firme, aunque todo en mí tiembla.

Su rostro, normalmente tan sereno, ahora muestra una tensión que no le había visto antes. Parece más un intruso atrapado que un depredador, y eso me desconcierta.

Rocío me lanza una mirada incrédula.

—¿Este es el que dice que es tu hermano? —murmura, confusa y desconfiada.

—Sí… pero no entiendo por qué lo tenéis en la mira. ¡Él no ha sacado ningún arma! —protesto, adelantándome un paso.

—¡Ha entrado como un puto fantasma! Sin avisar, sin permiso. ¿Qué querías, que lo invitáramos a un café? —brama Álex; sus ojos son como puñales que cortan el aire, la voz temblando de rabia contenida.

Siento la onda expansiva de su furia, una fuerza casi física que me golpea.

Él no solo está cabreado; está furioso, y su ira me hace dudar si mi decisión de interponerme es valiente o simplemente estúpida.

No puedo quedarme de brazos cruzados. Me interpongo entre ellos.

—Guardad las armas. Vamos a escuchar lo que tiene que decir, ¿vale? —mi voz suena más firme de lo que esperaba, aunque, por dentro, quiero romper a llorar.

Hugo me mira unos segundos, evaluando la situación, y al fin baja el arma.

Álex no se mueve ni un milímetro.

—¿Puedo hablar sin que estos dos me revienten a balazos? —dice Nicolás, con la voz tensa, pero sin perder la compostura.

Sin pensarlo, me coloco justo frente a Álex. Le hago señas a Rocío para que cubra a Hugo. Si estamos en medio, no pueden disparar… o eso quiero creer.

—Ni de coña. ¡Muévete, Lucía! ¿Te has vuelto loca? —ruge Álex, empujándome con rabia contenida.

Pero vuelvo a interponerme, sin miedo.

—¡No me pienso mover! ¡Cállate de una puta vez! —le espeto sin apartar la mirada.

Siento su cuerpo acercarse como una sombra caliente y brutal.

Me rodea la cintura con fuerza, atrayéndome hacia él como si quisiera romperme, poseerme sin permiso, marcarme para siempre.

Su agarre es una prisión, pero también un refugio. Me ahogo en la contradicción de querer escapar y al mismo tiempo, desear hundirme en la oscuridad que emana de él. Sus dedos se clavan en mi piel, una advertencia de propiedad.

—Primera vez que te acercas a mí… después de meses ignorándome —susurra al oído, la voz cargada de una mezcla de furia, deseo y un dolor que ni él mismo comprende—. Estoy hasta los cojones, Lucía. En cuanto termine esta mierda, tú y yo vamos a hablar. Y te lo advierto… no vas a volver a esconderte de mí. Te lo juro por mi puto nombre.

Mi corazón golpea con fuerza, como si quisiera salirse del pecho.

No sé si es por miedo, por la adrenalina o por tenerlo tan cerca, respirando en mi cuello, con ese olor a cuero y tabaco que me

vuelve loca.

Álex es un incendio, un veneno del que no puedo escapar.

Su presencia se me ancla, densa, casi tan asfixiante como la sombra en mis pesadillas.

Por un instante, el aroma a cuero y tabaco que emana de él se mezcla en mi mente con el hedor metálico que recordaba del bosque.

Una alarma silenciosa suena en mi cabeza: ¿es él la amenaza que llevo doce años persiguiéndome o solo una nueva manifestación de ella?

Me obligo a mirar a Nicolás.

—Habla.

—Uno de los enemigos de mi padre está en Málaga. Creemos que sabe que estás viva. Y todo lo que ha pasado… lo del club, los almacenes… no fuimos nosotros. Han empezado a moverse. Están buscándote.

—¿Pero por qué? ¡Yo no soy nadie! ¡Ni siquiera está confirmado que sea tu hermana! —respondo, la voz casi quebrada, sin poder creer lo que escucho.

—Sí lo eres. Mamá fingió tu muerte para protegerte, pero nunca dejaron de buscarte. Cuando nos secuestraron, nos preguntaban por ti todo el tiempo. Creían que papá estaba muerto y querían exterminar a toda su sangre. Después del rescate, mi padre mató al viejo don Lombardi. Su hijo, Dante, tomó el mando y quiere vengarse. Estamos casi seguros de que ha descubierto tu existencia… y dónde estás.

Cada palabra de Nicolás es un puñal que se clava en mis entrañas.

La historia de mi vida, la mentira de mi muerte, la venganza que me persigue... todo se entrelaza en una red de sangre y traición.

Soy el premio, la moneda de cambio en una guerra que no es mía, pero que me consume.

Un escalofrío me recorre toda, como un aviso de que la mierda está a punto de explotar.

Un mafioso está tras de mí. Mis amigos están en peligro por mi culpa.

—¿Y cómo coño sabéis eso? —interviene Hugo, ya más atento, su voz grave y firme.

—¿Y según tú, ese cabrón nos jode la vida para llegar hasta mí? —murmuro, sintiendo que todo se desmorona. Álex me aferra con más fuerza, como si pudiera bloquear el mundo con sus brazos.

—Lucía, eres mi hermana. En cuanto tengamos el resultado de la prueba, te lo demostraré. Pero, mientras tanto, ven con nosotros. No vamos a dejar que te pase nada. Ya perdimos a mamá… no pienso perderte también.

—Ni de coña —escupe Álex—. Ella no va a irse contigo. Aquí está segura. Nosotros la protegemos. No necesitamos tus mierdas de hermanito arrepentido. Lárgate antes de que te reviente la cara.

—¡Álex, cállate de una vez! ¡No es momento de hacerte el puto macho! —salta Rocío, sin esconder la furia que le hierve en las venas.

Él la mira con odio crudo, como si estuviera a punto de saltarle al cuello, pero se contiene.

Sabe que perdería si se enfrentara a Rocío.

—Nicolás, no me voy contigo. No puedo abandonar a mis amigos. Ellos me han protegido cuando nadie más lo hizo. Aquí estoy bien.

—No digo que no estés a salvo… solo quería que confiaras en nosotros —su mirada se vuelve suplicante, casi desesperada.

—No puedo confiar en alguien que apenas conozco. Pero estaré bien. No voy a dejar que un cabrón como Lombardi controle mi vida.

Álex permanece rígido, con la mandíbula apretada y los músculos tensos, como si cada palabra de Nicolás lo envenenara. Está listo para saltar.

—Solo os pido que nos unamos para destruir a ese hijo de puta. Nos secuestró. Torturó a mamá. Nunca supieron que estaba embarazada de ti. Pero Dante sospechaba. Hace años, nuestro informante lo confirmó.

—Si de verdad quieres ayudar, lo hablaremos en mi despacho —dice Hugo, cortante, sin perder la compostura.

Álex me aprieta una última vez. Después me suelta con disgusto, como si le costara dejarme ir. Sin decir una palabra, se gira

y entra al despacho.

Me quedo sola en el pasillo, temblando, con la cabeza hecha un desastre, sintiendo cómo el mundo se tambalea bajo mis pies. Rocío me observa en silencio, los ojos llenos de preocupación.

En cuestión de minutos, todo mi mundo cambia y todo vuelve a ponerse oscuro. Siento que, por más que huya, el hilo rojo de mi destino se ha tensado, atándome de nuevo a una red de la que nunca debí escapar.

CAPÍTULO 6

ÁLEX

Primer Sabor a Pecado.

Estos putos italianos creen que tienen el derecho de venir aquí a decirnos cómo proteger a nuestras mujeres. Hugo lleva horas discutiendo con el *tortellini* ese en el despacho, y yo ya estoy hasta los putos huevos de escuchar gilipolleces. Me largué de allí antes de que le volara la cabeza; o me iba… o acababa con un cadáver sobre la alfombra.

La diplomacia es para los débiles. Yo hablo el lenguaje de la sangre y el acero, y la charla vacía de ese tortellini me revuelve el estómago.

Tengo asuntos más importantes que perder el tiempo con mierdas diplomáticas; como dejarle claro a una rubia testaruda que no se me escapa ni aunque lo intente con todas sus putas fuerzas. Cree que puede esquivarme, esconderse, desaparecer, como si no tuviera dueño. Pero se equivoca. Yo siempre sé dónde está; siempre. Porque es mía, joder; y lo que es mío, lo controlo, y lo protejo a mi puta manera.

Su libertad es una ilusión que yo le permito. Cada aliento que toma, cada paso que da está bajo mi ojo. Ella no lo sabe aún, pero su destino está sellado con el mío.

Hoy se ha encerrado en la biblioteca. Su santuario. Su maldito refugio. Siempre viene aquí a perderse entre libros viejos, como si en esas páginas pudiera escapar de mí. Pobrecita. Ingenua.

Entro sin hacer ruido. La atmósfera de la biblioteca es densa; huele a papel viejo y a madera pulida, un refugio falso para el alma que busco quebrar. La luz tenue de los ventanales caía sobre los lomos dorados de los libros; un escenario de paz que estaba a punto de profanar.

Este santuario de papel es débil, fácil de quebrar. La paz es una mentira, y yo soy la verdad cruda que la espera entre sus estanterías.

Está ahí, sentada junto a la chimenea, envuelta en una manta, absorta en un libro, con el ceño fruncido, como si el mundo fuera menos jodido entre esas líneas amarillentas. Ni se ha dado cuenta de mi presencia. Sus finos dedos trazan las palabras en el papel; ajena a la tormenta que se avecina.

La observo como un depredador hambriento que acecha a su presa. Es preciosa. Su cabello rubio cae en cascada sobre el hombro de la manta; sus labios, entreabiertos en un suspiro casi inaudible. Tan jodidamente mía que me enloquece.

Siento la urgencia, una sed insaciable de marcarla, de grabarle a fuego mi nombre en cada centímetro de su piel, de borrar cualquier rastro del mundo que la creyó libre.

—¿Vas a estar mirándome todo el rato? Es un poco inquietante —murmura sin levantar la vista, la voz apenas un hilo, pero con un deje de esa insolencia que me provoca.

—Me gusta observar lo que me pertenece; y tú, cuando te concentras, eres jodidamente irresistible.

—Si tú lo dices. Que sepas que no eres tan silencioso como crees; te oí desde que cerraste la puerta del despacho. Por cierto, ¿Nicolás sigue vivo, no?

¿En serio? ¿Ese es su puto interés? ¿El italiano de mierda? La sangre me hierve; ¿se preocupa por él? ¿Por el hermano que le soltó una bomba en la cara? La idea me retuerce el estómago.

—¿Te preocupa tanto?

Como diga que sí, lo reviento a él. A cualquiera. Estoy al borde. Mis puños se aprietan; el pulso me late en las sienes.

La simple mención de su nombre, de que ella se preocupe por ese puto italiano, me enciende una chispa de violencia que apenas contengo. Es mi ira, pura y sin diluir, y está lista para estallar.

—Álex, no quiero discutir. Si es verdad que es mi hermano, me gustaría conocerlo antes de que lo mates.

Qué suerte tiene ese cabrón de seguir respirando por ahora; pero si descubro que tiene algo que ver con los ataques a mis

negocios, lo haré saltar en mil pedazos.

Lo hago trizas. No quedará ni el recuerdo de su nombre.

—Por ahora respira; pero si me entero de que está detrás de algo, no me tiembla el pulso, ángel. Te lo dejo claro desde ya.

—Por ahora, dejemos de matar, ¿vale? No necesito más sangre en mi vida ahora mismo.

La miro bien. Está al límite; cansada, asustada, confusa. Su vulnerabilidad es casi un imán para mi lado más oscuro. Y yo... yo tengo que controlar mi maldito instinto de destruir todo lo que la dañe, incluso cuando ese "todo" sea yo mismo. No la romperé; no todavía. Primero la doblegaré.

—Ya que estás tan habladora hoy, ¿por qué no me explicas por qué te largaste como una cobarde? ¿O tengo que arrancarte la verdad de otras maneras más placenteras? —Mi voz es un gruñido bajo; una promesa.

—Necesitaba espacio, Álex. —Su tono es plano, como si intentara convencerme a mí; y a ella misma; de esa mentira.

—No me jodas. Apenas nos veíamos. ¿Espacio? Lo que me estás diciendo es mentira; y odio que me mientan.

—No podía seguir viviendo contigo. No estoy hecha para convivir con nadie.

Estoy perdiendo la paciencia; la calma que he intentado mantener se deshilacha. Me acerco. En un parpadeo, la levanto del sillón, arrojando el libro y la manta al suelo. La aprieto contra mí; la agarro por el cuello, sin hacerle daño, pero lo suficiente para que entienda que no voy a tolerar más evasivas. Sus ojos se abren de par en par; el pánico reflejado en ellos. Siento el delicado pulso de su garganta bajo mis dedos.

Ese miedo en sus ojos no me detiene; me excita. Es la confirmación de que entiende la lección que estoy a punto de grabarle en el alma: mi control es absoluto.

—Ángel, hazme un favor y no juegues conmigo —le susurro, acercando mi rostro al suyo, casi rozando sus labios—. Estoy intentando contenerme; pero no soy de los que piden las cosas por favor. Te estoy hablando en serio. Dime la puta verdad.

Nunca le he puesto una mano encima. Pero esto... esto no va de violencia; va de control. De que entienda quién manda aquí. De que sepa que no me va a perder de vista tan fácil.

La violencia física es para los animales. Yo prefiero la tortura psicológica, el dominio mental. Quiero que su voluntad se quiebre, no su cuerpo.

—Álex, suéltame. ¿Qué estás haciendo? —susurra asustada, la voz apenas audible; un temblor le recorre el cuerpo.

—Te estoy pidiendo algo muy simple. Quiero la verdad. ¿Por qué cojones te fuiste?

Mi mano sigue en su cuello; firme; la otra en su cintura, aferrándola a mi cuerpo. Tiembla; su respiración se vuelve errática, dificultosa. Sé que no la estoy ahogando, pero su mente se está volviendo loca; atrapada en el miedo y la confusión. Siento su corazón latir contra mi pecho; un tambor enloquecido.

—Respira, ángel —le ordeno, con la voz baja y profunda, casi una caricia—. Si te desmayas, te juro por Dios que, cuando despiertes, vas a seguir atrapada entre mis brazos; y no me vas a joder el momento.

Poco a poco, su pecho se mueve con más ritmo. Está empezando a calmarse; a ceder. Bien. Ahora habla.

—No puedo hablar contigo agarrándome así —me dice, suplicante; sus ojos buscando una salida.

—Claro que puedes. Lo acabas de hacer. Y quiero que sigas. Dime la verdad; hasta que no me la digas, no sales de aquí. —Mis dedos aprietan ligeramente su mandíbula; obligándola a mirarme.

—Me fui porque mis sentimientos por ti estaban cambiando —confiesa, con voz entrecortada; casi inaudible.

Una satisfacción oscura me inunda. Ahí está. La puta verdad. La que me ha carcomido las entrañas durante meses.

Es una victoria, amarga y dulce, pero enteramente mía.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me obligaste a buscarte como un loco? —La voz se me escapa más fuerte de lo que pretendía; con la frustración de meses acumulada.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me obligaste a buscarte como un loco? —La voz se me escapa más fuerte de lo que

pretendía; con la frustración de meses acumulada. —¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me obligaste a buscarte como un loco? —La voz se me escapa más fuerte de lo que pretendía; con la frustración de meses acumulada.

—Tenía miedo.

Le levanto la cara con firmeza; obligándola a sostener mi mirada.

Quiero que me mire a los ojos.

Que lo vea; lo que siento, lo que me arde por dentro.

La posesión pura.

—¿Miedo a qué, joder? ¿A mí? ¿Te he dado alguna puta razón para temerme? —Cada palabra es un látigo; pero también una demanda de honestidad.

—No quería perder lo que teníamos… no quería arruinarlo —responde, mirando al suelo otra vez; su voz, casi un suspiro de derrota.

—Ángel… mírame. —Mi pulgar acaricia su mandíbula, obligándola a alzar los ojos. Y cuando lo hace… veo la tormenta.

La beso. La devoro. Mi boca se estrella contra la suya; posesiva. Brutal. Muerdo su labio inferior hasta arrancarle un gemido de dolor y sorpresa. La aprieto contra mí como si el mundo se fuera a acabar; como si fuera lo último que hiciera en la vida.

Es una marca, una promesa silenciosa de que la reclama. Su sabor es la miel y el veneno, y me embriago con ambos. Su boca es mía, y solo mía.

Mis manos —una aún en su cuello, la otra en su cintura— la aferran sin piedad. Sus propias manos se clavan en mis brazos; sus uñas arañan mi carne. Siento la urgencia de consumirla. De reclamarla por completo. La deseo con un hambre que me quema las venas; un hambre primitiva.

Nadie puede tocarla. Nadie puede tenerla. Nadie puede hacerle lo que yo le hago. Si alguien lo intenta… lo entierro vivo.

Cuando me separo, la observo. Está jadeando; la boca hinchada, el rastro de sangre en su labio inferior. Sus ojos están turbios de deseo. De confusión. De un miedo que se mezcla con una

excitación que apenas se atreve a aceptar. Tiembla. Y yo no puedo resistirme más.

No está lista. Pero lo estará. Porque un día… un día no me va a pedir que pare. Me va a rogar que no lo haga. Y ese día, ángel… serás solo mía. Para siempre.

Pero hoy… hoy quiero verla perder el control. Quiero verla someterse a lo que yo decida.

Mi mano baja. Despacio. Desde su cintura, por su abdomen… hasta su vientre. Ella me mira con los ojos bien abiertos; fijos en mi mano, como si no pudiera creer lo que está pasando.

—Álex… —murmura; su voz rota, casi un gemido.

—Shhh… —la silencio, pegando mi frente a la suya; su aliento cálido se mezcla con el mío—. Solo siente. Deja que el control se te escape, aunque sea por un instante.

Deslizo la mano entre sus muslos, rozando la tela de su pantalón. Ella tiembla violentamente; sus mejillas arden con un rubor salvaje. Siento cómo se estremece con cada roce; su cuerpo responde a una voluntad que ya no es la suya.

—No… no deberías… —balbucea, con la respiración desbocada; luchando contra la sensación.

—Lo que no debería hacer es dejarte ir. Esto… esto es mío; y no voy a permitir que te escondas de ello, ni de mí.

Meto la mano bajo su pantalón; lento, muy lento, tortuosamente, hasta encontrar su piel. La toco; está caliente, húmeda, preparada. La fibra de su ropa, ya empapada, se adhiere a mis dedos.

Un gemido, de placer y desesperación, se escapa de su garganta; y sé que está perdida. La trago. El olor a sexo; un aroma dulce y salvaje, inunda el aire entre nosotros.

Empiezo a acariciarla; con movimientos suaves al principio, pero firmes, aumentando la presión, la velocidad. Ella se retuerce en mis brazos; se aferra a mi espalda, sus uñas se clavan. Gime mi nombre; y cada vez que lo hace, siento que podría enloquecer de puro dominio.

—Ángel… —susurro contra su oído; mis labios rozando el lóbulo —. Tan jodidamente perfecta para mí…

Sus piernas se abren un poco más; temblorosas, su cuerpo arqueándose hacia mi mano. Mis dedos siguen explorando; rozando su clítoris con precisión letal. Su cuerpo entero tiembla; sacudido por espasmos que no puede controlar.

—Por favor… Álex… —dice entre jadeos; su voz, apenas un susurro, a punto de romperse.

—¿Por favor, qué? —pregunto con la voz ronca; la mía, casi un gruñido. La elevo; mis ojos exigiendo los suyos—. Dilo, ángel.

—No… no sé…

Me detengo un segundo; solo para mirarla a los ojos, mis dedos inmovilizados. Y ahí lo veo: la rendición velada; el asombro y la pura inexperiencia.

Su cuerpo me dice algo que su boca no se atreve a pronunciar.

—Nunca te han tocado así… ¿Verdad? —le susurro; una sonrisa torcida se dibuja en mis labios.

Ella cierra los ojos; muerta de vergüenza, y asiente apenas con la cabeza. Un puto temblor de placer me recorre. Mi ángel… es mía, de verdad. Nadie la ha tenido. La revelación es una descarga eléctrica, una confirmación de su pureza intocada, que solo acrecienta mi instinto posesivo. Será mi lienzo en blanco, y yo seré el único que la pinte con la oscuridad de mi mundo.

—¿Virgen…? —murmuro; mi voz apenas audible, cargada de oscura satisfacción—. Esto lo hace aún más perfecto. Completamente mía.

Ella me mira; vulnerable, temblorosa, con los ojos anegados, pero sin apartar la mirada. Y yo… yo siento que voy a perder la cabeza.

—No tengas miedo —le digo; mientras mis dedos se mueven un poco más rápido, implacables—. Solo siente. Confía en mí. Déjate ir.

Ella gime; se arquea con un último espasmo, y yo sé que está a punto de correrse. Su respiración es un jadeo entrecortado; sus uñas se clavan en mis brazos con más fuerza.

—Álex… no puedo… —su voz es un lamento; una súplica final.

—Sí puedes, ángel. Hazlo para mí. Quiero que te corras en mis dedos. Ahora. —Presiono con el pulgar; con un control absoluto.

Su orgasmo no es solo placer, es rendición. Una victoria más dulce que cualquier otra, una prueba de que su cuerpo ya me obedece, incluso cuando su mente lucha. Cada contracción es un juramento silencioso.

Y cuando llega, se rompe. Su cuerpo se sacude violentamente; un gemido ahogado en mi nombre. La sostengo firme contra mí; la beso con una brutalidad que no es solo pasión, sino pura posesión, mientras tiembla, exhausta, contra mi cuerpo. Cada espasmo, cada jadeo, es una grieta más en la fachada de la niña buena; una grieta por la que me cuelo.

—Mía… —susurro en su oído; con una sonrisa oscura, victoriosa —. Siempre mía.

Su esencia se pega a mis dedos; una marca invisible, pero indeleble.

CAPÍTULO 7

LUCÍA

La Tormenta Interna.

¿Qué demonios acaba de pasar?
Mi mente es un campo de batalla donde los pensamientos chocan y explotan, incapaz de ordenar la avalancha de sensaciones que me invade.
No entiendo nada. Álex me ha besado… y no ha sido un simple beso; ha sido el encuentro más brutal e intenso que me han dado en toda mi existencia. Y no solo eso; nadie me había tocado de esa manera, jamás.

Lo más impactante es que me ha encantado cuando me agarró del cuello y me acercó a él con esa fuerza posesiva. Por primera vez en años, me he sentido más viva que nunca.

Sin embargo, mi mente va a mil por hora; intentando bloquear la reacción de mi cuerpo. Nunca había sentido algo así: miedo y deseo al mismo tiempo. El miedo de no poder respirar… y la certeza absoluta de que, aunque lo hiciera, él jamás me haría daño.

Es una contradicción que me desgarra, una adicción nacida del terror y la promesa de una seguridad que solo él parece poder ofrecer. ¿Cómo puede lo que más me asusta ser también lo que más anhelo?

¿Cómo puede alguien hacer que sientas tanto con solo una interacción tan profunda y transgresora?

Su presencia aún quema en mi piel; como una marca indeleble que no puedo borrar.

Cada poro de mi cuerpo recuerda el roce de sus manos, la presión de sus labios, la promesa silenciosa de su posesión. Es un tatuaje invisible que se graba en mi alma.

Su cuerpo junto al mío; su voz grave, dominante. Dios… es lo más intenso que he sentido jamás.

Esa intensidad me quema por dentro y me deja sin aliento. Y eso es lo que más me asusta; no tener ni puta idea de cómo manejar todas estas emociones.

Que se haya marchado después de lo que sucedió entre nosotros me dejó confundida. Al mirar a mi lado, veo la novela que estaba leyendo. Lo que acabo de vivir con Álex nunca podría estar escrito en esas páginas; esas historias de amor son aburridas, falsas.

Tomo el libro y lo coloco de nuevo en la estantería con un gesto seco, y sin mirar atrás, antes de salir de la biblioteca.

Salgo de la casa sin despedirme de nadie y regreso a mi apartamento; solo necesito estar sola. Necesito entender qué coño me está pasando.

En cuanto entro, me quito los zapatos y voy directa a la ducha; necesito, desesperadamente, apagar todo lo que siento… pero no puedo. El agua caliente golpea mi piel, pero no lava la sensación de sus dedos. Cada gota que me resbala es un recuerdo, un eco de su dominio que se aferra a mí con tenacidad brutal.

No dejo de pensar en él; su cuerpo, su voz, su maldita mirada. Cada uno de sus gestos me arrastra a un lugar oscuro y prohibido dentro de mí. Todo en Álex me lleva a un lugar que no conocía; mi cuerpo ha despertado como si hubiera estado en letargo durante años.

Apoyo las manos en la pared del baño mientras dejo que el agua caliente me recorra la espalda. El vapor llena el aire y envuelve cada rincón; se mezcla con el aroma a jabón y mi respiración agitada. Mis dedos suben lentamente hasta mi cuello; cierro los ojos y lo imagino de nuevo ahí, dominándome, sujetándome, su aliento cálido en mi piel.

Un gemido se escapa de mis labios; crudo, incontrolable.

Mi mano baja, despacio, hasta mis pechos. Los acaricio con suavidad y, enseguida, noto cómo los pezones se endurecen; dolorosamente sensibles. Aprieto uno con fuerza, hasta que el dolor es una punzada exquisita que me arranca un jadeo agudo. Gimo; me dejo llevar por la imagen de sus manos rudas explorando mi piel, su

lengua áspera trazando caminos, su voz gruñendo mi nombre al oído. La fantasía me envuelve; me devora.

No soy yo la que se toca; es él. Siento su presencia, la presión de su cuerpo sobre el mío, el calor de su aliento susurrándome obscenidades. Es una posesión total, aunque sea solo en mi mente, y me rindo a ella sin resistencia.

No puedo más. Estoy atrapada entre el deseo y el miedo; un campo de batalla donde esa mezcla, brutal y fascinante, me consume sin piedad. Es una tortura que anhelo.

Me recuesto en la cama, desnuda, con el cuerpo todavía mojado por la ducha. Abro las piernas lentamente, como ofreciéndome a una fantasía; deslizo la mano entre ellas. Estoy empapada, ardiendo; con un calor húmedo que me sofoca. Sola… y jodidamente excitada.

Comienzo a acariciarme el clítoris con lentitud, cerrando los ojos; la mente llena de su rostro, su voz, su jodida esencia. Siento su aliento cálido en mi piel; su cuerpo presionando el mío, cada roce encendiendo un fuego salvaje dentro de mí. Mis caderas se arquean en busca de más.

Introduzco un dedo dentro de mí; me muerdo el labio. Es insuficiente. Meto el segundo; el placer es una corriente eléctrica, aguda, casi insoportable. Un grito ahogado se escapa de mi garganta; un sonido que apenas reconozco.

Cada roce es una descarga, cada movimiento me acerca al precipicio. Mi cuerpo se curva, se tensa, implorando la liberación que solo su recuerdo puede ofrecer.

La mano libre vuelve a mis pechos, retorciendo los pezones hasta que duele… pero me encanta; el dolor y el placer, entrelazados.

Subo el ritmo; mis dedos entran y salen, empapados, desesperados, como si la vida dependiera de ello. Imagino a Álex encima de mí, dominándome como solo él podría hacerlo; sujetándome del cuello, mordiéndome el labio, gruñendo mi nombre con esa voz de demonio que me prometió no volver a dejarme ir.

—Aaaah… ¡Joder, Álex! —gimo, temblando; la voz rota por la urgencia. La necesidad me consume por completo y no puedo evitar dejarme llevar por cada sensación que él provoca en mí; cada

punzada de un placer prohibido que me arrastra más allá de lo que creía posible, aunque sea solo en mi mente.

El orgasmo me atraviesa como una ola salvaje; me corro con fuerza, un espasmo que me sacude hasta las entrañas.

Sin culpa. Sin miedo. Me abrazo a la sensación; me dejo llevar hasta el final.

Respiro agitada, mi cuerpo aún tembloroso; mis músculos agotados. No me arrepiento. Al contrario; estoy completamente segura de que volverá a suceder. Lo anhelo. Lo necesito.

Me incorporo lentamente, aun temblando; tomo el móvil. Varias llamadas perdidas de Rocío. Mierda.

La llamo enseguida. Tantas llamadas no pueden ser por nada.

—Lucía, ¿te encuentras bien? —me pregunta Rocío en cuanto responde a la llamada, con la voz al borde de la histeria.

—Claro que estoy bien, Rocío. ¿Qué pasa? Acabo de salir de la ducha y he visto tus doscientas llamadas —le digo, intentando sonar tranquila, aunque ya la preocupación me empieza a picar por dentro.

—¿Qué pasa? ¿Pero tú estás bien de la cabeza? ¡Estabas en mi casa! Y de un momento a otro desapareces, sin decir nada, Lucía. ¡Hay un puto loco buscándote! ¿Y tú te largas como si nada, sin avisar, sin seguridad? Estás fatal. ¡Ahora mismo mando a alguien a por ti!

Mi corazón se acelera con cada palabra. La amenaza es real, y el miedo se mezcla con la rabia. No puedo permitirme que nadie me controle, ni siquiera Rocío, aunque lo haga por mi bien. Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro. Mierda, con todo lo que ha pasado con Álex, me olvidé completamente de Lombardi. Solo quería volver a mi apartamento y olvidarme del mundo.

Su presencia, su tacto, han sido tan abrumadores que me han borrado el mundo exterior, incluso el peligro que me acecha. Es un poder que me asusta, esta capacidad de Alex de consumir cada parte de mí.

—Lo siento, amiga. Sé que he hecho mal en marcharme así, sin avisar. Pero estoy bien, de verdad. No es necesario que envíes a nadie.

—¡Déjate de tonterías! ¡Tengo la casa patas arriba! Todo el mundo está buscándote. Ni "lo siento" ni hostias. Sabes lo que pasó con mi madre. Te pueden secuestrar en cualquier momento. ¿Te entra eso en la cabeza? ¡Joder, Lucía!

Me muerdo el labio. Rocío tiene razón. Pero también estoy agotada. No puedo con más tensión encima. Siento cómo el peso de todo se me acumula en el pecho. Mi mente grita por un respiro, pero la realidad me golpea sin piedad. No puedo bajar la guardia, ni un segundo.

—Sé que estás preocupada por mí, pero recuerda que siempre me he cuidado sola. Nunca he necesitado a nadie. Solo... necesitaba respirar. No voy a salir de aquí. Tu marido se encargó de convertir este apartamento en un búnker, ¿recuerdas? No va a entrar nadie. No sin que salte media Marbella por los aires.

—Lo sé, pero igual estoy asustada. Eres mi mejor amiga, y no puedo permitir que te pase nada. Prométeme algo: si vas a salir, me avisas. Que alguien te acompañe, aunque sea para ir al supermercado. Por favor.

—Vale. Te lo prometo. No salgo sin avisarte.

—Bien. Ahora, explícame una cosa —hace una pausa y su tono se vuelve más inquisitivo—: ¿por qué te fuiste sin despedirte? Y no solo de mí. ¡De Claudia! Nunca te vas sin despedirte de mi hija. Algo ha tenido que pasar. Vamos, desembucha.

Mi corazón se acelera con la pregunta. ¿Cómo explicarle lo que siento? ¿Cómo decirle que todo cambió con un solo encuentro tan íntimo?

Mierda. Se me olvidó completamente despedirme de mi pequeña. Claudia siempre me abraza como si el mundo se fuera a acabar, como si mi partida fuera el fin de todo lo que conoce. Me siento fatal, como si la traicionara sin querer.

—Rocío… No pasó nada grave. Solo necesitaba un descanso —le digo por teléfono, intentando que mi voz suene firme, aunque por dentro estoy hecha un desastre—. Fueron demasiadas emociones juntas, demasiado para mi cabeza y mi corazón… Necesitaba volver a casa, estar sola, pensar con claridad, sin que nadie me presionara ni me hiciera preguntas.

—Lucía… —su voz se quiebra al otro lado de la línea, y eso me hace apretar los dientes—. Algo ha pasado, y sé que no me lo quieres contar. Pero no te preocupes, que ahora mismo le voy a pedir a Víctor que me enseñe las cámaras de la biblioteca. —Hace una pausa y respiro el silencio a través del teléfono—. Estoy segurísima de que ahí pasó algo, algo que tú no me quieres decir.

—¡No! —grito, incapaz de contener el pánico que me invade—. No puedes hacer eso. Por favor, Rocío, no lo hagas. No quiero que nadie se entere de lo que pasó. No puedo permitir que lo vean. Si lo ven, van a saberlo todo. Y eso es lo último que quiero.

—Ajá —dice ella con una risita desde el otro lado de la línea—. Lo sabía. Sabía que algo raro había pasado. No puedes ocultarme nada, Lucía. Somos amigas, ¿recuerdas?

—Está bien... Álex me tocó —digo de golpe, como si escupiera una verdad que llevaba ardiendo demasiado dentro de mí—. Eso fue lo que pasó. Me besó, me poseyó con sus manos y sus dedos. Y después se fue, sin decir nada más.

Siento que el aire me falta mientras pronuncio esas palabras. Mi corazón late tan fuerte que me duele el pecho, y un torbellino de emociones me arrastra sin piedad. Estoy aterrada y excitada al mismo tiempo, y esa confusión me consume por dentro. Silencio. Por unos segundos, solo escucho su respiración al otro lado del teléfono.

—Dios... qué inocente eres —dice, bajando la voz como si me fuera a revelar un secreto de Estado—. Sabía que algo había pasado. Pero, para tu información, no hay cámaras en la biblioteca. Hice que Víctor las quitara hace tiempo. Si no, habría muchas grabaciones incómodas de mí y mi marido…

—¡No me lo puedo creer! —respondo, incrédula—. ¡Me mentiste!

—Tenía que saber qué pasó. Sé lo vergonzosa que eres. Lo último que querrías sería que viera imágenes comprometedoras tuyas. Tranquila, amiga. Pero ahora sí, ¡cuéntame todo!

Suspiro y me dejo caer sentada en el borde de la cama. No sé ni por dónde empezar.

—Fue... intenso, Rocío —empiezo, con la voz temblorosa mientras me muerdo el labio, intentando ordenar las sensaciones

que aún me recorren el cuerpo—. Me agarró del cuello, pero no de una forma que doliera o asustara. No, al contrario. Fue como si, de repente, todo mi cuerpo despertara después de años dormido. Como si cada célula se pusiera en alerta, como si ese simple contacto me volviera a hacer sentir viva, real, deseada. Nunca había sentido algo así.

Ella guarda silencio, pero puedo imaginar su rostro, la sorpresa y la curiosidad creciendo con cada palabra que digo. Por fin responde, bajando la voz casi a un susurro:

—Guau... Eso suena brutal. Pero dime, ¿y tú? ¿Cómo te sentiste en ese momento? ¿Te asustaste? ¿Fue demasiado?

—Sí, y no —confieso con un suspiro—. Fue miedo, pero no el miedo que paraliza, sino uno que me erizaba la piel, que me excitaba. Es raro de explicar... fue un miedo intenso, pero también liberador, como si me lanzara al vacío sin saber si iba a caer o volar. ¿Tiene sentido eso?

—Todo el sentido del mundo, Lucía —me dice con tono comprensivo—. Lo entiendo perfectamente.

La miro y siento que esta vez puedo ser completamente honesta con ella, así que continúo, bajando aún más la voz, como compartiendo un secreto que pesa y arde dentro de mí.

—Y lo peor... o lo mejor, no sé cómo llamarlo, es que me encantó. Me encantó que me sujetara así, fuerte, seguro. Me encantó su voz grave, dominante, y cada centímetro de su cuerpo cuando me tocaba. Me sentí deseada, Rocío. Como si por primera vez en años alguien me deseara de verdad, sin reservas, sin miedo. Fue... mágico y aterrador al mismo tiempo.

Ella suspira y su voz se vuelve dulce, casi maternal.

—Ay, amiga... No sabes lo que me alegra escucharla decir eso. ¿Y después qué pasó? ¿Te dijo algo? ¿Se quedó contigo?

—No —le respondo, un nudo oprimiendo mi garganta—. Se fue. Me dejó en el clímax de la excitación, sin decir una palabra más, simplemente desapareció. Fue como si se arrepintiera de lo que habíamos hecho, pero, al mismo tiempo, no pudo evitarlo.

—Álex no es de arrepentirse, Lucía —me dice firme, casi como si conociera el alma de ese hombre—. Ese tipo no besa por impulso.

Si lo hizo, fue porque lo deseaba, y mucho. Porque no sabe cómo manejar lo que siente por ti, y eso lo está volviendo loco.

Mi voz se vuelve apenas un susurro, llena de confusión.

—Entonces, ¿por qué se fue? ¿Por qué me dejó sola con todo esto?

Ella ríe, una risa amarga y sincera.

—Porque es idiota, o está tan jodidamente pillado que no sabe cómo actuar. Mira, Hugo siempre sospechó que había algo entre vosotros dos. ¡Siempre lo supo! Y ahora que lo confirmas, todo encaja. Pero escúchame bien, porque tengo una idea que puede cambiarlo todo…

—¿Qué idea? —pregunto, tratando de mantener la calma, pero sintiendo cómo mi corazón late más rápido.

—En unos días habrá una fiesta en el yate de Álex —me dice con voz conspiratoria—. Una locura, algo exclusivo. Será una fiesta de máscaras. Si no vas, te vas a arrepentir el resto de tu vida. Y si decides ir, ahí podrás enfrentarlo, ver qué siente realmente por ti. Sin máscaras, sin mentiras, sin miedo.

Me muerdo el labio, pensando en todo lo que eso implica.

—No sé si estoy lista para eso…

—Lucía —me dice con voz suave, pero firme—, lo estás. Solo necesitas creerlo. Estás enamorada, y aunque eso dé miedo, también es lo más hermoso que puede pasarte. A veces, para avanzar, hay que saltar al vacío sin mirar atrás.

Respiro hondo, sintiendo cómo una mezcla de miedo y esperanza me invade.

—No prometo nada, pero lo pensaré.

—Tienes dos días. Y voy a estar esperándote con un vestido de escándalo y un par de tacones afilados para que todos los hombres se giren a mirarte. Tú solo di que sí.

—Vale... dos días.

CAPÍTULO 8

ÁLEX

Condena en Seda y Sangre.

Lucía se marchó de la casa de Hugo justo después de que la dejara en la biblioteca. Ni un puto mensaje. Ni una palabra más alta que otra. Se largó como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera estado a punto de rogarme que la follara contra esa estantería.

La dejé ir, sí, pero solo porque la necesitaba lejos, procesando lo que le acababa de explotar en la cara. Y porque, si no me hubiera alejado, la habría tomado ahí mismo, contra mi voluntad, y eso no era el plan. No todavía.

No tiene ni puta idea de la situación en la que está metida. Está completamente ciega, como el animal que camina directo hacia la jaula. Cree que el mundo es un lugar seguro, que puede salir a la calle sola, sin protección, sin miedo, después de todo lo que se ha destapado. No entiende que está marcada. Que hay ojos que la siguen, que la acechan en cada esquina. Y no son solo los míos los que la tienen en la mira.

Es un suicidio en toda regla lo que ha hecho. Recibí la llamada de Víctor justo cuando se enteró de su escapada. La furia me recorrió las venas.

Rocío no perdió ni un segundo; puso la casa patas arriba, buscándola, gritando como una loca, llorando como si se le fuera la vida, amenazando con llamar a la policía. Está loca, sí, pero esta vez le doy la razón.

Porque si algo le pasa a Lucía... juro por la tumba de mi madre que convierto esta ciudad en un cementerio antes de que amanezca.

—¿Cómo se le ocurre salir sola ahora? —gruño, apretando el teléfono contra la oreja con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos—. ¿No entiende que ese cabrón de Lombardi está suelto?

¿Qué es un hijo de puta que no va a dejarla vivir en paz? ¿Qué la busca para saldar la puta deuda de sangre de su padre?

—Está en su apartamento —me dice Víctor al fin, su voz tensa al otro lado de la línea—. Tiene cámaras por todas partes, más vigilancia que en el Banco Central. Pero... no basta, Alex. No con todo lo que sabemos. Ya sabes cómo son estos perros. No hay búnker que resista su determinación si de verdad quieren algo.

Miro hacia la calle, hacia el edificio donde ella vive, y siento el peso de la responsabilidad aplastándome el pecho, un peso que se mezcla con una posesión brutal. El apartamento es un búnker, sí, lo sé, la seguridad la instaló Hugo personalmente.

Pero cuando se trata de ella, la seguridad nunca es suficiente. Para ella, la seguridad no es una opción; es una cadena que yo misma le forjaré. Una jaula de oro donde solo mis reglas se cumplen.

Llamo a Fabio, mi hombre de confianza.

—Quiero a uno de los nuestros apostado en su puta puerta, veinticuatro horas al día. Que no se mueva ni para mear. Quiero dos turnos de doce horas. Nadie la verá, nadie se dará cuenta de su presencia. Será su sombra. Si alguien se acerca sin mi permiso, quiero que lo pongas de rodillas y que tenga una bala entre los dientes antes de que llegue al ascensor.

La orden queda dada sin margen a discusión. La voz de Fabio sonaba firme, sin titubeos. Es un hombre de pocas palabras, pero de acciones brutales. Confío en él.

Si ese bastardo de Lombardi se atreve a tocar un solo pelo de su cabeza, no va a tener tiempo ni de rezar. Lo cazaré. Lo ataré. Y le arrancaré cada puto dedo con mis propias manos, uno a uno, lentamente. Que sienta el dolor hasta en el alma. Ella es mía. Nadie. Absolutamente, nadie toca lo que es mío sin acabar tragándose su lengua en una bolsa de plástico.

Estoy en mi coche, aparcado justo frente a su edificio. La luz de las farolas se filtra por los cristales, proyectando sombras en el salpicadero.

Apoyo la cabeza contra el respaldo. Respiro profundo, intentando calmar esta puta tormenta que me quema por dentro.

Pero no puedo.

No con la imagen de su boca húmeda, todavía brillando después del beso que nos robamos en la biblioteca. No con esas pupilas dilatadas, su respiración entrecortada, y esos malditos gemidos que escaparon de su garganta cuando la apreté contra mí.

Joder, me estoy volviendo loco.

Cierro los ojos y aparece de nuevo, tan vívida como un incendio descontrolado: su cuerpo temblando, el calor de su piel rozando la mía, la suavidad de sus muslos apretándome con desesperación. Esa mirada entre deseo y miedo, como si supiera que estaba a punto de cruzar una línea sin retorno. Una línea que, de hecho, ya había cruzado hace mucho.

Si me hubiera pedido que la tomara ahí mismo, en esa maldita biblioteca, lo habría hecho sin dudar. La habría follado sobre el escritorio, entre los libros, contra la estantería. Ni Dios, ni el propio infierno, habría podido detenerme. Me habría perdido en ella, la habría marcado con mi furia y mi deseo hasta que solo sintiera mi nombre. Hasta que no fuera más que mi extensión, mi propiedad.

Muerdo el volante con fuerza, conteniendo un grito de rabia y frustración. Estoy al borde del abismo, mi autocontrol colgando de un hilo, y no sé cuánto más voy a aguantar antes de romperlo todo, antes de ir a por ella y tomarla de una vez por todas.

Entonces aparece Fabio, puntual como un reloj suizo. Su silueta oscura se recorta contra la luz de la calle.

Le hago una señal con la mano y bajo la ventanilla. Sus ojos se fijan en mí, esperando nuevas órdenes, la seriedad grabada en su rostro.

—¿Alguna novedad, jefe?

—No. ¿Qué haces con esa cara de velatorio? No la pierdas de vista. Si se mueve, me llamas. Si alguien se acerca, lo neutralizas. Si alguien la toca... Pégate un tiro porque si no te lo daré yo por fallar mi orden. ¿Entendido?

—Entendido, jefe —responde con voz firme, sin titubear. Sé qué hará lo que sea necesario. Su lealtad no se cuestiona.

Y me largo sin mirar atrás. Porque si me quedo un minuto más, subo a ese apartamento, rompo la puerta y termino lo que empecé.

La haría mía hasta que se le borrara la voz de tanto gritar mi nombre. Hasta que me suplicara por mi brutalidad. Hasta que solo existiera para mi placer, para mi tormento. Una y otra vez.

***

En dos días se celebra el aniversario del Club Élite. Cinco años desde que abrí las puertas de ese templo del pecado y la perversión. Esta vez, la fiesta será legendaria, brutal, un exceso absoluto. Quiero que se hable de ella durante años, que sea un hito en el submundo de Marbella.

La entrada es solo por invitación. Nadie entra sin mi visto bueno, absolutamente nadie. Cada nombre ha sido revisado con lupa, cada rostro analizado como si fuera una ficha de caza. Cada miembro tiene un precio, y no me refiero solo al dinero. Un precio que se paga con lealtad o con sangre. Los invitados son la flor y nata de la oscuridad, la élite de un mundo que no permite errores.

La mayoría ni siquiera sabe que el club existe. Y quiero que siga siendo así. La exclusividad es lo que lo hace poderoso. Lo que lo vuelve adictivo, casi una droga. Un secreto bien guardado que otorga poder a quienes lo poseen.

El evento será en un yate. Pero no es un crucero cualquiera. Es un monstruo flotante, un templo sin reglas ni moral. Un infierno flotante, custodiado por mis hombres y mis demonios. Sus cubiertas son de ébano pulido, la iluminación es tenue, casi rojiza, y el aire vibra con promesas de excesos. Cada rincón esconde un secreto, cada sombra una oportunidad.

Y esta vez, vamos a superar todos los límites.

Será una fiesta de máscaras: exclusiva, erotismo puro. Cada invitado recibirá su máscara personalizada y un atuendo diseñado especialmente para esa noche. Nada queda al azar. Todo está pensado para que nadie olvide esta experiencia. Para empujar hasta

el extremo la línea entre lo permitido y lo prohibido. Para sumergir a todos en una orgía de los sentidos.

Y hay algo más. Algo que hace que esta noche sea especial.

Porque al revisar la lista de invitados, vi un nombre que me clavó un puñal en el pecho y, al mismo tiempo, encendió una llama posesiva en mi interior.

Lucía. Mi ángel. Mi condena. Mi jodida obsesión.

Estoy seguro de que esto es cosa de Rocío. Sabe lo que hace, siempre moviendo hilos, creando caos. Pero no importa. Esta vez, no pienso detenerme. La querrá proteger, pero solo la está empujando hacia mi abrazo mortal. La ha lanzado a la boca del lobo, y el lobo no piensa soltarla.

Le pedí a Víctor que le enviara algo especial, un aviso sutil, un recordatorio de que estará bajo mi control esta noche. Pero la máscara... esa la elegí yo. Negra, brillante, de encaje con detalles dorados y una lágrima roja pintada bajo el ojo izquierdo.

Simboliza lo que ella es para mí: mi tentación, mi maldición, mi redención... y también mi condena. Una promesa de sumisión grabada en seda. Un presagio de lo que le espera.

Ahora quiero ver si tiene el valor de presentarse, de cruzar esas puertas con esa máscara puesta. Quiero ver sus ojos cuando descubra lo que le espera. El miedo. La rendición. El deseo.

Porque esa noche, Lucía no saldrá del crucero siendo la misma.

No será libre. Y menos aún, bajo mi dominio. Será mi prisionera, su alma atada a la mía por el placer y el terror. Para siempre.

CAPÍTULO 9

LUCÍA

Marcada por Él.

El día de la celebración finalmente ha llegado.
Estoy de pie frente al espejo, con el corazón desbocado y las piernas temblorosas. Rocío logró convencerme para que fuera al evento, pero ahora que la hora se acerca, no estoy segura de tener el valor suficiente para hacerlo. No sé si estoy preparada para verlo. Después de lo que pasó en la biblioteca, su imagen se ha quedado tatuada en mi piel, como un fuego imposible de apagar, quemándome desde dentro.

Agarro el móvil con intención de escribirle a Rocío, pero me llega un mensaje suyo antes de que pueda tocar la pantalla.

ROCÍO: ¡Holaaa! Me acaba de llegar la invitación. Vas a flipar cuando la veas. Dios, es una pasada.

YO: Estoy muy nerviosa. No sé si estoy preparada para verlo…

ROCÍO: Déjate de tonterías, Lucía. O te presentas en esa fiesta o se va a tirar a otra. ¿De verdad vas a permitir que el único hombre que te ha mirado como si fueras lo único que existe se folle a otra? Lucha por lo que quieres, y sobre todo: prueba cosas nuevas... y folla mucho. Ja, ja, ja.

YO: Dios, estás loca... Pero tienes razón. Voy a ir.

Poco después, el portero me llama para decirme que ha llegado un paquete para mí. Bajo de inmediato. Frente a la puerta hay una caja negra enorme, mucho más grande de lo que esperaba. La llevo dentro con esfuerzo, la abro, y todo mi cuerpo se estremece.

El interior está envuelto en papel de seda rojo. Lo retiro con cuidado, sintiéndome como si estuviera desenvolviendo una promesa peligrosa. Lo primero que aparece es una invitación negra con letras

doradas. El diseño es elegante, pero lo que me deja sin aliento es la máscara.

Negra, brillante, de encaje con detalles dorados y una lágrima roja bajo el ojo izquierdo. Es hermosa… inquietante… perfecta. Como él.

Luego aparece el vestido: negro, largo, con corsé ajustado y la misma decoración de lágrimas en la tela. La falda de gasa es tan fina que casi se transparenta. A un lado, unas sandalias doradas. Y al fondo… un diminuto tanga de encaje negro. Me ruborizo al imaginarme con el puesto. Está claro que Álex eligió esto personalmente hasta el último detalle.

Mi pecho arde. Me conoce. Me desea. Me provoca. Siento que ya me está tocando sin estar cerca.

Miro el reloj. Me quedan cuarenta minutos. Recojo todo y voy corriendo a prepararme.

Me maquillo con manos temblorosas, delineado suave, labios rojos intensos como pecado. Me recojo el cabello en un moño bajo, dejando algunos mechones sueltos que caen como caricias sobre mis mejillas. Me pongo el vestido. Me ajusta como una segunda piel. Cada curva queda realzada. El encaje del tanga apenas se siente, pero sé que está ahí… y que él lo sabrá también. Es como si me hubiera dejado marcada por dentro y por fuera.

Cuando Rocío y Hugo llegan, bajo corriendo.

—¡JODER! —dice Hugo en cuanto me ve.

—¿Qué pasa? ¿Estoy mal? —pregunto con el corazón en la garganta.

—¿Mal? Lucía, estás espectacular. Ese es el problema. A Álex le va a dar un infarto y yo me voy a quedar sin segundo al mando.

—¡Menos mal! Pensé que me quedaba horrible —respondo aliviada, aunque aún más nerviosa.

—¿Tú lo has visto? ¡Se le ha ido el color de la cara! —dice Rocío riéndose—. Vamos, cariño, sube. Tenemos que irnos o llegaremos tarde a tu perdición.

En el coche, trato de respirar. Todo me tiembla. Mis piernas, mis manos, incluso mi voz interna. Sé que lo voy a ver. Sé que va a tocarme. Y sé que, pase lo que pase, ya no hay vuelta atrás.

Cuando llegamos al puerto de Málaga, la escena parece salida de una película. Gente con máscaras, vestidos brillantes, lujo por todas partes. El crucero es completamente negro, con detalles dorados en cada esquina. Impresionante. Imponente. Tan intimidante como hermoso. Tan él. Nos colocamos las máscaras y entramos.

—¿Lista? —me pregunta Rocío.

—Lo más lista que puedo estar.

—Relájate, y si no puedes... tequila, nena. Yo me voy a dejar llevar; Hugo ya tiene cara de querer arrancarme el vestido con los dientes. —Me guiña un ojo y desaparece entre la gente.

Yo camino sola hacia la barra. Busco a Álex. No lo veo.

Pido una botella de tequila y bebo. Trago tras trago. El alcohol me quema la garganta, pero también me da valor. Empiezo a sentir ese ardor dulce que me despega del suelo. Justo cuando empiezo a relajarme, lo siento. No necesito girarme. Mi piel lo detecta antes que mis ojos. Mi cuerpo reacciona a su presencia como si fuera una orden genética.

Él se sienta a mi lado, sin decir nada por un momento. La tensión crece, densa, caliente.

—¿Te has bebido media botella tú sola?

—Claro que sí. Y estoy perfectamente —le respondo, mirándolo directamente a los ojos.

Lleva un traje negro impecable. Su máscara oculta casi todo su rostro, pero no puede esconder esa mirada. Esa forma en la que me posee con solo observarme. Es como si desnudara cada centímetro de mi alma con un parpadeo.

—Ven conmigo —dice, tomando mi mano con firmeza.

No me resisto. No puedo. No quiero.

Cruzamos el salón. El ambiente es depravado y elegante al mismo tiempo. Una mujer gime entre dos hombres, y un tercero la devora entre sus piernas. Siento el calor entre mis muslos. El deseo me golpea. Álex lo nota, porque aprieta mi mano con más fuerza. Casi me arrastra. Me guía todo el camino, dejándome claro que soy suya. Solo suya.

Entramos en el ascensor. En cuanto se cierran las puertas, me acorrala contra la pared. Su aliento choca con mi cuello. Su mano sube por mi pierna, firme, segura, hasta encontrar el encaje del tanga.

—Sabía que lo llevarías —susurra, con una voz grave que me deja sin aire—. Estás jodidamente perfecta. Pareces preparada para que te rompa.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

No me da tiempo a más. Me besa con brutalidad. Su boca se adueña de la mía, su lengua se apodera de la mía en una danza salvaje. Me levanta en brazos como si no pesara nada y me empuja contra la pared del ascensor, sintiendo el frío metal contra mi espalda. El vestido se desliza hacia arriba, la tela de gasa sube por mis muslos, el diminuto encaje del tanga se corre a un lado, revelando mi intimidad. Su erección dura y caliente, roza mi entrada. Estoy empapada, palpitante, lista para su embestida.

—Eres mía, ¿lo entiendes? —gruñe, rozándome sin penetrar, torturándome lentamente, cada roce es una promesa y una amenaza.

—Sí —gimo, la voz apenas un hilo—. Tuya... —susurro con voz ronca. Álex lleva su mano a la cremallera de su pantalón y puedo escuchar el sonido cuando comienza a bajarla, un zumbido de metal que anuncia el siguiente paso.

Me penetra de golpe. Un grito ahogado escapa de mi boca, un alarido de dolor y asombro que se ahoga en su beso. Siento una punzada brutal que me parte en dos, una rasgadura inicial que me deja sin aliento. Pero, casi de inmediato, el placer más intenso lo cubre todo, como una ola caliente y avasalladora que me arrastra sin piedad. Me siento llena. Dominada. Marcada hasta lo más profundo de mi ser.

Cada embestida es rápida, profunda, sin concesiones, como si quisiera sellarme desde dentro, implantar su presencia en cada célula de mi cuerpo. Me agarra del cuello, sus dedos largos y fuertes, ejerciendo la presión justa para dejarme sin aliento, sin pensamientos, con la mente en blanco, solo sintiendo. Lo miro a los ojos, turbios de deseo y control. Estoy perdida. Y me encanta.

Nunca he sido tan de alguien, tan completamente entregada, tan brutalmente poseída como lo soy de él en este instante.

—Vas a correrte para mí, aquí mismo. En este ascensor. Porque solo yo puedo darte esto. ¿Entiendes? Tu cuerpo es solo mío, Lucía. Yo soy el único que ha estado ahí… y el único que va a estar. En esta puta vida… y en las siguientes. —Su voz es un gruñido ronco, una promesa eterna que me estremece.

—Sí… sí, Álex… —Mi cuerpo se tensa, mis músculos se contraen. Me arqueo contra él, mis caderas impulsándose hacia su ritmo. Me derramo con un gemido desgarrador, un lamento de puro placer que se ahoga en el silencio del ascensor, temblando incontrolablemente bajo sus manos. Él no se detiene. Sigue dentro, sigue moviéndose, sus embestidas rápidas y profundas, hasta que también explota con un gruñido gutural, hundiéndose por completo una última vez, su cuerpo rígido contra el mío.

Nos quedamos así, jadeando, sudando, con los cuerpos pegados y el deseo aun latiendo entre nosotros, un eco salvaje en el aire denso del ascensor. Su semen caliente gotea por mi muslo, un rastro pegajoso y denso, y no me importa. Al contrario, me hace sentir marcada, suya, una prueba tangible de su posesión. —Esto no ha hecho más que empezar —susurra contra mis labios, lamiéndolos con una lentitud que me eriza la piel, como si aún tuviera hambre de mí.

Y lo creo. Porque esta noche… esta noche todo va a cambiar.

***

No puedo creer lo que acaba de pasar en ese ascensor. Nunca nada me había roto así por dentro, como una daga caliente que se clava y deja todo hecho trizas. Cada maldito centímetro de mi cuerpo grita por él, pero no es solo deseo: es miedo, es adrenalina, es esa sensación de peligro que me hace temblar, una mezcla enferma y adictiva.

Salimos del ascensor en silencio, pero sus pasos son firmes, un maldito pulso de poder que me aplasta. El pasillo es oscuro, la luz apenas ilumina, como el mundo que nos rodea: un puto juego de sombras y peligro.

Al final, una puerta de madera gruesa se abre con un crujido que retumba en mi pecho. Álex me invita a entrar con esa mirada que me hace querer arrodillarme y rogarle por cualquier cosa, pero también me hace querer morderlo hasta sangrar.

La habitación es una puta cueva de pecado: paredes de piedra rugosa, luces bajas, cortinas negras como la noche. El aire huele a cuero y tabaco, y el frío de la brisa del mar se cuela por la ventana abierta, mezclándose con el calor que se está acumulando dentro de mí.

Se quita la chaqueta de cualquier manera y la deja caer al suelo como si fuera basura. Abre la camisa, revelando un pecho marcado, lleno de tatuajes que parecen juramentos de violencia y muerte. Su piel brilla bajo la poca luz, sus músculos tensos, listos para destrozarme o protegerme, no sé cuál.

Se sienta en la cama con una pose de rey maldito, las piernas abiertas, y me mira con una hambre que me desarma y me asusta.

—Desnúdate —ordena, con voz ronca, un gruñido salvaje que no admite réplica.

Mis manos tiemblan cuando busco la cremallera, pero no puedo negarme. Bajo el vestido despacio, sintiendo el metal frío contra mi piel caliente. El vestido cae en un susurro, dejándome al desnudo frente a su monstruo.

—Mírate —susurra, con desprecio y adoración—. Lista para romperse.

No sé qué decir. Su mirada me quema, me desarma. Me siento vulnerable, rota, pero extrañamente poderosa.

—Tócate —ordena—. Quiero verte quebrarte, te quiero suplicando.

Mis dedos empiezan a recorrer mi cuello, temblando, luego bajan a mis pechos, rozando los pezones que se endurecen al instante. Gimo bajo, casi sin darme cuenta.

—Así —dice con voz grave—. No pares.

Mis manos bajan hasta mi sexo, húmedo, ansioso. Empiezo a tocarme con más urgencia, mis gemidos se vuelven más profundos, desesperados.

—Joder, estás empapada —gruñe—. Llevo horas pensando en esto, y ahora te tengo aquí, temblando y abierta.

Sus ojos me devoran mientras sigo, y de repente está encima, agarrándome con fuerza brutal por el cuello y la cintura.

Sus dedos entran sin compasión, rápidos, violentos. No hay caricias, solo necesidad.

—Ah, mierda, Álex —gimo, arqueando la espalda, sintiendo cada embestida como un latigazo.

Su boca se abalanza sobre la mía, mordiendo, chupando, reclamando. Su lengua es una batalla entre el dolor y el placer.

Me suelta y se arrodilla. Sus ojos brillan con oscuridad.

—Muéstrame lo que es mío —ordena—. Quiero verte abierta, rota.

Obedezco. Me siento con las piernas abiertas, la luz destaca cada gota de sudor y deseo.

—Enséñame ese coño —dice, gruñendo—. Quiero ver cada temblor, cada gota.

Mis dedos se vuelven frenéticos. Me masturbo sin vergüenza delante de él, el placer me consume.

—Fóllame —le grito—. No puedo esperar.

Se lanza sobre mí con violencia bestial. Me aprieta del cuello, me hunde contra el respaldo, su polla entrando sin piedad.

—Eres mía —gruñe—. Solo mía.

Sus embestidas son duras y rápidas. Cada golpe es fuego. Me muerde, araña, reclama.

—Dime que me quieres —exige.

—Te quiero —susurro, rota—. Solo a ti.

—Zorra —dice con una sonrisa cruel—, pero esta zorra es mi reina.

Me corro gritando su nombre mientras él ruge y me llena.

—Para siempre —dice, jadeando—. Para siempre.

***

Ahora mismo soy muy feliz. Plena, temblorosa de placer y rendida, pero feliz. Es lo primero que siento al abrir los ojos. Me duele cada músculo, cada rincón de mi cuerpo... pero es un dolor delicioso, adictivo, como si mi piel aún estuviera viva bajo sus manos. Su brutalidad fue salvación; su deseo, castigo. Y lo gocé todo.

Giro la cabeza, y el vacío me golpea como un cubo de agua helada.

Álex no está.

La cama sigue deshecha, con las sábanas aún húmedas y torcidas por todo lo que pasó anoche. El olor a él sigue impregnando la tela: sudor, sexo, dominio. Mis piernas tiemblan solo de recordarlo. Su sabor sigue entre mis labios. Su marca… en cada centímetro de mí.

Pero él no está.

—¿De verdad te fuiste? ¿Así? —susurro al aire, apretando las sábanas con rabia contenida—. No puedes haberme dejado otra vez, Álex. No después de lo que hiciste conmigo. No después de hacerme tuya de esa forma.

Mi pecho se encoge. Pero me niego a dejar que el miedo o la decepción se me metan dentro. No puedo ser esa Lucía débil otra vez. No después de haber sentido su puta oscuridad entrarme hasta los huesos.

Decido esperar. Aunque cada minuto sin él me sabe a traición. Si me vuelve a dejar sola... juro por Dios que lo reviento. No con mis manos —porque no tengo fuerza contra esa bestia—, pero le voy a armar un escándalo que se le va a grabar en los cojones de por vida.

Me levanto como puedo. El cuerpo me cruje, y cada paso es como si una corriente eléctrica recorriera mis nervios. Voy al baño, quizás solo para distraerme... pero cuando me miro al espejo, se me corta la respiración.

—Hostia puta…

Estoy destrozada. Literalmente. Pareciera que sobreviví a un campo de batalla, pero sabiendo que fui yo quien se arrastró hacia las balas con una sonrisa en los labios.

Mordidas. Profundas. Oscuras. Marcas rojas y violetas sobre los pechos. Moretones en las caderas, en los muslos, en las muñecas. Cada centímetro de mí cuenta una historia salvaje. De fuerza. De sumisión. De deseo crudo.

—Joder, Álex... —susurro, tocándome el cuello, sintiendo el escozor quemar como fuego lento—. ¿Cómo coño voy a salir a la calle así? ¿Con el cuerpo gritando que me follaron como si no hubiera un mañana?

Me meto en la bañera. El agua caliente me envuelve, pero también me delata. Porque apenas me sumerjo, las punzadas de dolor se multiplican.

Me duele todo, pero no quiero que se pase. No quiero que su brutalidad desaparezca de mi piel tan rápido.

Cierro los ojos, me hundo un poco más, y trato de concentrarme en el calor... hasta que los golpes me sacuden la puerta del baño.

—¡Lucía! ¡Abre la puerta! —la voz de Rocío retumba como una alarma. Se la escucha alterada. Desesperada.

—¡Un minuto! ¡Estoy en la bañera! —respondo, saliendo como puedo. El albornoz se me pega a la piel, marcando cada mordida, cada señal de la noche anterior.

Abro la puerta y Rocío entra como un puto torbellino. Ni me mira. Camina de un lado a otro con una energía que me contagia ansiedad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás así? Me estás poniendo nerviosa, Rocío. Dímelo ya —insisto, sin filtro.

Ella ni me contesta. Solo agarra una bolsa, me la lanza y murmura algo entre dientes. Sus manos tiemblan.

—Tienes que vestirte. Ya. No hay tiempo para gilipolleces —su voz se rompe, pero intenta sonar firme.

—¿Pero qué coño está pasando? ¿Por qué me tratas como si el mundo estuviera por acabarse?

—Porque puede que lo esté —espeta, al borde del colapso—. Víctor llamó a Hugo, y se fueron. Él y Álex. Así. Sin hablar. Sin dar explicaciones. Como hacen cuando hay mierda de la gorda.

—¿Y no dijeron nada? ¿Ni una palabra?

—Nada. Ni una mirada. Y cuando Hugo se mueve así… es porque algo huele a sangre. Y no pienso quedarme aquí cruzada de brazos. ¡Mi hija está sola, Lucía! ¡No puedo con esto otra vez!

Me visto a toda velocidad, sin pensar. Ella ni nota las marcas en mi cuerpo. Eso me dice que lo que sea que está pasando, es jodidamente serio.

—Vale. Vamos. Pero tranquilízate, ¿vale? No me mires así. Te estás poniendo como una loca. Respira, joder.

Rocío asiente. Pero sus labios están blancos. Sus ojos... vacíos. Como si ya supiera que algo terrible va a pasar.

Tomamos un taxi. El trayecto es un infierno de silencio. Ella no suelta el móvil. Lo mira, lo vuelve a mirar, lo aprieta como si pudiera forzar una llamada. Yo también empiezo a sentir el miedo colarse bajo la piel.

Cuando llegamos, todo parece en calma. Pero esa calma que hiela. Que no es real.

Subimos. Claudia duerme en su cuna. Tan pequeña. Tan ajena a todo.

—Está perfecta… —dice Rocío, con voz rota. Le acaricia la frente y se le escapa una lágrima—. Vamos abajo. Necesito algo fuerte.

La sigo. En la cocina, ella se mueve como un robot. Café. Whisky. Lo que sea.

—No sé cuántas putas horas han pasado, Lucía. Hugo no contesta. Álex tampoco. Y esto no es normal. Ellos nunca tardan. Nunca. Y menos sin decir una palabra.

—Rocío… quizá están ocupados. Quizá fue algo menor.

—No. No. ¡Tú no entiendes! —se gira hacia mí, con los ojos desbordando angustia—. La última vez que pasó esto… fue cuando secuestraron a mi madre. Y tengo ese puto silencio grabado en la sangre. Sé lo que significa. Sé a qué huele. Y tengo miedo.

Me acerco y la abrazo con fuerza. La noto temblar. Toda ella.

—Estoy contigo. No estás sola. Vamos a esperar. Pase lo que pase... juntas.

CAPÍTULO 10

ÁLEX

Dueño de Sombras.

No esperaba que la noche terminara así. Con el corazón acelerado, el cuerpo aun oliendo a ella y el alma ardiendo en veneno. Un veneno dulce y corrosivo que me prometía más de lo que jamás había conocido.

Poco después de que Lucía se quedara dormida en mis brazos, el puto móvil vibró. El nombre de Hugo parpadeaba en la pantalla. Su rostro, cuando apareció en la puerta de la habitación, no dejaba lugar a dudas: algo jodido había pasado. Su mirada era de acero puro, su mandíbula tensa.

—Álex... —traga saliva, como si cada palabra le costara una tonelada de peso en el pecho, un sonido áspero que me puso en alerta máxima—. Han destrozado su apartamento.

Un frío glacial me recorrió la espalda, una bofetada de realidad que cortó de golpe el placer residual de la noche.

—¿Qué mierda estás diciendo? —mi voz se volvió áspera, tensa, como un látigo que está a punto de romperse. La rabia, contenida solo hacía unos minutos por el cuerpo de Lucía, estalló.

—Tres tipos encapuchados. Entraron esta madrugada. Víctor los pilló en las cámaras. No robaron... arrasaron. Todo está hecho una puta mierda. Una masacre.

Me congelo un segundo; el mundo parece detenerse, el oxígeno se vuelve denso en mis pulmones. Pero la furia me sacude de golpe, un temblor violento que nace en mis entrañas. El odio hierve en mis venas como ácido corrosivo.

Siento el impulso primitivo y salvaje de matar a alguien, de arrancar cabezas con mis propias manos. Sin pensarlo, me pongo la

camisa sin abrochar y salgo disparado hacia el apartamento de Lucía, Hugo pisándome los talones.

Cada paso es una pisada al infierno.

Cuando llegamos, la escena es peor de lo que podía imaginar. La puerta está destrozada, arrancada de sus goznes, como si un puto animal salvaje hubiera irrumpido.

Los cristales esparcidos por el suelo reflejan las luces de la calle y de las sirenas ya lejanas, creando un caos de sombras y destellos que bailan con mi furia. Cada rincón parece una declaración de guerra personal, un mensaje escrito con la sangre que aún no ha sido derramada.

Cristales rotos por todos lados, como lágrimas de cristal. Muebles volcados, sus tripas de madera y tela al aire. Las páginas de libros, esparcidas y desgarradas, como si alguien hubiera querido borrar sus palabras, sus historias.

Fotos familiares, hechas trizas, como si un cabrón se hubiera esmerado en destruir su pasado, sus recuerdos más íntimos.

Y su ropa... joder, su ropa está cortada, rasgada, pisoteada con saña sobre el suelo, como si alguien hubiera querido destruir cada pedazo de ella, cada fibra que tocó su piel. Es un acto de profanación, un ataque directo a mi propiedad.

—Hijos de la gran puta —gruño, pisando con fuerza uno de sus vestidos, sintiendo la tela rasgada y suave bajo mi bota, como una profanación directa a lo que amo, a lo que ya considero mío. La imagen de ella, de su cuerpo desnudo bajo ese vestido, me taladra la mente, y la rabia se vuelve incontrolable.

—Esto fue personal —dice Hugo, con la voz tensa, los puños apretados, sus ojos oscuros clavados en los restos de la vida de Lucía—. No vinieron a robar. Vinieron a joderla a ella. Humillarla, intimidarla, marcarla como presa. A darle un puto mensaje claro.

Mi mandíbula cruje, conteniendo un gruñido feroz que amenaza con escapar.

—¿Y tú me estás diciendo que alguien se metió aquí después de que Víctor reforzara todo? ¿Después de que pusiera más seguridad que en el puto Banco Central?

—Lo hicieron. Como putos profesionales. Sin dejar ni una sola huella, ni un rastro. Son fantasmas, Álex. Y saben a quién buscar.

Me acerco a uno de los espejos rotos; mi mirada de acero se detiene en un manchón de pintalabios estampado contra la pared. Un mensaje escrito con rabia y desprecio, con una caligrafía tosca y amenazante:

"No te escondas, putita Vanetto."

La sangre me hierve; mis nudillos están blancos de tanto apretarlos. No me gusta el apellido Vanetto, pero es mía, con o sin ese apellido. Y si algo me toca los cojones, es que toquen lo que es mío.

—Esto fue Lombardi —digo, y el nombre es un nudo de bilis en mi garganta, un veneno frío que me recorre las entrañas—. Ese cabrón ya sabe quién es ella. Ya sabe la puta verdad. Y no tiene miedo de jugar sucio, de arrastrarla a esta mierda, de convertirla en el cebo para una guerra que solo él ha provocado.

Entonces suena el teléfono de Hugo. El sonido rompe el silencio denso del apartamento destrozado, un eco agudo que retumba en medio del caos. Él contesta, y en su rostro aparece una sombra aún más oscura, si cabe. Su mirada se vuelve gélida.

—Es Nicolás. Está abajo. Lo acaba de llamar su informante. Los resultados de la prueba de paternidad.

Bajo sin pensarlo dos veces. Las escaleras resuenan bajo mis botas; cada escalón es un golpe seco que alimenta mi furia.

Lo veo apoyado en su coche, un deportivo italiano tan llamativo como su maldita arrogancia. En la mano sujeta los resultados de la prueba, un papel blanco que parece una burla.

Sus ojos me buscan, llenos de desafío y desprecio, como un perro hambriento que sabe que va a pelear por su presa. Pero no pienso dársela. *No. Esa presa es mía.*

—Aquí están los putos resultados —dice, levantando los papeles con un gesto arrogante, una sonrisa torcida que me da ganas de borrarle a puñetazos—. Es mi hermana. Me la llevo conmigo. Ahora. Ya tengo el avión esperando para irnos a Italia.

La furia me atraviesa el pecho como una daga candente, clavándose hasta el alma, quemando cada nervio. Me acerco a él

con paso firme y letal, la rabia hirviendo en cada músculo, amenazando con hacer que mis venas estallen.

—A mi mujer no la vas a tocar, hijo de puta. —La amenaza es clara y directa; cada palabra es un escupitajo de veneno. Mi voz, un gruñido apenas audible, cargado de muerte.

—¿Tu mujer? —responde con una sonrisa burlona que no llega a sus ojos, casi escupiendo cada palabra como si fueran veneno—. Que yo sepa, ella no quiere nada contigo. Tú eres un jodido psicópata, Álex. Está claro que no sabe con quién se ha metido. No sabe lo que eres. No sabe la jaula dorada que le ofreces.

—No tienes ni puta idea de lo que siente por mí —le escupo, sacando el arma de mi cinturón con un movimiento fluido y apuntándole directamente al pecho. El cañón, frío y letal, brilla bajo la luz de la farola—. Pero te voy a dejar algo bien claro: si vuelves a decir que te la vas a llevar, te meto una bala entre ceja y ceja y no me tiembla el pulso. Lo juro por el puto infierno.

—¡Álex, basta! —grita Hugo, interponiéndose entre nosotros, su mano firme en mi brazo, intentando calmar la situación—. No va a ir a ningún lado. Y tú, Nicolás, no tienes derecho a exigir nada. Ella decide. Solo ella.

Guardo el arma con los dientes apretados, la mandíbula tensa. No pienso perderla. No otra vez. Ella es mía. Mi condena, mi maldición, mi jodida razón para respirar y para matar. Mi propiedad. Y no la soltaré.

Vuelvo al coche y reviso las cámaras del crucero. La habitación está vacía.

Reviso otra toma y allí están: Rocío y Lucía, saliendo juntas por una de las pasarelas, con las máscaras aún puestas, envueltas en la noche. Inteligentes. Sabían que algo pasaría.

Joder, mi corazón se acelera solo de pensar que podrían haberlas cogido antes de llegar a casa de Hugo.

—Están en tu casa, ¿verdad? —le pregunto a Hugo, arrancando el motor con furia, los neumáticos chirriando en el asfalto, un eco de mi rabia.

—Probablemente —asiente, su mirada seria—. Pero cálmate. No puedes entrar hecho un puto animal. Están asustadas. Y tú, con esa

cara, solo vas a empeorar las cosas. Solo las vas a asustar más.

Lo ignoro. Su prudencia es una mierda cuando se trata de Lucía. Su vida, sus decisiones. Todo eso es secundario. Solo importa que esté a salvo. Conmigo.

Cuando llegamos a la urbanización, veo su figura saliendo de la casa, su cabello rubio como un faro en la oscuridad. Lucía corre hacia mí. Se lanza a mis brazos como si el mundo se estuviera cayendo a pedazos, como si solo en mi cuerpo encontrara un ancla.

Y yo la recibo con toda la fuerza que tengo; la aprieto contra mí, hundiendo mi rostro en su cuello, aspirando su olor a jazmín y sexo, un aroma embriagador que me nubla la razón. La beso con furia y desesperación, sus labios suaves y húmedos bajo los míos, reclamándola con cada aliento.

Delante de todos. Me importa una mierda quién mire, ni siquiera ese imbécil de Nicolás que se ha quedado plantado en la puerta, con la cara descompuesta, la rabia retorciéndole el rostro.

—¿Dónde habéis estado? —me pregunta, con la voz temblorosa y el miedo visible en cada palabra; sus ojos, fijos en los míos, buscan respuestas, buscan consuelo.

No respondo. Solo la miro con intensidad y protección; una promesa muda, grabada en mi mirada. No hay tiempo para explicaciones. Ya la tienen en la mira, ya la han marcado, y si no hago algo, me la van a arrebatar. No lo permitiré. Jamás.

La levanto y me la echo al hombro como a un trofeo de guerra; fuerte, posesivo, reclamándola para mí ante todos, ante el mundo. Saco el arma y apunto a Nicolás sin dudar; el cañón frío apuntando a su pecho, un punto rojo en su camisa.

—Que diga algo; que intente acercarse; que dé un puto paso más y lo reviento.

—¡Álex, bájame ahora mismo! ¡¿Qué estás haciendo, loco de mierda?! —grita ella, golpeándome la espalda con rabia y miedo; su voz es un lamento, una súplica que me taladra los oídos, pero no me detiene.

—Cállate —gruño, sin soltarla, su cuerpo firme y cálido sobre mi hombro—. Ni se te ocurra seguirme ni un solo segundo; me la llevo conmigo. Cuando encuentren al puto cerdo de Lombardi, me llamáis.

Hasta entonces, ella está conmigo. Y el que intente acercarse… lo mataré. No dudaré.

—¡No puedes hacer esto! ¡Ella no es un puto objeto! —grita Nicolás, furioso, su rostro contraído por la impotencia, su voz un rugido de rabia.

—¡Ni un puto paso más! —le ordeno, apuntándole de nuevo con el arma, el dedo en el gatillo, listo para disparar—. Eres su hermano. Está bien. Pero ella es mía. ¿Lo entiendes? ¡MÍA! Por derecho. Por deseo. Por sangre. Por la puta obsesión que me consume. Ella me pertenece.

Salgo sin más explicaciones, ignorando sus gritos de protesta. La meto en el coche, ella forcejea con desesperación, sus puños golpeando el salpicadero, sus gritos resonando en el interior. Es una bestia enjaulada, pero es *mi* bestia.

—¡Tú no estás bien de la cabeza! ¡Ábreme la puerta, joder! ¡Me secuestraste! —grita, golpeando el cristal con rabia contenida, sus ojos llenos de furia y miedo.

—Cierra la boca o te la cierro yo —le escupo con dureza, sin apartar la vista de la carretera—. Te lo dije, Lucía. Desde que te follé, eres mía. Nadie te va a separar de mí. Nadie. Antes tienen que meterme un puto tiro entre los ojos. Antes te arranco la lengua.

Conduzco sin rumbo fijo, dejando atrás las luces de la ciudad, sumergiéndonos en la oscuridad de la carretera, en un silencio denso roto solo por el rugido del motor. Horas. Kilómetros. Nadie sabe adónde voy. Nadie conoce esta cabaña perdida en medio de la nada, un lugar olvidado por Dios y por los hombres. Solo yo. Y ahora, solo ella y yo. Un refugio. Una prisión. Mi prisión.

Ella no me habla. No me mira. Su cuerpo está tenso, rígido en el asiento del pasajero. Pero lo sé. Su mente no para. En cualquier momento intentará escapar. No la culpo. Solo está reaccionando a su nueva realidad. A la realidad que yo le he impuesto. A la brutalidad de mi amor.

Saco la jeringuilla del pantalón, el líquido claro brillando bajo la tenue luz del salpicadero. La tengo preparada desde hace días. Por si acaso. Siempre un plan B. Siempre un paso por delante.

Me detengo en el arcén, en medio de la nada. El silencio espeso de la noche nos envuelve, un manto oscuro que me da la bienvenida. Giro el rostro para observarla, tan hermosa y frágil a la vez, su rostro iluminado por la luna, una víctima inconsciente de mi protección.

—Lo siento, preciosa —susurro, más para mí que para ella, mi voz apenas un murmullo en el silencio absoluto, una justificación que solo yo entiendo—. Esto es lo que hay que hacer para mantenerte a salvo. Para mantenerte conmigo. Es por tu bien. Es por mi necesidad. Y por mi jodida cordura.

Y con un solo movimiento rápido y firme, antes de que pueda reaccionar, antes de que su miedo se convierta en una lucha, clavo la aguja en su cuello.

Sus ojos se abren como platos, dilatándose por el shock, un terror fugaz antes de que la droga haga efecto. Intenta gritar, pero sus labios tiemblan y no sale ningún sonido, solo un jadeo ahogado. Su cuerpo se tensa como un resorte, se retuerce por un instante, y luego se relaja, desplomándose, la resistencia, abandonándola.

—Shhh... ya está... No vas a sentir nada. —Le susurro con voz áspera, mientras la sostengo para que no caiga del asiento, mi mano firme en su nuca.

Se desploma suavemente sobre el asiento del pasajero, una muñeca de trapo. La acomodo con cuidado, como si fuera un cristal delicado, como si no acabara de secuestrarla y drogarla. La cubro con mi chaqueta, su calor aún pegado a la tela, y la beso en la frente, un beso de propiedad, de promesa y de prisión.

—Ahora sí, estás a salvo. Conmigo. Y no hay nadie que pueda sacarte de aquí.

Arranco el motor y desaparecemos en la oscuridad, las luces traseras de mi coche se pierden en la noche, envueltos en la tormenta que es nuestra vida, la tormenta que yo mismo he provocado para atraparla. Para hacerla mía, de una vez por todas.

CAPÍTULO 11

LUCÍA

La Bestia que Amo.

¿Dónde estoy?
Es lo primero que pienso al abrir los ojos. La habitación está sumida en la oscuridad casi total, apenas rota por una débil luz que se cuela entre las rendijas de unas persianas desvencijadas. El aire es frío y rancio, cargado con un olor a humedad y madera vieja que me hace querer vomitar.

No comprendo nada. Lo último que recuerdo es a Álex arrastrándome fuera de la casa de Hugo con esa mirada suya, tan feroz, tan cargada de rabia contenida, y luego... solo silencio, oscuridad y vacío. Un abismo al que me arrojó sin piedad.

Intento moverme, pero mis muñecas están atadas con cuerdas ásperas al cabecero de la cama. El contacto de la cuerda quema mi piel, dejando una marca roja y ardiente que se extiende con cada pequeño movimiento.

Mi corazón golpea mi pecho con fuerza brutal, retumbando en mis oídos como un tambor de guerra enloquecido.

¿Qué mierda está pasando? ¿Lombardi me encontró? ¿Y si Álex...? No, no. No puede ser. Él no me haría esto. ¿O sí?

No puedo pensar eso. Si le ha pasado algo por mi culpa, prefiero mil veces que me maten a mí. La culpa me muerde las entrañas.

De pronto, un crujido rompe el silencio. No estoy sola. El aire se tensa.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —mi voz es un hilo tembloroso, más débil de lo que quisiera, cargada de desesperación—. Por favor... responde. No me hagas daño, por favor… Te lo ruego.

Una figura se levanta de un sillón cerca de la ventana. Su silueta es alta, imponente, cortando la poca luz. Lleva una máscara negra que cubre todo su rostro, y esa máscara convierte cualquier expresión en una amenaza impenetrable, un pozo sin fondo.

Mi corazón se acelera, mis pulmones se niegan a respirar, al ver el brillo metálico de un cuchillo colgado de su cinturón, el filo brillando con una luz fría y letal, prometiendo dolor.

Joder.

Empiezo a forcejear, desesperada, tirando de las cuerdas con una fuerza que no sabía que poseía. Pero las cuerdas solo aprietan más y el dolor se extiende desde mis muñecas hasta mis hombros, un fuego que me consume.

La desesperación me envuelve, escalando por todo mi cuerpo con una fuerza terrible, asfixiándome.

Entonces siento su peso encima de mí, una presencia oscura y dominante que absorbe todo a su alrededor, aplastándome contra el colchón.

—No puedes hacer nada para evitar que haga contigo lo que quiera —su voz retumba, baja y profunda, amortiguada por la máscara, pero jodidamente familiar. Es él. Es Álex. Y esa verdad me golpea con la fuerza de un rayo, una mezcla de alivio y terror puro.

Sus dedos enguantados, fríos y firmes, recorren lentamente mi estómago, subiendo despacio por la tela de mi camiseta. El frío del guante me hace estremecer, un escalofrío que, de forma perversa, se mezcla con una extraña excitación que no quiero admitir, pero que me sacude.

Su máscara roza mi mejilla y un escalofrío helado me atraviesa, mientras su aliento caliente me quema la piel.

—¿Te conozco? —susurro, la voz casi rota, un hilo rasgado, el corazón a punto de salirse del pecho. Quiero negarme, pero la verdad ya está grabada en mi carne.

No responde. Solo pone un dedo sobre mis labios, enguantado y frío, indicándome que guarde silencio, que me someta.

El cuchillo baja despacio, acariciando mi piel sin cortar, con una precisión casi artística, como si disfrutara de cada segundo del tormento. Pasa por mi garganta, un roce helado que me hace tragar

con dificultad, rozando el centro de mis pechos, hasta que rasga la camiseta sin hacerme daño, exponiendo mi piel al aire frío de la habitación y a su mirada oculta.

—Déjame, por favor... no me hagas daño —le suplico con voz quebrada, las lágrimas quemándome los ojos. Pero dentro de mí, en lo más oscuro de mi ser, algo perverso y retorcido, desea que no se detenga, que siga, que me arrastre más profundo.

Sus dedos vuelven a acariciar mi piel, ahora directamente sobre mi abdomen desnudo, con un toque íntimo, descarado y despiadado que me hace temblar, que enciende cada célula. Me está volviendo loca, arrastrándome a la perdición. La mano que debería aterrorizarme me incendia por dentro, con un fuego que no puedo controlar.

El cuchillo cae a un lado con un golpe sordo, y sus manos se detienen en mis caderas, firmes, dominantes, anclándome a la cama. La máscara baja hasta rozar mi oído y su voz vuelve a susurrar, cargada de amenaza y deseo, un veneno que me inunda.

—Llora todo lo que quieras, ángel. Cada lágrima tuya solo me vuelve más salvaje, más peligroso. Más jodidamente tuyo.

Ángel. Solo Álex me llama así. La confirmación es una losa, pero también una extraña validación.

—¡Eres un hijo de puta! —grito, ahogada por las lágrimas que ahora ruedan por mis mejillas, saladas y calientes—. ¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo puedes mirarme y saber que me destrozas? Que me rompes en mil pedazos y aun así no te detienes.

—Tenías que ver al monstruo que soy, el que siempre he sido y nunca quise mostrarte —dice con voz áspera y amarga, pero con una verdad innegable. Su aliento choca con mi rostro, y siento el sabor amargo de la confesión.

—¡Estás loco! ¡Este no eres tú! —insisto, tratando de aferrarme a una luz que se desvanece, a la imagen del Álex que conocí, antes de esta oscuridad.

—Soy más yo que nunca. Pero tú, solo tú puedes soportarlo... solo tú puedes conmigo. Y lo sabes.

Sus labios me devoran con una violencia que hiere y excita al mismo tiempo. Muerde mi labio hasta hacerlo sangrar; siento el

sabor metálico de mi propia sangre mezclándose con el suyo.

Su lengua, caliente y exigente, se cobra cada gota de dolor y deseo, explorando mi boca con una posesión brutal.

Su cuerpo se estrella contra el mío, arrasándolo todo, mi respiración ahogada bajo su peso.

—¡Déjame ir! ¡No quiero esto, no así! —grito, un lamento que se pierde entre sus besos, pero sé que miento. Mi cuerpo traiciona a mi mente y grita por más, se retuerce, implora. No hay nada verdadero en mis palabras. Él lo sabe, mi cuerpo también.

Estoy empapada, ardiendo, rendida a la tormenta que despierta en mí. Cuando sus dedos, sucios de poder y deseo, entran en mí, una invasión dulce y salvaje, lo confirmo con un jadeo desesperado: lo deseo tanto como le temo. Es una contradicción que me consume.

—Duele... —susurro, jadeando entre gemidos, mi voz, un hilo—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué esta tortura?

—Porque eres mía. Porque nadie más puede tenerte. Y voy a follarte como nadie más lo hará, hasta que no puedas recordar cómo era la vida antes de mí —dice con voz cavernosa, un dios oscuro reclamando su presa, sus ojos fijos en los míos, exigiendo mi redención.

Me penetra de un solo golpe brutal, desgarrándome y liberándome a la vez. El dolor es un incendio que me atraviesa, una punzada aguda que se funde de inmediato con un placer desbordante. Grito, no de dolor, sino de entrega absoluta, de una sumisión que me arrastra al abismo.

Mis caderas se arquean, buscando su cuerpo con un ansia desesperada y una necesidad que nunca había sentido, que me consume hasta los huesos.

Mi alma se parte en dos, entre la condena y la salvación, entre la tortura y el éxtasis, y no sé cuál lado me arrastra más. Me corro una y otra vez, perdiendo la cuenta, perdiendo la razón, mi cuerpo se convulsiona sin control bajo el suyo.

Cuando despierto, mis piernas están abiertas, doloridas, y él sigue allí, implacable, su presencia, una sombra que no me abandona, que me pesa. Pasa lentamente el cuchillo por mis muslos, el filo frío rozando mi piel, esta vez sin miedo, solo un fuego

abrasador que me consume por dentro, un ardor que me dice que soy suya.

—Álex... —susurro, rota, exhausta, la voz apenas un hilo—. Déjame ir.

No lo dice, pero sé que no lo hará. Sus ojos, aunque ocultos, me prometen una prisión de deseo.

Introduce el mango del cuchillo en mí con una lentitud meticulosa, una invasión calculada, como si deseara marcarme para siempre. El roce de la madera contra mi carne, la presión profunda. Mi cuerpo responde, de forma incomprensible, como si lo hubiera estado esperando toda la vida, deseando el filo de la locura y el peligro, la sumisión total.

Mi cabeza va a mil por hora. Los pensamientos negativos me asaltan sin poder evitarlo. No sé si me estoy volviendo loca, pero algo en mí tiene que estar mal. No puede ser normal que mi cuerpo responda de esta manera a algo tan peligroso. Es una locura. Una adicción perversa.

Álex me observa mientras saca el cuchillo de mi interior, un movimiento suave y firme. Nos miramos en silencio, la tensión sexual aun palpitando entre nosotros, mientras él desabrocha su pantalón y me penetra de golpe. Siento el aire salir de mis pulmones y mi mente se calma, la razón se desvanece ante el placer. Sus palabras me descolocan. Parece como si hubiera leído mis pensamientos más oscuros, mis miedos más profundos.

—No estás mal —dice, como si leyera mis pensamientos más oscuros—. No estás sola en esta oscuridad. Yo soy así, un monstruo de verdad. Pero tú... tú entiendes esta enfermedad que me consume. Tú la sientes.

—Estás enfermo... —le digo, la voz apenas un murmullo, pero sé que es verdad, y que lo amo por ello, por esa oscuridad que me arrastra.

—Y tú amas mi enfermedad —murmura, la certeza de un condenado, una sonrisa imperceptible en sus labios.

Sus embestidas son tan lentas y profundas que me hieren y me curan a la vez, una tortura dulce, destrozándome el alma con cada gemido y reconstruyéndola con cada embestida. Cuando me penetra

otra vez, nuestros cuerpos encajan como la llave perfecta en una cerradura prohibida, un calce brutal y exacto. Me corro tan fuerte que el mundo se apaga a nuestro alrededor y solo queda la tormenta que somos nosotros, un huracán de placer y sumisión.

***

El agua caliente me envuelve como un abrazo que quema y calma a la vez, deslizándose por mi piel con una sensación casi hipnótica.

Siento las manos de Álex, firmes, pero cuidadosas, recorriéndome lentamente mientras me lava. Cada roce suyo es un torbellino de sensaciones encontradas: dolor y consuelo, miedo y deseo. Es él, mi monstruo y mi guardián.

Sus dedos acarician mis muñecas, masajean mis hombros tensos como si intentara arrancar de mí toda la angustia acumulada. Se acerca a mi cuello y deposita un beso húmedo que parece prometer protección, mientras sus labios rozan mi piel, recogiendo sin palabras mis lágrimas.

—Ángel... ya pasó —susurra con voz grave, profunda, cargada de un poder silencioso que me envuelve.

Esa palabra, ese apodo suyo, me desarma. Este es el Álex que conozco, el que aparece cuando el mundo se vuelve demasiado cruel, el que no permite que nadie me lastime más que él mismo.

—¿Quién eres realmente? —le pregunto, mi voz temblando entre la duda y la necesidad. Quiero arrancarle la verdad, quiero comprender qué hay detrás de esa mirada azul oscura que a veces me aterra y a veces me atrae como un imán.

Él se detiene un momento, suspira, y su mirada penetra en la mía con una intensidad que me hace temblar hasta los huesos.

—Soy tu pecado más oscuro, el monstruo que llevas dentro y que nadie más puede ver —dice, con una voz ronca, áspera y vulnerable a la vez—. Ese que destruye y construye, que ama y

arrasa. Y tú... tú eres la única que puede mirarlo a los ojos sin huir, la única capaz de amarme pese a todo.

Una sonrisa amarga se dibuja en sus labios. Sé que no miente, sé que en esa confesión hay verdad y tormento.

—¿Y si el monstruo me devora? —susurro, la voz quebrada—. ¿Y si acabamos destruyéndonos?

Él me toma la cara entre las manos, con una ternura que parece contradecir cada una de sus palabras, y me responde con la sinceridad brutal que lo define:

—Entonces nos destruimos juntos, y en esa destrucción encontramos la libertad. Porque yo no puedo vivir sin ti... ni quiero intentarlo.

El silencio se instala entre nosotros, solo roto por el murmullo del agua y el latido acelerado de mi corazón. Y en ese momento, aunque sé que estamos rotos, que nuestra realidad es un campo de batalla donde el amor y el dolor se confunden, siento que juntos somos invencibles. Somos dinamita y fuego, una tormenta que ni siquiera el destino podrá apagar.

CAPÍTULO 12

ÁLEX

Hasta que seas mía otra vez.

Llevamos una semana en la cabaña.
Después de la primera noche, me obligué a detenerme, no porque quisiera, sino porque si no lo hacía, la iba a quebrar de una forma que no podría arreglar ni con mil caricias. La iba a destruir por completo, y mi plan no era ese… todavía no.

Fue demasiado para ella, demasiado para mí. Su cuerpo se rendía, se abría, gemía, me rogaba, pero su mente seguía corriendo, quería huir.

Lucía es una contradicción con piernas. Me deja entrar tan profundo que casi puedo tocarle el alma, y después se encierra en sí misma, como si yo fuera el peligro. Quizás lo soy, quizás eso es lo que la excita: esa oscuridad que la atrae.

Los primeros días, después de ese momento vivido, no volví a tocarla.

Pero la devoré con los ojos, como un lobo hambriento al acecho; cada músculo de mi cuerpo se tensaba con la necesidad.

Memoricé cada uno de sus movimientos: la forma en que se toca el cuello cuando está tensa, cómo se muerde el labio cuando tiene miedo, ese gesto de apartarse el cabello como si quisiera ocultar todo lo que siente... y yo lo siento todo. Sus silencios me gritan, me piden, me provocan.

El segundo día no quiso salir de la cama. Se giró hacia la ventana y se cubrió con las sábanas como si el sol la lastimara. No comió ni habló; solo respiraba.

Y yo, yo la miraba desde la puerta, desde la cocina, desde el sillón, impotente. Mi parte más oscura es la que sabe qué hacer, pero esto que está creciendo dentro de mí le cuesta actuar.

Fumaba como un condenado. Dejaba que el humo me llenara los pulmones, mientras mi mente se llenaba de ella. Me la imaginaba en la cama, desnuda, temblando, rota, mía. Cada vez que exhalaba el humo, sentía que una parte de mí moría y renacía con un único propósito: protegerla, poseerla, devorarla sin dejar nada, hasta que no fuera más que mi extensión.

Al tercer día, se perdió en el bosque. Caminó durante horas, sin decir ni una palabra, sin regalarme ni una mirada, y volvió llena de barro.

Despeinada, con los ojos secos de tanto llorar, me la crucé en el porche. Intenté tocarle la cara y ella se apartó.

—No me toques, Álex —dijo sin mirarme. No era odio, era miedo. Y no a mí, sino a lo que yo despierto en ella.

Conozco ese miedo. Lo tengo tatuado en la piel. Vivo con él desde que maté por primera vez, desde que entendí que el dolor puede ser una forma de poder, desde que descubrí que la violencia no solo me calma, sino que me excita, me da sentido. Es mi verdad, mi maldición.

El cuarto día cociné para ella pasta y vino, nada especial. Lo dejé en la mesa y me senté en el sillón. Esperé.

Una hora después ella bajó. Me miró como si yo fuera un fantasma.

—¿Qué es esto? ¿Tu intento de ser humano?

—No, mi intento de que no te mueras de hambre, jodida cabezota.

Se sentó y comió en silencio. Lo devoró todo, como si quisiera tragarse la rabia, el dolor y el amor. Cuando terminó, me miró y, por primera vez en días, sus ojos no me miraban vacíos; decían: sigo aquí, todavía no me he ido del todo.

—Gracias —susurró.

No dije nada, solo me encendí otro cigarro y, por primera vez en días, sonreí. No porque estuviera feliz, sino porque esa pequeña palabra me dio algo que valía más que el aire: control.

El quinto día la encontré llorando en la ducha. El sonido del agua no podía tapar sus sollozos. Me quedé apoyado en el marco de la puerta, observando su silueta. Estaba arrodillada, abrazándose las

piernas, como si quisiera desaparecer por el desagüe. Abrí la mampara. No dije nada. Me metí con ella, vestido. El agua me empapó, pero no me importó. Me senté detrás, le acaricié la espalda, bajé lentamente la mano y toqué una cicatriz en su cintura.

— ¿Esto es reciente?

Silencio.

—No tienes que esconderme nada, Lucía. Yo ya vi tu oscuridad y aun así te elegí.

Ella apoyó la frente en mi pecho, no me abrazó, pero dejó de llorar; solo respiró, y eso fue suficiente, porque en ese momento volvió. Mi volvió a ser mía.

El sexto día la escuché hablar dormida.

—No me dejes sola.

Un susurro que me desgarró el pecho. Me acosté a su lado, la abracé desde atrás, pegado a su cuerpo, como si pudiera fundirme con ella, aspirando su aroma.

—Nunca, nunca vas a estar sola mientras yo respire.

Y lo juro, aunque tenga que matar a cada persona que se interponga en mi camino, aunque tenga que destruirla para reconstruirla con mis manos, para hacerla mía una y otra vez.

Hoy es el séptimo día y la tensión volvió a explotar. Está distante, callada, perdida, y yo me estoy volviendo loco. Cada segundo que se aleja, algo dentro de mí se parte. Me esfuerzo por contenerme, por no agarrarla del pelo y follarle la boca hasta que recuerde a quién cojones pertenece. Pero se me escapa, y yo no tolero perder. Lucía es mía: su alma, su cuerpo, su oscuridad, todo. Y si tengo que obligarla a volver a mí, entonces lo haré, como ya lo he hecho antes, como solo un monstruo, como yo, sabe hacerlo.

La busco por toda la cabaña hasta que la encuentro sentada en un rincón de la habitación. Tiene las rodillas pegadas al pecho, los ojos vacíos, fijos en algo que no está en este mundo, su mirada perdida, como si su alma hubiera escapado.

—Ángel, ¿qué te pasa? —me agacho frente a ella, acariciándole la mejilla con la punta de los dedos—. Háblame, dime qué te jode, qué te consume. No me dejes fuera de esta mierda que te tiene atrapada.

No reacciona, su mirada está ausente, como si su mente se hubiera fugado a algún lugar lejano donde yo no existo, y eso me quema por dentro más que lo que soy capaz de controlar.

—Mírame —le ordeno, sujetándola de la barbilla con firmeza. Mi voz es dura, pero hay una súplica velada que solo ella puede entender.

Nada.

La levanto de un tirón y la coloco sobre la cama. Me siento a su lado, observándola. Mi sangre hierve al verla así, lejos, ausente, rota. No por lo que siente, sino porque se está yendo, porque no me deja entrar.

—No me ignores, hostias. Si te estás perdiendo, yo voy a ser el cabrón que te arrastre de vuelta, aunque tenga que hacerlo a mi manera. Y a mi manera te va a doler.

Mis manos viajan por su espalda, marcando cada vértebra como si fueran un mapa. La beso lento al principio, esperando que reaccione. Sus labios tiemblan y sus dedos se aferran a mi camiseta. Una rendija en su alma se abre, y me lanzo a través de ella como un depredador hambriento.

—Dímelo —susurro contra su boca—. Dime que me quieres, que me necesitas.

—No lo sé... —su voz es apenas un murmullo, pero no me detengo porque sus ojos ya no están tan vacíos, porque su cuerpo empieza a responder antes que su mente, y el deseo se vislumbra en su mirada.

La empujo contra el colchón, le arranco la ropa como si me quemara en las manos, desgarrando la tela sin piedad. Ella no dice nada, no se aleja; me recibe como una adicción maldita que no puede abandonar. Su cuerpo tembloroso me invita a tomarla.

Le ato las manos con la cuerda despacio, sin brusquedad pero con autoridad. Cada nudo es una promesa, una cadena. Mis ojos se clavan en los suyos mientras paso el nudo por sus muñecas, asegurándolas en su espalda.

—¿Lo ves? No te has ido, estás aquí conmigo, donde perteneces.

Ella asiente, apenas; su respiración se acelera, sus ojos fijos en los míos, con una mezcla de miedo y deseo. Me levanto y me quedo mirándola de pie al final de la cama, mi polla palpitando, dura como una piedra. La miro, y sus pupilas están dilatadas, su boca entreabierta. Odia que la ate, el no poder moverse, pero sus ojos me suplican y me desafían.

No hay gritos ni súplicas, solo un jadeo ahogado cuando, con mi mano firme, le sujeto la nuca y la acerco a mí. Sus ojos, fijos en mi polla dura y palpitante, su cuerpo se tensa pero no me detiene. Siento su aliento caliente, el temblor de sus labios cuando la punta de mi polla los roza.

La empujo suavemente, exigiendo su sumisión. Siento la presión de sus dientes, la humedad de su lengua, la succión que comienza. Mis dedos se enredan en su cabello cuando sus movimientos empujan, controlando la profundidad.

Escucho sus arcadas ahogadas, pero no me detengo. La obligo a tragar, a sentirme, a devorarme por completo. La siento convulsionar; su cuerpo se arquea, sus caderas se elevan buscando más presión, más de mí. Ella gime con la boca llena mientras la empujo al límite, follándole la garganta, disfrutando de cada arcada y espasmo que tiene su cuerpo por no poder respirar.

Le saco la polla de la boca y la tumbo en la cama, con las piernas abiertas de par en par, su coño chorreando. La devoro; el sabor de su sumisión me inunda, una victoria dulce y amarga, la prueba de que su coño y su voluntad ya son mías.

Cuando se corre, me levanto y la miro. Sus ojos están cerrados, disfrutando todavía de los efectos del orgasmo. Su boca entreabierta y sus mejillas sonrojadas. Está exhausta. Ha vuelto. La he traído de vuelta.

Me muevo entre sus piernas, sus muslos se abren aún más invitándome. Mi polla se presiona contra su entrada húmeda y palpitante. La necesidad es una bestia. La tomo como si el mundo se fuera a acabar, con una necesidad que me quema las entrañas.

Mis embestidas son duras y rápidas, sintiendo cada punzada, cada roce. La empujo hasta que tiembla, hasta que se rompe en mil pedazos debajo de mí, hasta que sus gemidos se ahogan en su

garganta, una súplica silenciosa. Y cuando gime mi nombre como si fuera una plegaria, entonces sé que la he recuperado, que ese vacío se llenó otra vez con lo peor de mí, con mi oscuridad.

Me corro tan fuerte que mi cuerpo se tensa y tiembla, mi respiración se acelera mientras me vacío en su interior. Cuando termino, me incorporo y la desato. Lucía se levanta y me mira con fuego en los ojos, con la mirada llena de furia contenida, ardiendo con una determinación que me provoca.

—Eres un hijo de puta, te odio, Álex. No quiero volver a verte en mi puta vida.

Suelto una carcajada; mis labios se curvan en una mueca amarga, cargada de veneno, de victoria.

—No, no me odias, Lucía. Odias lo que te hago sentir, odias que yo sea lo único real cuando todo lo demás se desmorona, odias que te arrastre a tu propia oscuridad.

La arrincono contra la pared sin tocarla; no necesito hacerlo, mi voz basta, mi presencia la consume.

—Tú me elegiste en medio de toda tu luz. Elegiste al monstruo. No importa cuántas veces intentes huir, te voy a encontrar porque te conozco, porque llevas la oscuridad en los huesos, y esa oscuridad soy yo.

La dejo allí jadeando, con la espalda contra la pared, intentando recuperar el aliento como si el aire en sus pulmones ya no le perteneciera. Su cuerpo tiembla, pero no sé si es por lo que le he hecho sentir o por lo que le he hecho recordar, y joder, eso me pone más furioso aún: no saber qué parte de mí la mueve.

La sombra de una sonrisa se dibuja en mi rostro, porque sé que esto no ha terminado. Nunca termina cuando el dolor es la única forma que tenemos para amarnos, cuando la posesión es la única verdad.

CAPÍTULO 13

LUCÍA

Siete balas y el alma.

En cuanto Álex cruza la puerta y desaparece de mi vista, corro hacia la parte trasera de la casa, mi cuerpo impulsado por la desesperación que me consume. Llevo días buscando cualquier señal, cualquier vehículo que me permita escapar de este infierno, pero lo único que he encontrado es una moto vieja, oxidada y maltratada en el cobertizo.

Intento arrancarla con las manos temblorosas, sintiendo cada músculo de mi cuerpo desgarrado por el cansancio y el miedo. Como sabía que pasaría, fracaso: no arranca, como con todo en mi vida últimamente. Una frustración amarga me inunda, la misma que me acompaña desde que Álex me trajo aquí.

—Esa mierda no va a llevarte a ningún sitio —al escuchar esas palabras, se me congela el alma.

No es su voz. Mi cuerpo se paraliza, la sangre me hierve en las venas. Me giro bruscamente y ahí está Nicolás, la última persona que esperaba encontrar aquí.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste? —mi voz se quiebra, temblando como un hilo de humo entre la tormenta. Miro a mi alrededor, aterrada de que Álex pueda aparecer en cualquier momento, de que nos mate a los dos sin piedad.

—No nos conocemos tanto, Lucía... —su voz es dura, pero esta vez cargada de algo distinto—. *Sei mia sorella.* No iba a quedarme de brazos cruzados. Lo he estado vigilando desde que te secuestró. Esperaba el momento justo en que se largara para venir por ti.

Mis pensamientos se enredan y mi rostro arde, un fuego de vergüenza, culpa y un deseo imposible de apagar, que quema la piel incluso cuando él no está.

No puedo ni mirarlo a los ojos.

¿Cómo le explico este infierno que llevo dentro?

¿Cómo le cuento que quiero escapar de Álex, pero que una parte oscura y retorcida de mí no puede soltarlo?

¿Cómo confieso que la brutalidad se ha convertido en mi propia adicción?

—Si has venido a sacarme de aquí... tenemos que irnos. Ahora. Antes de que vuelva. No puedo seguir con él, Nicolás. Me estoy desmoronando por dentro. No entiendo lo que me pasa, lo que siento... es tan intenso que me asfixia. Necesito espacio. Necesito huir. Estoy perdiéndome.

—Si estás segura... *allora andiamo.* Vámonos —responde, firme, dándose la vuelta sin dudar.

Lo sigo con pasos pesados, el barro se pega a mis botas mientras mi mente se hunde en la oscuridad. El corazón me late con una fuerza que duele. Pero justo cuando estamos a punto de llegar al coche, un tirón brutal me arrastra hacia atrás. Me agarran del cabello con una fuerza salvaje y me lanza contra el suelo frío y húmedo.

Lanzo un grito, un chillido crudo y aterrador que rasga la noche. Mi mejilla choca con la tierra mojada, y siento el sabor metálico de la sangre en mi boca.

Nicolás se gira rápidamente, su arma levantada en un instante, pero es demasiado tarde. Otro hombre está ahí, junto a mí, con el arma presionada contra mi sien.

—Quietecita, muñeca —susurra una voz tan familiar como una maldición.

No puede ser.

Miro a Nicolás y en su rostro se dibuja una sombra de furia pura.

—Lombardi —escupe su nombre como si fuera veneno líquido.

Mi estómago se revuelve con un miedo ancestral. Él, el monstruo que ha habitado mis peores pesadillas.

—Nunca me he escondido, Vanetto —responde con esa voz cavernosa y maldita, esa voz que durante años me ha perseguido en

sueños de los que despertaba temblando—. Que no supieras dónde buscarme no es mi culpa.

No, esto no es real. No puede ser.

El sudor frío me empapa la espalda, y mi cuerpo entero tiembla como una hoja al viento.

Recuerdo sus pasos lentos y seguros tras de mí en el bosque, cuando era solo una niña. Recuerdo el miedo paralizante, el aliento en mi nuca, la certeza de que si me alcanzaba, se acabaría todo.

—¿Por qué? —mi voz es un hilo quebrado—. ¿Por qué no me mataste aquella vez, en el bosque? Cuando era solo una niña.

—Porque pensé que no me recordarías —contesta con una sonrisa cruel—. Esa vez tuviste suerte. Esas putas monjas aparecieron a tiempo. Pero hoy no, hoy vas a pagar. Y no hay mejor venganza que ver cómo tu hermano te ve morir sin poder hacer nada.

Siento la presión del cañón contra mi piel. El mundo se vuelve una pesadilla en cámara lenta. Las lágrimas me ciegan. Cada músculo de mi cuerpo súplica escapar, pero estoy paralizada, atrapada en un sueño de horror.

—¡Déjala! —grita Nicolás, un rugido salvaje—. Ella no tiene nada que ver en esto. Soy yo a quien tienes que enfrentar. Déjala ir.

—Ella es tan culpable como tú. Todos vosotros, los putos Vanettos. Mataron a mi padre, y todos van a sufrir con mi vendetta —su voz se vuelve un susurro mortal.

Sollozo, el aire se me escapa. Apenas puedo respirar.

—Mamá... —susurro su nombre como si pudiera alcanzarla, como si esa palabra pudiera salvarme.

Entonces, todo se desata en un torbellino de violencia.

Nicolás se abalanza sobre él; dos cuerpos chocan con un estrépito sordo. Lombardi cae al suelo, su arma resbala de sus manos. Yo la recojo sin pensar, como si mis manos fueran otra persona, y a punto temblando.

Nicolás lo inmoviliza, aplastando al monstruo de mis pesadillas con la fuerza de un huracán, mientras yo mantengo el arma firme en mis manos.

—Las cuerdas están en el maletero, rápido —me ordena sin quitarse de encima a Lombardi.

Corro hacia el coche y las saco cuando vuelvo, le paso las cuerdas. Sigo con el arma en la mano, temblando pero sin bajar la guardia.

—Baja el arma. Vuelve al coche; yo me encargo de él —me dice con voz grave.

Pero no puedo.

—Este bastardo destruyó mi niñez. Nos arrebató a nuestra madre; me separo de ti. Y durante doce años ha vivido en mi cabeza como una maldita sombra —mi voz se quiebra—. Si alguien va a matarlo, voy a ser yo.

Y aprieto el gatillo.

Disparo una vez; luego otra, y otra más.

No paro; cada bala me arranca un pedazo del alma, y aun así sigo. La sangre caliente de Lombardi salpica mi cara, pero no me aparto.

Cuando el cargador se vacía, dejo caer el arma al suelo y me desplomo.

No puedo respirar. Me duele todo: el pecho, los pulmones, la vida misma. Siento arcadas; la bilis quemando mi garganta. Nicolás me sostiene, me arrastra hacia el coche, me sienta y trata de calmarme.

—Respira, Lucía, respira… ya pasó. *Andiamo*.

Arranca el coche y acelera; los árboles se vuelven manchas borrosas a mi alrededor. El asfalto bajo las ruedas me recuerda que seguimos vivos, que no fue una alucinación.

—Lo he matado —susurro, rota—. He matado a una persona.

—Se lo merecía —responde sin titubear—. ¿Dónde has aprendido a disparar así?

—Hugo nos enseñó a Rocío y a mí… así podríamos defendernos en este mundo de mierda.

Nunca imaginé que tendría que usar lo que nos enseñó.

—Recuérdame que se lo agradezca cuando lo vea… ¡Quel figlio di puttana! —murmura Nicolás con una media sonrisa irónica,

mientras sus manos aprietan más fuerte el volante y sus ojos permanecen fijos en la carretera.

Guardo silencio, pero algo me atraviesa la mente como una daga, helándome por dentro.

Una idea que no quiero nombrar, que me quema en la lengua pero que sé que, en cuanto salga, cambiará todo.

—No quiero volver, Nicolás… no puedo estar cerca de Álex ahora mismo. Por favor, llévame lejos… a Italia, a la puta luna si hace falta. No puedo estar cerca de él en este momento… no estoy bien.

—Nos vamos a Italia, a casa. Y si ese desgraciado te ha hecho daño, dímelo ahora mismo, porque te juro que lo haré pagar.

—No me ha hecho daño, no físicamente, pero no estoy lista para volver a enfrentarlo, para verlo y no romperme otra vez.

—Entonces no lo volverás a ver. Tranquila.

Seguimos conduciendo, alejándonos de todo lo que conocía, de todo lo que me lastimaba.

El silencio en el coche es denso, pesado, como si cada kilómetro que avanzamos me alejará de una parte de mí que ya no volverá.

Miro por la ventana: árboles, arbustos y postes que pasan como espectros. El mundo gira ajeno, mientras el mío se desmorona a cámara lenta.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Nicolás con voz suave, casi paternal.

Niego con la cabeza; no podría tragar nada aunque quisiera. Mi boca sabe a sangre seca y cenizas.

—¿Quieres dormir? —me pregunta Nicolás, y niego con la cabeza.

Se que no voy a poder dormir. Cada vez que intento cerrar los ojos, veo el rostro de Lombardi, la sangre brotando de sus heridas, su cuerpo entero convulsionando bajo mis disparos, y mis dedos apretando el gatillo una y otra vez, como si eso pudiera borrar todos los años de miedo que me causó.

—¿Sabes qué es lo peor? —digo tras un largo silencio—. No fue solo odio lo que sentí, fue alivio, como si por fin hubiera recuperado algo que me pertenecía, una pieza de mi alma que la sombra de Lombardi me había robado durante años.

—Eso no te hace mala persona, Lucía; te hace humana.

—¿Y si no quiero ser humana? ¿Y si lo que soy ahora es mucho más oscuro? Una criatura nacida de la sangre y el dolor, un alma manchada pero, al fin, libre.

Nicolás no responde, solo aprieta el volante. El coche avanza y, en algún momento, cruzamos la frontera. Él lo había preparado todo: documentos falsos, rutas sin cámaras, conexiones. La mafia tiene sus propias autopistas invisibles, y mi hermano, por mucho que intenta alejarse, recuerda cada atajo.

Paramos en un pueblo perdido del sur de Francia para echar gasolina. Nicolás se ocupa del coche, yo entro al baño de la estación de servicio. Me miro al espejo. No me reconozco. Piel pálida, ojeras profundas, boca entreabierta como si aún no pudiera creer lo que hice. Me lavo la cara con agua fría, pero no sirve. El reflejo me devuelve una extraña desconocida. Una mujer con ojos más viejos, con una sombra que antes no tenía. Una asesina. Mi nueva verdad.

En el coche, Nicolás pone música suave, jazz instrumental. Me pregunto si es por mí o por él. Una lágrima solitaria recorre mi mejilla, no de tristeza, sino de algo más difícil de nombrar: gratitud, dolor, esperanza. Quizás la primera lágrima de la mujer en la que me estoy convirtiendo. La mujer que mata para sobrevivir.

Dormito un poco. No sé cuánto. Me despiertan los frenos. Parada improvisada.

—Vamos a dormir unas horas —dice Nicolás—. Hay un motel discreto. Nadie nos sigue. Nadie sabe que estamos aquí. *Stiamo al sicuro, carina.*

Subimos a la habitación. Doble cama, ventanas pequeñas, paredes delgadas. Pero hay un techo.

Me encierro en el baño, bajo el agua hirviendo. Me quedo sentada en el suelo mientras el vapor me aísla.

No quiero pensar. No quiero recordar a Álex, su forma de mirarme, poseerme como si fuera un objeto, sus besos intensos y llenos de odio. Y, sin embargo, pienso en él.

En cómo reaccionará cuando descubra que me fui. En qué hará cuando entienda que lo elegí a él... pero me elegí a mí.

Me elegí a mí, a la bestia en la que me está convirtiendo. A la oscuridad que ahora comparto con él, aunque lo niegue.

El pasado ya no importa. Solo el presente. Y este presente me dice que no voy a dejar que nadie más me destruya. Que voy a luchar. Que voy a sobrevivir.

Porque soy Lucía Vanetto. Y si este infierno es lo que me toca, voy a quemarlo hasta las cenizas.

CAPÍTULO 14

ÁLEX

El monstruo que creaste, Lucía.

El amor no me destruyó. Lo hiciste tú, Lucía.
Se ha escapado. Se ha escapado.
Lo supe en cuanto crucé la puerta. El silencio no era paz. No era descanso. Era otra cosa. Un vacío seco, punzante, brutal. Era el eco de lo que ella dejó atrás. De lo que me arrancaron. De la maldita parte de mí que se llevó consigo.

El olor a sangre me golpeó antes que la vista. Denso. Metálico. Me llenó la nariz y la garganta. Caminé rápido, con el corazón disparado. Un cuerpo yacía junto al sendero, cubierto de barro, con la cabeza destrozada. Lo giré. Le costó despegarse del suelo. Tenía la cara irreconocible, hecha papilla, pero ese tatuaje… ese maldito cuervo en el cuello. Y en su muñeca, apenas visible entre la suciedad y la sangre, la calavera con ojos rojos. La marca de los Lombardi.

Lombardi.

Víctor me lo confirmó minutos después. No hacía falta, ya lo sabía.

Y no sentí alivio. No sentí justicia.

Sentí rabia. Una furia quirúrgica. Fría. Precisa. Porque si Lombardi está muerto, significa que Lucía lo mató. Y si lo mató, es porque él la encontró primero. La vio. La tocó. La amenazó.

Y yo no estuve allí para reventarle la cara antes de que se acercara a ella. Ese placer me lo negó. Esa sangre era mía.

Estuve horas buscándola. Días. Mis hombres rastrillaron el bosque, los caminos, los putos lagos. Quemamos cada rincón. Interceptamos señales. Amenazamos a confidentes.

Nada.

Llamé a todos. Activé contactos dormidos. Drones, satélites, cámaras de tráfico.

Nada. Era como si la puta tierra se la hubiera tragado.

Esa noche me rompí. Me desmoroné como un animal enjaulado. No dormí. No comí. No bebí. Solo pensaba. En su voz gritándome que la dejara en paz. En su piel bajo mi boca. En su espalda, contra la pared de la ducha, cuando temblaba entre gemidos y súplicas. En su cuerpo, arqueándose, rompiéndose, perteneciéndome. En cómo sus gemidos se convirtieron en mi único credo.

¿Y ahora?

Ahora no está.

Fue Rocío quien contestó la llamada.

—Está viva —me dijo con voz temblorosa—. Pero no quiere que la busques, dice que necesita espacio…

¿Espacio?

—¿Espacio? —repetí con una risa rota y hueca—. ¿Me estás diciendo que Lucía se fue a darse un puto "espacio"? ¿Como si lo nuestro fuera un juego, Rocío? ¿Como si estuviera eligiendo un color de uñas? ¿Como si tuviera alguna puta elección?

—No quiere hablar contigo. Dice que necesita sanar. Que no puede respirar cuando estás cerca —respondió—. Y que mató a Lombardi. Lo dijo como si fuera algo normal. Como si matar a un cabrón así no dejara huellas. Como si la sangre no quemara.

No dijo nombres. No dio ubicación.

Pero no hace falta ser un genio para saber con quién está.

Nicolás.

Ese cabrón. Ese parásito. Ese imbécil con cara de santo que se metió en mi vida y se llevó lo único que tengo.

Se la llevó.

Como si fuera suya. Como si ella no tuviera mi marca tatuada bajo la piel. Mi nombre grabado en su carne.

Cuando lo supe, arranqué el coche. Con el alma en llamas. Fui directo al aeropuerto. No sabía a dónde iba. Solo quería partirle la cara a alguien.

Hugo intentó detenerme.

Error.

—No puedes largarte así —me dijo con firmeza—. Hay cosas que están estallando. Gente muriendo. Te necesito aquí.

—¡Y yo la necesito a ella, joder! —le grité con la garganta desgarrada—. ¡No soy tu maldito soldado! ¡No me des órdenes!

Me empujó. Lo empujé más fuerte. Mi pecho contra el suyo. Mi rabia estallando por los ojos.

—¡No me detengas, Hugo! ¡Te juro que si me frenas otra vez, te reviento los dientes!

Le falté al respeto. A él. A mi hermano. Al jefe de los Torres.

Y me importó una mierda.

Porque ella no está. Y eso me está matando.

***

Horas después.

Después de la muerte de Lombardi, sus perros salieron de las sombras. Atacaron puntos clave. Dispararon a traición. Mataron a tres de mis hombres. Hicieron sangrar a los míos.

Y yo no pienso quedarme quieto.

Hoy tengo a dos de esos bastardos atados a una viga en el granero. Ambos llevan la maldita calavera de ojos rojos tatuada en la muñeca, una burla directa, una declaración de guerra. Están sudados. Heridos. Vendados. Suplicando con la respiración.

No suelo mancharme las manos para estas cosas. Para eso tengo a mis hombres. Pero hoy no.

Hoy necesito sangre. Hoy quiero gritar con el dolor ajeno. Hoy quiero ser un monstruo.

Entro al granero con dos cuchillos. Uno en cada mano. El metal está frío, perfecto. Me calma.

—Bueno, bueno... —digo con una sonrisa lenta mientras camino a su alrededor, como un depredador hambriento—. ¿Sabéis una cosa? Mi mujer mató a vuestro jefe. Le vació un cargador en el pecho; sin dudas, sin remordimientos. Hizo lo que tenía que hacer.

Yo quería hacerlo. Quería verle suplicar, pero me quitó ese placer. Así que... ahora lo vais a pagar vosotros.

Uno tiembla; el otro solloza. Vaya comemierdas tiene Lombardi; estos no son soldados dispuestos a luchar hasta el final, estos son como niños cuando les quitas su juguete. Se enrabietan y al final solo les queda la tristeza de haber perdido. Dan pena.

Me acerco a su espalda. Clavo el cuchillo. Lento. Largo. Cruel. La hoja se hunde, la carne cede.

Gritan como cerdos; que son lo que son... Qué asco.

El sonido me da paz; me acaricia el alma. Los corto como quien abre un regalo. Cada tajo es un poema escrito con rabia. Les hablo, susurro, les cuento cosas.

—¿Sabéis cómo gime ella? —les digo al oído—. ¿Sabéis cómo se arquea, cómo me dice 'más' con los ojos rotos de deseo? Es mía. Rota, jodida, enferma, pero mía. La única mujer que ha tenido el valor de mirarme sin miedo.

Uno de ellos intenta escupirme. Error. Le agarro la cara. Le abro la boca con fuerza. El cuchillo entra en la lengua. Un corte seco. La carne se desprende. Grita con espuma roja en los labios.

Su amigo grita más, y unas arcadas amenazadoras pujan por salir.

—¡Basta, por favor! ¡Basta!

—¿Basta? ¿Ahora rogáis? ¿Dónde está vuestro valor? ¿Dónde está esa lealtad que gritáis cuando vais en manada?

Les hago cortes en la mejilla, luego en el pecho, en las piernas. Les tapo la nariz con cinta. Dejo solo la boca libre. Deja a un lobo vivo y las ovejas nunca volverán a dormir tranquilas.

Quiero que se atraganten con su propia sangre. Quiero que su cuerpo luche por vivir y no lo consiga.

Cuando estoy satisfecho, me acerco al intercomunicador.

—Abrid la compuerta.

Uno de mis hombres obedece. La compuerta metálica se alza, y los cerdos entran. Bestias enormes. Con ojos vacíos. Hocicos húmedos. La escena me divierte: dos cerdos devorados por una piara. Sonrío; el placer me inunda. Que se pudran en el puto infierno.

Los hombres atados se retuercen. Intentan escapar. Demasiado tarde.

Los cerdos se lanzan. Mueren con los gritos todavía en la garganta.

Crujen huesos.

Rompen carne.

La escena es grotesca. Es arte. Es perfecta. La sinfonía de la venganza.

Miro durante un rato. Solo por placer.

Luego me voy.

Regreso a casa. Me dejo caer en el sofá. Una botella de tequila en una mano. En la otra, un mechón de su cabello. Todavía huele a su perfume. El único rastro tangible de que no fue un puto sueño.

Cierro los ojos. Y me arde el alma.

Porque se fue. Después de todo. Después de las noches. De las promesas. De los gritos ahogados contra mi pecho. Se fue. Con él.

Y lo peor de todo es que no puedo ir tras ella.

Porque, si la veo… si la tengo de nuevo enfrente… el monstruo que vive en mí quiere destrozarla; y, después de eso, que pida más. Pero también quiero protegerla de este mundo de mierda.

Voy a destruirla; porque la amo con la misma fuerza con la que quiebro huesos; con la misma sed con la que derramo sangre. Es mía; la he reclamado como mi mujer. Pero se ha ido; ha elegido a su familia. Joder, yo soy su puta familia. Es mía; lo tengo tan seguro como el aire que respiro. Puede ser una Vanetto, pero es mi puta mujer... quiera ella o no.

Y eso, Lucía…

Eso sí que me está matando.

CAPÍTULO 15

LUCÍA

El latido que me ata a él.

Tres meses después de mi huida. Manarola, Italia.
Han pasado tres meses desde que dejé todo atrás. Desde que tomé la decisión de desaparecer de su vida. Desde que disparé. Desde que corrí sin mirar atrás, con el corazón roto y el alma manchada. Cada kilómetro es una punzada, cada día una batalla. Pero tengo que huir. Tengo que intentar recuperar la Lucía que se está perdiendo.

Durante este tiempo he aprendido a vivir con mis fantasmas. Ya no me asustan como antes. Siguen ahí, sí. Pero ya no me paralizan. He dejado de temerles y he empezado a entenderlos. Cada herida tiene su nombre, cada miedo su raíz. Son cicatrices, sí, pero también mapas de mi supervivencia. La sangre de Lombardi, el olor a Álex… todo se ha integrado en mí, en un cóctel amargo y extrañamente adictivo.

No ha sido un proceso fácil. Es lento, sucio, doloroso. He llorado hasta quedarme dormida, he vomitado recuerdos, he querido rendirme mil veces… pero aún estoy aquí. De pie. Más fuerte que nunca. Nunca me he amado ni valorado tanto como ahora. Parece una frase simple, pero para mí es casi un milagro. Un milagro forjado en el infierno.

Cuando llegamos a Italia, Nicolás y Massimo me ofrecen un refugio. Una mansión enorme en las afueras de Florencia, vigilada, lujosa. Una jaula dorada, muy diferente a la cabaña de Álex, pero jaula al fin y al cabo. Lo que yo necesito, sin embargo, es desaparecer. Ser invisible. Volver a empezar. Sentirme libre, aunque sea solo una ilusión.

Una semana después de mi llegada a Florencia, me escapo. Lo hago con la ayuda de uno de los chóferes de Massimo, un hombre de pocas palabras y ojos cansados que parece entender mi necesidad de aire.

Encuentro Manarola. No es solo un pueblo; es una postal viva, una explosión de color desafiando la verticalidad. Las casas, pequeñas y vibrantes, se apiñan unas sobre otras, ancladas al acantilado como si hubieran brotado de la roca misma, pintadas en tonos pastel que estallan bajo el sol: rosas, amarillos, azul cielo, con contraventanas de madera que parecen pestañas.

Abajo, el mar de Liguria es un manto azul profundo, salpicado de destellos plateados con cada ola que rompe contra las rocas. El aire aquí es diferente; limpio, salado, con un dulzor a limón que se aferra a la piel. Las gaviotas gritan sin cesar sus cantos estridentes, mezclándose con el murmullo constante de las olas.

En las tardes, el sol se pone tan lento sobre el horizonte que te hace creer que el tiempo se detiene, tiñendo el cielo de naranjas y morados imposibles. Aquí, el sol quema diferente, el aire no pesa con secretos. Es un lugar para respirar. Un lienzo de vida que grita en contraste con el infierno de mi pasado.

Hace dos meses, alquilo un pequeño estudio en el corazón del pueblo. Tiene una ventana que da al mar y paredes viejas que crujen con la brisa, contando historias silenciosas. A veces me despierto a medianoche solo para escuchar el silencio. Un silencio que no duele, un silencio que abraza. Es el sonido de la paz, la que no conocía. La que, a veces, me aterra por su fragilidad.

Hace mes y medio, empiezo a trabajar en la cafetería de Samia. Es una mujer marroquí que llegó a Italia hace veinte años, sola, huyendo también de su propia guerra. Ella no hace preguntas, pero siempre sabe cuándo necesito un té caliente o cinco minutos de silencio. Sus ojos, profundos y sabios, parecen ver más allá de mi sonrisa forzada. Me siento segura con ella, protegida por su empatía silenciosa.

En la plaza, los ancianos me saludan con una sonrisa, las señoras me regalan higos secos, los niños me gritan "¡Ciao Lucia!" Cuando paso en bicicleta. Aquí, por fin, soy alguien sin pasado. Soy

una barista, una vecina. Una simple mujer que intenta ser normal. Una mentira bien contada.

Y entonces, hace una semana, mi cuerpo empieza a hablar. Náuseas. Mareos. Un agotamiento extraño. Pienso que es un virus. O el estrés. Samia me manda a casa, sus ojos llenos de preocupación que no sé descifrar.

Pero esta mañana, al mirarme en el espejo, lo sé. No es una certeza lógica. Es algo más primitivo. Algo en mi mirada me grita la verdad, una verdad que mi subconsciente ya ha asumido. Cinco meses sin menstruación. Y lo último que recuerdo es antes de la fiesta en el crucero. La primera vez. La primera vez con Álex. La noche en que su brutalidad me hace suya en ese jodido ascensor, en esa habitación. La noche que me rompe y me reconstruye en algo que no entiendo, pero que ahora llevo dentro de mí.

Me tiemblan las manos mientras me visto. Cada botón parece una traición. Bajo corriendo la colina hasta la farmacia, con el aire ardiendo en mis pulmones. Compro cuatro pruebas de embarazo de diferentes marcas. Cuatro. Porque no puedo confiar en una sola. Porque parte de mí aún quiere negar lo evidente. Negar la posibilidad de que esa oscuridad, esa posesión, haya dejado una huella tan tangible.

La espera es interminable. Cinco minutos que se sienten como horas. Me siento en el suelo frío del baño, abrazando las piernas. Rezo. Suplico. Que sea un error. Que sea cualquier cosa menos *eso*. Y entonces… Dos rayas. En todas. Estoy embarazada. De Álex. Un torbellino se desata dentro de mí. Miedo. Ira. Ternura. Horror. Amor. Todo al mismo tiempo. Y entonces lloro. Lloro como no he llorado desde que maté a Lombardi. Lloro como una niña perdida, con el corazón deshecho y el alma gritando.

Solo puedo pensar en una persona. Solo una puede sostenerme desde la distancia. Rocío.

—¿Lucía? ¿Eres tú? —contesta, con voz entrecortada, una mezcla de alivio e histeria palpable—. Te he llamado mil veces, pero no contestabas. Me estaba muriendo de miedo. ¿Dónde demonios te has metido, cariño?

No puedo hablar. Solo sollozo, las palabras ahogadas por las lágrimas y la angustia que me consumen.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Nicolás te ha hecho algo? ¿Alguien te ha encontrado? —insiste Rocío con una mezcla de angustia y rabia contenida, su voz ahora más firme, exigiendo respuestas.

—No… no es eso… estoy… embarazada —susurro, la voz rota y temblorosa, la confesión quemándome la garganta—. Estoy esperando un hijo de Álex.

El silencio al otro lado de la línea es denso, pesado como el aire antes de una tormenta, cargado de una incredulidad que casi puedo sentir. Y entonces su voz tiembla, con lágrimas que casi puedo oír:

—¿De Álex? ¿Estás segura?

—Sí… No hay duda. —mi voz apenas es un hilo, un susurro que se pierde en la lejanía—. Y tengo miedo. Mucho miedo. De lo que esto significa. De lo que él hará. De lo que seré.

—Lucía, escúchame bien —dice con fuerza, su tono ahora calmado, inyectándome un valor que no tengo—. Tener un bebé no es el fin del mundo. No tienes que cargar con esto sola. Me tienes a mí. Vas a ser una madre maravillosa. Lo sé, porque he visto cómo cuidas a mi hija cuando no estoy. No estás sola, nunca lo has estado.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie. Júramelo, por favor. —ruego, sintiendo que mi corazón se rompe en mil pedazos, que mi vida se deshilacha.

—Te juro que tu secreto está a salvo conmigo. Pero prométeme tú también que no vas a intentar enfrentarlo sola. Necesitas ayuda, Lucía. Por el bebé, por ti. No te cierres.

Después de colgar, me hundo en el sofá, el cuerpo temblando por la mezcla de miedo y alivio. Voy al médico. Las palabras confirman lo que ya sé: estoy de casi cuatro meses. La criatura está bien. Fuerte. Sana. Un pequeño milagro en medio de mi infierno personal. La ironía cruel de que la primera vez fuera con él se clava en mi piel como un puñal, una herida que duele y a la vez, me recuerda el placer prohibido. Su semen en mis entrañas.

El mes siguiente, la vida sigue su curso, pero yo no soy la misma. Cada patada en mi vientre es un recordatorio, un latido que me ata a Álex, a ese hombre que juro odiar y que ahora es el padre de mi hijo.

Hablo con el bebé en mi mente, le cuento mis miedos, mis sueños rotos, la verdad silenciada de su padre mafioso. Me obsesiono con protegerlo, con mantenerlo a salvo de la oscuridad que me rodea.

Me sumerjo en el trabajo, en la rutina de Manarola, intentando ahogar la ansiedad que me corroe. Pero su aroma, el de Álex, su maldita presencia, se cuela en mis pensamientos como un veneno dulce.

Los días siguientes los paso evitando a Nicolás. ¿Cómo se lo dice una hermana a su hermano mafioso? ¿Cómo se le dice que estás embarazada del hombre del que te escapaste para poder sobrevivir? ¿Cómo explico que la línea entre mi salvador y mi verdugo se ha borrado con cada latido de esta nueva vida?

Pero hoy… hoy vienen a buscarme. Golpean la puerta y allí están. Nicolás y Massimo. Sus rostros, antes llenos de preocupación, ahora irradian una calma tensa.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto, alarmada y nerviosa, mi corazón martilleando contra mis costillas.

—Si hubieras respondido mis llamadas, no tendríamos que venir —dice Massimo, con ese tono suave que ha aprendido a usar conmigo, casi paternal, pero firme. Sus ojos me analizan, intentando descifrar mi silencio.

—Me prometisteis que no vendríais. Si alguien nos ve, todo puede arruinarse. Esto es peligroso. Nos ponemos en riesgo a todos.

—Estamos preocupados, Lucía —interviene Nicolás, la voz cargada de esa autoridad que hace temblar el suelo bajo mis pies—. Dijimos que no te íbamos a presionar, pero te has encerrado. No sabíamos si estabas bien. Podríamos perderte. Sei mia sorella, mi preoccupo.

—Lo siento. Solo… no sabía cómo decirlo. Estoy embarazada. De casi cuatro meses.

El silencio es absoluto. Nicolás me abraza tan fuerte que por un segundo pienso que va a romperme las costillas, un abrazo que me dice que, a pesar de todo, estoy a salvo con él. Massimo solo mira mi vientre, sus ojos se llenan de emoción, una sonrisa lenta dibujándose en sus labios.

—¡Voy a ser abuelo! —grita de repente, rompiendo la tensión con una carcajada que resuena en el pequeño estudio, una risa sincera y fuerte.

Río entre lágrimas, aliviada y asustada al mismo tiempo. Nunca pensé que sería así.

—Es de Álex. Rocío lo sabe. Pero no quiero que él se entere. No todavía.

—Nadie dirá nada, mia piccola —susurra Massimo, su mano cubriendo la mía con una calidez protectora—. Pero recuerda que es su hijo también. Lo sé. Y eso es lo que más miedo me da. El monstruo que él es, replicado en mi propia carne.

Esa noche, me siento junto al ventanal. El mar ruge a lo lejos. Una tormenta amenaza en el horizonte, reflejando mi tormenta interna. Pongo las manos sobre mi vientre, una conexión profunda, sagrada. —Vamos a estar bien —le digo en voz baja, casi una súplica y una promesa al mismo tiempo. No sé si es una promesa… o una súplica.

Desde entonces, cada día es una mezcla de luz y vértigo. He empezado a hablarle. Al bebé. A ese pequeño corazón que late dentro de mí, un latido que me ancla a la vida. No lo hago en voz alta siempre. A veces es solo un pensamiento, un susurro mental mientras camino por la plaza o mientras sirvo café.

—Buenos días, vida —murmuro al despertar, mis dedos acariciando mi vientre.

Y cuando algo me asusta o me cansa, pongo la mano sobre mi vientre y repito:

—No estamos solos.

El cuerpo cambia rápido. La ropa ya no me entra igual.

Samia me regala una túnica azul y dice, sin preguntas, solo con una mirada cómplice:

—Ahora brillan más tus ojos.

Los olores son mi enemigo. El pescado, el perfume de un cliente, el café demasiado fuerte… Todo puede darme arcadas, un recordatorio constante de mi nueva condición. Pero también he empezado a notar cosas nuevas: la suavidad del pan recién horneado, el frescor de los limones, la ternura con la que los ancianos me ofrecen una silla. Una vida sencilla que se siente como un último respiro antes de la tempestad.

El otro día, una mujer deja un pañuelo olvidado sobre la barra. Al recogerlo, tiene un aroma conocido. Álex. Su perfume. Tengo que sentarme. Es como un golpe seco en el estómago, un puñetazo que me deja sin aire. No sé si llorar o gritar o vomitar. No lo hago. Solo me quedo allí, con el pañuelo entre los dedos, respirando con dificultad hasta que Samia me toca el hombro y me devuelve a la realidad con su mirada tranquila.

—¿Quieres irte a casa? —pregunta.

—No. Quiero quedarme. Quiero vencer este miedo. Y eso hago. Un día a la vez. Un minuto a la vez.

CAPÍTULO 16

ÁLEX

Mi Puta Religión.

Seis meses de infierno.
Las primeras horas después de su huida fueron un borrón de furia. La cabaña, que antes había sido nuestro refugio, se convirtió en una tumba de silencio, una jaula sin mi presa. La busqué por cada rincón, cada hoja caída, como un animal herido que busca el rastro de su sangre.

Mis hombres llegaron, alertados por la histeria de Hugo. Rastrillaron el bosque, los caminos de tierra, los putos lagos cercanos, cada centímetro de esa jodida montaña que antes habíamos compartido.

Los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses. Seis meses de un infierno constante. Desplegué cada puto recurso que tenía. Drones sobrevolaron la zona, sus ojos mecánicos escaneando cada sombra. Satélites rastrearon las carreteras principales. Cámaras de tráfico en los pueblos cercanos fueron intervenidas. Quemamos cada rincón donde pensé que podría estar escondida, cada agujero de rata que pudiera ofrecerle refugio.

Hablé con mis confidentes, con cada soplón que debía un favor, con cada perro que temía mi ira. Amenacé, grité, prometí un infierno a quien se hubiera atrevido a tocarla o a ayudarla a escapar.

La desesperación se me pegaba a la piel como una segunda capa de sudor frío, corrosivo.

No dormí. La imagen de su rostro, de su cuerpo bajo el mío, se repetía en un bucle infernal, una tortura constante. No comí. El hambre me retorcía las entrañas, pero el apetito por ella era más fuerte. No bebí. Solo mi propia rabia me mantenía en pie.

Mis manos, mis jodidas manos, que la habían poseído, ahora temblaban con la impotencia de no encontrarla. La había tenido. La había marcado. Y se me había escurrido entre los dedos como arena.

Cada noche, la oscuridad de mi habitación es el único testigo de mis gritos ahogados, de las súplicas que nunca creí que saldrían de mi garganta. He contratado a cuatro investigadores privados, los mejores, en diferentes países. Nada. Ella desapareció como si nunca hubiese existido. Como un maldito fantasma. Como un castigo divino que me negaba lo único que quería.

Intenté pedírselo a Víctor, que la buscara con sus redes, pero Hugo lo detuvo. Le dijo que no la buscara. Que aparecerá cuando estuviera lista. ¡¿Lista para qué?! Palabras que me saben a traición, a mierda. ¿Lista para olvidarme? ¿Para rehacer su vida con otro? ¿Para arrancarse de la piel lo que yo le dejé marcado a fuego? Me consumía la idea de que pudiera estar eligiendo una vida sin mí, una vida normal, lejos de mi oscuridad.

Sigo llamando su antiguo número, una y otra vez. A veces dejo mensajes, mi voz un gruñido roto. Otras solo escucho el silencio, colgando como una soga al final de la línea.

Le hablo como si pudiera oírme. Le pido perdón, una palabra que nunca pronuncié con sinceridad hasta ahora. Le suplico. Le ruego que solo diga una palabra. Un insulto. Un reproche. Cualquier cosa para saber que sigue ahí, que sigue siendo mía, que no la he perdido para siempre.

La desesperación se ha convertido en mi única religión. Es un puto pozo sin fondo.

Nunca me he disculpado con nadie. Nunca he sentido que tuviera que hacerlo. Hasta ahora. Por ella lo haría mil veces. Pero no tengo la oportunidad. Me ha borrado como si fuera polvo. Y aun así, sigo aquí, esperando, como un puto idiota que se enamoró del veneno y lo quiere de vuelta.

Esta tarde, camino hacia una reunión con Hugo, aunque no tengo ganas de ver a nadie. Y mucho menos a Nicolás. Pero ahí está, hablándole a Hugo como si nada. Como si no tuviera a MI mujer escondida como una rata.

—Mira quién tenemos aquí. ¿No estabas en Italia con tu querida hermanita? —le digo, con una sonrisa torcida, venenosa, esperando que su lengua se le escape. Pero ni siquiera me mira.

—No tengo nada que decirte, Álex —responde sin levantar la voz, como si yo fuera un puto mosquito. Me hierve la sangre.

Lo agarro del cuello y lo giro. Mi puño se estrella contra su nariz, el crujido del cartílago me satisface. No me detengo. Otro puñetazo, un golpe seco en la mandíbula que lo hace tambalear. Y otro, en el ojo, hasta que la sangre brota caliente.

Hugo intenta separarme, pero Nicolás me lanza al suelo y me golpea en las costillas con una brutalidad que me arranca el aliento. Nos revolcamos por el suelo como perros rabiosos, un amasijo de puños, patadas y gruñidos.

Golpe tras golpe. Puñetazo tras puñetazo. Sangre. Dolor. Odio. Orgullo. Una danza de bestias.

—¿Habéis terminado? —pregunta Hugo, como si fuésemos niños peleando en un patio, su voz tensa, al límite.

Levantamos la mano al unísono. Hugo niega con la cabeza y se aleja.

—¿Dónde la tienes? Sé que está contigo —le gruño con la voz rota, escupiendo sangre y rabia.

—Si crees que te voy a decir dónde se encuentra mi hermana, estás más loco de lo que pensaba —me escupe con una sonrisa provocadora, su nariz sangrando a chorros.

—¡Es mi mujer! ¡Tengo derecho a saber dónde está!

—No es nada tuyo. Si quisiera estar contigo, no se habría marchado. No te quiere, Álex. Déjala en paz. Ella decidirá cuándo y si quiere volver. Y si no quiere verte, eso es asunto suyo.

—Ella es mía. ¡MÍA! —grito, casi rompiéndome la garganta. Pero él ya se ha ido, dejándome con la rabia a flor de piel, los puños ardiendo y el pecho lleno de vacío.

Al menos, tengo la tranquilidad de saber que está viva.

***

La inauguración del club es esta noche. Después de medio año sin moverme, de estar encerrado en mi propia jaula, pienso disfrutarla al máximo. Seis meses sin follar, sin sentir nada, sin respirar, sin que me duela, sin el maldito sabor de Lucía en mi boca. Esta noche pienso destruirme con estilo, hasta que no quede nada.

Me visto con un traje nuevo, negro. Corbata suelta. Whisky en mano. Todo me da igual. Bebo sin medida. Necesito adormecer esta mierda que tengo dentro. La música retumba en mis venas como si quisiera arrancarme el alma. Las risas me arañan los oídos. Las luces me ciegan. Todo es ruido. Todo es vacío. Todo es una burla.

Veo a Rocío. Me acerco tambaleando. Le hablo. Le exijo. No recuerdo las palabras exactas, pero sé que la llamé zorra insensible. Sé que intenté sacarle dónde estaba Lucía. Sé que crucé una línea que no debí cruzar. Otra más. Y me encantó hacerlo. Porque la rabia me arde más que el alcohol. Porque en el fondo quiero que alguien me rompa. Porque necesito castigo.

Lo último que recuerdo es el golpe. Una bofetada. Nunca me había pegado. Y si lo hizo, es porque lo merecía. Y porque me lo buscaba.

Despierto con un cubo de agua helada en la cara. Me incorporo, empapado, y la veo ahí. Rocío. Con la mirada encendida en furia.

—¿Te has vuelto loca?

—Loca no. Pero estoy harta de gilipolleces. Levántate y sal de mi casa. No quiero verte la cara.

—¿Qué te he hecho yo para merecer esto?

—¿Qué me has hecho? Me insultaste delante de todo el mundo. Arruinaste tu propia inauguración. Me llamaste traidora. Y si no te digo dónde está Lucía es porque no me da la puta gana. Hablo con ella todos los días. Pero tú no te mereces saberlo. No así. No siendo la sombra de mierda en la que te has convertido.

—Rocío, por favor… solo dime si está bien. Solo eso…

—Está viva. Está mejor que tú. Y antes de que me toques más los cojones... recuerda lo que Lucía le hizo a Lombardi. Si no quieres acabar como él, ¡lárgate de mí puta casa!

Se da la vuelta y me deja ahí. Solo. Como un imbécil. Como un cabrón que lo ha perdido todo y que no puede culpar a nadie más que a sí mismo.

Me siento en el suelo. Me llevo las manos al rostro. Me tiemblan los dedos. Me tiembla el alma. Y por primera vez... siento miedo.

Mierda.

La he perdido.

Y quizá esta vez para siempre.

Me quedo en el suelo, el cuerpo temblando, la rabia mezclada con un dolor que parece desbordarme la piel. No hay whisky, ni putas luces, ni música que pueda apagar este fuego negro que arde en mi pecho. Estoy jodido, roto, y cagándome en todo, pero sé que no puedo quedarme aquí esperando a que el tiempo haga algo que ni siquiera sé si quiere.

Mis puños sangran, apretados hasta casi romperse, y la garganta me duele de gritar sin que nadie escuche. Pero esta vez no voy a quedarme quieto. No voy a permitir que me arrastre más esta mierda de mierda. No.

Me levanto, cojo el móvil con manos temblorosas y marco a Víctor.

—Tengo que ir a buscarla. Ahora. Dame todo lo que tengas. No me importa qué mierda haya que hacer. Esto se acaba.

—Álex... es peligroso, Hugo no quiere que te metas.

—Que le den a Hugo. Esta vez mando yo. Esta vez rompo todo lo que haga falta. Voy a buscar a Lucía hasta el puto infierno si hace falta.

Corto la llamada y me echo la chaqueta al hombro. Afuera, la noche parece fría, pero yo ardo por dentro. Estoy más jodido que nunca, pero esta puta vez no voy a rendirme.

—¿Dónde mierda estás, Lucía? Te juro que te encontraré. Que no habrá rincón en este mundo donde puedas esconderte de mí. Porque aunque me cueste la vida, aunque tenga que romperlo todo, esta puta guerra acaba de empezar.

CAPÍTULO 17

LUCÍA

Marcada por su Fuego.

No sé cuántas veces he leído su mensaje.
ÁLEX: No puedo seguir sin ti. Voy a buscarte. Te necesito.

Mi corazón, que durante semanas se mantuvo congelado en una especie de coma emocional, ahora late con una violencia desconocida. Cada palabra se me clava bajo la piel, como una promesa ardiente, una herida que se abre y supura.

Lo he odiado con una intensidad que podría incendiar ciudades; lo he amado con la misma rabia, con la misma hambre de aniquilarme en su piel. He querido borrarlo de cada parte de mí… y al mismo tiempo, tatuarlo en los huesos.

Es una marca, no solo en mi memoria, sino en cada fibra de mi ser.

Pero esta Lucía ya no es la misma. Ya no soy solo la mujer que lo amó hasta romperse. Ahora soy madre. O casi. Este pequeño ser dentro de mí lo cambia todo. Me reconstruye sin avisar. Me obliga a mirar el mundo con otros ojos… aunque esos ojos aún lo busquen a él.

Estoy sentada en el borde de la cama, descalza, con el móvil entre las manos como si fuera un arma cargada. La pantalla apagada, pero su mensaje aún arde en mi cabeza, grabado con letras de fuego. Tengo la respiración cortada. El pecho apretado. La garganta cerrada como un nudo, ahogándome en la incertidumbre y el deseo que me ahogan.

Me siento una cobarde. Una hipócrita. Lo bloqueé. Lo borré. Le cerré todas las puertas y, sin embargo… él sigue colándose por los poros de mi piel. Por mi vientre. Por mis sueños. Por mi maldito

deseo que no sabe morirse. Es un veneno dulce del que no puedo desengancharme.

Me acaricio la barriga. Él está ahí. Nuestro hijo. Nuestra maldita creación perfecta en medio del caos. Un latido que me ata a lo que más temo y más anhelo.

—¿Qué harás si te encuentra, Lucía? —me susurro a mí misma, en voz temblorosa, apenas un suspiro que se pierde en el aire de la habitación—. ¿Y si te mira cómo solo él sabe hacerlo, como si fueras su única verdad? ¿Y si te toca, y cada caricia es un grillete más? ¿Y si no te deja ir nunca más? ¿Y si, en el fondo, no quiero que lo haga?

La idea me quema por dentro. Siento el calor subir a mi pecho, una llamarada que me sofoca. Las lágrimas me muerden los ojos, calientes, amargas. No son de tristeza. Son de miedo. De necesidad. De culpa. De eso que nadie dice, eso que no se admite en voz alta: aún lo amo. Y ese amor, retorcido y oscuro, me está consumiendo.

Y no sé si me lo perdono.

Esa noche sueño con él. No con palabras dulces. No con finales felices. Con sexo sucio, desesperado, real. Sus manos me arrastran por la cintura, me doblan, me tienen. Su aliento me arde en la nuca. Su voz ronca me posee el oído:

—Eres mía, joder. Mía aunque corras. Mía aunque grites. Mía, aunque no me quieras. Mía para siempre, Lucía. Marcada para mi placer.

Y yo no respondo con amor. Grito de placer. Grito por rabia. Me aferro a él con piernas y uñas. Sus embestidas me sacuden entera, una y otra vez, golpeándome contra el colchón, contra su cuerpo, hasta que el impacto me deja sin aliento y sin mente. Me rompe. Me hace suya otra vez. Me consume por completo.

Me despierto jadeando, el cuerpo empapado en sudor, con el corazón bombeando como un tambor de guerra. Las sábanas revueltas. Las piernas temblorosas. Estoy húmeda, como si acabara de vivirlo. El aroma de su sexo, de mi propio placer, aún flota en el aire de mi habitación, una prueba irrefutable de la pesadilla que fue y el deseo que es.

—Maldito cabrón… —murmuro, con los ojos clavados en el techo, las palabras, un veneno que no puedo escupir.

Maldito por volverme tan loca que tuve que marcharme. Maldito por seguir dentro de mí. Maldito por hacerme desearlo incluso ahora.

Lo peor es que, aunque me hirió, aunque me destrozó y yo me marché dejándolo solo con su hijo creciendo dentro de mí, sinceramente, lo necesito aquí conmigo. Lo necesito con una urgencia que me avergüenza, una adicción que me aterra más que cualquier amenaza externa.

Y me odio por eso.

La puerta se abre sin que la haya oído. Nicolás entra con pasos cansados, con la cara ojerosa. Me mira en silencio. No hace falta que hable. Me conoce demasiado. Sus ojos, aunque cansados, reflejan una preocupación profunda, una conexión que solo un hermano puede sentir.

—¿Te escribió? —pregunta Nicolás, su voz baja y ronca, como si temiera romper la frágil calma.

Asiento. No puedo hablar. Tengo la voz rota, quebrada por las emociones que me ahogan.

Él suspira, un sonido pesado que llena el silencio, caminando hasta sentarse frente a mí, en la silla.

Me observa con dolor, como si quisiera protegerme del mundo, pero supiera que el enemigo lo llevo dentro. Que la batalla más grande es la que libro conmigo misma.

—¿Y qué harás si aparece? —su voz es suave, pero la pregunta es una daga.

Trago saliva. Me abrazo el vientre, como si pudiera protegernos de algo. Como si pudiera protegerme de mí.

—No lo sé, Nico… No lo sé. No sé si huiré o me lanzaré a sus brazos.

—¿Y lo deseas? —insiste, su mirada fija en la mía, una presión silenciosa.

—No me preguntes eso. —Mi voz es un ruego, una súplica desesperada.

—¿Lo deseas, Lucía? —repite, con una firmeza que no admite evasivas.

Levanto los ojos, mis párpados pesados. La respuesta se me escapa antes de poder evitarla, una verdad cruda que me quema la garganta.

—Sí. Lo deseo como una condena. Como una droga que me mata, pero no puedo dejar. Como el aire que necesito para respirar, aunque me envenene con cada bocanada.

—Entonces prepárate —dice él, poniéndose de pie, su sombra proyectándose sobre mí, una figura imponente—. Porque cuando Álex promete que va a buscarte… lo hace. Y esta vez, no creo que te deje escapar. Lo va a quemar todo, Lucía. Y tú estarás en el centro de su incendio.

Y algo en mí… sabe que es verdad. Una fatalidad dulce, oscura, ineludible. Mi destino, escrito con sangre y deseo.

CAPÍTULO 18

ÁLEX

Un infierno sin ella.

No contesta. No responde. No hay rastros.
Ni un puto mensaje. Ni un "vete a la mierda". Ni siquiera un "muérete". Nada. Solo el silencio, una tortura lenta.

El silencio de Lucía me revienta la cabeza. Me hace imaginarla lejos, con alguien más, sonriendo como si yo nunca hubiese existido. Como si mi jodida existencia no fuera más que un borrón en su vida.

Málaga me resulta más gris sin ella. Cada calle, cada esquina, me escupe su recuerdo a la cara. El puto eco de su boca gritándome, desafiándome como nadie. Sus ojos ardientes cuando me plantaba cara. Su cuerpo, jodidamente perfecto, temblando bajo el mío, jadeando mi nombre mientras se corría con violencia entre mis brazos.

Me estoy volviendo loco. No, no. Ya lo estoy. Esta maldita ausencia es mi celda, y la locura, mi única compañía.

***

El avión aterriza de madrugada. El frío del amanecer me golpea la cara. No traigo equipaje; ¿para qué? Todo lo que necesito está aquí: la rabia que me mantiene en pie, la culpa que me carcome y su nombre, grabado a fuego, golpeando en mi pecho como una maldición. Cada latido de mi corazón es un grito ahogado por ella.

Salgo del aeropuerto y me meto en el coche que me espera. Nadie sabe que vine. Ni siquiera Hugo. Esto no es de la familia. Esto

no es mafia. Esto es corazón. Dolor. Instinto. Esto es mi puto infierno personal.

Esto es ella.

—Toma la dirección exacta —le suelto al conductor sin mirarlo, mi voz áspera, un sonido de papel de lija.

Él duda. Me observa por el retrovisor como si intentara descifrar si estoy cuerdo. Sus ojos me juzgan.

—¿Está seguro, señor? Es una zona muy apartada… Nadie lo encontrará allí.

Lo interrumpo con un gruñido que brota desde lo más profundo de mi pecho, un sonido que sabe a desesperación.

—¿Tienes puta idea de lo que es estar a punto de perder lo único que te hace sentir vivo? —le espeto, con la voz ronca por la falta de sueño y el exceso de ansiedad, la frustración ardiendo en mis ojos.

Silencio. El conductor aprieta el volante, la tensión llenando el habitáculo.

Le paso la dirección. La conseguí gracias a Rocío. La única que aún me responde, aunque a regañadientes, como si le costara, no escupirme en la cara cada vez que hablamos. Me arranqué esa dirección a base de súplicas y amenazas veladas, un precio que pagaría mil veces.

Me dijo que Lucía está lejos, que se fue sin mirar atrás. Que no quiere saber nada de mí.

Pero parece que no la conoce del todo. O no me conoce a mí.

—Se va a cagar cuando te vea —me advirtió Rocío, su voz teñida de una mezcla de advertencia y perversa diversión—. O se te tira encima… o te rompe una silla en la cabeza.

Y, la verdad…

Las dos opciones me ponen duro. Jodidamente duro. El peligro que ella representa es mi mayor afrodisíaco.

El coche avanza entre la bruma, devorando kilómetros en silencio. La ciudad duerme, pero yo estoy en guerra. El cielo está tan negro como mi humor, sin una sola estrella. El corazón me late en el cuello, en las sienes, en la polla, un tambor enloquecido que solo grita su nombre. La necesito. No es un capricho. No es nostalgia.

Es adicción. Es hambre. Es muerte si no la tengo. Es mi jodida razón de ser.

Miro por la ventana. El aire huele a mar. Pero no sabe igual. Sin ella, todo es insípido, vacío, una puta farsa. Sin sus gritos, su veneno, sus orgasmos, el mundo es una cárcel. Soy un prisionero de su ausencia.

Cuando llegamos, el coche se detiene frente a una casa rústica, sencilla, rodeada de árboles. La oscuridad lo cubre todo. Ni un puto sonido. Ni una luz encendida. La cabaña parece un fantasma en la noche.

Bajo. El cuerpo me pesa como si arrastrara un cadáver a la espalda, el agotamiento carcomiéndome los huesos. Camino hasta la puerta. La casa parece dormida, ajena a la tormenta que soy.

Levanto el puño para llamar. Estoy a un segundo de golpear. De gritar su nombre como un loco. De destrozar la puerta y reclamarla.

Pero algo me frena. Una punzada fría en el pecho.

Y entonces la veo…

Por una ventana entreabierta, entra la luz tenue de la luna, plateando el interior. Y ahí está.

Una cuna. Blanca. Pequeña. Frágil. Intocable.

Se me para el corazón. Siento una sacudida en el estómago, como si me hubieran arrancado las tripas. El mundo deja de girar, se congela. El aire se me escapa de los pulmones.

¿Es… mío?

Doy un paso atrás como si me hubieran apuñalado. La rabia que me sostenía se desvanece, reemplazada por un terror helado. La desesperación se transforma en un miedo que me arranca el alma, un pánico que no he sentido desde que era un puto crío.

Un puto bebé. Un hijo. Nuestro. Una vida que creció sin que yo lo supiera. Mi sangre. Mi futuro.

Me apoyo contra la pared, la cabeza hirviendo, el pecho ardiendo. No puedo respirar. El puto oxígeno se niega a entrar.

¿Dónde estuve cuando más me necesitaba? ¿Dónde coño estaba yo mientras ella sangraba? Mientras luchaba sola. Mientras crecía un pedazo de los dos dentro de su vientre. Mientras mi hijo tomaba forma y yo me pudría en mi puto infierno.

—Lucía… —susurro, con la voz rota, un lamento que apenas reconozco—. Perdóname… Perdóname, joder…

Una lágrima me recorre la mejilla. Fría. Amarga. La ignoro. No tengo derecho ni a llorar. No merezco esa puta indulgencia.

Quiero entrar. Abrazarla. Caer de rodillas y suplicarle. Quiero hundirme en su cuerpo hasta que olvide cada noche de soledad. Quiero rogarle con la lengua entre sus piernas, que me perdone, que me acepte de nuevo, que me consuma.

Quiero que me pegue. Que me insulte. Que me grite, que me odia…

Pero no quiero que me mire como si ya no me amara. Eso sí que no. Esa mirada me destruiría por completo.

Miro una vez más la casa.

Ella está ahí. Y no estoy seguro de merecerla.

Pero lo que sí sé… es que no me voy sin verla.

Ni muerto. Ni el infierno me detendrá.

Regreso al coche. Me siento. La garganta me arde, un fuego seco.

El conductor no dice nada. Su silencio es una pregunta.

—Espérame cerca —le ordeno, mi voz tensa, mi mirada fija en la oscuridad de la casa.

Porque aún no es el momento. Pero lo será.

Muy pronto. Demasiado pronto para ella, quizá. Pero inevitable.

Y cuando llegue…

No habrá Dios que me saque de su cama. No habrá fuerza que me aparte de su cuerpo. Será mía. Para siempre.

CAPÍTULO 19

LUCÍA

El primer latido.

Me despierto con un dolor insoportable.
El reloj marca las tres de la madrugada cuando abro los ojos, con la sensación de que algo no está bien. Un malestar sordo, apenas perceptible al principio, se transforma en un calambre abrasador que me atraviesa el vientre como una cuchillada encendida. Me incorporo de golpe en la cama, jadeando, con la frente perlada en sudor.

—Dios, cómo duele… —susurro, aferrándome la barriga con ambas manos. Está dura como una piedra. Cada músculo en mi vientre se tensa como si algo desde dentro luchara por salir a la fuerza. El dolor me parte en dos, me retuerce; me roba el aliento.

—¡Joder…! —gimo, las lágrimas cayendo por mis mejillas sin control. Me cuesta respirar. Siento un ardor que sube desde la pelvis hasta el pecho, como si algo en mi interior se estuviera desgarrando, rompiéndose con brutalidad. Una herida abierta que amenaza con consumirme.

El pánico me atrapa de golpe. Las manos me tiemblan mientras agarro el móvil. Marco el número de Nicolás. Tarda apenas un segundo en responder.

—¿Lucía?

—¡Joder…! —mi voz apenas es un hilo, quebrado, sucio de angustia—. Me duele tanto, Nico… no puedo… no puedo… Por favor… algo no va bien con el bebé. No puede nacer todavía, ¿me oyes? ¡Es muy pronto!

Hay un silencio tenso. Y entonces, ruidos. Un coche encendiéndose. Un portazo. Mi hermano no pregunta más.

—Lucía, escúchame. Ya voy, ¿me oyes? Tranquila, aguanta. Voy a colgar para llamar al hospital. Respira como puedas. Te tengo, ¿sí?

Te tengo, hermanita. Solo respira.

Diez minutos. Solo eso tarda en llegar. Me encuentra en el suelo de mi habitación, sudando, jadeando, encogida sobre mí misma como una muñeca rota. Las contracciones son un infierno. Un castigo. Siento pinchazos en la espalda baja, como si me atravesaran con una aguja caliente, una y otra vez, sin pausa.

Nicolás me alza en brazos como si no pesara nada, como cuando era niña y me caía de la bici en el convento y el Padre Luis me cogía para curarme las heridas. Me acomoda en el asiento del coche sin decir una palabra más. Sus manos están heladas. Sus ojos, aterrados. Rompe todos los límites de velocidad hasta llegar al hospital.

Mientras Nicolás me sujeta, el mundo se me balancea. Entre el dolor y la oscuridad de la madrugada, juro que lo veo. Una sombra alta, inmóvil, recortada contra los árboles al borde de la propiedad. Un hombre. Su silueta. Su postura. Es él. Álex. Mi corazón da un vuelco, un golpe seco que me roba el aliento.

Pero el siguiente calambre me sacude con tanta violencia que la imagen se desvanece, se disuelve en el aire. Es la fiebre, el pánico. Mi mente me está jugando una mala pasada. No puede ser él. No aquí. No ahora. Una alucinación nacida de mi terror más profundo.

Una camilla me espera. Me suben de inmediato, rodeada de médicos y luces blancas, frías, inmisericordes. Me retuerzo. Grito. Lloro. Siento que me parten. Mi cuerpo se dobla solo con cada nueva contracción.

Los bordes de mi visión se vuelven borrosos; la sala es un caos de voces, manos enguantadas, pinzas, agujas. El olor a antiséptico y a sangre fresca me inunda, mezclándose con mi propio sudor y mis lágrimas.

—¡Por favor…! —gimoteo, atrapada en un espasmo feroz—. ¡No puede nacer todavía! ¡Es muy pequeño! ¡Ayúdenme! ¡Por favor!

—Lucía, mírame —una doctora se acerca a mi rostro, sujetando mi mandíbula con firmeza. Su tono es duro, pero hay algo cálido en su mirada—. Tu bebé es fuerte. Lo estamos esperando. Ahora necesito que respires, ¿vale? Una a la vez, conmigo. Estás en buenas manos. No estás sola, ¿me oyes?

—¿Qué… me han dado? —susurro entre espasmos. Todo se me escapa, incluso la voz.

—Solo un calmante, cielo. Tu tensión está por las nubes. Tienes que descansar… por él. Cuando despiertes, vas a poder mirarlo a los ojos.

Me abandono. El mundo se desvanece…

***

Voces. Lejanas. Intento abrir los ojos, pero no puedo. Entro y salgo de un mundo oscuro. Siento todo, pero no puedo moverme. Una prisión invisible me aprieta el pecho. El aire entra y sale como a través de un tubo roto. A veces alguien me toma la mano. Hay calor junto a mí. Palabras. Voces. Ruido de máquinas. Todo se mezcla como una pesadilla borrosa.

—Lucía… —lo escucho claramente, incluso desde esta oscuridad —. Sé que puedes oírme. El bebé está bien. Es fuerte, como tú. Tiene tus manos… y tus gestos… pero hay algo más. Algo que reconocerías…

Hace una pausa. Su voz cambia. Más suave. Más profunda. Más imposible.

—Despierta, pequeña. Tu bebé te necesita… —La voz de mi padre. No. No puede ser. Él no puede estar aquí en este sitio oscuro. Pero lo escucho. Lo siento. Tan real. Tan cerca.

Mi bebé. ¿Dónde está? ¡Dios, mi bebé! ¿Dónde está? ¿Por qué no lo siento?

Imágenes distorsionadas. Luces. Una sala blanca. Una cuna vacía. El pitido de una máquina. El pecho se me aprieta de miedo. Un miedo atroz, ancestral. Me congelo. Siento frío en los huesos. La piel se me eriza. Un escalofrío de terror puro me recorre.

—No está ya dentro de ti, pero sigue contigo. Espera por ti. Tienen que encontrarse —susurra mi padre, y por un instante, el

dolor desaparece. Una paz que no entiendo. Quiero decirle que lo amo, que no me deje. Pero no puedo.

Una máquina pita. Fuerte. Agudo. Constante. El pánico me consume. No siento a mi bebé. ¿Dónde está?

Oscuridad.

***

Algo cambia. Un cosquilleo. Un impulso. El cuerpo obedece. Mis ojos, por fin, ceden. Se abren.

Luz tenue. Una habitación blanca. Olor a hospital. El aire me sabe a desinfectante, a espera, a renacer. El techo es el mismo de siempre… pero todo es distinto. Yo soy distinta.

Los recuerdos me golpean como piedras: el dolor, la sangre, la ambulancia, la sala de partos, la voz de Nicolás, la doctora… El trauma se despliega ante mis ojos, vívido y cruel.

—¿Dónde está mi bebé? —grito, desgarrada, con la voz quebrada como si viniera del fondo de una cueva, un lamento que me arranca las entrañas.

Intento incorporarme, pero estoy llena de cables. Agujas. Monitores. Tiro de ellos, desesperada. Suenan alarmas. Entran los médicos, las enfermeras. Sus rostros, una mezcla de sorpresa y preocupación, me confirman la gravedad de mi estado.

—¿Dónde está mi bebé? ¡Dímelo ahora mismo! —le exijo a una enfermera, sujetándola del brazo con una fuerza que no sabía que tenía, mis uñas clavándose en su uniforme. Me importa una mierda todo lo demás.

—Tranquila. Tu bebé está bien. Ha estado en incubadora, pero mejora cada día. Lucía, has estado en coma un mes. Cuando llegaste tenías placenta previa; peligraba la vida de ambos, menos mal que el tiempo jugó a nuestro favor. Te hicimos una cesárea; el bebé nació bien, pero tú comenzaste a desangrarte. Entraste en parada dos veces, pero te aferraste a la vida con tal de ver a tu hijo.

Tu cuerpo se ha tomado su tiempo, pero bienvenida, mamá. Necesitas calma. Déjanos ayudarte —responde con dulzura, acariciándome el cabello como si pudiera calmar un volcán con una caricia.

—Dámelo. Es mío… por favor… —suplico, rota, temblando, mis lágrimas empapando la almohada.

—Tan pronto confirmemos que estás bien, te llevaré con tu hijo. Lo prometo. Pero déjanos hacer nuestro trabajo, ¿sí?

Me dejo hacer. No hay fuerzas. Solo miedo y ganas de verlo.

Manos. Linternas. Reflejos. Me revisan de arriba abajo. Finalmente, me dan el visto bueno.

Una enfermera me lleva en silla de ruedas hasta neonatos. Las paredes del hospital se alargan, frías, interminables. El corazón me golpea el pecho, un tambor enloquecido que anuncia mi encuentro.

Y entonces lo veo.

En una cuna llena de tubos. Diminuto. Frágil. Inmenso.

Mi hijo.

Mi corazón se detiene un segundo. El mundo entero se para en ese instante.

—¿Es… mi niño? —pregunto, sin aliento, sin voz, apenas un susurro de incredulidad.

—Sí. Tu hijo. Un verdadero luchador. Está esperando tu voz.

Me acerco. Tiemblo. Le toco el pecho diminuto con la yema de los dedos.

—Hola, mi amor… soy mamá. Estoy aquí —susurro, y en ese instante, él se mueve. Me busca. Y entonces abre los ojos.

Azules. Intensos. Como los de él.

—Te llamarás Álex —le digo sin pensarlo, con lágrimas corriéndome por el rostro, calientes, saladas, una mezcla de dolor y una extraña alegría. Como tu padre. Aunque él no lo sepa aún… tú sí.

CAPÍTULO 20

ÁLEX

EL INFIERNO LLEVA MI NOMBRE.

Llego a casa de Hugo con un cabreo de cojones. No sé quién se creen, pero si piensan que me pueden decir con quién me tengo que casar, están completamente equivocados. Me tiemblan las manos de la rabia, la mandíbula me cruje de tanto apretarla. Si alguien se me cruza ahora, lo reviento sin pensarlo.

La noticia de la boda me golpea como un puto misil. No hay un solo rincón en este mundo donde pueda escapar de ellos. Ni un solo lugar.

Había intentado ignorar los rumores, las llamadas esquivas de los hombres de Márkov, esa insistencia asquerosa que venía arrastrándose desde hace semanas. Pero esta mañana, el puto móvil estalla con un mensaje de Márkov que lo deja claro: "Mi hija Katia quiere verte. Urgente. Para hablar de su futuro."

Futuro. Mierda. Sé exactamente a qué se refiere el cabrón. Mi futuro. Con su puta hija. Como si fuera un puto trofeo. La furia me recorre. Las manos me tiemblan de rabia, la mandíbula me cruje de tanto apretarla. Si alguien se me cruza ahora, lo reviento sin pensarlo.

Acabo de volver a Málaga porque sé que no es el momento de enfrentarme a Lucía. No puedo lidiar con eso todavía, no ahora que acaba de despertar y está con el bebé en la incubadora. La imagen de ella, pálida, en brazos de Nicolás, siendo subida al coche para llevarla al hospital, se me clava como un puñal.

La vi. Estaba allí, escondido entre la multitud, viendo cómo se la llevaban, cómo Nicolás la acompañaba. Y no pude hacer nada. No pude acercarme. Cada fibra de mi ser gritaba que corriera hacia ella, que la sacara de allí, que la protegiera, pero sabía que un solo

movimiento en falso desataría una guerra que no podemos permitirnos ahora.

Me mata esta puta impotencia, esta rabia de no poder reclamar lo que es mío, lo que siempre ha sido mío, sin destruir todo a mi paso. Me mata saber que está sufriendo y no poder tocarla, no poder aliviar su dolor.

Pero aquí no hay descanso; en cuanto llego, me encuentro con otro puto problema: los rusos quieren imponer sus reglas.

—Álex, a mi despacho. Ya. —Hugo no necesita gritar para que el suelo tiemble. Tiene esa voz que hace que hasta los fantasmas se escondan.

Lo sigo, mascando la furia, sintiendo cómo la sangre me hierve. Hugo odia a los rusos con cada fibra de su ser. Y yo acabo de poner a uno en su mesa como si le estuviera sirviendo una bomba con la mecha encendida.

El tráfico de personas en el que están implicados es una línea que nunca hemos cruzado. Nunca. Casarme con la hija de Márkov implicaría aceptar su mercancía. Firmar un pacto con el diablo. Y Hugo no hace pactos; él los quema vivos.

Cuando entro al despacho, me estrello contra su puño. Un directo al estómago. Me doblo, escupo aire, pero no caigo. Me quedo apoyado en la pared, aguantando la tormenta como el hijo de puta que soy.

—¿En qué coño pensabas, Álex? ¿Con la maldita Katia Márkov? ¿Estás loco? ¿Quieres que nos maten a todos? —me ruge. Su cara está roja. No sé si de rabia o por contenerse, de romperme todos los dientes.

—No sabía quién era. Te lo juro. Solo fue un tonteo. No me la follé. Ni siquiera me interesaba. —escupo, tragándome el miedo. Intentando mantener la compostura mientras mi interior es una maldita carnicería.

—¿Entonces por qué su padre exige que te cases con ella?

—Porque es un cabrón astuto. Quiere usar nuestros puertos para meter su mierda. Tú y yo lo sabemos. Esto es una trampa. Me tendió una emboscada con tetas y perfume caro. No puedo casarme con ella, Hugo. Me volvería loco. La mataría.

Hugo gira sobre sí mismo, frotándose la cara. Está pensando. Midiendo las consecuencias como si fueran dinamita.

—Vamos a hacer tiempo. Vas a aceptar. Le diremos que os casaréis dentro de un año, que no se conocen lo suficiente. Eso nos da margen. No voy a permitir que Márkov entre a Málaga como si esto fuera suyo. Si intenta imponerse, se va a encontrar con guerra. ¿Me entiendes?

—Clarísimo —digo con los dientes apretados.

—Haz el paripé. No puede ser tan complicado. Es una mujer. puedes manejarlo.

—No te preocupes. No pienso tocarla. No es mi tipo. Es puro plástico con patas.

Una semana después estoy en una sala con los putos rusos. Katia sentada a mi lado como si me conociera de toda la vida. Esta es la segunda vez que la veo. Y ya quiero desaparecer esta operada hasta el alma. Finge ternura. Juega a ser la prometida perfecta. Y su padre se traga el teatro como si fuera Shakespeare.

Rocío no me habla desde la inauguración del club. Intente disculparme, y solo me hablo porque insistí hasta volverla loca para que me diera la dirección de Lucía. Le compré un puto coche. Nada funciona con esa mujer. Me odia.

Está sentada frente a mí, y si las miradas mataran, estaría enterrado desde hace rato. Esa mujer me conoce demasiado. Y me odia con razón. Yo la cagué. Pero no me arrepiento. No puedo arrepentirme cuando todavía tengo el olor de Lucía en mi piel, aunque hayan pasado semanas desde que despertó.

—Papi, quiero casarme lo antes posible. Estoy tan enamorada… —dice Katia con esa voz chillona que me pone de los nervios. Me dan ganas de tirarla por la ventana.

—La boda será dentro de un año —respondo, forzando una sonrisa que más parece una amenaza—. Necesito conocer bien a mi futura esposa. Y tú necesitas tiempo para planear la fiesta del siglo, ¿no?

—Ya has oído a tu prometido, pastelito. Tienes tiempo para organizar todo —le dice su padre.

Me gustaría pensar que Márkov la controla. Pero no. Ella lo controla a él. Y eso lo complica todo. Esa zorra está jugando su juego y va ganando.

Después de la reunión, Hugo me llama al sótano del club. Me encuentro con dos de nuestros chicos esperando. En el centro hay un ruso amarrado a una silla. Sangre en la boca. Una sonrisa desafiante. Le arranqué la uña del dedo índice antes de que dijera su nombre.

—¿Quién más está metido en esto? ¿Qué busca tu jefe en realidad? —gruño mientras tomo unas tenazas oxidadas.

El tipo escupe sangre, pero no dice nada. Mal movimiento. Le atravieso la pierna con las tenazas. Grita. Se retuerce. Pero aún sonríe. Hijo de puta.

—Te vas a tragar esa sonrisa. Te lo prometo.

Y mientras Hugo observa en silencio, yo desato al monstruo. Porque necesito sangre. Porque necesito venganza. Porque mientras mantengo a estos cabrones a raya, no pienso en Lucía. No pienso en lo que perdí. No pienso en lo que no sé. Aún no.

Le reviento el pómulo con el puño.

—¿Sabes qué me excita más que una bala en el cráneo, cabrón? —susurro con voz grave—. El momento exacto en que el dolor rompe al hombre. Cuando suplica. Cuando llora. Cuando se mea encima. Ese momento. Lo voy a saborear contigo.

Escucho el crujido del hueso como una sinfonía. El ruso escupe un diente y sigue sonriendo. Me está provocando. Me está desafiando. Pero no sabe con quién juega. Este es mi juego, y soy un excelente jugador.

Me agacho, le sujeto la cara con ambas manos y acerco mi boca a su oído. Saco el cuchillo. La hoja vieja, oxidada, la que usé en Albania, la que Hugo siempre evita mirar.

La paso por su mejilla con lentitud, dejando un surco fino que pronto se llena de rojo. Él se tensa; su sonrisa se apaga un segundo. Ya lo tengo. Que empiece la diversión.

—¿Ves? Ahí está. El miedo. —Le doy una palmada en la mejilla sangrante—. Te está alcanzando, amigo.

Le corto la camisa con un solo tajo. Le marco la piel con iniciales que no entiende. L y A. El fuego sube por mi garganta, me arde bajo la piel. Me vuelvo animal. Empiezo a hablarle en susurros. Cosas que nadie debería decir. Cosas que solo le cuento al acero y a la sangre.

Y entonces habla. Una palabra. Un nombre. Un dato. No me importa. No lo escucho.

—Ya hablaste —le digo, frío, sin alma—. Pero yo no terminé.

Le clavo la hoja entre las costillas. El grito es agudo, como un niño asustado. Su mirada ya no desafía. Ahora tiembla. Ahora tiembla como ella tembló cuando se fue. Como yo tiemblo cada noche cuando despierto y su lado de la cama sigue vacío.

Sigo. Golpe tras golpe. Corte tras corte. Hasta que no queda nada que decir.

Me detengo. Respiro. Miro mis manos. Sangre por todas partes. La suya. La mía. La de todos los que se interponen.

Hugo me observa desde la sombra. No dice nada. Él sabe. Él ya ha visto esto antes.

Me enciendo un cigarro. Lo inhalo con los dedos aún húmedos. Sabe a rabia. A pérdida. A guerra.

Y el día llegará. Y cuando llegue, el monstruo que ahora encierro con cadenas forjadas en furia, lo soltaré. Y el que se atreva a interponerse entre lo que es mío y yo… morirá con los ojos abiertos. Y verá mi cara. Y entenderá que el infierno… lleva mi nombre.

CAPÍTULO 21

LUCÍA

Entre el deber y el deseo.

Mi vida ha cambiado de una manera impresionante. Cuando te conviertes en madre, también te conviertes en una guerrera. Proteger a tu hijo se vuelve tu misión, tu instinto primario. Y ese sentimiento de protección es lo que me mantiene en pie ahora mismo, aguantando la paliza que me está dando Nicolás.

El muy cabrón no me deja ni un segundo de descanso.

—¡Vamos, Lu! —gruñe mientras me lanza contra el tatami con un giro limpio—. No puedes bajar la guardia así. Ya te lo he dicho mil veces.

—Está bien, Nico... realmente necesito un respiro —jadeo, tumbada boca arriba, intentando recuperar el aire que me acaba de sacar con ese movimiento. Él me mira desde arriba, con las manos en la cintura y esa sonrisa irónica que solo él puede tener cuando está a punto de matarte... en nombre del amor fraternal.

—¿Te estás rindiendo ya? —pregunta con falsa inocencia—. Te recuerdo que tú pediste esto. Tú quisiste aprender. Esto no es un juego, Lucía. Si alguien intenta hacerle daño a mi sobrino, ¿vas a suplicarle cinco minutos también?

—¿Sabes qué? Eres un imbécil —murmuro, extendiendo la mano.

Él la toma y me ayuda a levantarte. Me cuesta más de lo que debería.

—Lo sé —dice, encogiéndose de hombros—. Pero soy tu imbécil favorito.

—Uff, me das asco —le lanzo una sonrisa entre dientes mientras masajeo mi hombro dolorido—. ¿Cinco minutos?

—Cinco —confirma, sacando una botella de agua de su mochila y lanzándomela al vuelo—. Luego vamos al campo de tiro.

Me desplomo en un banco y bebo el contenido de un solo trago. Siento que cada músculo de mi cuerpo palpita como si fuera a explotar. Mis ojos se desvían hacia la galería acristalada que da al jardín. Allí, mi padre sostiene a mi hijo en brazos. Se ríen de algo que solo ellos entienden. Esa imagen me rompe y me reconstruye a la vez. El Don de la mafia italiana convertido en el abuelo más tierno del universo. Nadie lo creería si no lo viera con sus propios ojos.

—¿Sabes? —me digo en voz baja, como si se lo contara a mí misma—. Nunca imaginé que Massimo sería tan cariñoso, tan atento... tan humano.

Ver a mi hijo crecer con amor y protección, tener lo que yo no tuve... es un regalo que no pienso dar por sentado. Nunca pensé que me sentiría tan a gusto viviendo aquí, pero me siento en casa. El cariño con el que nos tratan, la forma en la que nos cuidan... es algo por lo que estaré agradecida toda la vida.

Y sí, esta mansión es un sueño. Tiene una biblioteca inmensa, con estanterías tan altas que necesitas una escalera para alcanzar los libros. Desde allí se ve el jardín, repleto de flores silvestres y árboles centenarios que parecen guardar secretos ancestrales. Hay una sala de cine con butacas de cuero negro, una piscina climatizada que brilla bajo la luz tenue, y una cocina que parece sacada de una película, con encimeras de mármol y utensilios de acero inoxidable.

Me estoy acostumbrando a la buena vida, y eso... eso puede ser un problema.

A los cinco minutos exactos, Nicolás aparece en la puerta, puntual como un reloj suizo.

—Vamos. Al campo de tiro.

—Juro que si no fueras mi hermano, te pegaría un tiro ahora mismo —mascullo, arrastrándome fuera de la sala.

—Tendrías que ser más rápida que yo —replica con una sonrisa, mientras me lanza una funda con auriculares para proteger los oídos.

—No me subestimes, Vanetto. Disparo mejor que tú —le guiño un ojo mientras reviso la pistola que usaré. Está limpia. Equilibrada.

Familiar.

Llevamos semanas perfeccionando mi técnica. Ya sé disparar. Lo hago con precisión, con confianza. Pero la práctica es constante, como él dice, porque el día que bajes la guardia, mueres.

Pasamos horas ajustando la puntería, probando diferentes distancias, cronometrando reacciones. El sonido de los disparos retumba en los árboles, como si también ellos tuvieran que aprender a no temblar.

—Buena agrupación —dice Nicolás, señalando la diana—. Tienes el control. Pero quiero que practiques bajo presión la próxima vez. Disparos cronometrados, más movimiento. ¿Entendido?

—Entendido, sargento —respondo con una media sonrisa.

Cuando terminamos, la noche ya ha caído sobre la casa. Las luces del jardín se encienden automáticamente, iluminando el sendero de regreso a la mansión.

—Hoy estuviste bien —dice Nicolás, caminando a mi lado—. Muy bien, en realidad. Estás lista para lo que venga, Lu.

—¿Y si lo que viene no soy capaz de enfrentarlo? —pregunto en voz baja, con la mirada perdida en el sendero iluminado.

—Sí, lo serás —responde sin dudar—. Porque eres mi hermana. Porque eres madre. Porque eres tú.

Subo a mi habitación, y apenas entro, me dejo caer en la cama por unos segundos. Luego me levanto, me despojo de la ropa sudada con un gruñido, dejando que las prendas caigan al suelo mientras camino al baño.

Me doy una ducha rápida para quitarme el sudor del entrenamiento, y luego dejo correr el agua caliente en la bañera. El vapor empieza a llenar la estancia con un calor húmedo y envolvente que me eriza la piel.

Enciendo unas velas, bajo las luces, y dejo caer una mezcla de sales y aceites en el agua. El aroma me envuelve: jazmín, sándalo... algo entre dulce y salvaje, como me siento yo esta noche. Me sumerjo lentamente, y dejo que el agua cubra mi cuerpo cansado. El calor me recorre como una lengua húmeda que lame cada rincón tenso de mi piel.

Cierro los ojos. Me acomodo, resbalando bajo el agua, y dejo que mi mano comience a explorar. Primero el cuello, luego los pechos. Mis pezones están duros, sensibles, ansiosos. Me los acaricio con fuerza, apretándolos entre los dedos, soltando un gemido que rebota en las baldosas. Me muerdo el labio, imaginando que no son mis manos, sino las suyas.

—Hijo de puta —susurro—. Todavía me haces esto, sin tocarme.

Mis dedos bajan por mi abdomen, lentos, saboreando el camino. Y cuando llegan al centro de mi deseo, ya estoy húmeda, no por el agua, sino por él, por el recuerdo de cómo me hacía suya, sin pedir permiso. Me acaricio con movimientos firmes, sin dulzura, como él lo haría. Cierro los ojos y dejo que los gemidos escapen sin control.

—Más... —susurro, perdiéndome en esa fantasía sucia que tanto odio y deseo a la vez.

Me muevo dentro del agua, abriendo las piernas, dándome acceso total, como una puta que ya no aguanta más la espera. Mi otra mano se aferra al borde de la bañera mientras mi cuerpo tiembla. Me imagino sus labios en mi cuello, sus dedos dentro de mí, su voz ronca diciéndome que soy suya.

—¡Joder! —gimo, al alcanzar el clímax, sacudiéndome bajo el agua como si fuera su cuerpo el que me estuviera rompiendo en mil pedazos.

Después me quedo allí, jadeando, con el agua ondulando a mi alrededor, el cuerpo sudoroso, aunque esté dentro del agua caliente. Me paso la mano por la cara, me río sin ganas. Me siento vacía. Llena. Confundida.

No era él. Pero por un instante, fue como si lo tuviera dentro otra vez.

Salgo de la bañera con las piernas temblorosas, me seco sin prisa, y me miro al espejo. Los pezones aún duros, los labios hinchados, las mejillas encendidas. Me siento viva. Me siento perra. Y no me avergüenzo.

Porque sigo deseando. Porque sigo ardiendo. Porque sigo aquí.

Esa noche disfrutamos cenando todos juntos y no puedo ser más feliz. Ellos son mi familia, mi razón de ser, y estaría dispuesta a

entregar mi vida por ellos. La cena transcurre entre risas, platos compartidos, anécdotas cruzadas.

El vino corre, suave y cálido, y los aromas de la comida aún impregnan el aire cuando nos levantamos de la mesa. Las lámparas colgantes arrojan una luz dorada sobre nuestras cabezas, creando un ambiente casi mágico que me arrulla de forma silenciosa.

Sin embargo, en esta mesa falta una persona. La ausencia de Alex pesa como una sombra persistente. Todavía no tengo la valentía de enfrentarme a él, de buscarlo. Mi pecho se aprieta con solo pensarlo.

Tomando a mi hijo entre mis brazos, me dirijo a mi habitación. La primera vez que entré aquí, me quedé sin palabras. Todos los muebles son de color beige, suaves y acogedores, con líneas elegantes. La cama es de color marrón oscuro, grande, majestuosa, con dosel de gasa blanca que cae como una cascada. El vestidor... dios mío. Cuando entré ahí por primera vez, sentí que estaba en una boutique de lujo. Ropa para todas las estaciones, zapatos alineados, bolsos, cajones secretos. Jamás había tenido tanto.

Acuesto a mi precioso bebé en la cama a mi lado y le canto la vieja nana que una de las monjas del convento solía cantarme. Recuerdo que al escucharla, cerraba los ojos y todo lo malo parecía desvanecerse:

A la nanita nana, nanita ella, nanita ella, mi niño tiene sueño, bendito sea, bendito sea... A la nanita nana, nanita ella, nanita ella, mi niño tiene sueño, bendito sea, bendito sea... fuentecita que corre clara y sonora, ruiseñor que en selva cantando y llora, calla mientras la cuna se balancea. A la nanita nana, nanita ella, nanita ella mi niño.

Lo observo mientras duerme, sus pequeños dedos cerrados, sus pestañas largas que parecen hechas para volar, y esos ojos oscuros que heredó de su padre, intensos y profundos como el mar.

Respiro hondo y sonrío, a pesar de todo. Esta es mi vida ahora. Mi mundo. Mi casa. Pero en mi pecho lo siento, algo falta para estar completa

CAPÍTULO 22

ÁLEX

El monstruo que dejaste.

—¡Vuelve! —grito con el pecho desgarrado, la garganta ardiendo, los ojos escaneando el bosque como un animal desquiciado—. ¡Lucía! ¡Por favor, vuelve!

No hay respuesta. Solo el murmullo del viento entre las ramas, y ese maldito silencio que me taladra la cabeza. La desesperación me muerde por dentro. Siento que me arrancan el alma. Me ahogo en la impotencia. La puta oscuridad lo cubre todo. No sé cuánto tiempo llevo buscándola, pero ya no siento los músculos. Solo hay rabia, miedo y dolor. El puto miedo de perderla… me está matando.

—¡Lucía! —berreo otra vez, mi voz hecha, trizas, ronca, desgarrada por la desesperación. Es un lamento, una súplica al vacío —. ¡Contéstame, joder! Una puta señal, cualquier cosa.

Agarro, ramas, barro, hojas, aparto, troncos podridos con las manos sangrando. Siento el barro pegado a la piel, las espinas clavadas en los brazos. Estoy dispuesto a romperme entero por encontrarla. Por sentirla de nuevo, aunque sea un fantasma.

Y entonces… un sonido. Un gemido. Suave, roto… pero real.

—¡Joder! —digo jadeando, el aliento quemándome los pulmones —. ¡Lo escuché! ¡Lucía!

Me lanzo en esa dirección como un poseso, ignorando el dolor en mis articulaciones, las ramas que me azotan. El corazón me golpea las costillas con fuerza brutal, un tambor enloquecido. A lo lejos, distingo una figura en el suelo. Me caigo de rodillas cuando llego. El mundo se me cae encima como una avalancha de mierda.

Es ella. Lucía. Tan rota, tan jodida, tan hecha pedazos que me cuesta reconocerla. Su piel está pálida, sus labios partidos. Me tiembla todo el cuerpo cuando le aparto el pelo del rostro, mis dedos

rozando su piel fría, y sus ojos, abiertos con una mezcla de rabia y dolor, me parten el alma.

—Tú me has hecho esto… tú me has matado —susurra, alzando el dedo con una lentitud que me tortura, como si me señalara con la sentencia de su muerte—. Es tu culpa, Álex. ¡Tú me has matado!

—No… —murmuro, temblando, las palabras ahogadas por el pánico que me asalta—. No… no puede ser… No puedo haberte perdido.

—¡No puede estar muerta! —grito, y entonces despierto de golpe, jadeando, como si hubiera corrido cien kilómetros, mi cuerpo cubierto de sudor frío.

Me incorporo de un salto, los puños cerrados, los dientes apretados. Estoy empapado de sudor. La habitación está en penumbra. Pero da igual. No hay refugio para esta tortura. ¡Otra vez la misma puta pesadilla! La misma imagen clavada en mi cerebro, esa puta pesadilla que no me deja respirar.

Desde que se fue, no duermo. No descanso. No respiro sin que me duela. Lucía vive en mi piel, en mi lengua, en mis putas venas.

Me voy directo a la ducha, dejo correr el agua ardiendo sobre el cuerpo. Necesito quemarme. Sentir algo más fuerte que este vacío. Que este puto agujero negro que dejó en mi pecho. Pero no sirve. Nada sirve.

Me seco, me miro al espejo… y lo que veo es una sombra. Un monstruo. Ese cabrón que ella convirtió en un maldito loco. Un alma podrida por la obsesión.

—¿Dónde estás, Lucía? —susurro con voz rota, mi aliento empañando el cristal frío—. ¿Con quién estás ahora? ¿Quién coño te toca? ¿Quién se atreve a hacerte reír como lo hacía yo?

El odio me revienta el pecho. No por ella… sino por todos los que podrían tenerla. Por el mundo que se atreve a respirar sin su presencia a mi lado. Le advertí desde el principio. Se lo dejé claro la primera noche que pisó el Club Élite. Si entraba en mi cama, era mía. Solo mía.

Y ahora no la tengo. Y el mundo no tiene sentido. Es un puto chiste cruel.

Hoy tengo que reunirme con Víctor. Problemas en el club. Unos imbéciles pensaron que era buena idea grabar a los clientes mientras follaban.

¿Quieren chantajear a los nuestros? Error de novato. Aquí no se jode con la privacidad. Ni con mis reglas.

—Asegúrate de que no quede ni una puta imagen —le gruño a Víctor mientras revisamos los discos duros, mis nudillos blancos de apretarlos—. Si tienes que prenderle fuego a esta sala, hazlo. Quiero que arda hasta los cimientos si es necesario.

—Todo limpio —dice después de horas frente a los servidores, sus ojos enrojecidos por el cansancio—. No hay nada. Lo borré todo.

—Más te vale, o el siguiente cuerpo que limpies será el tuyo —le espeto mirándolo fijo, mi voz, un susurro cargado de hielo.

Al salir, me la encuentro. Katia. Apoyada en mi coche como si tuviera algún puto derecho sobre mí. Apenas un mes de compromiso y ya se cree mi esposa. Se cree que tiene poder. Ilusa. Su vestido apretado y su perfume dulzón me dan náuseas.

—¿Qué haces aquí? —escupo sin detenerme, mi voz un gruñido.

—Sé lo que haces aquí dentro, Álex. ¡Y no lo voy a tolerar! Cuando nos casemos, no vas a volver a pisar este antro. No vas a manchar nuestro nombre con esta mierda.

Me río. Un gruñido sarcástico, seco, que la hace retroceder un paso, sus ojos dilatados por el miedo.

—¿Tú me das órdenes a mí? —le digo, acercándome con una sonrisa oscura, mis ojos clavados en los suyos—. ¿Tú? ¿Una niñita mimada que no conoce ni una décima parte de lo que soy? No sabes con quién juegas, muñeca.

—¡Soy tu prometida! —grita, su voz estridente, rompiendo la tensión del aparcamiento.

—¡No eres nada! —bramo, la rabia estallando como dinamita en mi garganta, cada palabra, un latigazo—. ¡Nada más que una ficha! Me caso contigo por el trato con tu padre. No porque me gustes. No porque quiera tocarte. Eres un puto objeto en mi tablero. Nada más.

Ella me abofetea. Un golpe débil, casi una caricia comparada con la tormenta que llevo dentro. Un error. La agarro del brazo con

tanta fuerza que sus dedos se clavan en su propia piel, y la empujo contra el coche; el metal cruje bajo su espalda.

No con fuerza para romperla, pero con la intención de dejar claro quién tiene el puto control. Sus ojos se abren de par en par, el pánico reflejado.

—¡No me provoques, Katia! —gruño cerca de su rostro, mi aliento caliente en su piel, cada palabra, una promesa de infierno—. Porque si saco al verdadero Álex, ese que grita dentro de mí por salir, no te va a gustar lo que veas. Créeme, estoy muy cerca de soltarlo. Y si lo hago, no habrá vuelta atrás. Te destruiré. Lenta y dolorosamente.

Sus ojos se llenan de lágrimas, gruesas, silenciosas. Me llama animal, loco, enfermo. Y no lo niego. Tiene razón. Soy todo eso, y más. Soy su peor pesadilla, y la de cualquiera que se interponga. La dejo temblando, sola, su figura encogida contra el coche. Me subo al coche. El motor ruge, y yo también, un rugido de bestia enjaulada.

Necesito follar. Necesito sangre. Necesito control. Necesito una puta distracción. Esa noche, vuelvo al club. Entro directo a mi sala favorita: la sala de los espejos. Allí, cada centímetro refleja quién soy realmente. Un cazador. Un demonio. Un amo.

Dos rubias me esperan, como pedí. Una atada a la cruz de San Andrés. La otra, abierta sobre el potro. Sus cuerpos temblorosos, obedientes. Sus ojos llenos de una mezcla de miedo y sumisión que me provoca.

Me despojo de la ropa sin prisa. Me paseo desnudo entre ellas, mi erección dura y palpitante, dejando que me miren, que comprendan su lugar. Soy su dios. Su tormento. Su placer.

—¿Están listas para obedecer? —pregunto con voz grave, el sonido resonando en las paredes como un eco de mi autoridad.

—Sí, Señor —responden al unísono, sus voces apenas un susurro.

Cojo la bala vibradora y la introduzco en la que está en la cruz. Sus muslos tiemblan, la seda de sus ligueros se desliza. Sus pezones se endurecen, pequeños, perfectos.

—Si la dejas caer, te castigaré. Y no con la mano. ¿Entendido? —le advierto, mi voz baja, exigiendo obediencia.

—Sí, Señor… —responde, su voz temblorosa, casi inaudible.

Me acerco a la del potro. Le acaricio el culo con la pala de madera, una caricia lenta, medida. Luego azoto. Fuerte. Una, dos, diez veces. Hasta que su piel se vuelve roja y brillante bajo la luz, y su respiración se convierte en gemidos, ahogados, súplicas, sin palabras. El sonido de la carne al chocar, el olor a sudor y excitación, me embriagan.

—¿Te gusta el dolor? —pregunto al oído, metiendo dos dedos en su coño húmedo y palpitante, sintiendo su calor, su desesperación.

—Sí, Señor —responde con un gemido ronco, sus caderas arqueándose instintivamente.

La agarro del pelo con fuerza, obligándola a arrodillarse, su rostro manchado de lágrimas y sudor.

—Boca abierta. Nada de dientes. —Mi voz es un comando que no admite réplica.

La lleno sin piedad. Empujo mi polla hasta la garganta, sin pausa, sin dulzura. Su cuerpo se sacude con arcadas, pero la obligo a tragarme. La rabia se cuela en cada embestida, en cada impulso. Pero no siento placer. Solo furia. Solo vacío. Porque Lucía está en mi cabeza. Lucía. Siempre Lucía.

Me corro en la boca de la sumisa, un acto de pura dominación y frustración. Me visto sin mirarlas, mis músculos tensos, mi erección dolorosa. Salgo de la sala y dejo que los empleados se encarguen de ellas. Sus gemidos de dolor y placer se pierden tras la puerta.

Yo no quiero más sexo. No quiero más sumisión. Quiero a Lucía. Solo a ella. Mi jodida salvación y mi condena. Y si para tenerla tengo que prenderle fuego al mundo entero, lo haré. Arderé con él si es necesario.

Aunque ella no quiera. Aunque me odie.

Porque mía fue. Y mía será.

CAPÍTULO 23

LUCÍA

Hasta el último aliento.

Una semana antes de la boda.
Despierto sobresaltada, con el corazón en la garganta, como si un terremoto me hubiera sacudido las entrañas. Pero no es un maldito seísmo. Es él. Nicolás. El gilipollas de mi hermano. Otra vez interrumpiendo mi descanso como si mi paz no valiera una mierda.

—¡Lucía! ¡Despierta de una puta vez! —grita desde la puerta, y antes de que pueda cubrirme, abre las cortinas de golpe. El sol me deslumbra los ojos, abrasador, violento, como una cuchilla ardiendo atravesándome las córneas.

—¿Pero qué coño te pasa, imbécil? —gruño con la voz áspera, enterrando media cara en la almohada—. ¿Quieres que te arranque la lengua y te la meta por el culo?

—Rocío lleva horas llamándote. Y no deja de repetir que es urgente, que tiene que hablar contigo en persona. Pero no ha querido decirme nada. "Tiene que saberlo por ella misma", me ha dicho una y otra vez. Está fuera de sí. ¿Tú entiendes algo? Porque yo estoy por encerrarla.

Tira el móvil a la cama como si me estuviera lanzando dinamita.

—Ahí tienes tu puto teléfono. Dile que deje de llamarme cada vez que tú te escurres del puto mundo. No soy tu secretario, Lucía.

—Y tú eres un capullo con complejo de madre gallina —le grito mientras se larga del cuarto, rematando con un portazo que hace vibrar las paredes.

Cojo el teléfono. Trece llamadas perdidas. Todas de Rocío. Y un nudo en el estómago que empieza a estrangularme.

Pulso el botón verde.

—Más te vale que esto sea el puto apocalipsis, Rocío. Porque si me has despertado por una tontería, te juro que te reviento la cara.

—Lucía… —Su voz suena hueca, temblorosa—. Se casa. Álex. En una semana. Con una puta rusa.

El tiempo se congela. Las palabras no entran. No encajan. No pueden ser reales.

—¿Qué…? ¿Qué estás diciendo? —me incorporo tan rápido que me mareo. El cuarto da vueltas. El pecho me arde.

—Katia Márkov. La hija de ese cabrón ruso. El trato es claro: o se casa con ella, o hay guerra. Y Álex... el muy idiota... va a cumplir.

—No… no puede ser. Eso no tiene sentido. Él… no puede amarla. Él me amaba. Me amaba a mí, Rocío…

—¡Claro que no la ama! ¡La odia! Pero esto no es un mal culebrón, Lucía. Es la puta mafia. Si la rechaza, le vuelan los sesos ahí mismo. Y nosotros después. Vanetto, Torres, todos caemos si eso explota.

Me levanto tambaleando, tropezando hasta la cómoda. Me agarro al borde como si el suelo fuera a desintegrarse. El pecho me aprieta. Me falta el aire. Siento como si tuviera cristales rotos en los pulmones.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que aparezca en medio de su boda después de un año desaparecida, con una pancarta que diga "te extraño"?

—No con una puta pancarta. Con tu nombre. Con tu historia. Con tu sangre. Como lo que eres, Lucía: la hija del Don, la madre del hijo de Álex Torres. La única mujer que puede impedir que esto se convierta en una masacre.

Silencio. Solo mi respiración ahogada llenando el espacio. Los ojos se me llenan de lágrimas calientes, pero no las dejo caer.

—Esto es una locura… una maldita locura…

—Sí, lo es. Pero tú lo amas. Lo has amado desde el primer día. Aunque lo hayas negado, aunque lo hayas huido. Y si todavía lo amas... entonces ve por él.

No digo nada. Solo cuelgo. Y ya lo sé. En lo más profundo. Lo supe desde el instante en que escuché su nombre. Voy a hacerlo.

Voy a recuperarlo. Aunque tenga que arder en el puto infierno para lograrlo.

***

Seis días antes de la boda.

Desde ese momento, todo es una cuenta regresiva. No duermo. No pienso. Solo actúo. Cada día es una guerra silenciosa contra el reloj. Llamadas cifradas, rutas secretas, autos sin matrículas, maletas llenas de armas. Nombres falsos, pasaportes falsificados. La casa de campo de Massimo se convierte en un campo de batalla sin explosiones.

Rocío se transforma. Ya no es la loca gritona de siempre. Es hielo. Precisión. Una profesional de la guerra. Se mueve sin dudar, con mapas en la mano y órdenes en la lengua. Nicolás calla, pero sus ojos lo gritan todo: me está perdiendo. Y sabe que no puede detenerme.

En el despacho de Massimo, los planos de la iglesia se extienden como una promesa de muerte.

Massimo fuma despacio, como si el humo pudiera hacer desaparecer lo inevitable.

—Ceremonia privada. Guardias rusos. Francotiradores en los tejados. Todo es un maldito espectáculo de poder —dice Rocío por videollamada—. Esta entrada lateral es la única que no tienen completamente cubierta. Ponemos a dos hombres aquí. Crean una distracción. Tú entras por el pasillo izquierdo. Lo enfrentas antes del "sí, quiero".

—Tenemos cinco minutos antes de que nos revienten la cabeza —añade Nicolás, cruzado de brazos—. Cinco. Ni uno más.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué lo dejé casarse con una zorra rusa por miedo?

—No quiero que mi hermana termine con una bala en la frente —dice, con la mandíbula tan apretada que parece de piedra—. ¡Esto

es una locura!

—¡Nadie me obliga! —le grito—. ¡Es mi puta decisión! ¡Es Álex!

El silencio que sigue pesa como un disparo en el pecho. Nadie dice nada. Porque lo entienden. Porque no hay nada más que decir.

—Lo amo —susurro—. Nunca dejé de hacerlo. Es el padre de mi hijo. Mi maldición. Mi droga. Mi único hogar.

Nicolás baja la mirada, y su voz se rompe por dentro.

—Y tu perdición, Lucía… Pero si vas… yo voy contigo. Hasta el puto final. Eres una Vanetto de pies a cabeza, y la familia siempre permanece unida...

—Entonces prepárate. Porque esto va a arder.

***

Cinco días antes de la boda.

La casa entera se convierte en una base de guerra. Nadie duerme. Nadie sonríe. Solo hay tensión. Odio. Miedo disfrazado de estrategia.

Rocío coordina todo con la frialdad de una asesina. Tiene mapas, horarios, turnos. Le da órdenes a hombres armados como si llevara toda su vida haciéndolo.

Yo entreno por las noches. Cuando todos duermen, me encierro en el gimnasio. Golpeo el saco hasta que los nudillos me sangran. Cada golpe es una palabra que no dije. Cada jadeo es un te amo ahogado. Cada herida es un recuerdo.

Álex. Su nombre es mi condena. Mi maldito veneno. No me importa si me odia. Sí, me escupe en la cara. Lo voy a mirar a los ojos. Le voy a gritar quién soy. Y lo voy a traer de vuelta. A hostias si hace falta.

Esa noche, Massimo entra al gimnasio. Trae una caja de madera, pesada, marcada con el escudo de los Vanetto.

—Una Vanetto no entra desarmada —dice, con la voz grave.

Abro la caja. Dentro, una pistola negra, elegante, letal. Junto a ella, una daga con filo italiano y el símbolo de nuestra familia grabado en la empuñadura.

—Gracias —susurro.

—Has tardado —dice él—. Pero al fin estás aquí. Ya no por sangre. Por fuego. Por guerra. Por amor.

—No me importa morir si es por él.

Él asiente. No dice nada más; no hace falta. Esa noche, me meto en la cama con mi hijo. Le acaricio el pelo, suave, sedoso. Duerme profundamente, ajeno al mundo que está por explotar. Ese Don de la mafia, al que temen, es un padre comprensivo y cariñoso. Entiende mi lucha, apoya mi lucha. Lucho por lo que es mío.

—Perdóname por irme, mi amor… —le susurro al oído—. Pero voy a traerlo de vuelta. Por ti. Por mí. Porque nadie nos quita lo que es nuestro. Nadie.

Miro el cielo desde la ventana. No tengo miedo.

Siento rabia.

Deseo.

Amor.

Y hambre de guerra.

Álex fue mi infierno. Mi droga. Mi condena.

Pero también fue mi hogar. Y voy a recuperarlo. Aunque tenga que morir en el intento.

CAPÍTULO 24

ÁLEX

mi infierno privado.

El día de la maldita boda.
El espejo me devuelve a un extraño. Traje negro impecable. Corbata gris perla, anudada con precisión quirúrgica. Rostro tenso, mandíbula marcada. Y esos ojos… esos ojos vacíos. Dos pozos negros que reflejan el puto infierno que llevo dentro. No soy yo. Ya no. Soy una marioneta en un puto teatro de sangre y mentiras. Que yo mismo me lo he buscado.

La puerta se abre sin previo aviso. Víctor. Siempre tan oportuno como molesto. Entra con una carpeta en la mano y cara de pocos amigos, sus ojos cansados, pero alertas.

—Todo listo. El fotógrafo está fuera. Los invitados ya han llegado. El ruso también. —Me lanza una mirada larga, jodidamente incómoda, como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos oscuros—. ¿Estás bien?

¿Estoy bien? Qué pregunta de mierda. Una burla.

—¿Tú qué cojones crees? —le espeto, mi voz, un gruñido bajo, cargado de veneno.

Él no responde. Solo asiente, sus labios apretados en una línea fina. Sabe que estoy al borde. Me ha visto antes así. Sabe que si me presionan un poco más… exploto. Y cuando Álex explota, no queda nada en pie.

—Aguanta, Álex. El plan sigue. Todo va a salir bien. Solo es un puto paripé. Un año, y serás libre.

—¿Y si no hay ningún plan? ¿Y si solo me estáis usando para ganar tiempo? ¿Para qué Hugo no tenga que mancharse las manos con Márkov?

—Deja de hablar como un paranoico. Sabes que no estás solo. Tienes a la familia. A Hugo. A Rocío.

—Estoy más solo que nunca. Sin ella, todo es un puto desierto.

Le lanzo una mirada cargada de fuego, una advertencia silenciosa. Él deja la carpeta sobre la mesa con un golpe seco y se va. Me quedo con el crujido de la puerta cerrándose como único sonido. El eco de mi propia soledad.

Respiro hondo, el aire me quema los pulmones. Camino hasta el ventanal. Afuera, la iglesia parece salida de una postal: flores blancas, lazos, fotógrafos. Todo tan perfecto que duele. Tan irreal. Tan jodidamente hipócrita. Esto no es una boda. Es una transacción. Una venta de carne y almas. Me van a casar con una mujer a la que no quiero, como moneda de paz para que un mafioso pueda expandirse por Málaga. Y yo… yo soy el sacrificio. El puto cordero degollado en el altar de los negocios.

***

El origen del monstruo: Un salto al pasado

Cierro los ojos, y la oscuridad me envuelve. No es la oscuridad de la habitación, sino la que llevo dentro. Las imágenes me vuelven como cuchillas afiladas, cada una un tajo en mi memoria: El fuego. El olor a carne quemada. Los gritos. Los lamentos de los inocentes.

El sótano. La humedad. El hedor a miedo y desesperación. Las cadenas. El frío del metal contra la piel, el sonido de los eslabones.

Mi infancia fue un infierno con paredes limpias y sonrisas falsas. Fui adoptado por un matrimonio de clase media, educados, adorables. Parecían perfectos. Lo eran… en la superficie. Por dentro, eran bestias. Monstruos disfrazados de santos.

Formaban parte de una secta. Una puta secta que adoraba el dolor, la sumisión. Me alimentaban, me vestían, me abrazaban… hasta que dejé de ser un niño.

Hasta que mi inocencia se pudrió. Y entonces empezó el horror.

Las noches en el sótano, los rituales, las voces susurrando promesas de poder a cambio de sangre.

A los once, vi morir a un crío por no repetir una oración, su cuerpo diminuto, convulsionando en el suelo, sus ojos vacíos.

El miedo me heló la sangre, pero algo más, algo oscuro, despertó en mí.

A los doce, ya sabía que el dolor era el precio por respirar, que la sumisión era la única moneda de cambio. Aprendí a infligirlo. A sentirlo. A dominarlo.

A los dieciséis… los hice arder. A ellos. A mis putos padres adoptivos. Con mis propias manos.

El fuego purificó. El fuego liberó.

Me convertí en el monstruo que ellos criaron. Y lo acepté. Porque hay monstruos que son necesarios. Para limpiar la mierda del mundo.

Me miro otra vez en el espejo. Este traje no me representa. Esta boda no es mía.

Pero si nadie mueve ficha, lo haré yo. No me voy a casar con Katia. No voy a dejar que el ruso entre. Y, sobre todo, no voy a permitir que toque un solo niño.

Porque si hay una línea que jamás cruzaré… es esa.

Soy un cabrón, sí. Pero los niños son intocables. Y si tengo que volver al infierno para detenerlo, lo haré. Con gusto. Con una sonrisa en los labios.

***

La puerta se abre de nuevo. Esta vez, es Elías. Nervioso. Sudor en la frente.

Sus ojos, normalmente impasibles, reflejan una preocupación que no es habitual en él.

—Tenemos un problema.

—¿Qué pasa ahora? —gruño, mi paciencia al límite, mi voz cortante como un cuchillo.

—Llegó un coche. Negro. Cristales tintados. Nadie lo reconoce. No está en nuestros registros. Es un fantasma.

—¿Y? —exijo, mi mandíbula tensa.

—De él bajó una mujer. Solicitó entrar. Nadie sabe quién es. Lleva la cara cubierta por una máscara de encaje negra con lágrimas rojas que le tapa medio rostro. No quiere dar su nombre. Se niega a identificarse. Dice que tiene una invitación, pero no la muestra.

Frunzo el ceño. Algo dentro de mí se remueve, un instinto primario que se despierta. Una punzada fría en el pecho, una certeza.

—¿Está sola?

—Solo el conductor la acompañaba. Un hombre extranjero. No habló. Dejó las llaves puestas. Muy raro. Demasiado profesional para ser un simple chófer.

—¿Y qué cojones quieres que haga con eso? —Mi voz es un látigo.

—Nada. Solo… tenía que avisarte. Por seguridad. Es una anomalía, jefe.

Me acerco a él, mi sombra proyectándose sobre su rostro. Lo detengo antes de que se gire.

—¿La reconociste?

—No. Pero… tenía una mirada extraña. Como si estuviera a punto de romperse por dentro. Y sus ojos... eran de un azul tan intenso que parecían taladrar el alma, extrañamente familiares.

Mi pecho se aprieta. Un segundo. Dos. Algo se enciende muy dentro: un recuerdo, un vacío.

Lucía. No. No puede ser.

Ella huyó. Estaba embarazada. Nadie ha sabido nada desde entonces.

Y si volvió… ¿Por qué ahora? ¿Por qué en este puto infierno que yo mismo he creado? Si está aquí, y ahora, es que viene a reclamarme como suyo.

Es la única explicación racional que encuentro.

—Mantenla vigilada. Pero que nadie la toque. ¿Me oyes? Nadie. Si alguien le pone una puta mano encima, lo mato yo.

Elías asiente, sus ojos fijos en los míos, comprendiendo la seriedad de la orden.

—¿Quién crees que es? —se atreve a preguntar, su voz apenas un susurro.

—No lo sé —miento, una sonrisa cruel dibujándose en mis labios—. Pero si ha venido a detener esto… yo no pienso detenerla. No. Voy a dejar que arda. Que se queme en mi fuego.

Me quedo solo otra vez. Camino hacia el espejo. Me quito la corbata. Me desabrocho el primer botón. Sonrío con los dientes apretados, una mueca de pura anticipación.

—Si eres tú, Lucía… más te vale estar lista. Porque el infierno acaba de abrirse. Y esta vez… nadie sale ileso. Ni tú. Ni yo. Ni el puto mundo que se atreva a interponerse. Eres mi mujer, no me hace falta ni Dios, ni papeles que lo afirmen. Tú eres la única. Eres mía. Y nuestro hijo. Ese niño por el que juro que lucharé hasta mi último aliento para que él, tú y yo seamos uno.

CAPÍTULO 25

LUCÍA

Mi hombre, mi guerra.

El día de la maldita boda.
Está todo listo. Acabamos de aterrizar en Málaga.

La llamada de Rocío desató el caos. Y no exagero. Bastaron sus palabras —esa voz temblorosa y rota— para poner en marcha una operación que llevaba meses latente, dormida, como una bomba esperando su chispa.

Jamás pensé que reclamar al padre de mi hijo exigiría tanta preparación y coordinación… y muchísimo menos si ese "alguien" era el hombre que me había secuestrado. Pero ya no se trata solo de eso.

Se trata de salvarlo. De sacarlo de esa pesadilla. De devolverle el alma que poco a poco se fue apagando cuando yo desaparecí. Cuando lo dejé solo, sin respuestas, rodeado de demonios.

He pasado toda la semana entrenando con Nicolás. Cada día. Cada noche. Sin descanso. Él me empujaba al límite, como si quisiera romperme para luego reconstruirme más fuerte.

Como si supiera que lo que nos espera no es solo una misión: es el fin de algo... o el inicio de todo.

—Si vas a hacer esto, Lucía, tienes que ser fría. No puedes dudar ni un segundo. Si te tiemblan las manos, te matan. Si parpadeas, te matan. ¿Me has entendido?

—No voy a dudar —le respondo sin titubear, con la voz firme, la mirada de acero.

Él me sostiene la mirada durante varios segundos. Veo en sus ojos esa mezcla de miedo y orgullo. Asiente. No dice nada más. No hace falta.

Memoricé los planos de la iglesia. Las salidas de emergencia. Los posibles escondites. Los puntos ciegos. Las posiciones estratégicas. Las rutas de escape. Los errores probables. Lo hemos planificado todo. Cada movimiento. Cada bala. Cada posible traición.

Solo Rocío y Hugo saben dónde estamos. Nadie más. Y es lo mejor. No podemos correr riesgos. Esto no es un rescate. Es una puta guerra.

Una boda entre dos familias mafiosas… ya es suficiente bomba de relojería. Pero lo que vamos a hacer puede encender el mismísimo infierno.

Miro el reloj. Faltan tres horas.

—Vamos con el plan A —dice Nicolás mientras revisa su arma, con esa frialdad meticulosa de quien ya ha matado antes.

—¿Y si las cosas se salen de control…?

—Entonces improvisamos. Pero salimos de ahí con Álex. Pase lo que pase, Lucía. Pase lo que pase.

Asiento en silencio. Trago saliva. La tensión me ahoga el pecho, pero no dejo que se note. Ambos vamos vestidos de negro. Pasaremos por invitados. No podemos llamar la atención antes de tiempo.

Yo llevo un vestido negro con aberturas desde las caderas hasta los pies. Elegante, pero cómodo. Y una máscara de encaje negra, sencilla, pero cuando me vea con ella sé que se va a encender y va a saber quién soy. Lo elegí por tres razones: una, no quiero que nada me estorbe. Dos… volverlo loco. Y tres, mis armas.

Las llevo atadas a los muslos. Brillan a través de las aberturas. Visibles. Provocadoras. Pero esto es la mafia. Nadie se va a escandalizar por una mujer armada.

—Estás preciosa —dice Nicolás, mirándome de reojo mientras nos acercamos a la iglesia.

—¿Estás nervioso?

—No por mí —responde con una sonrisa torcida—. Estoy más preocupado por él… cuando te vea. No va a saber si quiere besarte o volarte la cabeza.

Nos dirigimos hacia la entrada principal. La hora exacta. Todo está cronometrado. Todos están en posición. Esperando mi señal.

Entramos. Yo del brazo de mi hermano. Parecemos una pareja más. Inofensivos. Elegantes. Letales.

Nos sentamos en el banco más cercano a la salida. Desde aquí tengo vista directa al altar. A los escoltas. A cada maldito rostro armado. Respiro hondo. El aire huele a incienso, perfume caro… y pólvora contenida. Es como si el mismísimo Diablo estuviera sentado en uno de los bancos, esperando el espectáculo.

Miro alrededor. Rostros conocidos. Hombres que han matado por menos. Mujeres que no dudan en apretar un gatillo si sienten que su estatus peligra. Algunos me miran. Sospechan. Tal vez me recuerdan. Tal vez no. Pero nadie se atreve a acercarse. Esto no es una ceremonia. Es una exhibición. Un show macabro. Una declaración de poder.

Y entonces, las puertas se abren. Mi respiración se detiene. Ahí está. Álex. El hombre al que amé con todas mis fuerzas. El hombre que me rompió por dentro. El padre de mi hijo. Mi maldito y perfecto monstruo. Pero ya no es el mismo. Lo supe desde que me marché.

Pero verlo… verlo así, de pie, imponente, brutal… me desarma. Su cabello está más largo, rebelde. Su cuerpo más ancho, más trabajado, como si la furia hubiera tallado cada músculo. Y los tatuajes… Dios. El cuello. La mejilla. Las manos. Manchas de tinta negra que gritan dolor, furia, descontrol.

Él jamás se dejaba ver así. Siempre pulcro. Siempre en control. Pero ahora… ya no finge. Ya no le importa lo que digan. Ya no le importa lo que vean. Está mostrando quién es, sin máscaras. Y es jodidamente hermoso.

Camina como un depredador. Cruza la iglesia sin mirar a nadie. No saluda. No sonríe. No espera. Se planta al lado del cura, como si fuera su ejecución lo que está por comenzar. Unos minutos después, aparece Katia. Y necesito contener una carcajada.

—Dios mío… —susurro.

El vestido está cubierto de perlas doradas, con una cola interminable que arrastra como si fuera una alfombra real. Lleva una corona que haría sonrojar a la reina de Inglaterra. La veo caminar, orgullosa, saboreando cada paso como si fuera la emperatriz del mundo.

—¿Está de coña? —murmura Nicolás entre dientes.

—Es una caricatura —respondo, apretando los dientes para no reírme.

Pero lo que me arranca el aliento es lo que pasa cuando ella se acerca a él. Katia intenta tomarle la mano. Él… se la quita. Fría, brutalmente, como si no existiera, como si le diera asco. Y entonces lo supe: no quiere casarse con ella. No quiere. No la quiere. El corazón me late tan fuerte que temo que todos lo escuchen. Entonces, el cura comienza a hablar. Ya no puedo esperar más. Es mi hombre, y voy a reclamar lo que es mío.

Saco las armas de los muslos. El metal está frío contra mis dedos. Nicolás me mira. Ya está preparado.

—¿Lista? —pregunta, con la voz ronca, los ojos encendidos.

—Siempre.

Me pongo de pie. Apunto directamente a Álex. Y en cuanto él me ve… todo se detiene. Su rostro se congela. Sus labios se entreabren. Sus ojos se clavan en mí como cuchillas. No dice una palabra. Pero su mirada grita. Dolor. Confusión. Amor. Rabia.

Y entonces, el caos.

—¡¿Qué demonios…?! —grita alguien del fondo.

Katia comienza a chillar como una histérica. Intenta correr hacia Álex.

—¡Ni se te ocurra! —gruño, y sin pensarlo, disparo.

Una sola bala. Precisa. Limpia. Entre ceja y ceja. Katia cae como un saco al suelo. El silencio que sigue es brutal. Luego vienen los gritos.

La mafia rusa se levanta en estampida.

—¡Nicolás, encárgate del ruso! No quiero que salga de aquí con vida. Y averigua dónde tiene a los niños. Hay que devolverlos con su familia —le grito entre el ruido, las balas, la desesperación.

—Lo tengo —responde, desapareciendo entre la multitud como un espectro.

Según el plan, Hugo y Rocío aparecen entre el humo y las sombras. Bestias entrenadas. Toman a Álex, que aún no reacciona, y lo arrastran hacia la salida. Yo corro hacia el coche. Todo sucede en segundos. Balas. Gritos. Caos.

Me subo, temblando, pero firme. Conduzco hacia la salida de emergencia. Donde lo están esperando. Las llantas chillan. El motor ruge. El infierno queda atrás.

Le pedí a Rocío que convenciera a Hugo para que le pusiera un sedante. Sé cómo va a reaccionar. No va a entender nada. Va a querer matarme. Va a querer matarse. Pero no ahora. No en medio del fuego cruzado. No hasta que estemos a salvo.

Una vez estemos lejos de todo esto… le dejaré despertar. Y cuando lo haga… Que venga el monstruo. Estoy lista.

CAPÍTULO 26

ÁLEX

Sigue siendo mía.

No comprendo en absoluto lo que acaba de suceder. Me despierto con un dolor punzante que me atraviesa el cráneo como una cuchilla oxidada. Siento los párpados pesados, el paladar seco como si hubiera tragado cenizas.

El aire huele a humedad, a metal viejo, a encierro. Respiro hondo y me arde la garganta; tragar es como masticar polvo. Me cuesta abrir los ojos. Apenas los entreabro, me recibe la imagen de una celda de mierda.

Las paredes son de hormigón desnudo, llenas de manchas y grietas que parecen cicatrices. No hay ventanas. Solo una bombilla colgante, sucia y amarillenta, que parpadea intermitente como si se burlara de mí. Su zumbido me taladra el oído.

Lo último que recuerdo es el altar. El cura. Katia acercándose con ese puto vestido blanco como una condena. Todo era silencio, hasta que estalló el caos.

Lucía. Su nombre me golpea en el centro del pecho. ¿Fue real?

Cierro los ojos un instante. El recuerdo irrumpe como un disparo: su figura de negro, las armas en sus manos, la mirada feroz. Todo se volvió sangre, humo y gritos. ¿De verdad fue ella? ¿O mi mente, hecha pedazos, me jugó una mala pasada para recordarme que nunca sané?

—Joder... —murmuro, con la garganta áspera como lija.

Intento moverme, pero un tirón seco me detiene. Bajo la vista. Grilletes.

Estoy encadenado por las muñecas y los tobillos, sujeto como un puto animal salvaje. Las marcas del metal ya se hunden en mi

piel. Cada vez que me revuelvo, las cadenas chirrían como una risa cruel.

—¡¿Qué cojones es esto?! —grito, y el eco me responde como una carcajada rota.

El corazón me late como un tambor de guerra. No sé si esto es un castigo, una trampa o una salvación disfrazada. Pero sí sé una cosa: si ella ha vuelto, más le vale tener una buena razón. Porque el monstruo que dejé enterrado... ya no tiene cadenas. Está despierto. Y con hambre.

Pasan minutos. O tal vez horas. Aquí dentro el tiempo no significa una mierda.

Y entonces... la puerta se abre. Y la veo.

Lucía. Pero no es la misma. No es mi ángel de voz temblorosa. No es la chica de las risas tímidas y el perfume a jazmín. Esta mujer es otra. Una versión perversa. Devastadora.

Su vestido negro es tan corto que me deja ver el inicio de sus caderas, tenso, firme, como esculpido con rabia. Las aberturas laterales muestran las fundas de sus armas, una en cada pierna, ajustadas a sus muslos marcados. Su andar es lento, seguro. Su mirada no tiembla. No parpadea. Es un maldito disparo directo al alma.

—¿Tú? —digo, ronco. La palabra apenas sale. Es más gruñido que voz.

—Sí. Yo —responde, con ese tono afilado como una daga deslizándose por la piel. Se sienta frente a mí, cruzando las piernas. Sabe lo que hace. Cada movimiento suyo está diseñado para provocarme.

—Suéltame. Ahora.

—Ni lo sueñes —responde, y sonríe. No una sonrisa dulce. No. Es una sonrisa torcida, peligrosa. Un desafío.

—No tienes ni puta idea de lo que estás haciendo.

—¿No? Yo creo que sí. Estoy evitando que quemes el mundo... otra vez.

La observo en silencio. Cada palabra suya es un maldito veneno que me llena la sangre de fuego. Cada gesto me empuja un poco más hacia el borde del abismo.

—¿Por qué me tienes aquí? —gruño, apretando los dientes.

—No podía permitir que te casaras con la rusa —su voz se vuelve un susurro lleno de furia contenida—. Me marché, sí. Pero sigues siendo mío. Nadie tiene derecho a tocarte. Nadie.

Su descaro me incendia las entrañas.

—¿¡Que nadie tiene derecho a tocarme!? ¿Tú? ¿Tú te atreves a decir eso? ¡No tienes derecho ni a mirarme! ¡Me dejaste, Lucía! ¡Me abandonaste como un perro! ¡Te llevaste todo lo que era y lo tiraste al puto fuego!

Mi voz explota en el cuarto. Es un rugido. Una descarga de todo lo que callé durante años. Me duele la garganta de tanto apretar la rabia.

Ella no se inmuta. Se queda ahí, como una estatua de hielo, observándome. Pero en sus ojos... hay grietas. Un parpadeo. Una fisura.

—Lo sé, Álex. Y sé que duele. Pero tenía que hacerlo.

—¿Y eso te da derecho a encerrarme como un puto animal?

—No estoy aquí para discutir tus derechos —responde, levantando una ceja—. Estoy aquí para evitar que destruyas todo a tu paso. Incluyéndote a ti.

—¡Suéltame de una puta vez, Lucía! —bramo, tirando de las cadenas hasta que siento la piel desgarrarse.

Ella se inclina un poco hacia mí.

Sus labios están tan cerca que podría morderlos. Y lo haría.

—No hasta que estés tranquilo.

—¿Tranquilo? ¡Estoy frente a la única mujer que he amado, la que me destrozó, la que me convirtió en esto! ¡Nunca voy a estar tranquilo!

Lucía guarda silencio. El aire entre nosotros es una tensión densa, casi sexual. Como si un solo roce hiciera estallar la habitación.

—¿De verdad crees que no sufrí al irme? —susurra finalmente —. ¿Crees que no me mataba pensar que estabas solo, dolido, convencido de que te traicioné?

—¡Te fuiste sin mirar atrás! —escarbo en sus ojos buscando una pizca de remordimiento—. Me enterraste vivo, Lucía.

—Y aun así, aquí estás. Vivo. Más fuerte. Más furioso. Más tú.

Me muerdo la lengua para no decir lo que arde en mis entrañas. Para no escupirle, que la odio, que la amo, que quiero hacerle daño y al mismo tiempo hundirme en su piel.

Lucía se pone de pie. Su vestido sube apenas y revela más de esa piel que una vez fue mía. Esa que conocí con los dedos, con la boca, con el alma.

—¿Adónde vas? —pregunto, con la voz en carne viva.

—A asegurarme de que el resto del plan sigue en marcha —dice, sin mirarme. Luego se detiene. Se gira hacia mí—. Cuando termine... hablaremos. Como debe ser.

—Te juro por todo lo que queda en mí, Lucía… que si vuelves a jugar conmigo, si vuelves a usarme... no va a quedarte lugar donde esconderte. Porque esta vez no voy a suplicar. Esta vez, vas a sangrar conmigo.

Ella no responde. Me lanza una última mirada que es todo menos indiferente. Hay algo en sus ojos que grita, que ruge por dentro, aunque sus labios sigan callados. Y luego... desaparece tras la puerta de hierro.

Y me quedo solo. Con las cadenas. Con los recuerdos. Con mi rabia y esa maldita certeza: en cuanto tenga una oportunidad, Lucía va a pagar. Y esta vez... no va a haber redención posible.

CAPÍTULO 27

LUCÍA

Nuestro Infierno.

Esto está resultando ser mucho más complicado de lo que imaginaba. Sabía que enfrentarme a Álex no sería fácil. Estaba preparada para el odio, para los gritos, para el fuego de su rabia. Pero no para esto. No para el dolor. No para esa herida abierta que vi en sus ojos la primera vez que se cruzaron con los míos. Esa herida… la había hecho yo.

Creía haberlo superado. Creía que me había fortalecido, que podía verlo sin derrumbarme. Pero verlo allí, encadenado, con la mirada vacía y los músculos tensos como un animal acorralado, me está destrozando. Me rompe de dentro hacia afuera. Cada segundo de su agonía es una punzada en mi propia alma. Y lo peor es que lo merezco.

Me arrepiento. Con cada fibra de mi cuerpo. Por no haber vuelto antes. Por no decirle que esperaba a su hijo. Por dejar que el tiempo nos devorara hasta convertirnos en enemigos. Y tengo miedo. Miedo real. No a él. A lo que pueda hacer con nuestro hijo si decide vengarse.

Después de meterlo en el coche, seguimos con el plan. Íbamos directos a Italia. Necesitaba estar en un sitio que no pudieran rastrear, un lugar muerto, fuera del mapa. El único que conoce nuestra ubicación es mi padre. El refugio donde estamos ahora fue una base de operaciones de la mafia en los años sesenta. Pertenecía a los Vanetto y está en mitad de la nada. Ni una carretera cercana, ni una señal. Solo silencio. Silencio, tensión... y recuerdos que pesan más que las paredes de hormigón.

No estamos solos. Hugo y Rocío están conmigo. No quisieron dejarme sola con Álex. Tienen miedo de lo que pueda hacer. Y yo no

los culpo. Han visto en qué se ha convertido. Todos hemos oído hablar de su crueldad, su frialdad, las desapariciones, la furia que arrastra allá donde pisa.

Pero yo... yo aún veo algo más. Él no es ese monstruo. No del todo. Todavía hay algo dentro de él que puedo salvar. Lo sé. Porque yo también me rompí. Y volví. Y si yo pude… él también.

—Lucía, tienes que sacarlo de ahí —dice Hugo mientras sirvo el desayuno con las manos temblorosas. El aroma del café se mezcla con el sabor metálico del miedo en mi garganta—. Lleva encerrado desde ayer. Ya ha tenido suficiente.

—Mi marido tiene razón. No puedes seguir postergándolo — agrega Rocío con el ceño fruncido, cruzando los brazos sobre el pecho. Me mira como si pudiera leerme por dentro.

Sus palabras son duras, pero no se equivocan. Tomo aire.

—Ha llegado el momento. Solo os pido una cosa: pase lo que pase, escuchéis lo que escuchéis... no bajéis. Esto tengo que hacerlo sola.

No discuten. Saben que no van a convencerme. Saben que no me van a detener.

Camino por el pasillo como si tuviera fuego en los talones. Cada paso es una batalla entre la culpa y el miedo. Mi pecho pesa, mis dedos tiemblan.

Abro la puerta… Y entonces, todo explota.

No tengo ni medio segundo para reaccionar. Álex se ha soltado. ¿Cómo coño lo ha hecho?

En un instante, su cuerpo me embiste como un toro salvaje. Me aplasta contra la pared. Mi cabeza impacta con un golpe seco que me hace ver negro. Su mano se cierra sobre mi cuello, dura como el hierro fundido. Aprieta.

—¿Pensabas que unas putas cadenas iban a detenerme? — gruñe, su voz cavernosa me atraviesa como un látigo. Sus labios rozan mi oído. Su respiración es fuego. Me quema. Me ahoga.

No puedo respirar. La visión se me nubla. Su cuerpo es una pared de músculo y odio. Mi espalda arde contra el muro, mis uñas rasgan su piel sin lograr moverlo.

Entonces, lo hago. Mi mano se desliza por mi cinturón. Saco el cuchillo. Y sin pensarlo, lo clavo. La hoja se hunde en su hombro, no lo suficiente para matarlo… pero sí para frenarlo. Siento el crujido de la carne, la resistencia del músculo. Es una punzada de dolor para él, y un latigazo de adrenalina para mí.

Un grito salvaje le estalla en la garganta. Se tambalea. Me suelta.

Caigo al suelo, jadeando, tosiendo, con la garganta ardiendo. Mi cuello tiene su forma tatuada. La marca de su furia.

Se lanza de nuevo. Lo esquivo. Mi cuerpo actúa por instinto. Cada movimiento es una danza macabra de supervivencia.

Me pongo de pie, temblando.

—¡Álex, necesitamos hablar! ¡Si sigues intentando matarme, no vamos a llegar a ningún sitio!

—¿Hablar? —se ríe, amargo, furioso—. ¿Ahora quieres hablar?

Sus ojos… Dios… sus ojos están llenos de odio. Llenos de todo lo que le rompí. Puros pozos de dolor y traición.

—¡Pasé días, semanas, jodidos, meses buscándote! ¡Cuando encontré el cuerpo de Lombardi pensé que estabas muerta! ¡¿Y ahora quieres hablar?!

Se lanza otra vez. Me agarra por la cintura, me tira al suelo. El cuchillo desaparece de mis manos. Sus piernas aprietan las mías. Me inmoviliza. Su aliento golpea mi rostro. Su sudor, su rabia, su dolor… todo me empapa. Me consume, me ahoga.

—¡Háblame entonces! ¡Explícame por qué coño me dejaste! ¡Explícame por qué me condenaste!

—¡Porque me estaba desmoronando, Álex! —le grito de vuelta, con la voz quebrada, el pecho subiendo y bajando con desesperación—. ¡Porque no podía más! Me enteré de que tenía un padre… un mafioso. Me perseguía un psicópata. ¡Tú! Tú sacaste a la superficie cosas que creía enterradas. Me hacías sentir viva. Y eso me asustó. Me sentí débil. Me vi expuesta. Vulnerable. Me fui porque tenía miedo. Miedo de ti. De mí. De lo que me hacías sentir.

Y cuando quise volver... ya era tarde. No sabía si aún me querías. No sabía si podía soportar otro rechazo. ¡Lo siento, joder!

¡Lo siento por todo el daño que te hice! Por cada puta noche que pasaste solo, en el infierno que yo misma te provoqué.

Silencio. Solo mi llanto. Solo su respiración agitada sobre mi pecho. Solo nosotros. Rotos. Mezclados. Vivos.

Sus ojos me devoran. Me escanean. Ve mis lágrimas. Mis heridas. Ve su reflejo en mí. El monstruo que yo también soy.

De pronto, se levanta. Sus músculos tiemblan. Se aleja.

—Sácame de aquí —dice sin mirarme, con la mandíbula apretada, su voz áspera, casi irreconocible—. Antes de que haga algo de lo que me arrepienta toda la vida. Necesito una puta ducha. Y después... hablaremos. No creas que te vas a escapar. Vas a contarme todo. Y vas a afrontar las consecuencias. Cada una de ellas. Y no te daré tregua.

Sale, cerrando la puerta con violencia. El sonido metálico resuena en la celda, sellando mi destino. Me quedo allí, en el suelo, con la piel ardiendo, con el alma desgarrada. Destrozada. Pero viva. Y por primera vez en mucho tiempo... él también. Hemos sobrevivido. Juntos. A nuestro propio infierno.

CAPÍTULO 28

ÁLEX

El Mundo Arderá.

El sufrimiento en su mirada… eso fue lo que me hizo detenerme. Había algo roto en ella; algo que no encajaba con la historia que me había contado. Y yo sé reconocer a los que guardan secretos. Secretos que pesan. Secretos que aplastan el alma.

Por eso decidí calmarme. Esperar. Respirar. Porque cuando alguien como Lucía tiembla, lo que viene detrás puede ser una maldita explosión. Y yo no estoy listo para perderla otra vez.

El agua cae sobre mí, templada, inútil. No arrastra la rabia, no me limpia por dentro. Me froto con fuerza, con furia, como si pudiera arrancarme el odio que llevo bajo la piel. La sangre se va por el desagüe, pero la herida del hombro sigue abierta, palpitando con cada latido.

Me miro en el espejo. Desnudo, herido, furioso. La carne rota, el alma en ruinas. Me limpio la herida con alcohol. Arde. Pero no tanto como lo que siento dentro.

Ella me apuñaló. Con fuerza. Con intención. Pero no para matarme.

Eso me jode más que el dolor físico. Porque significa que todavía le importo. Y eso… eso me debilita.

Y me pone en guerra conmigo mismo. Una puta guerra de mierda que no pienso perder.

Me visto despacio, marcando cada movimiento. No soporto la sensación de vulnerabilidad.

No en mi propia carne. Cada prenda es una armadura. Una máscara para esconder el caos que llevo dentro.

Cuando bajo al salón, no me espero encontrar a Hugo ni a Rocío. Mi jefe. Mi amigo. Y la mujer con la lengua más afilada del

puto sur de España.

Ambos de pie, expectantes.

Como si supieran que estaba a un paso de estallar.

—Sabía que estabais escondiendo algo —escupo entre dientes, fulminándolos con la mirada—. Estoy seguro de que este plan ha sido cosa tuya, Rocío. Y te lo agradezco… pero la próxima vez decídmelo, cabrones.

Ni siquiera puedo cabrearme del todo. Me han salvado el pellejo. Me han sacado de una trampa que olía a muerte desde el principio.

—¿Dónde está? —pregunto con el alma tensa. El silencio de la casa me pone más nervioso que un tiroteo.

—Álex, escúchala. No le hagas daño —advierte Hugo, cruzándose de brazos como si quisiera imponer respeto—. No me gustaría tener que acabar contigo… y me jodería perder a mi segundo al mando. Ella está en el patio.

—No puedo prometer que no la haré sufrir —murmuro, cargado de amenaza—. Hay demasiadas cosas que necesitamos aclarar. Y tú sabes cómo soy, Hugo. Pero trataré de no hacerle mucho daño… si no me provoca.

Salgo antes de escuchar sus respuestas. Necesito verla. Sentirla. Domarla, si hace falta. Porque ella es mía. Y nadie toca lo que es mío.

Pero lo que me encuentro me desarma. Silencio. Un zapato. El suyo. Pequeño. Abandonado al borde del camino. Y un coche alejándose entre los árboles. La sangre me hierve. El corazón se desboca. Actúo sin pensar. Corro, saco la pistola y disparo con furia.

—¡Hijo de puta! ¡Baja de ese coche! —grito, apretando el gatillo, pero el vehículo se pierde entre la espesura. Se la han llevado. Me la han arrancado. Otra vez. Otra puta vez.

—¿Qué coño ha pasado? —brama Hugo, saliendo detrás de mí.

—Se la han llevado —murmuro, y las palabras me saben a óxido, a sangre.

—Voy a llamar a Massimo —anuncia Rocío, sacando el móvil como si fuera un arma—. Estamos en su territorio. Él sabrá qué hacer.

Subimos al coche y acelero por el bosque sin pensar en los árboles. Solo en ella. En su cara. En su voz. En el miedo que me revienta el pecho solo con imaginar que la toquen. Rocío intenta calmarme. No lo consigue. No hay paz en mí.

—Ahora que ha vuelto a mi vida, no la voy a perder. Si tengo que arrasar el mundo para encontrarla, lo haré. Si tengo que matar a cada cabrón que se cruce en mi camino, lo haré. Nadie se lleva a mi mujer. Nadie.

Mis nudillos blancos sobre el volante. Los ojos quemando el camino. La rabia no me deja respirar. La idea de que esté asustada, sola, encerrada, me rompe. Lucía no merece eso. Ella es fuego, es caos, es fuerza. Y yo… yo soy el infierno que va a tragarse a quien la haya tocado.

Massimo contacta con Rocío. Han activado el rastreador. Lucía lleva uno desde hace semanas. Una decisión que, por una vez, aplaudo.

—¿Un rastreador? ¿Desde cuándo? —pregunto, sin apartar la vista del camino.

—Desde que decidió que tú eras un peligro, Álex —responde Rocío, sin sarcasmo. Solo con pena.

Me trago el veneno. No puedo culparla. Yo soy un cabrón. Y ella… ella sabe cómo sobrevivir.

—Quién se la ha llevado sabía lo que hacía —añade Rocío—. Desde que aceptó ser la hija de Massimo y eso salió a la luz, hay muchos que la quieren. Y no precisamente viva.

Su voz se quiebra. Y algo en mí se parte. Lucía está en la mira. En el centro de la diana. Y yo la dejé sola.

—Vamos a preparar el infierno —digo, con los dientes apretados —. Y esta vez, no voy a parar hasta tenerla conmigo. Hasta verla desnuda, temblando entre mis brazos, con el corazón galopando y los ojos ardiendo de deseo y rabia.

Porque cuando la recupere, no solo voy a salvarla… voy a recordarle quién soy. Y a quién pertenece. El mundo va a arder. Y yo voy a disfrutar cada llama. Nadie toca a lo que es mío. Nadie toca a Lucía. Y vive para contarlo.

CAPÍTULO 29

LUCÍA

El Rugido de los Vanetto.

Luché con todo lo que tenía, pero no pude hacer nada. Cuando me vi atrapada, intenté gritar para alertar a los chicos, pero fue en vano. En el momento en que la aguja se hundió en mi cuello, supe que no iba a lograr salir de esta sola.

El paralizante recorrió mis venas como fuego helado, silenciando mis músculos, robándome la voluntad. Mi visión se nubló, el mundo se volvió una mancha borrosa, y solo el pánico más puro me mantuvo consciente un instante más antes de la oscuridad total.

Hacía años que no rezaba, pero mientras me desvanecía, solo pedía volver con mi hijo. Con mi pequeño Álex. Esa era mi única plegaria.

Nadie sabía dónde nos encontrábamos. No sé cómo nos encontraron. Estoy convencida de que nos han estado vigilando desde el primer momento, igual que estoy segura de que alguno de los nuestros nos ha traicionado.

Y cuando lo encuentre, voy a encargarme personalmente de él. Su sangre pagará su traición.

No sé exactamente dónde estoy ni cuánto tiempo ha pasado desde que me capturaron. Las horas se funden en una masa indistinguible. Lo único que escucho es el murmullo constante y lejano del mar, un lamento que se mezcla con el silencio opresivo de este lugar.

No sé qué me han dado, pero mi cuerpo no responde. Estoy consciente, mi mente está despierta, gritando, pero no me puedo mover. No siento mis extremidades, no puedo mover un solo dedo. Tienen que haberme inyectado algún tipo de paralizante potente.

A mi alrededor oigo sollozos... débiles, intermitentes, infantiles. Y tengo la certeza de que son niños. El horror me inunda, helándome la sangre.

—Malditos rusos —pienso, la ira inútil quemándome por dentro.

Rocío me contó que estaban involucrados en tráfico de personas, pero sobre todo de menores. Nicolás me confirmó que Márkov había muerto junto a su hija Katia, asesinada en su propia boda. Alguien ha debido asumir el control de la Bratva Márkov, y ha venido a reclamar lo que considera suyo.

Han venido a por mí. Joder. Han venido a por mí. No sé cómo voy a salir de aquí. No sé cómo voy a proteger a estos niños.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero parece que el efecto del paralizante se está desvaneciendo. Lentamente, dolorosamente. Mi cuerpo empieza a responder, un hormigueo eléctrico recorriéndome las extremidades. Trato de sentarme, cada músculo protesta.

Cuando me incorporo, el olor a orina, a sudor, a miedo, me golpea con tanta fuerza que pienso que tal vez hubiera sido mejor no abrir los ojos. Dios mío.

A mi alrededor solo hay niños pequeños. Algunos duermen, otros lloriquean en silencio, acurrucados, sus rostros sucios y sus ojos vacíos. Su estado es horrible, y el hedor a orina es insoportable, una prueba cruel de su cautiverio.

En la esquina, veo a una pequeña niña rubia, con el cabello enredado, acurrucada, mirándome fijamente. Sus ojos, enormes y asustados, tienen algo en ellos que me atrae. Es preciosa, incluso en este infierno.

Me levanto lentamente, mis piernas aún inestables, intentando no pisar a ninguno de los niños dormidos. No quiero asustarlos ni llamar la atención de los hombres que probablemente estén fuera, vigilando.

Cada paso es un esfuerzo, un acto de voluntad. Me acerco a ella y me agacho a su lado, mi corazón encogiéndose de pena.

—Hola, preciosa —le susurro en voz baja, mi voz áspera por la sequedad de mi garganta—. ¿Hablas español?

Ella asiente con la cabeza, sus ojos fijos en los míos.

—¿Cómo te llamas?

—Elena —responde tan suave que casi no la oigo, su voz, un hilo roto.

—Hola, Elena. Soy Lucía. ¿Cuántos años tienes?

—Siete —dice. Dios... es una bebé. Estos niños deberían estar con sus padres, en sus camas, con juguetes. Disfrutando de una infancia feliz como cualquier niño, saltando, corriendo, riendo y llorando; es imposible evitar llorar cuando te caes, digan lo que digan.

—¿Sabes dónde estamos? —necesito cualquier información, cualquier pista que me ayude a entender esto.

—No lo sé... Quiero irme. No quiero estar aquí. ¿Me puedes ayudar? —Su voz se quiebra, y sus ojos se llenan de lágrimas. El llanto de esa niña me destroza el alma.

—Shhh, no te preocupes. Alguien vendrá a ayudarnos. Tranquila, mi familia me está buscando y cuando me encuentren te llevaré con tus padres. Tranquila, pequeña. —Rezo para que eso sea cierto. Rezo con cada fibra de mi ser para que Massimo me encuentre antes de que sea demasiado tarde. Que los encuentre a todos.

—No tengo papás. Mi mami se fue al cielo cuando los hombres malos me llevaron...

Dios... no puedo entender cómo alguien puede hacerle esto a un niño. No puedo imaginar lo que sentiría si uno de estos fuera mi hijo. Mi hijo... No podría soportarlo. La rabia me consume. Tengo que sacarlos de aquí. Sea como sea. Aunque tenga que matar a cada puto cabrón que se interponga. Elena se acurruca a mi lado. Su pequeño cuerpo se pega al mío y se queda dormida, su respiración suave contra mi costado. Intento descansar. Necesito fuerzas. Tengo que aguantar hasta que nos rescaten.

La puerta se abre con un chirrido metálico que rasga el silencio. Tres hombres entran, sus siluetas oscuras recortadas contra la tenue luz del pasillo. Son los mismos que me trajeron aquí. Sus miradas son frías, vacías.

Al verme, uno de ellos empuja a Elena de mi lado con el pie. La pequeña cae al suelo, me mira llorando, sus ojos llenos de terror y

confusión. Intento calmarla con la mirada, pero en el fondo estoy aterrada, mi propio corazón latiendo a mil por hora.

—Quiere verte. Vamos, levántate, zorra —dice uno de ellos con desprecio, su voz áspera, un insulto que me revuelve el estómago.

No me resisto. Aún no. No es el momento. Siento el instinto primario de saltarles al cuello, pero mi entrenamiento me lo impide.

Salimos del sótano. El aire fresco me golpea la cara. Como sospechaba, estamos cerca del mar. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas es el único consuelo. Al llegar a las escaleras, lo reconozco todo. Manarola. Esta mansión estaba vacía cuando vivía aquí, antes de tener a mi bebé. Viví en este lugar. Me siento enferma, una oleada de náuseas me sube por la garganta al ver la familiaridad de la traición.

Subimos por unas escaleras de mármol frío. El eco de mis pasos resuena en los pasillos vacíos. Me llevan a un despacho.

—Señorita Vanetto, bienvenida —dice un hombre sentado frente a mí, con una sonrisa que no llega a sus ojos. Tiene unos treinta años. Es joven, atractivo incluso, con un traje caro, pero después de ver lo que hay en ese sótano, me parece un monstruo. La encarnación del mal.

—¿Quién eres? —pregunto, observándolo, mi voz tensa, mi mandíbula apretada.

—Me llamo Yuri. Soy el hijo ilegítimo de Márkov. Nadie sabía de mi existencia hasta la muerte de mi padre... algo que, por cierto, te agradezco. Ese cerdo y su hija eran un obstáculo para mis planes. Me los quitaste del camino. Me hiciste un favor al librarme de ellos.

—¿Y esta es tu forma de darme las gracias? ¿Secuestrándome y encerrándome con niños? —Mi voz grita sarcasmo, pero la rabia que me consume es real.

—Estás perfectamente. Nadie te ha hecho daño.

—Claro... solo me han drogado y secuestrado. No, no me han hecho nada, claro que sí. —No puedo evitar responderle así. ¿Qué clase de demente piensa que voy a estar tranquila con su cinismo?

Entonces, una explosión sacude la casa. Un estruendo brutal que hace vibrar los cristales. Viene de la parte delantera. Han venido a buscarme. Mi familia ha llegado. La tormenta. Álex.

—Pues mira —le digo con una sonrisa helada, el odio goteando en cada palabra—, gracias a tu forma de agradecerme, ahora tienes dos enemigos: la familia Torres y la familia Vanetto, gilipollas. Vas a arrepentirte de esto. Te lo juro.

Me acerco lentamente a la mesa, mis ojos fijos en un abrecartas de plata. Él está demasiado enfocado en el alboroto del exterior, su rostro pálido, escuchando los disparos y los gritos que se acercan. Grave error.

Actúo. En un solo movimiento fluido, mi mano se lanza hacia el abrecartas. Antes de que pueda reaccionar, lo agarro. Él me mira con sorpresa. Demasiado tarde. Mi brazo se alza y, sin pensarlo, sin un ápice de duda, le clavo el abrecartas en el ojo. Lo hundo con toda mi fuerza.

El estallido de sangre es instantáneo, caliente, espeso, me cubre la cara, me salpica los labios. Un grito ahogado se le escapa a Yuri, su cuerpo se retuerce en el sillón. Tiro con fuerza hacia mí, arrancando el arma improvisada, y él cae al suelo, convulsionando, con el agujero negro y sangrante donde antes estaba su ojo. El hedor a bilis y muerte me inunda, pero no me detengo.

Uno de sus hombres corre hacia mí, su arma levantada. Soy más rápida. Agarro el arma que Yuri tenía en la funda, su calor aún pegado a mi palma. Apunto. Disparo. Precisión letal. La bala le impacta entre los ojos. Cae con un golpe sordo, su cuerpo se desploma como un saco.

Los otros dos entran, alertados por el ruido. Disparo dos veces más. Los impactos resuenan en la sala. Caen detrás de él, con agujeros perfectos en la frente.

Después de todo, la tortura a la que me ha sometido Nicolás ha valido la pena. Cada golpe, cada lección, me ha preparado para este momento.

Yuri todavía respira. No por mucho. Me acerco a él. Está en el suelo, sangrando, su cuerpo retorciéndose en la agonía. Trata de hablar, sus labios manchados de sangre. No le dejo. Me arrodillo a su lado, mi rostro a centímetros del suyo.

—Las personas como tú y tu padre no deberían vivir en un mundo donde hay niños inocentes. Sois lo peor que he visto en mi

vida. Y pienso encontrar todos los escondites donde tengáis niños y liberarlos a todos. El tráfico de personas de los Márkov se acaba hoy. Se acaba aquí. Contigo.

Y con eso, le atravieso el corazón con el abrecartas, hundiéndolo hasta el mango. Sus ojos se abren de par en par, fijos en el techo, vacíos. Su cuerpo se sacude con un último espasmo y luego se queda inmóvil. El silencio espeso que sigue solo se rompe por el goteo de la sangre.

No pensé que terminaría así. Con un arma humeante en la mano, el corazón latiéndome con tanta fuerza que apenas puedo oír otra cosa, y cuatro cuerpos a mis pies. Uno sin un ojo. Los otros con un agujero perfecto en la frente. El olor a pólvora y sangre fresca me llena la nariz, un aroma que antes me aterrorizaba y que ahora… ahora solo me da una extraña calma.

A veces pienso que me he convertido en un monstruo. O tal vez solo estoy usando el monstruo que llevo dentro para proteger a los inocentes. Un demonio forjado en el infierno, para combatir demonios aún peores.

Me limpio el sudor de la frente con el dorso de la mano, manchando mi piel con la sangre de mis víctimas. Miro hacia la puerta. Álex está ahí, paralizado. Sus ojos azules, tan intensos, tan familiares se clavan en los míos. No dice nada. Su rostro está lívido, una mezcla de horror y algo más que no sé descifrar.

La sangre que me cubre, las armas en mis manos, los cuerpos a mis pies… él lo ve todo. Pero luego me abraza. Me aprieta contra su pecho con una fuerza brutal, sus brazos una jaula protectora. Me aferro a él, el sabor a sangre en mi boca, mezclándose con su piel, su calor.

CAPÍTULO 30

ÁLEX

Mi ángel, mi hijo, mi redención.

El localizador de Lucía se detiene. Llevamos horas de una espera tensa, insoportable, para ir a por ella. La señal se fija en Manarola, en una mansión que, según nos dicen, está abandonada. Vamos armados hasta los dientes. Massimo y Nicolás están aquí con todos sus hombres; Hugo y Rocío llegan conmigo. Estamos preparados. De aquí no nos vamos sin mi mujer.

Nos acercamos poco a poco, sombras en la noche italiana, sin llamar la atención. El aire es denso, cargado de salitre y de una premonición de sangre. Uno de los hombres de Massimo coloca una bomba en la verja principal, una carga de C4 que promete un saludo explosivo. La seguridad aquí es de puta pena. Mierda. Es una burla. El cerdo que se la lleva no tiene ni puta idea de a lo que se enfrenta.

En el momento en que la puerta revienta, entramos como locos. No pienso dejar que me la vuelvan a quitar. Esa mujer es mía. Nicolás va a mi lado. Entramos matando a cada cabrón que se cruza en nuestro camino.

Oímos disparos y corremos con toda la fuerza de nuestras piernas. Cuando llegamos a un despacho, mi corazón se detiene durante unos segundos. Mi mente no puede procesar lo que tengo delante.

Massimo me ha dicho antes de llegar aquí que no debo preocuparme demasiado por Lucía, que ella sabe cuidarse sola. Sin embargo, nunca pensé que vería algo como lo que tengo delante: ella sola ha acabado con cuatro hombres, y no de una manera bonita. A uno de ellos le falta un ojo, y los otros tres tienen un disparo justo entre los ojos. Hay sangre por todas partes, y el olor a

pólvora es tan denso que se pega a la piel. Me recuerda a mis años más oscuros. Pero esto... esto lo hace ella. Mi ángel oscuro.

Cuando se gira, me observa sin decir ni una palabra, simplemente espera. Pero en este instante, lo único que deseo es abrazarla, y eso es exactamente lo que hago. La envuelvo con mis brazos, fuerte, como si pudiera protegerla del mundo, aunque sé que es ella quien nos ha salvado a todos. Su cuerpo tiembla levemente, pero no es miedo, es rabia contenida. Es furia pura. Y me jode que haya tenido que llegar a esto.

—Me habían comentado que tienes habilidades para defenderte, ángel, pero esto supera todo lo que esperaba —le confieso, con una mezcla de orgullo y asombro. Mi voz tiembla ligeramente. Me he quedado sin palabras. No sé si debería estar impresionado... o asustado. Pero lo único que siento es respeto.

—Han ocurrido muchas cosas. Cuando esto termine tenemos que hablar, pero ahora tenemos alrededor de cincuenta niños que necesitamos sacar del sótano —me responde mientras nos separamos. Su mirada se endurece de nuevo y sale del despacho con determinación. Esa mujer no es la que conocí en la fiesta. Es más peligrosa y hermosa que nunca. Se ha convertido en un puñetero ángel de la mafia.

Le sigo de cerca mientras ella da órdenes a los hombres de su padre. Todos la tratan con respeto, y estoy seguro de que eso se lo ha ganado ella sola, no solo por ser la hija de Massimo. La mujer que tengo frente a mí es una líder, una guerrera, y no puedo estar más orgulloso de ella. Camina entre cadáveres y sangre como si estuviera hecha de acero. Yo también lo he hecho. Sé lo que cuesta mantener la cabeza fría.

Logramos sacar a todos los niños, incluyendo algunos bebés. Estos cerdos son peor de lo que pensábamos. Sabíamos lo que hacían, pero creíamos que se trataba de mujeres, no de putos niños. Joder. En lo más oscuro del averno hay un sitio reservado para esta clase repugnante de gente; y si no, me encargo personalmente de abrirlo.

Veo a Lucía salir con una pequeña niña en brazos. Es hermosa, con grandes ojos oscuros que observan todo con miedo y curiosidad.

Tiene las mejillas sucias y el cabello enmarañado, pero algo en ella me recuerda tanto a mi ángel.

—Hola, preciosa. ¿Cómo te llamas? —le pregunto con delicadeza, intentando no asustarla. La pequeña se acurruca aún más en el cuello de Lucía, escondiendo su rostro como si el mundo exterior fuese un monstruo.

—Elena, cariño, no te asustes. Él es Álex, ha venido a ayudarnos. ¿Dónde está mi padre? —le susurra Lucía, acariciando su espalda con ternura.

—Está afuera ayudando a Rocío a acomodar a los niños en las furgonetas para llevarlos a tu casa, donde un médico los revise y podamos contactar con sus familias —le respondo, intentando mantener la calma. Aunque por dentro estoy hirviendo.

—Muchos de estos niños no tienen familiares, al igual que Elena, cuya madre fue asesinada cuando la secuestraron. Voy a llevarla con Rocío y hablar con mi padre. Tiene un topo dentro: solo los hombres de mi padre sabían que íbamos a buscarte. Uno de ellos nos ha delatado a los rusos. ¿Podrías asegurarte de que no queden más niños en ninguna de las habitaciones? —me pregunta, y esta vez su voz se quiebra un poco. Esta situación le está afectando, aunque no lo exprese.

—Por supuesto. Ve. Después, cuando lleguemos a tu casa, hablamos —le respondo antes de marcharme. Pero me quedo unos segundos más, observando cómo Elena la agarra con fuerza. Como si fuera su única salvación.

Después de revisar toda la casa, volvemos a la casa de Massimo. Durante horas, los médicos examinan a los niños. Muchos de ellos sufren deshidratación, algunos tienen huesos rotos sin tratar e infecciones. Solo hay dos de ellos que están realmente graves, pero los médicos nos aseguran que con los cuidados necesarios saldrán adelante.

Como bien comenta Lucía, muchos de ellos están solos y no tienen a nadie que los busque. Los pocos que tienen familia vienen a por ellos durante la semana. Cuesta mucho encontrar a sus familias. Víctor sigue todavía, después de horas, intentando localizar a

algunos de ellos. El silencio de la casa, interrumpido por sollozos suaves o toses, me revuelve las entrañas.

Después de revisar toda la casa, conseguimos encontrar todas las ubicaciones donde tienen retenidos a más niños y mujeres. Tenemos que pedir favores a otros jefes, pero logramos rescatarlos a todos. El nombre Vanetto vuelve a pesar como una sentencia. Y yo, por primera vez, me siento parte de algo que vale la pena.

Poco después, abandonamos la mansión. Vamos todos a la casa de los Vanetto.

En la casa donde mantenían a Lucía hemos encontrado a dos mujeres. Una de ellas es la madre de uno de los bebés; la otra ha llegado hace unos días y no le han hecho mucho daño. Nicolás insiste en que la madre y el hijo se queden un tiempo en la casa mientras se recuperan.

La otra mujer tiene unos veinte años. No tiene familia. Se llama Daria y es de Grecia. Fue secuestrada durante las vacaciones y, por lo que se ve, es una genio con los ordenadores. Rocío y Víctor, al escuchar eso, deciden que se va con ellos. Víctor accede a enseñarle todo lo que sabe, y algo me dice que Daria se va a quedar por mucho tiempo con ellos.

Busco a Lucía por todas partes hasta que la encuentro en una de las habitaciones del segundo piso. Está sentada de espaldas a mí y no puedo ver lo que está mirando con tanta calma. Cuando me acerco, veo un pequeño niño sonriéndole. Tiene los mismos ojos que yo. El mismo gesto altivo. El mundo se detiene.

Lucía, al verme acercarme a ella, se levanta preocupada.

—Álex, cálmate, déjame explicártelo —dice, empujándome con fuerza.

—No tienes que explicarme nada —le digo, intentando explicarle que ya lo sé, pero ella no me deja continuar.

—No quería que te enteraras así. Quería decírtelo mañana, pero ya no hay vuelta atrás. Sí, Álex, es nuestro hijo. Me quedé embarazada la primera vez que nos acostamos, en la fiesta. No lo sabía, me enteré casi a los cuatro meses de embarazo. Estábamos mal, yo estaba aquí en Italia, no sabía cómo decírtelo. Me dio miedo que no lo quisieras. No sé, fue muy difícil. Y sigo teniendo miedo.

Joder, me da miedo todo. Es mi niño, mi bebé... —Me quedo mirándola mientras ella se desmorona. Su llanto me está matando, pero mi cuerpo no reacciona.

El pequeño, al notar la agitación de su madre, llora en la cuna. Eso me hace moverme y lo cojo. Cuando lo pego a mi pecho, todo mi mundo cambia. Mi corazón late tan rápido que parece que se me va a salir del pecho. Mi monstruo interior, ese que solo sabe matar, se queda quieto. Rendido.

Me siento en la cama con el pequeño en mis brazos. Lucía nos mira atentamente, sin dejar de llorar.

—Ven aquí. Sabes, yo ya lo sabía. Lo descubrí cuando vine a buscarte y vi una pequeña cuna como está por la ventana cuando vivías en Manarola. También te vi cuando Nicolás te sacó, embarazada. Estabas pálida, pero sabía que estabas en buenas manos. Decidí marcharme porque en el momento en que la vi, creí que era de otro hombre, pero en mi interior sentía que era mío. Sabía que si me quedaba y te enfrentaba, no iba a salir nada bueno de ahí. Pero cuando llegué a Málaga, me encontré con el problema con los rusos y no supe cómo hacerlo sin poneros en peligro. Me convertí en un monstruo, Lucía —le digo, señalando a mi lado—. Tenías que habérmelo dicho. Me he perdido dos años de su vida, ángel. Es mi hijo y no lo vi nacer. No estuve a tu lado cuando estabas mal, y todo por tu miedo. Sé que yo tengo la culpa de muchas cosas, y por ello no voy a culparte del todo. Los dos hemos cometido muchos errores, pero ya es hora de que dejemos todo atrás. Quiero ver crecer a mi hijo. Quiero estar con mi mujer. Quiero a mi familia. Lucía, sé que esto es una mierda de proposición, y juro que lo voy a volver a hacer en condiciones, pero… Lucía Vanetto, ¿quieres ser el ángel oscuro de este loco monstruo? No tengo un anillo, pero tengo un ejército dispuesto a matarse por ti. ¿Eso cuenta?

Sé que esto era lo último que ella esperaba que hiciera ahora. Seguro que pensaba que iba a arrasar con todo, pero estoy cansado de luchar contra mis sentimientos. Quiero a esta mujer más que a mi propia vida. Y tenemos un hijo. Joder. Soy padre.

—Lucía, si no quieres que me dé un puto infarto, contéstame ahora mismo —le digo, impaciente.

Ella mira a nuestro hijo durante unos segundos y levanta su mirada hacia mí.

—Desde que vino al mundo, nunca he podido dejar de pensar en ti. El pequeño Álex es igualito a su padre en todos los sentidos: tiene tus ojos, tu sonrisa, tu maldito carácter. Sé que cometí el mayor error de mi vida cuando me marché, y no voy a volver a hacerlo. Sí, Álex, quiero ser tu ángel oscuro, quiero vivir mi vida a tu lado y quiero ser feliz.

No la dejo terminar. La beso. Como si el mundo se acabara esta noche. Como si solo ella pudiera salvarme de mis propios demonios. En ese beso dejo ir el dolor, el vacío, la furia. Y ella… ella lo recibe todo. Como siempre. Ella es mi salvación. Y ahora, ellos… son mi familia.

Unos minutos después, cuando el silencio se ha hecho tibio entre nosotros, Lucía se recuesta en mi pecho con el niño dormido en brazos.

—Necesito preguntarte algo —susurra—. No quería decidirlo sin ti.

—¿Qué cosa, ángel?

—Elena… la niña que rescaté. No tiene a nadie. Su madre fue asesinada. No tiene familia, ni papeles, ni protección. La policía la pondrá en custodia del Estado si no hacemos algo —Su voz tiembla, pero sus ojos siguen fijos y firmes. Como si ya hubiese decidido que esa niña iba a ser suya desde el primer instante.

Me tenso. Ya sabía que esto venía. Vi cómo la miraba. Vi cómo ella se aferraba al cuello de Lucía como si fuera su refugio. Como si ese cuerpo delgado y fuerte fuese lo único en lo que podía confiar.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté, aunque en el fondo ya lo sabía. Mi pecho se apretó.

—Quiero adoptarla, Álex. Quiero que tenga una madre, un padre… un hermano. Que crezca rodeada de amor y no de dolor. Y sé que no tengo que pedírtelo… pero necesito saber que tú también la quieres. Que estás listo.

La miro. Una niña sin nadie en el mundo. Una madre que la defenderá como una leona. Un hijo que he estado deseando conocer desde que vi esa cuna, y que ya me había cambiado la vida.

Y entonces lo entiendo. No hay un "si estoy listo". Hay cosas que simplemente son. Porque la vida, cuando te pone enfrente algo puro, no te da tiempo para dudar.

—Claro que estoy listo. Elena es nuestra hija desde el momento en que te abrazó. Y si alguien se atreve a poner un dedo sobre ella, lo desaparezco del puto mapa.

Lucía sonríe, y en sus ojos vuelvo a ver luz. La misma luz que vi aquella noche en el club. La misma que siempre me atrajo como un imán.

—Te amo, monstruo mío —susurra.

—Y yo a ti, mi ángel oscuro.

Al día siguiente, Elena y nuestro pequeño Álex duermen entre nosotros. Y por primera vez en mi jodida vida, siento que tengo algo que proteger de verdad: una familia. Mi familia.

CAPÍTULO 31

LUCÍA

Marcada por el Infierno.

No sé cómo empezó todo esto. No sé en qué momento dejé de temerle para empezar a necesitarlo. Álex no es un hombre, no del todo. Es un monstruo disfrazado de pecado; uno que me devora sin piedad y me hace rogar por más aunque me esté rompiendo por dentro. Y juro por Dios que no puedo ni quiero escapar de él.

Estoy desnuda frente al ventanal enorme que da al mar. El sol acaricia mi piel, pero no me calienta. No como lo hace su mirada. Siento su presencia detrás de mí incluso antes de que lo escuche.

—Ángel...

Su voz es un susurro grave, tan profunda que me eriza hasta los huesos. Me doy la vuelta, despacio, dejándolo verme completamente expuesta. Tiene esa mirada... esa forma de observarme como si fuera un tesoro que piensa enterrar bajo llave, solo para él.

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte ahí como un psicópata, observándome sin decir nada? —pregunto con una media sonrisa, aunque por dentro estoy temblando.

Se acerca sin apuro, con ese andar de depredador que me hace retroceder instintivamente. Pero él lo sabe. Le gusta que tema, que dude, que corra... porque va a alcanzarme igual.

—No soy un psicópata, ángel. Soy algo peor —responde, deteniéndose frente a mí.

Sus ojos bajan lentamente por mi cuerpo, como si estuviera calculando cada centímetro de piel que va a marcar.

—¿Peor? ¿Qué eres entonces? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Tu maldito castigo.

Y antes de que pueda decir una palabra más, me agarra del cuello y me besa con esa violencia dulce que solo él sabe administrar. Su lengua invade mi boca como una promesa de guerra, y sus manos bajan directo a mis caderas.

—¿Cuántas veces te lo tengo que repetir? No camines desnuda por esta casa si no quieres que te folle en cada puta esquina —gruñe contra mi boca, mordiéndome el labio inferior hasta hacerme gemir.

—¿Y si eso es exactamente lo que quiero? —le provoco, sabiendo que encenderlo es peligroso... pero también inevitable.

Sus ojos se oscurecen. Y entonces ya no hay vuelta atrás.

Me levanta como si no pesara nada y me lanza sobre la cama con una fuerza brutal. Caigo entre las sábanas revueltas y lo veo quitarse la camisa como si cada botón le estorbara la vida. Su torso está cubierto de tatuajes y cicatrices; marcas que cuentan historias que nunca me ha contado. Y, sin embargo, lo deseo más por eso.

—Abre las piernas, ángel —ordena con esa voz que hace que todo mi cuerpo se rinda.

—¿Y si no quiero?

Su sonrisa es puro infierno.

—Entonces te las abro yo.

Y lo hace. Se arrodilla en la cama y empuja mis muslos con ambas manos hasta dejarme completamente expuesta. Su mirada arde mientras me observa, y luego baja el rostro sin decir más.

Su lengua toca mi clítoris como una sentencia. Me lame con lentitud, con malicia, con experiencia. Me hace rogarle sin decir una sola palabra. Me arqueo, gimo, me aferro a las sábanas, mientras él me castiga con placer.

—Sabes a cielo, joder... y eso me enferma —gruñe—. Porque yo no tengo perdón, ángel. Pero tú... tú sigues sabiendo a redención.

Cuando me corro en su boca, siento que me apago y me prendo al mismo tiempo. Pero no termina ahí. Nunca termina ahí con Álex.

Me da vuelta como si fuera un juguete. Me pone de rodillas y me coge del pelo para que levante la cara.

—¿A quién perteneces? —pregunta, empujando su erección contra mi espalda baja.

—A ti —susurro.

—No te oí, ángel.

—¡A ti! Joder, Álex, a ti...

Me penetra de un solo golpe, tan profundo que me corta el aire. Grito, no por dolor, sino porque me arrastra al borde de la locura. Su cuerpo choca con el mío con fuerza descomunal. Me folla como un monstruo. Me posee como si quisiera dejarme embarazada de su oscuridad.

—Así me gusta. Así te quiero. Rota, sudando, gritando mi nombre... —jadea mientras me embiste sin piedad—. Te voy a dejar tan marcada que ningún hijo de puta se va a atrever a mirarte.

—Nadie me mira, Álex... solo tú...

—¡Exacto! ¡Solo yo! Porque eres mía, ángel. Solo mía.

Me muerde el hombro mientras me hace venirme otra vez. Su mano no me suelta del cuello, y siento que me domina por completo, cuerpo y alma. Su semen me llena mientras gruñe como un animal herido, y por un segundo, el silencio cae sobre nosotros.

Nos quedamos así. Juntos. Enredados. Su brazo me envuelve desde atrás y su respiración agitada choca con mi espalda sudada.

—Prométeme que no vas a irte nunca —murmura, casi en un ruego.

—¿Y si lo hago?

—Entonces... haré que el mundo arda.

Sus palabras me queman más que su cuerpo.

Porque sé que no miente.

Álex es un monstruo. Uno que me ama con tanta violencia que asusta... y excita. Uno que no entiende de términos medios.

Y yo soy su ángel. Su maldita adicción. Su prisión... y su libertad.

Y, joder... me encanta serlo.

***

Italia huele a traición.

Desde que volví con Alex a esta maldita casa, no he dormido una sola noche completa. Y no por el niño, que duerme como un ángel en su cuna. No. Es esta mierda que me carcome el pecho. Hay un topo. Alguien le dio mi ubicación a los rusos. Alguien me vendió.

Y yo no lo voy a dejar pasar.

Elena, la pequeña que adoptamos después de rescatarla del infierno de Yuri, me abraza por la cintura mientras preparo el desayuno. Me mira con esos ojos enormes, desconfiados todavía, pero con un brillo de esperanza que me rompe. Le doy un beso en la frente.

—Ve a despertar a tu hermano, mi amor —le digo con suavidad.

Ella asiente y corre hacia la habitación del pequeño Álex, nuestro hijo. Tiene dos años y es una copia perfecta de su padre: los mismos ojos azul hielo, la misma mirada desafiante.

Me sirvo un café y me acerco a la ventana. El sol italiano me quema la piel, pero no me calienta el alma. Desde que regresamos, no hemos parado de mover hilos, tirar de contactos, revisar cámaras, registros, llamadas. Uno de los hombres de los Vanetto cantó una canción extraña en una conversación grabada por uno de nuestros hombres. Algo que no cuadra.

—¿Sabes que te ves preciosa cuando estás a punto de matar a alguien?

Alex se apoya en la puerta con el torso desnudo, tatuado, sucio de deseo. Me acerco y lo beso con fuerza.

—Lo voy a encontrar, Alex. Lo juro por lo que más quieras.

—Lo sé —responde—. Por eso te amo, joder.

Me acaricia la mejilla. Me ve. Sabe que algo en mí cambió desde aquel secuestro. No me rompí. Me volví más perra. Más cruel.

El día transcurre entre reuniones con gente de confianza de los Vanetto, interrogatorios, y miradas cruzadas. Nicolás, mi hermano, también anda buscando. Está furioso. Alguien dentro de nuestra casa vendió mi vida. Y eso, para un Vanetto, es imperdonable.

***

Es de noche cuando recibimos el aviso. Uno de los hombres de Nicolás, Sergi, tiene movimientos extraños. Llamadas eliminadas, salidas sin justificar, y lo más jodido: su número aparece en un contacto relacionado con los rusos que me secuestraron.

La sangre se me congela.

—Tráelo —ordeno.

—¿Estás segura? —pregunta Nicolás—. Es uno de los míos.

—Sí —respondo con los dientes apretados—. Pero no es de los míos desde el momento en el que nos vendió. Yo me encargo.

Horas después.

Lo atan a una silla en el sótano. Las luces parpadean. El aire huele a humedad y a miedo. Él me mira con una mezcla de desafío y temor. Intentando sostener su orgullo.

—Lucía… —empieza a decir.

Le doy una bofetada que le revienta el labio.

—No digas mi nombre, cabrón.

Elena y Álex están con su padre. No quiero que vean esto. Pero yo sí quiero verlo. Quiero ver como súplica, cómo grita. Quiero escuchar su voz, romperse como se rompió la mía en aquel sótano del infierno.

Agarro el cuchillo.

—¿Por qué, Sergi? —pregunto con calma, pero la rabia me está quemando por dentro—. ¿Cuánto te pagaron por venderme a mí y a mi familia, cuánto?

—No sabes lo que dices…

—¡No me mientas! —le clavo el cuchillo en el muslo. Su grito me pone la piel de gallina, pero no me detengo—. ¿Tú les diste mi ubicación? ¡Dilo!

—¡Sí! ¡Sí, joder! Pero no era personal… Fue dinero. ¡Solo dinero!

—¿Solo dinero? —le corto la otra pierna—. Podría haber muerto en ese puto sótano y no volver a ver a mi pequeño, hijo de puta. ¡A mi hijo!

Él se retuerce. Le doy una patada en el estómago. El suelo se llena de sangre. Estoy temblando, pero no de miedo, sino de furia.

—Te voy a matar despacio. Para que sepas lo que es sentir que te quitan todo.

Me acerco y le susurro al oído:

—Reza, si es que aún te queda fe.

Y empiezo a trabajar. Uno por uno, le corto los dedos. Le quemo la piel. Le arranco verdades y gritos. Hasta que deja de hablar. Hasta que no queda nada de él.

Me sale con una naturalidad abrumadora, lo llevo en la sangre, lo llevo dentro. Soy Lucía Vanetto; solo con oír mi nombre quiero que sepan que piedad es lo último que van a encontrar de mí.

Cuando salgo del sótano, Nicolás está ahí. No dice nada. Solo asiente con la cabeza. Entiende.

Alex me espera con los brazos abiertos. Me encierro en su pecho y por fin lloro. Pero no de tristeza. De alivio. El topo está muerto. Mi alma todavía no.

—Ahora puedes respirar, mi reina —dice Alex, acariciando mi cabello.

—Ahora puedo matar tranquila —le respondo.

Él sonríe. Me levanta en brazos y me lleva a nuestra habitación. Me desnuda con la rabia contenida. Me lame la sangre de los dedos como si fuera miel. Me penetra con fuerza, con hambre, con amor oscuro.

—Eres mía, Lucía. Mía hasta el último puto aliento.

—Y tú mío —gimo.

Nos rompemos. Nos reconstruimos. Nos amamos con dolor y con fuego.

Porque en esta guerra, el amor también es un arma.

CAPÍTULO 32

ÁLEX

Solo Mía.

El aire de la noche en Nápoles es denso, con ese olor a humedad mezclado con humo de cigarro barato y aceite quemado de motos que rugen en la calle. Estoy en el salón de la casa, pero no puedo quedarme quieto. La impaciencia me carcome las entrañas.

Los ojos de Lucía no me dejan en paz, esa mirada clavada que mezcla miedo, furia y desesperación. La misma mirada que me golpeó cuando la encontré entre los cadáveres de esos rusos. Desde que la secuestraron y vio todas las barbaridades que pueden llegar a hacer las personas, algo dentro de ella se ha desatado, y no puedo ni quiero detenerlo. Esa oscuridad, esa rabia asesina, es jodidamente mía. Ella es mía, joder, y nada ni nadie me va a quitar eso.

Mi hijo, Álex, duerme en la habitación contigua. Tiene dos años y unos ojos azules intensos que me miran y me recuerdan todo por lo que lucho; por lo que vale la pena quemar el puto mundo.

Elena juega en el suelo de la sala, ajena a este infierno que nos rodea, pero no la dejaré sufrir más. Esa niña ya ha sufrido bastante; es hora de que sea feliz, y con nosotros, nada le va a pasar jamás.

¿Por qué? Porque nadie toca a mi familia. Y ahora, esa es mi puta familia. Mi única verdad.

He pedido a los hombres de Vanetto que busquen a ese maldito topo. Desde que Lucía nos informó de sus sospechas sobre Sergi y que él le dijera que no actuaba solo, hemos estado investigando, pero este no es mi territorio, no es donde puedo saber lo que necesito en poco tiempo. Este es territorio Vanetto, y ellos tienen que ser los que me ayuden a buscar al hijo de puta que puso la vida

de mi ángel en peligro. Sabemos que uno de sus sicarios vendió nuestra mierda a los rusos, y eso no puedo perdonarlo.

Lucía tiene que hacer justicia, como siempre. Ella no es una princesa ni quiere serlo; es la reina de esta puta guerra. Mi reina. Y va a derramar sangre.

Lucía se acerca a mí, con la cara enrojecida por el calor de la ducha, ojos brillantes y el cabello desordenado, aún húmedo. Se quita la chaqueta, un movimiento lento y deliberado, dejando al descubierto ese cuerpo que me vuelve loco, cada curva, cada cicatriz, cada sombra me atrae como un animal a su presa.

—Álex —dice con voz baja, pero firme, esa voz que me ordena y me suplica al mismo tiempo—, quiero que sepas que lo voy a hacer arder. No me importa cuánto dure, pero ese hijo de puta pagará. Lo haré rogar por la muerte. Cada aliento suyo será un lamento.

La miro, y sin decir palabra, la agarro por la cintura, acercándola a mí con un tirón, su cuerpo chocando con el mío. Siento la tensión en ella, el temblor que no es solo rabia.

—Lo hará, Lucía. Juntos. Nadie se mete con los Torres y sale vivo —le respondo, mi voz un gruñido, mi erección dura contra su muslo.

—No solo con los Torres, recuerda que soy una Vanetto y por mi familia quemo el mundo. —me dice acercándose a mí, su aliento cálido en mi piel, sus ojos oscuros fijos en los míos—. Y tú, mi hermoso monstruo, ahora que estamos juntos de nuevo, nadie nos va a separar. Ni Dios. Ni el puto infierno.

El silencio se llena de tensión, de promesas no dichas y de un fuego que solo nosotros dos entendemos. La beso con desesperación, mi boca estrellándose contra la suya, posesiva, brutal. Con esa furia incapaz de controlar hace que muerda su labio inferior hasta arrancarle un gemido de dolor, el sabor metálico de su sangre mezclándose con el mío.

Mis manos bajan directo a sus caderas, aferrándola, recorriendo cada centímetro de su piel con una urgencia que me quema. Ella responde con la misma intensidad salvaje, jadeando, sus manos en mi nuca, sus dedos clavándose en mi cabello, dejando que mi cuerpo la tome, la devore.

La llevo a la habitación. Mis pasos son firmes, mi objetivo claro: nuestra habitación, ese rincón en el que nos podemos entregar libremente el uno al otro.

Cierro la puerta con llave; el clic metálico sella nuestro encierro. Elena y el pequeño Álex están con los hombres, cuidadas y seguras.

Aquí solo estamos nosotros y esta locura de amor que nos consume. Nuestra propia jaula de pecado.

La tumbo en la cama, su cuerpo desnudo y vulnerable contra las sábanas de seda. Sus ojos me miran, llenos de un deseo tan crudo como el miedo. Es peligrosa. Lo sé. Pero es mía.

Me inclino, mi boca recorre su cuello, sus pechos, mi lengua explorando cada curva, cada pezón endurecido, bajando lentamente, tortuosamente, hasta ese centro que solo yo conozco, que me pertenece. Cada gemido suyo es como una daga que me atraviesa el alma, una puñalada dulce que me exige más.

—Álex... —susurra, desesperada, sus caderas arqueándose instintivamente, sus manos aferradas a mi cabello.

—¿Quieres que te haga olvidar todo el puto mundo? —le pregunto, mi voz ronca, pegando mi boca a su coño húmedo y palpitante, sintiendo su calor, su desesperación. Mi lengua se desliza, succiona, devora su placer, el sabor de ella es una droga que me consume.

Ella me agarra del pelo, tirando fuerte, marcando el ritmo, desesperada por más, por la liberación que solo yo puedo darle.

—Sí, joder, hazlo —me dice, la voz rota por los gemidos, su cuerpo sacudiéndose bajo mi boca. No hay resistencia. Solo rendición. Pura, explícita, absoluta.

Mis manos aprietan sus caderas, sosteniéndome mientras me muevo con violencia, empujando mi rostro contra ella, devorando cada espasmo de su cuerpo. Siento su aliento cortado, sus uñas clavándose en mi piel, su boca gimiendo mi nombre.

Me levanto, mi polla dura y caliente, resbalando por su humedad. La miro a los ojos. En su mirada veo esa mezcla de sumisión y poder que solo tiene ella conmigo. Que solo tengo yo con ella.

—Te quiero jodidamente abierta —gruño, posicionándome sobre ella, mi polla rozando su entrada. No hay nadie más. Solo el calor de nuestros cuerpos, los jadeos y los golpes secos de piel contra piel. La habitación se llena de sudor, de lamentos y de nuestra promesa silenciosa de venganza, de una guerra que vamos a librar juntos, uno contra el mundo.

La penetro con fuerza, con un golpe seco que la hace gritar, profundo, lento al principio, dejando que el dolor se mezcle con el placer, una sinfonía de sensaciones. Ella me agarra del pelo, sus piernas me envuelven con desesperación, su cuerpo choca contra el mío con fuerza descomunal.

La follo como un monstruo, sin piedad, sin dulzura, cada embestida es una reclamación. Me posee como si quisiera dejarme embarazada de su oscuridad, de mi propia oscuridad.

—Así me gusta. Así te quiero. Rota, sudando, gritando mi nombre... —jadeo mientras la embisto sin piedad, mi voz ronca de deseo y dominio—. Te voy a dejar tan marcada que nadie, ningún hijo de puta se atreverá a mirarte, porque eres solo mía, mi mujer. Serás mi obra de arte, Lucía.

—Nadie me mira, Álex... solo tú... —susurra ella, su voz ahogada por los gemidos, una confesión que me atraviesa el alma.

Mi cuerpo se enciende en el momento que esas palabras salen de sus labios; ella sabe que cuando lo dice, la follo más duro y le encanta.

—¡Exacto! ¡Solo yo! Porque eres mía, ángel. Solo mía. —Me muerde el hombro mientras la hago venirse otra vez, su cuerpo convulsionando bajo el mío. Su mano no me suelta del cuello, y siento que me domina por completo, cuerpo y alma. Su cuerpo se libera mojándome la polla mientras gruño como un animal herido, y por un segundo, el silencio cae sobre nosotros, pesado, definitivo.

Es mi ángel oscuro mi vida entera.

CAPÍTULO 33

LUCÍA

El Infierno que Elegí.

Lo siento, mamá… pero tu hija ha elegido el infierno.
La llamada de Nicolás avisando de que tiene a uno de los sospechosos de dar la ubicación de la cabaña donde estábamos cuando me secuestraron me tiene de los nervios.

El saber que voy a enfrentar a la persona que intentó quitarme del medio me tiene nerviosa. Me hierve la sangre de pensar lo que le voy a hacer a ese hijo de puta. Esta anticipación me encanta.

Álex conduce mientras nos dirigimos al almacén de los muelles. He revisado mis armas y estoy preparada para hacerlo sufrir.

—Este es mío. No quiero que intervengas. —le digo a mi monstruo. Sé que está deseando vengarse, pero esto es algo que tengo que hacer yo sola. Lo necesito.

—No voy a meterme mientras no me necesites, ángel. —dice, cogiendo mi mano.

Llegamos al muelle y veo hombres de mi padre por todos lados. También hay hombres de Hugo. Cuando se marchó a Málaga, nos hicieron jurar que volveríamos a vivir allí. Álex es el segundo al mando de Hugo y no piensa renunciar a él tan fácilmente.

Sus palabras exactas fueron: "Tenéis un plazo de dos meses para arreglar vuestra mierda. Si no lo hacéis en ese tiempo, vendré y quemaré todo lo que encuentre en mi camino. No voy a dejar que me quitéis a mi segundo al mando; sería un puto follón buscarme a otro." Sé que lo dice en serio.

No va a dejar marchar a Álex tan fácilmente y mucho menos Rocío me va a dejar a mí, ahora que volvemos a estar juntos.

Mi amiga está deseando que vuelva a vivir en Málaga y, sinceramente, echo de menos mi vida, aunque fuera una locura.

Echo de menos estar con ella y estoy deseando ver a mi pequeña Claudia.

Bajamos del coche y entramos al almacén. Nicolás me espera dentro con un hombre atado a una viga. Cuando lo veo, lo reconozco: Luca. El muy cabrón. Ha estado cuidando a mi hijo.

Saco una de las dagas de la funda de mi muslo y me acerco a él.

Se la clavo en el hombro. El grito que suelta es crudo, un alarido de agonía que me satisface, y la sangre sale a borbotones.

—Me vas a decir qué fue lo que te ofrecieron. Has estado cuidando a mi hijo, cerdo. Confiaba en ti. —le digo, apretando los dientes. Me esperaba cualquier cosa, pero no esto. Este hijo de puta podría haberle hecho algo a mi hijo. Confié en él para cuidarlo. Esa traición se paga con la vida.

—Lo siento, Lucía, si no hacía lo que decían me iban a matar —me susurra, llorando como un niño pequeño. ¿En serio? Uno de los hombres de mi hermano, de la mafia napolitana, entrenados, adiestrados, soldados de hierro con esa facilidad, comienza a llorar antes que mis hijos. Esto huele a mierda por todos lados.

—¿Quién? Dímelo.

—No puedo, si lo hago me matarán.

—Vamos a dejar una cosa clara: de aquí no vas a salir vivo. La mejor opción que tienes es decirme quién cojones fue quien te buscó.

Silencio. No va a hablar por las buenas. Me doy la vuelta y veo que Álex tiene la mano extendida hacia mí con un kit de agujas de distintos tamaños. Nunca las he usado, pero sé para qué son y, por lo que he oído, es una de las torturas más jodidas.

—Se clavan debajo de las uñas. Si no habla con esto, no va a hablar con nada. El dolor es insoportable. —me dice mi monstruo con esa sonrisa de diablo que tanto me pone.

—Vamos a ver si tienes razón.

Las cojo y me giro hacia Luca. Se está poniendo blanco por la pérdida de sangre.

Tengo que ser rápida si quiero respuestas. Voy hacia él mientras saco una de las agujas y me pongo los guantes. No pienso tocar a

este desgraciado y después tocar a mis hijos.

Cuando le clavo la primera aguja, su grito me hace sonreír; cada vez me siento más como mi monstruo. Esto me excita.

A la segunda aguja, está suplicando clemencia, y a la tercera, habla rápidamente.

—¡Fue Marco! ¡Fue él el que me obligó a hacerlo! —grita mientras llora—. ¡Para, por favor, te lo ruego, no quería hacerlo, él me obligó, dijo que me mataría!

—Bueno, pues resulta que vas a morir igualmente —le digo mientras cojo mi daga y le rajo la garganta. Un corte limpio, brutal. Ha sido todo demasiado rápido; quería divertirme un poco más.

La sangre de un rojo cada vez más oscuro comienza a manchar todo su cuerpo y la estancia. Le miro impasible. Me ha traicionado cuando yo le he confiado lo que más quiero en el mundo. Miro ese cuerpo pálido sin un hilo de vida, y lo único que pienso: ojalá te pudras en el infierno.

—Quiero a Marco y lo quiero vivo —le digo a Nicolás mientras me voy.

***

Después de lo que le hice a Luca, no he vuelto a dormir igual. No por culpa ni remordimiento; eso no existe en mi mundo. Es la adrenalina lo que me mantiene en vilo, la certeza de que hay otro hijo de puta infiltrado… uno más astuto, más peligroso. Uno que todavía respira. Desde esa noche, duermo con la Glock debajo de la almohada.

Álex no lo comenta, pero sé que se ha dado cuenta. Sus ojos se clavan en mí como cuchillas, especialmente cuando paso horas en el despacho de papá, revisando documentos, agendas, comunicaciones cifradas… buscando algo, lo que sea, que me dé una pista.

Marco. Ese nombre empieza a rebotar con fuerza en mi cabeza. Marco, el hijo de puta que siempre llega tarde a las reuniones, que

evita mirarme cuando le hablo, que no estuvo cuando nos emboscaron los rusos. Siempre tiene una excusa, siempre huele a mentiras. Y la verdad, como los cadáveres que tiras al mar, siempre sale a flote.

—No puedo confiar —murmuro mientras repaso el informe de movimientos en Nápoles.

Álex entra sin hacer ruido. Se apoya en el marco de la puerta, sin camisa, los pantalones bajos en la cadera.

Dios, ese hombre... hasta su silencio pesa.

—¿Otra vez tú sola en esto? —su voz suena grave, un eco oscuro que se me cuela entre las costillas.

—Si me quedo quieta, me quemo por dentro.

—Ya mataste a Sergi y Luca. El mensaje quedó claro.

Levanto la mirada.

—¿Y si ese mensaje no era para el topo correcto? ¿Y si solo limpié una capa superficial? Marco ha estado raro desde antes de que me secuestraran. No me di cuenta, Álex, y eso es un error que no me puedo perdonar.

Álex avanza hacia mí. Me rodea por detrás, apoya las manos en mis hombros y baja los labios hasta mi cuello.

—No te rompas por dentro, Lucía. No estás sola en esto.

—Lo sé —respondo, cerrando los ojos por un segundo.

Pero cuando los abro, suelto un suspiro y le muestro el informe.

—Mira esto. Marco estuvo en contacto con un número ruso cinco días antes de que me secuestraran. El mismo número que rastreamos en los archivos de Sergi. Él no nos mintió.

Álex se pone serio. Su mandíbula se tensa como cuando está a punto de romperle la cara a alguien.

—¿Quieres que lo traiga?

—No. Aún no. Quiero atraparlo con las manos sucias. Lo quiero gritando.

***

Al día siguiente, me acerco a Nicolás. Mi hermano. Mi escudo.

—¿Sabes dónde está Marco ahora mismo?

—Lo estamos buscando. Esa rata no aparece por ningún sitio. Nunca he confiado en él. Tenía que haberle hecho caso a mi instinto —frunce el ceño.

—¿Nunca?

—No. Nunca me terminó de cerrar. Pero papá lo tiene desde hace años. Se crio en esta familia.

—Entonces que no le extrañe cuando uno de los suyos desaparezca.

Nicolás me mira con algo de miedo. Ya no soy solo su hermana pequeña. Soy la mujer que corta dedos y arranca verdades a mordiscos.

La trampa la preparo esa noche. Una entrega falsa de armas, una ubicación marcada solo para Marco, y un dron grabando desde el aire. A las tres de la mañana recibo la llamada del guardia.

—Marco ha cambiado la dirección del cargamento. Está con dos hombres que no son nuestros.

Me visto en segundos. Pistola al muslo, cuchillo en la bota. La sangre me hierve.

—Álex —susurro al verlo en la cama—. Ya lo tengo.

Me sigue sin decir palabra. Le brillan los ojos de furia.

El cabrón está intentando jodernos otra vez. Con una jugada magistral de nuestros hombres de confianza, nos presentamos allí, y como rata que es, no fue difícil cogerlo. Eso es algo que él solo se ha buscado con su egoísmo.

Cuando Marco despierta, está atado a una silla metálica. Desnudo. Rodeado de plásticos. La habitación huele a humedad, sudor, muerte. Yo estoy frente a él, con el cuchillo en la mano. Elena y Álex están seguros, vigilados.

—Lucía… ¿Qué estás haciendo?

—Cierra la puta boca, no tienes ningún derecho de decir mi nombre, cerdo asqueroso —le digo con rabia y con un movimiento rápido le corto el tendón de Aquiles; el dolor es insoportable.

Grita. Me mira con odio. Me importa una mierda.

—Traicionaste a mi familia. Entregaste mi ubicación. Fuiste tú quien los trajo a mi puerta, hijo de perra.

—¡No! ¡Fue Sergi!

—Sergi y Luca eran una marioneta. Tú eras el titiritero.

Empieza a llorar. Estos "soldados de la mafia", estos hombres que con solo su presencia ya imponen. Estos hombres que se saben manejar en las sombras, que lloren en cuanto salen a la luz, que tiemblen, que parezcan niños asustados. Me repugna.

—Por favor… no me mates…

—No te preocupes —sonrío con frialdad—. Aún no.

Empiezo por los dedos. Uno a uno. No con rapidez. No con furia. Con método. Nico me enseñó bien, y la alumna ha superado al profesor. Con paciencia.

Álex está detrás de mí. No interviene. Me deja hacer. Sabe que esto es mío.

—¿Quién más está contigo?

Marco, tiembla, sangra, suplica.

—¡Solo yo! ¡Yo y… uno de los chicos de fuera! ¡No sé su nombre!

—Mentira.

Y le corto la lengua. Comienza a ahogarse con su propia sangre; su rostro pasa del pálido al púrpura en cuestión de segundos. Grita, pero no sale ningún sonido, solo un gorgoteo que indica que el final ya está aquí.

—Estás hermosa, así —murmura—. Fiera, cruel, mía.

—Siempre tuya —respondo.

Nos besamos con rabia. La violencia del momento nos arrastra. Me empuja contra la pared, me levanta de la cintura. Mis piernas lo rodean. Su boca recorre mi cuello. Mi camisa vuela al suelo. La furia se convierte en deseo.

—Hazme tuya, Álex.

Y lo hace. Allí mismo, entre sangre seca y gritos apagados. Porque el infierno es nuestro hogar… y el amor que nos tenemos también arde.

CAPÍTULO 34

ÁLEX

Sangre bajo mi techo.

El silencio que deja la muerte de Marco no dura mucho. En este mundo, la paz es solo una pausa entre balas, un aliento robado antes de que el infierno vuelva a reclamarnos.

Desde que Lucía lo torturó en ese puto sótano, algo se ha movido en las sombras, como si su grito agónico, su último aliento, hubiera sido una alarma para las ratas escondidas, un sonar que las ha sacado de sus agujeros.

Y yo, Álex Moreno, segundo al mando de la familia Torres, con Lucía a mi lado, con mi hijo y Elena bajo mi techo, no puedo permitirme fallar ahora. No cuando tengo tanto que proteger. No cuando mi mundo, mi jodido y brutal mundo, por fin, tiene un sentido.

Estoy en el despacho, solo. La luz tenue de la lámpara de escritorio apenas ilumina los informes desparramados sobre la mesa de caoba maciza. Cada papel es una pieza de un rompecabezas sangriento. Me llegan datos de los puntos de vigilancia en Nápoles, llamadas interceptadas, movimientos extraños en las propiedades que alguna vez estuvieron bajo el control de Massimo.

Mis dedos tamborilean sobre el mapa extendido, un mapa que se ha convertido en mi tablero de ajedrez. Las fichas se mueven, cada una representando una amenaza, una oportunidad. Y una de ellas, una puta ficha, no obedece las reglas. No encaja.

—El cabrón no estaba solo —murmuro, apretando los dientes hasta sentir el dolor en la mandíbula. La rabia me quema por dentro, una brasa ardiente que amenaza con consumirme.

La puerta se abre con un crujido suave, sin que yo la oiga. Es Nicolás. Sus ojos, tan cargados como los míos, reflejan la misma

oscuridad, la misma sed de sangre. Él es mi hermano de armas, mi sombra letal.

—Lo vi —dice Nicolás, su voz grave, cortando el aire como un cuchillo—. Alguien avisó a los rusos antes de que Marco muriera. Hubo un soplo, Álex. Hay movimiento en la zona industrial. Demasiado para ser coincidencia.

Mierda. Una trampa. Lo siento en los huesos. La piel se me eriza.

—Mierda. ¿Cuántos hombres tienes listos? —pregunto, mi voz, apenas un susurro cargado de veneno.

—Diez. Pero si esto es una trampa, vamos cortos —responde, su mirada fija en la mía, evaluando la situación, sopesando el riesgo.

—No me importa. —Mi voz se alza, dura, inquebrantable—. Quiero al que quede vivo. Necesitamos respuestas. Necesitamos nombres. Y quiero que sufra. Que ruegue por la muerte que le vamos a dar.

Nicolás asiente, una expresión de entendimiento en su rostro. Sale del despacho, sus pasos firmes, el eco de su partida llenando el silencio.

Me quedo unos segundos más, la mirada fija en el informe que tengo frente a mí. Menciona una llamada desde una de las propiedades de los Vanetto. No era un simple traidor. Marco era un peón. Un insignificante peón en un juego mucho más grande. Y el rey, el verdadero enemigo, está aún oculto.

Subo al dormitorio. La casa está en calma, una calma tensa que precede a la tormenta. Sé que Lucía está en la ducha. Abro la puerta sin avisar, sin llamar. No lo necesito. Ella es mía, y no hay barreras entre nosotros.

La veo allí, desnuda, vulnerable y poderosa a la vez. El agua resbala por su espalda, por sus curvas perfectas, el cabello negro pegado a la piel, enmarcando la delicadeza de su cuello. Me acerco, mis pasos silenciosos. Ella no se gira. No lo necesita. Siente mi presencia, mi calor, mi deseo.

Me meto con ella bajo el chorro de agua caliente, la rodeo con los brazos, pegando mi pecho a su espalda. Siento su pulso

acelerarse bajo mi piel, un ritmo frenético que se sincroniza con el mío.

—Encontramos algo más —le digo al oído, mi voz ronca, pegando mis labios a su piel mojada. El vapor nos envuelve, creando una burbuja íntima en medio de la inminente guerra.

Ella se gira en mis brazos, sus ojos son fuego, una llama que arde con la misma intensidad que la mía.

—Dime —exige, su voz, un susurro cargado de anticipación, de sed, de venganza.

—Vamos esta noche. Los que ayudaban a Marco se mueven cerca del puerto. Quiero respuestas. Y venganza. Quiero que paguen por cada segundo que te tuvieron lejos de mí. Por cada lágrima que derramaste. Por cada herida que te hicieron.

Me besa. No con dulzura, no con ternura. Con hambre. Con una necesidad salvaje que nos consume a ambos. Como si la sangre que compartimos, la oscuridad que nos une, fuera el afrodisíaco perfecto.

Nuestras bocas se buscan con urgencia, nuestras lenguas se enredan en un juego feroz, una danza de posesión y sumisión. Mis manos bajan por su espalda, por sus curvas húmedas, apretando, explorando cada centímetro de su piel. Ella gime bajo mi toque, un sonido gutural que me excita hasta la locura, su cuerpo temblando entre mis brazos.

—Quiero que me folles, Álex —susurra contra mis labios, su voz rota, cargada de deseo.

La levanto, su espalda contra la fría pared de la ducha. La cómo viva, mi lengua recorriendo cada centímetro de su piel mojada, saboreando el agua, su esencia. Sus pezones se endurecen bajo mi boca, y ella se retuerce, jadea, me araña el pecho con sus uñas, dejando marcas que no me importan.

La penetro con un solo movimiento, profundo, brutal, sintiendo cómo su cuerpo se abre para mí, cómo me envuelve con una fuerza que me desarma. Sus piernas me aprietan, sus uñas se clavan en mi espalda, dejando surcos. El agua no apaga el fuego, lo aviva, lo convierte en un infierno líquido.

Empujo una y otra vez, con fuerza, con rabia, con una necesidad ancestral que me consume. Ella grita mi nombre, yo el suyo. Nos rompemos y nos unimos en el mismo instante, en un acto de posesión que va más allá del placer, más allá del amor. Es nuestra forma de ser. Nuestra forma de existir.

Esa noche, el infierno vuelve a abrir sus puertas. Y nosotros, sus demonios favoritos, estamos listos para entrar.

Vamos en dos camionetas blindadas, cortando la oscuridad de la noche napolitana. Nicolás va al frente, su rostro una máscara de concentración, sus ojos escaneando cada sombra. Yo voy con Lucía, a mi lado, armada hasta los dientes, su silueta tensa, preparada para la masacre. Sus ojos arden con la misma rabia que los míos, una furia compartida que nos hace imparables.

Llegamos a una nave abandonada cerca del puerto. El aire huele a salitre, a óxido, a muerte. Todo parece en calma, demasiado en calma. Un silencio antinatural. Pero algo no cuadra. Se siente… se siente como una trampa.

—Una trampa —dice Lucía, bajando del vehículo con la pistola ya lista en su mano, sus movimientos fluidos, letales. El primer disparo nos da la razón, rasgando el silencio como un grito de guerra. Luego otro. Y otro. Las luces de la nave estallan, sumiéndonos en una oscuridad intermitente. Las balas vuelan, silbando, buscando carne. El caos se desata, un infierno de gritos, disparos y el olor metálico de la pólvora.

—¡Cubríos! —grito, lanzándome tras un bloque de hormigón, el impacto de las balas contra el cemento resonando en mis oídos.

Lucía se mueve como una sombra, una depredadora en su elemento. Precisa, letal. La veo abatir a dos cabrones con un solo tiro cada uno, sus cuerpos desplomándose antes de que sus cerebros registren lo que ha pasado.

Me lanzo hacia una entrada lateral, buscando una vía de flanqueo. Un cabrón sale del humo y me embiste, su cuerpo impactando contra el mío con la fuerza de un toro. Caemos al suelo, el golpe me saca el aire. Su cuchillo brilla en la penumbra, cortando mi hombro. Grito de rabia, no de dolor, y le estampo la cabeza contra el suelo una y otra vez. Cada sonido de su cráneo impactando

contra el asfalto, hace que me llene de rabia para asestar otro más fuerte. Sangre. Dientes. Muerte. Lo mato. Lo siento crujir bajo mis manos.

Uno intenta huir, su silueta recortada contra el resplandor de un incendio lejano. Lo reconozco. El mismo hijo de puta que estuvo con Marco en una reunión hace meses. El topo. El que nos vendió.

—¡No dispares! —le grito a Lucía, mi voz desgarrada por la urgencia. No quiero que lo mate. Lo quiero vivo. Lo quiero sufriendo.

Corro tras él, mis piernas impulsadas por la furia. Lo alcanzo, lo tiro al suelo con una brutalidad que le saca el aire. Le pongo la pistola en la boca, el cañón frío contra su lengua, el sabor a metal y miedo llenando su garganta.

—Habla. Ahora. Cada puto detalle. ¿Quién más? ¿Quién está dentro de mi casa?

Tiembla. Llora. Su cuerpo se sacude bajo el mío.

—Fue Marco… —balbucea, su voz ahogada por el cañón de mi arma—. Pero también hay otro. Dentro de tu casa. En tu puta casa…

Lo mato. No por lo que dice. Si no porque su voz me enferma. Porque ya no me importa. Porque ahora el enemigo está dentro. Y lo voy a encontrar. Lo voy a desollar vivo.

Regreso con Lucía. La nave es un campo de batalla lleno de cuerpos. Hay sangre en su cuello. Más de la que debería.

—¿Estás herida? —pregunto, mi voz cargada de preocupación, de un miedo que solo ella puede despertar en mí.

—No es mía —responde, con esa sonrisa de mujer que no teme al fuego, esa sonrisa que me desarma y me enciende a la vez.

La beso. Allí, entre los cuerpos. Entre la muerte. Nos fundimos. No es sexo. Es rabia. Es dominio. Es locura. Es la única forma en que sabemos amarnos. La empujo contra el coche blindado, le arranco la ropa con desesperación, mis manos temblorosas por la urgencia.

Ella me provoca, me muerde el labio, me dice que soy suyo mientras me suplica que no me detenga. La follo allí, salvaje, sin control, sintiendo su cuerpo temblar bajo el mío, sus gemidos ahogados por el ruido de la batalla que se apaga.

Ella se aferra a mí, gime, grita, se rompe. Y yo con ella. Nos rompemos para reconstruirnos.

Ella es mi reina. Mi ángel oscuro. Y esta guerra, nuestra corona.

CAPÍTULO 35

LUCÍA

Guerra en las Sombras.

El olor a pólvora y sangre no me abandona, como una sombra pegada a mi piel. Bajo del coche, cada músculo arde, pero la rabia quema más fuerte.

La noche en Nápoles es oscura y húmeda, las calles parecen respirar, cómplices silenciosos de la guerra que libramos. La calma aquí es solo una mentira; sé que el verdadero enemigo no está afuera, sino dentro, oculto entre nosotros.

Miro a Álex a través de la penumbra. Su mirada es dura, implacable, como si cada línea de su rostro llevara grabada una sentencia. No puedo evitar sentir ese vértigo al saber que, aunque somos aliados, la traición puede venir de cualquiera, incluso de los que juraron lealtad.

—¿Te duele? —me pregunta con voz áspera, la preocupación intentando romper su coraza de hielo.

Hago un gesto con la cabeza, negando con una sonrisa amarga.

—No es nada —le digo, aunque la verdad es que la quemadura en el cuello me arde como si tuviera fuego dentro.

Sus manos bajan para tocar la herida con cuidado, pero no la aparto. Quiero que sienta que aquí, en mi cuerpo, está también la marca de esta guerra, que soy parte de esta batalla tanto como él.

Nos adentramos en la nave abandonada con pasos silenciosos, rastreando cualquier indicio de traición. El suelo está manchado de sangre vieja, y la humedad hace que el aire pese, pero ninguno de los dos baja la guardia.

—Esto no es solo un ataque —digo, dejando escapar un suspiro —, es una declaración. Alguien quiere que nos destruyamos desde dentro.

Álex asiente, la mandíbula tensa.

—Tenemos que encontrar al hijo de puta que mueve las piezas en nuestra contra. Y rápido.

De repente, un sonido sordo nos alerta. Nos escondemos detrás de unos barriles oxidados. Un hombre camina solo, cargando un maletín. Sus movimientos son nerviosos, como si llevara el peso de un secreto demasiado grande para él.

Sin pensarlo, salgo de la sombra y lo encaro.

Él se detiene, la cara pálida, el sudor perlándole la frente.

—Solo documentos... —balbucea.

—Documentos de qué. ¿Quién te paga? —insisto, apretando el gatillo en el aire, un recordatorio de que aquí mando yo.

Los ojos del tipo se abren como platos. Entonces, en un movimiento desesperado, saca un arma y dispara. La bala pasa rozando mi cabeza. Álex reacciona rápido, disparando una ráfaga que tumba al traidor al suelo.

El silencio vuelve a caer, solo que esta vez es más pesado, más denso. Reviso el maletín y encuentro mapas, listas de nombres, cuentas bancarias. Todo apunta a una red de traición que va más allá de lo que imaginábamos.

—Esto es mucho más grande —murmuro, con el corazón latiendo a mil por hora—. Hay alguien dentro de la familia que nos está vendiendo.

Álex me mira, con esa mezcla de rabia y tristeza que siempre lo hace más humano.

—Y ese alguien será el primero en pagar —dice.

Nos separamos para buscar más pistas, sabiendo que cada segundo perdido puede ser fatal. Mi cuerpo clama por descanso, pero mi mente está en alerta máxima, diseccionando cada detalle, cada movimiento.

Vuelvo a la zona donde Álex abatió a uno de los atacantes. Me arrodillo junto a su cuerpo, buscando algo que pueda darnos una pista. Encuentro un tatuaje, una marca que reconozco de un grupo rival. No puede ser coincidencia.

—Esto es una guerra dentro de la guerra —pienso en voz alta.

Álex se acerca, cargando su propio peso de cansancio y furia.

—Tenemos que usar esto a nuestro favor —propone—. Si hacemos que se enfrenten entre ellos, podemos ganar tiempo.

La idea me parece peligrosa, pero necesaria. No hay otra salida.

Caminamos de vuelta hacia el coche, preparados para el siguiente movimiento. La noche ya no es solo oscuridad; es un campo de batalla donde cada sombra es una amenaza.

—Lucía —me llama Álex, deteniéndose de repente—. No puedes hacerlo sola. No quiero perderte.

Lo miro a los ojos, sin poder esconder lo que siento.

—No soy una niña que necesita protección —le respondo, firme —. Soy tu arma y tu aliada.

Él sonríe, una sonrisa dura, pero sincera.

—Entonces peleemos juntos.

Esa noche, mientras el frío cala mis huesos, me dejo caer en la cama junto a él. Sus manos recorren mi cuerpo con una mezcla de cuidado y posesión que me hace temblar. Él es mi monstruo y yo su ángel oscuro.

CAPÍTULO 36

ÁLEX

Reyes de Ceniza.

El poder es algo que todo el mundo desea, pero pocos tienen las pelotas para sostenerlo sin que les queme las manos. Eso no se aprende en libros ni en colegios caros; se aprende con sangre, con traición, con balas y cicatrices.

Yo lo aprendí en la calle... en el infierno de la secta donde me crie. Hugo me encontró cubierto de sangre, con los ojos en blanco y el alma rota, después de volarles los sesos a todos esos putos locos. Él fue mi salida. Él vio algo en mí cuando yo solo era un puto animal rabioso. Me dio un propósito, una familia, un imperio. Me dejó ser el monstruo que necesito para sobrevivir. Y por eso... por eso le debo todo.

Por eso, esto tiene que terminar. Ya. Este puto juego debe tener un final.

El tatuaje que encontramos en uno de los cadáveres en el almacén... ese símbolo maldito en la clavícula... es el mismo que tiene Lombardi. Ese cabrón, incluso muerto hace años, sigue escupiendo guerra desde la tumba. Su sombra es larga, pero no tanto como la mía.

Entro al despacho de Massimo sin tocar. No tengo tiempo para formalidades.

—Massimo... son los hombres de Lombardi —le suelto sin rodeos, mi voz áspera, urgente.

Él levanta la mirada, frunce el ceño y se incorpora como un resorte, su rostro endurecido por la noticia.

—No puede ser. ¡Los matamos a todos, Álex! —su voz es un rugido ahogado.

—Por lo que se ve, no a todos. Los cuerpos del almacén, donde estaba Marco… varios tienen el tatuaje. La serpiente cruzada. La marca de los Lombardi. No hay duda. Están de vuelta.

Massimo, palidece, se levanta sin decir una palabra más y marca en su teléfono, sus dedos apretados contra el aparato.

—¡Nicolás! Quiero a todos nuestros hombres armados en la parte trasera de la casa ¡YA! —grita, la orden resonando en el despacho.

Cuelga. Me mira con una furia que no necesita palabras, una comprensión silenciosa de la masacre que se avecina.

—Vamos. Esto acaba ahora mismo. De una puta vez.

Veinte minutos después, el terreno tras la mansión parece un puto ejército. Más de doscientos hombres, todos armados hasta los dientes, siluetas oscuras recortadas contra la luna, preparados para ir al infierno y volver si se lo pedimos. Lucía aparece entre ellos como una diosa de la guerra, su presencia un imán que atrae todas las miradas. Su mirada barre el lugar con una calma asesina, cada músculo de su cuerpo tenso, preparado. Lleva botas negras, el cabello recogido, y la Glock colgada al costado, una extensión letal de su brazo. Su sola presencia calla al más bocazas, impone respeto, reafirmando que es mi reina. La puta reina.

—¿Los niños? —le pregunto, sin quitarle los ojos de encima, mi voz más suave de lo que me gustaría, cargada de una preocupación que no puedo disimular.

—Con Greta y Luisa, en la habitación segura —me responde al pasar por mi lado, su voz firme, su olor a pólvora y perfume me descoloca, una mezcla embriagadora de muerte y deseo.

Se coloca al frente, como la reina que es, asumiendo su lugar natural.

—Quítate la ropa —ordena, su voz baja, casi un susurro. No lo necesita. La mayoría de los hombres aquí la conocen. Saben que no se juega con Lucía Vanetto. Su poder es tan palpable como su belleza.

Uno a uno, los hombres empiezan a desvestirse. Camisetas, chaquetas, camisas... caen al suelo. Nicolás y Massimo observan

cada cuerpo como halcones, buscando cualquier señal de traición. Yo hago lo mismo. Buscamos tatuajes. Símbolos. Marcas.

Y entonces los veo. Dos cabrones quietos, como estatuas, sin moverse un puto centímetro. Sus ojos, llenos de un miedo primitivo, traicionan su falsa calma.

—Ángel, mira esos dos —le digo a Lucía, señalándolos con la barbilla, mi voz áspera.

Ella no duda ni un segundo.

—Son míos —responde, y su voz, cargada de una furia fría, me prende fuego por dentro.

Saca la daga con una mano, la Glock con la otra. Camina hacia ellos con una sensualidad letal, cada paso una promesa de tormento. La sigo, siempre la sigo. No voy a dejar que le pase nada. Ni siquiera a manos de la rabia que la consume.

—He dicho que os quitéis la ropa —repite, esta vez con el filo de la daga brillando bajo la luna, una advertencia gélida. Nadie se mueve. La tensión es un hilo a punto de romperse. El aire vibra con el miedo de los traidores.

Massimo se acerca, su rostro endurecido, sus ojos dos ascuas de furia.

—Haced lo que ha dicho mi hija —ordena, con voz grave, autoritaria, una sentencia.

Los dos traidores la miran fijamente, sus cuerpos tensos de terror. La tensión estalla. Ella es más rápida. Dos disparos. Limpios. Precisos Mi ángel es letal. Las balas atraviesan sus cráneos. Los cuerpos caen con un golpe sordo, como sacos de carne.

Me acerco, les arranco la camisa, sus cuerpos aún calientes. Ahí están. El puto tatuaje de los Lombardi. Confirmado. La misma maldita calavera de ojos rojos.

—Bien. Vestíos. Quiero que limpiéis toda la ciudad —dice Lucía, girándose hacia los hombres, su voz, una orden inquebrantable—. Quiero que cada cabrón con ese tatuaje acabe muerto. Que no quede ni uno vivo. ¿Está claro?

Su voz no tiembla. Nadie dice una palabra. Solo asienten. Todos. Leales. Dispuestos a morir por ella. Dispuestos a quemar el mundo.

—Vamos a por nuestros hijos —le digo al oído mientras todos se dispersan para ejecutar la orden, el eco de los gritos de los traidores desvaneciéndose en la noche.

Ella me mira, y por un segundo veo algo más que furia. Veo cansancio. Amor. Esperanza. Una vulnerabilidad que me desarma y me hace querer poseerla aún más.

—Espero que esto acabe pronto. Tenemos una boda que preparar —me dice, con una sonrisa que me desarma, un atisbo de la mujer que esconde bajo la guerrera.

La agarro de la cintura, la empujo contra la pared más cercana, el hormigón frío contrastando con el fuego que nos consume. La devoro. Mis labios sobre su cuello, mis manos arrancando la camiseta que lleva, la tela se desgarra bajo mis dedos. Ella gime contra mi boca, me muerde el labio, me jala del cinturón. No hay tiempo ni lugar. Solo deseo. Un hambre ancestral que nos consume.

—Eres mía —gruño, alzándola en brazos, sus piernas rodeando mi cintura, aferrándose.

—Siempre —responde, con la voz ronca, mientras desabrocha mi pantalón con manos temblorosas, su urgencia coincidiendo con la mía.

La penetro allí mismo, contra la pared, salvaje. Su cuerpo se arquea, sus piernas me envuelven, sus uñas desgarran la piel de mi espalda, un dolor que me excita. Gime. Me suplica. Me llama cabrón. Me dice que no pare.

—Más fuerte, Álex... —me grita al oído, su voz ahogada por el placer y la brutalidad del impacto.

Empujo con rabia, con necesidad, con amor. Todo mezclado en un orgasmo brutal que nos sacude hasta el alma. Ella se rompe en mil pedazos, sus gemidos se ahogan contra mi cuello, y yo me rompo con ella.

Horas después, recibimos la confirmación: no queda ni un solo hombre de los Lombardi en pie. Cada uno ha caído como perro, fusilado, quemado o hecho trizas por nuestros muchachos. Nápoles vuelve a ser nuestra. La sangre ha limpiado la deuda. Por ahora. Los hombres de los Vanetto han hecho un trabajo preciso, y a conciencia, como el cirujano que hace el primer corte.

Lucía entra al salón, aun con la adrenalina en la piel, sus ojos brillando con una luz salvaje. Sus ojos buscan a Massimo.

—¿Se acabó? —pregunta, su voz, un susurro que no es de alivio, sino de la calma después de la tormenta.

Massimo asiente, cansado pero orgulloso, el peso de su reino de nuevo en sus hombros.

—Sí, cariño. Ha terminado. Han caído todos.

Lucía suelta un suspiro. Me acerco por detrás, la rodeo con los brazos, atrayéndola a mi pecho.

—Ahora sí —le susurro, mis labios rozando su cabello—. Podemos volver a casa.

Ella gira, me mira, y sonríe. Una sonrisa que vale más que todo el oro del mundo, una luz que solo ella puede encender en mi oscuridad.

—A Málaga, con los niños. Y después... nos casamos. Y que el mundo se queme si quiere. Ya no me importa. Nada.

Yo asiento. Porque ella es mi mundo. Y ya he visto arder suficiente.

CAPÍTULO 37

LUCÍA

Nuestro infierno, nuestro paraíso.

El descanso después de la tormenta.
La paz siempre parecía una fantasía en nuestras vidas, algo efímero, lejano, casi una burla. Pero hoy, entre el suave murmullo de las conversaciones, el tintineo de las copas, las flores blancas y las velas encendidas que proyectan sombras danzantes, y una brisa cálida que acaricia mi piel desnuda bajo la seda del vestido, puedo sentirla real por primera vez. Una paz ganada con sangre, sudor y el alma hecha trizas. Hoy celebramos el amor. Nuestro amor.

Estoy frente al espejo del gran tocador de la villa, y por una vez no tengo que fingir seguridad. No hay máscara. No hay mentiras. Me siento plena. No solo hermosa, sino ferozmente completa. Los contornos de mi cuerpo han cambiado, son más suaves por el embarazo que ya no está, pero mi mirada es más afilada, más consciente de la mujer que soy ahora. La mujer que ha matado, la que ha amado con locura, la que ha sobrevivido. Elena termina de ajustar mi vestido, sus pequeñas manos torpes, pero llenas de cariño, mientras Greta acomoda la tiara entre mis rizos sueltos, cada hebra un susurro de mi nueva vida.

—Estás preciosa, Lucía —susurra Greta, sus ojos brillando con una admiración genuina—. Imponente, como siempre.

—Gracias —respondo con una sonrisa suave, intentando no emocionarme, no dejar que las lágrimas arruinen este momento perfecto—. No pensé que esto me haría tanta ilusión… después de todo. Después de todo el infierno.

—Es normal. Te has ganado cada segundo de esta felicidad. Cada maldita punzada de paz.

Asiento, respirando hondo, el aroma a jazmín y eucalipto llenando mis pulmones. No necesito títulos. No necesito un anillo para saber quién soy. Soy Lucía Vanetto, una Vanetto de sangre y de fuego, y esta noche lo celebro con el hombre que estuvo a mi lado cuando todo ardía, el que incendió mi mundo y luego lo reconstruyó a su imagen y semejanza.

Nicolás entra en la habitación, su figura alta y elegante se recorta contra el umbral. Me mira con una mezcla de orgullo y ternura, sus ojos oscuros llenos de una comprensión silenciosa.

—Están todos listos, Lu. Álex te espera. Está impaciente, como un puto león enjaulado.

Me toma del brazo con una firmeza protectora y bajamos juntos. El jardín de la villa está transformado: luces colgantes parpadean como estrellas caídas, centros de mesa con lavanda y olivo desprenden un aroma dulce y terroso, y una pasarela de pétalos blancos nos guía hasta el altar improvisado, bajo un arco de flores. No hay periodistas, ni cientos de invitados. Solo nuestra familia. Nuestra verdadera familia. Aquellos que han visto nuestra oscuridad y aun así eligen quedarse.

Y ahí está él. Álex Moreno. El hombre que me encontró en medio del caos, que eligió quedarse cuando todos huían. Impecable con su traje negro, camisa abierta, esa sonrisa ladeada que solo usa conmigo y la mirada más intensa que jamás he conocido. Sus ojos azules, dos pozos de misterio y posesión, me devoran, me reclaman.

Cuando llego hasta él, toma mi mano sin decir nada. Sus dedos se entrelazan con los míos, un contacto familiar que me ancla. No hace falta. Nuestros cuerpos hablan un idioma que solo nosotros entendemos.

La ceremonia es breve, íntima. No hay discursos largos ni promesas decoradas. Lo que compartimos está más allá de las palabras, más allá de cualquier juramento.

—¿Lucía Vanetto, jefa de esta familia y dueña de mi alma, aceptas compartir tu vida conmigo hasta que todo arda? —dice Álex en voz baja, con una chispa peligrosa en la mirada, una promesa de caos y devoción eterna.

—Ya la comparto. Pero sí, la compartiré cada día, mientras respire —respondo con firmeza, mi voz clara, fuerte. La verdad resuena en cada sílaba.

Nos besamos. No un beso suave, no. Es un beso de reclamo, de posesión. La dulzura se mezcla con la rabia, la desesperación con la victoria. Nuestros labios se buscan, se muerden, se aferran. Entre aplausos y risas, nos fundimos. No hay necesidad de más formalidades. Ya éramos uno, pero hoy… lo gritamos al mundo. A nuestro puto mundo. A quien quiera oírlo.

El festejo comienza. Música suave, el jazz se mezcla con melodías italianas. Comida deliciosa y copas llenas de un vino tinto que sabe a victoria. La mesa principal está rodeada de los nuestros: nuestro precioso hijo Álex, Greta, Nicolás, la pequeña Elena, Massimo… y por supuesto, Rocío y Hugo. Nuestra manada, completa.

Rocío luce un vestido rojo de escote pronunciado, labios, carmín y mirada brillante, una llama viviente en medio de la celebración. Se acerca con una copa en la mano y me abraza sin previo aviso, su abrazo fuerte, lleno de una complicidad que solo los años y el infierno pueden forjar.

—Tía… estás increíble. Te juro que si no estuviera enamorada del cavernícola que tengo al lado, te robaba el marido —bromea, su risa ronca, divertida.

—No me des ideas, que Hugo te encierra en el avión antes de que acabemos de brindar —le respondo, devolviéndole la broma.

—Ya me amenazó tres veces —dice con los ojos en blanco, pero se nota que está feliz, genuinamente feliz, su sonrisa real.

Hugo llega justo en ese momento, la toma de la cintura con una mano firme y la pega a él como si la fiesta no existiera, como si solo ella fuera su mundo.

—Se acabó tu tiempo en la pista. Ya bailaste suficiente.

—Me quedan ganas todavía, Hulk —responde Rocío alzando la ceja, un desafío en su mirada.

—Pues guárdalas para esta noche —le contesta él, arrastrándola de nuevo con esa mezcla de deseo y dominio que solo él puede sostener.

Veo cómo se alejan entre risas, con esa energía ardiente que siempre los rodea. Me alegra verlos así. Enteros, intensos, pero juntos. Han encontrado su propia paz en el caos. Como nosotros.

Álex se acerca por detrás y me envuelve entre sus brazos, su calor se irradia en mi espalda. Apoya la frente en mi cuello y murmura, su aliento cálido en mi piel:

—No me sueltes nunca.

—¿Acaso alguna vez lo hice? —le respondo, mi voz, un susurro cargado de años de dolor y, ahora, de certeza.

—Nunca. Ni cuando todo temblaba. Ni cuando me hice el puto monstruo para que huyeras de mí.

Me lleva lejos del bullicio, hasta la habitación que ya es nuestra. No necesita decir nada. Me desviste con calma, besando cada parte de mi piel como si fuera la primera vez, sus labios cálidos, sus manos firmes. Me acaricia como si el mundo no existiera, como si solo estuviéramos nosotros. Hacemos el amor lento, profundo, sin necesidad de prisas. Porque ya no hay miedo. Porque ya no hay guerra. Solo la verdad de nuestros cuerpos entrelazados, la paz de sabernos uno, consumidos por un deseo que es nuestro y solo nuestro.

Después, me abraza fuerte, su respiración cálida contra mi pecho, su corazón latiendo en un ritmo lento y seguro.

—Ya no somos soldados —dice en voz baja—. Somos sobrevivientes. Y estamos jodidamente enteros.

—Y reyes de nuestra propia historia —le contesto, acariciándole el cabello, sintiendo la suavidad de sus rizos entre mis dedos.

Esta noche no hay fantasmas. No hay disparos. No hay amenazas. Solo nosotros. Y una promesa silenciosa que se siente más fuerte que cualquier juramento: Nunca más nos soltaremos. Nuestro infierno es ahora nuestro paraíso.

EPÍLOGO.

Nuestra tormenta perfecta

El día de nuestra boda fue inolvidable. Nos casamos en Málaga, en una preciosa villa. Allí están todos: mi familia, mis amigos, todos los que quiero están con nosotros. Todo es precioso. El sol de Andalucía se filtra por los ventanales, pintando de oro cada rincón, y el aire vibra con una alegría que nunca creí que sería nuestra.

Rocío se vuelve un poco loca con la preparación. Le dejo ese trabajo a ella; ni loca voy a encargarme yo de aquella locura. Un año es el tiempo que le dimos, e hizo un trabajo impresionante. Cada detalle, desde las flores hasta la música, grita su obsesión por la perfección. Es su forma de amar, su manera de controlar el caos que nos rodea.

Hoy volvemos de la luna de miel. Hemos estado un mes disfrutando en las Maldivas, un paraíso de aguas turquesas y arenas blancas que, por un momento, nos hizo olvidar el infierno del que venimos. Pero estoy deseando llegar y ver a mis hijos. Dios... no sabía que se podía echar tanto de menos a alguien. Me ha costado la vida estar lejos de ellos. Sé que está en buenas manos, pero como dice Álex: soy una mamá osa. Mi instinto protector ruge, incluso a miles de kilómetros.

Poco a poco me he adaptado a mi nueva vida. Me ha costado bastante adaptarme a ser la hija de un mafioso, la jefa de una parte de este imperio. Todavía me cuesta dejar que los empleados me sirvan la comida y limpien mi desastre, después de estar toda la vida haciéndolo todo yo. Me ha costado mucho, pero como dice Mila, —una de las mujeres que se encarga del mantenimiento de la casa de mi padre—, ese es su trabajo, y si no las dejo trabajar, se van a la calle sin un céntimo. Así que, por el bien de ellas, tengo que dejar que me mimen, aunque no quiera. Siempre me hacen sentir mal diciendo que, por mi culpa, las van a despedir. Es una batalla diaria

contra mi propia independencia, una que, por ellos, estoy aprendiendo a perder.

La cuestión hoy es que es el cumpleaños de Álex... y le tengo preparada una sorpresita. Una que lo va a volver loco, lo sé. El Elite está en el puerto de Italia esperándonos. Él cree que vamos directos a casa, y ese era el plan... hasta que hace dos días me enteré de que el crucero donde todo empezó estaba en el sitio perfecto, en el momento perfecto. Lo tengo todo preparado, gracias a mi amiga. Le mandé una lista con todo lo que necesitaba. Rocío, la puta genio, lo ha orquestado todo sin que Álex sospeche nada. Su silencio ha sido mi mejor cómplice.

Cuando nos montamos en el coche que nos espera en el aeropuerto, le pongo a Álex un antifaz de seda negra para cubrirle los ojos. Siento la tensión en su cuerpo, la curiosidad ardiendo bajo su piel.

—¿Qué es esto? —me pregunta, extrañado, su voz grave, con un toque de impaciencia que me encanta.

—Tu regalo de cumpleaños. No te lo quites hasta que yo te lo diga. —le susurro, mis labios rozando su oreja, mi aliento cálido contra su piel.

Estoy muy nerviosa. La única vez que hice algo así fue en ese crucero... y hoy vamos a disfrutar. Vamos a revivir el inicio de nuestro infierno, y a convertirlo en nuestro paraíso.

Cuando llegamos al puerto, el aire huele a salitre y a la promesa de una noche oscura. Llevo a Álex de la mano, guiándolo hasta su camarote. Al entrar, lo siento en el sillón, frente a la cama. Encima de la cama está todo lo que necesito: lencería, aceites, y unas cuerdas de seda negra. Las cojo y amarro sus manos al sillón, despacio, sintiendo la tensión en sus músculos, pero también su rendición.

—Confía en mí. No te muevas. Vuelvo en un minuto —le susurro, mis ojos fijos en los suyos, una promesa silenciosa de lo que se avecina. Me dirijo al baño, la adrenalina corriendo por mis venas.

Saco el conjunto de lencería negra y dorada que mi querida amiga me ha traído. Es el mismo conjunto que usé nuestra noche de

bodas. Esos dos colores son importantes para nosotros: nuestras alianzas de boda son doradas y negras. El crucero donde estamos —y donde me quedé embarazada de nuestro precioso hijo— es de esos colores. Para nosotros, esos colores nos representan... y lo llevamos con orgullo. La oscuridad y el poder, unidos por un hilo dorado de posesión.

Este conjunto de encaje es muy sensual. Me hace sentirme poderosa, y es lo que necesito ahora mismo. Una armadura de seda y encaje para la reina de este infierno.

Vuelvo al cuarto y le quito el antifaz. La luz tenue del camarote ilumina sus ojos, dos pozos azules intensos que arden con una mezcla de sorpresa, deseo y una furia contenida que me excita hasta el alma. Cuando me ve, sabe para lo que hemos venido aquí. Su mirada me devora.

Me agacho y lo beso. No un beso dulce. Un beso de reclamo, de posesión. Él intenta quitarse las cuerdas, sus músculos se tensan, pero no lo hace en serio. Si quisiera quitárselas de verdad, ya lo habría hecho. Es parte del juego. Nuestro juego.

Me giro, dándole la espalda, y balanceo mis caderas con lentitud, con malicia, mientras bajo el tanga por mis piernas. Siento su mirada quemándome la piel, y sé que le estoy dando la mejor vista del mundo. Cada movimiento es una provocación, una invitación.

Cuando el tanga cae al suelo, me tumbo en la cama y abro las piernas, ofreciéndome por completo. El sillón está pegado de tal forma que puedo poner mis pies en cada lado. Cogiendo el vibrador que hay a mi lado, lo paso lentamente por mis pechos, bajando poco a poco por mi cuerpo, sintiendo cómo mis pezones se endurecen bajo la vibración. Cuando llego a mi coño, lo paso de arriba abajo, dejando que la vibración me estimule, que el placer se acumule. Observo a Álex en todo momento, sus ojos clavados en mí, mientras mi cuerpo cobra vida, se retuerce, se arquea. Introduzco el vibrador en mi interior, y no puedo evitar retorcerme, mis gemidos apenas audibles. Me follo con él, mirando a Álex, que está a punto de saltar sobre mí... pero aguanta, como le he pedido. Su mandíbula está tensa, sus ojos arden con una furia de deseo. Sigo follándome hasta

que me corro, mi cuerpo se sacude con espasmos, mi grito ahogado en la almohada. El placer me consume, me rompe, me hace suya, aunque sea a través de mi propia mano.

—Ahora fóllame como me gusta. —Mi voz es un jadeo, ronca, cargada de una necesidad que no puedo ocultar.

En el momento en que digo esas palabras, se abalanza sobre mí, como sabía qué haría. Sus manos, liberadas de las cuerdas, me agarran con una fuerza brutal, me levanta de la cama, me estampa contra la pared, mis piernas se enredan en su cintura. Me folla tan fuerte que sé que voy a tener marcas por todo el cuerpo... pero me encanta. Amo todo lo que me hace. Amo cada parte de mi vida con él. Cada golpe, cada punzada, cada orgasmo que me arranca el alma.

—¡TE AMO, MI PECADO MÁS OSCURO! —grito, mi voz desgarrada por el placer y la posesión.

—¡TE AMO, MI ÁNGEL OSCURO! —responde, su voz, un gruñido gutural, su cuerpo temblando contra el mío.

Nos rompemos. Nos reconstruimos. Nos amamos con dolor y con fuego. El camarote se llena de nuestros jadeos, de nuestra furia, de nuestro amor. Es un caos perfecto. Nuestro caos.

FIN.

AGRADECIMIENTOS.

A mi marido y mis hijos:

Sois mi fuerza y mi alegría. Gracias por apoyarme en todo momento. Sin vosotros, nada de esto sería posible. Sois la luz de mi camino.

Os amo con locura.

¡Gracias por todo!

A mis lectoras cero:

@RalquelMartinez, @Marquesita93books, @Terebooklove, @Tatibook, @patri_nh.

Gracias por la ayuda y por disfrutar de esta historia desde el primer momento.

A todos los que estáis hay cada día apoyándome muchísimas gracias.